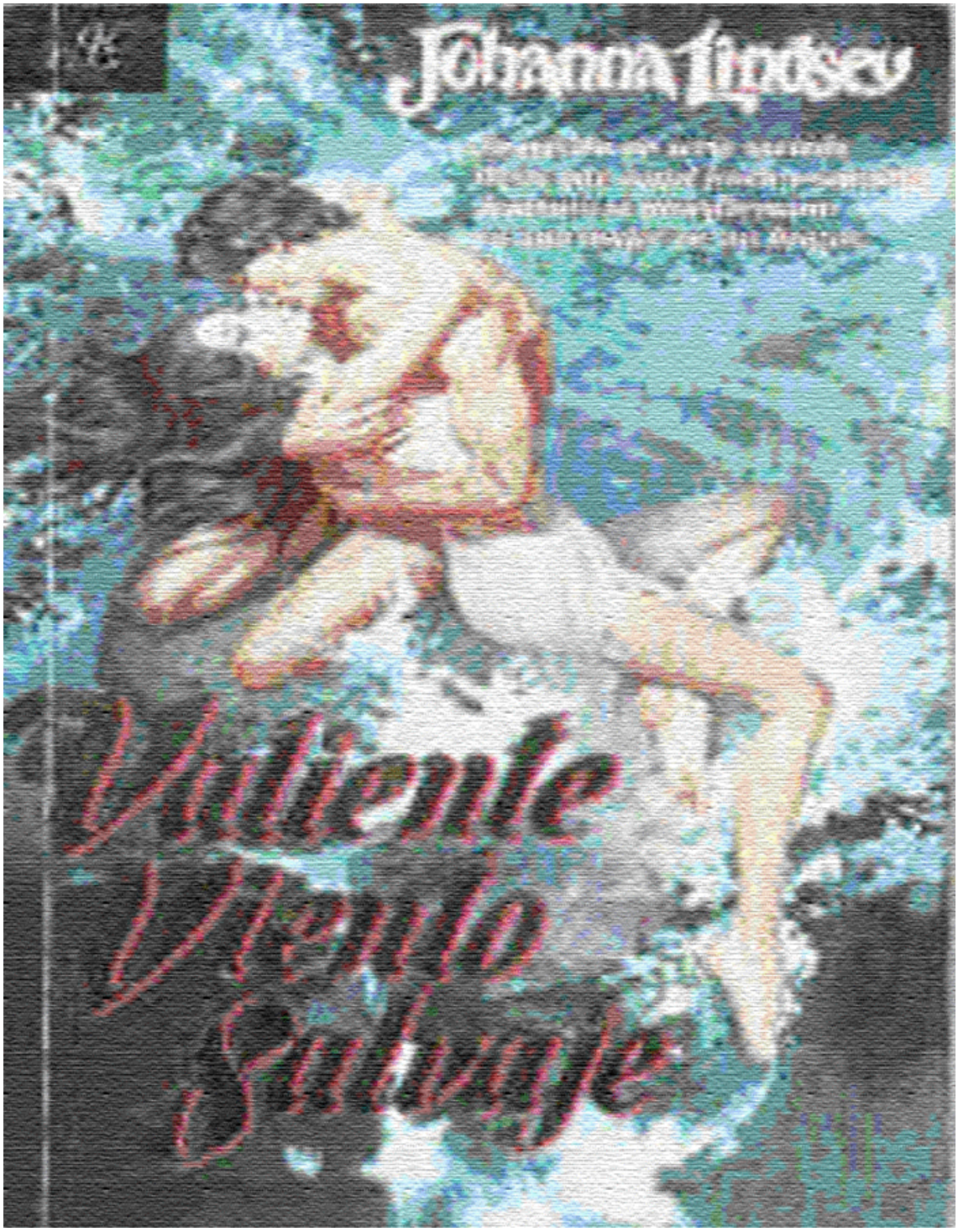
VALIENTE VIENTO SALVAJE
JOHANNA LINDSEY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

VALIENTE VIENTO SALVAJE

PROLOGO

Wyoming, 1863

Thomas Blair se detuvo en una colina que dominaba el valle en donde se enclavaba su rancho, entre enebros y pinos; los ojos le brillaban de orgullo. La casa de .troncos tenía sólo tres habitaciones, pero podía resistir el rigor de los vientos del invierno. Rachel decía que no le molestaba que la hubiera traído a un hogar tan precario. Después de todo, habían comenzado el rancho. hacía tan sólo dos años. Habría tiempo para que le construyera a Rachel una casa, grande, un lugar del que podría sentirse orgullosa.

Qué paciente era su joven y hermosa mujer. Y cómo la adoraba. En ella se combinaban la bondad, la belleza y la virtud de manera exquisita. Porque con Rachel y el rancho, que ahora sabía que prosperaría, Thomas tenía todo lo que quería de la vida. Todo. Bueno... casi todo. Aún quedaba la ilusión de un hijo, que una hija y dos embarazos frustrados no habían destruido por completo. No culpaba a Rachel; ella lo había intentado. Era Jessica a quien culpaba por no ser el hijo que tanto había deseado, y más porque la había tomado por un varón durante la primera semana de vida. Y hasta la había bautizado Kenneth, Kenneth Jesse Blair. La viuda de Johnson, quien había asistido el nacimiento porque no pudieron encontrar al médico, había tenido demasiado miedo de decirle la verdad, una vez que Thomas creyó que era un niño. Y Rachel, al borde de la muerte y tan débil que apenas podía alimentar al bebé, también creía que le había dado un hijo.

Fue un golpe terrible para los dos cuando la viuda Johnson, quien ya no podía soportar la situación, les confesó la verdad. Con un hondo resentimiento, Thomas decidió no volver a mirar al bebé. Jamás quiso hacerle una caricia, jamás quiso perdonarle que fuera una mujer.

Aquello había ocurrido hacía ocho años, en Saint Louis. Thomas se había casado con Rachel el año anterior y ella lo había convencido de que se establecieran allí. Por ella, Thomas había dejado las montañas y los llanos del oeste, donde había pasado casi toda la vida cazando, pescando y llevando alimentos a los fuertes descampados. Saint Louis era demasiado civilizado, demasiado limitado para un hombre acostumbrado a la majestuosidad de las Montañas Rocallosas, al silencio imponente de los llanos. Pero lo soportó durante seis años, atendiendo el almacén del pueblo que le habían dejado los padres de Rachel. Durante seis años abasteció a los colonos que se dirigían al oeste, a "su" oeste, a la inmensidad de "sus" planicies. Cuando se descubrió oro en las tierras de Colorado y Oregón tuvo la idea de abastecer de carne a todos los campamentos mineros y pueblos que proliferaban en el territorio que conocía tan bien. Habría abandonado la idea si no hubiera sido por el aliciente de Rachel. Ella no conocía el rigor de la naturaleza, jamás había dormido en la llanura, pero lo amaba y sabía que era muy infeliz viviendo en la ciudad. Aun contra su voluntad, aceptó vender la tienda y esperó pacientemente durante un año, para que Thomas pudiera empezar el rancho, juntar algunos bueyes salvajes de Texas, comprar venado del este para formar las cruzas, y construir una casita. Por fin la llevó allí y dejó que Rache1 bautizara el rancho con el nombre de Rocky Va11ey .

El único pedido de Rache1 antes de emprender una vida completamente nueva fue que su hija tuviera la misma educación que hubiera recibido si se hubieran quedado en St. Louis. Quería que Jessica permaneciera en la misma escuela privada para. señoritas a la que había asistido desde que tenía cinco años. Thomas aceptó sin vacilar, sin siquiera importar1e si volvería a ver a su hija alguna vez. La hija decía llamarse K. Jessica B1air. Rache1 1a había apodado Jessica, y la niña dejaba que cualquiera que viera su nombre escrito, creyera que la K era la inicial de Kay.

Llamarse Kenneth era una terrible mortificación para la preciosa criatura en la que se había convertido. Con el cabello negro como las alas de las águilas y los ojos color turquesa era la imagen perfecta de Thomas y, por lo tanto, reavivaba constantemente su deseo de un hijo.

Pero todo aquello estaba a punto de cambiar. Rache1 estaba embarazada de nuevo, y como las primeras dificultades de la nueva vida habían pasado, Thomas tenía más tiempo para dedicar a su mujer. El venado había sobrevivido dos inviernos y se había multiplicado, y Thomas había vendido en Virginia City cada cabeza de ganado por el doble de lo que habría obtenido en St. Louis. Ahora había vuelto a casa, mucho antes de 10 que le había dicho a Rache1 y estaba ansioso de contar1e de los estupendos resultados de la venta. Tan ansioso, por cierto, que se había adelantado a sus tres hombres, quienes habían quedado en Fort Laramie.

Quería sorprender a Rache1, regalar1e su triunfo, hacer1e el amor durante el resto del día sin que los interrumpieran. Había estado lejos casi un mes. ¡Cómo la había extrañado! Thomas comenzó a bajar la colina mientras imaginaba la cara de sorpresa y felicidad de Rache1 cuando lo viera. No había nadie afuera. Will Pheng1e y su viejo amigo Jeb Hart, a quienes había dejado a cargo del rancho, estarían fuera del territorio shoshone con el ganado a esta hora del día. y la muchacha shoshona a quien llamaba Kate estaría trabajando en la cocina. .

La habitación principal de la casa estaba vacía. Había un delicioso olor a manzanas asadas y canela que venía de la cocina, y Thomas vio una torta sobre la mesa, pero Kate no estaba. Había tanto silencio que supuso que Rachel estaba durmiendo la siesta en la cama grande que habían traído de St. Louis. Dejó los rifles cerca de la puerta del frente para que no interrumpieran el paso y, muy lentamente, casi sin hacer ruido, abrió la puerta de su dormitorio, con la esperanza de no despertar, todavía, a su amada Rachel, la de los cabellos dorados.

Pero ella no estaba durmiendo. La escena con que . Thomas se encontró fue tan amargamente inesperada que sólo atinó a quedarse de pie, inmóvil, en el umbral de la puerta. Lo que vio destruyó todos sus sueños más preciados; su esposa haciendo el amor con Will Phengle. Sus hermosas piernas estaban debajo de él y lo encerraba entre sus brazos. Afortunadamente, su cara estaba oculta debajo de la de Will.

-Mujer endiablada. --'Las palabras de Will rebotaron en las paredes del cuarto mientras enterraba las caderas en las de ella.- No hay apuro. Cielos, te mueres por comerla, ¿verdad?

Un profundo gemido se desató dentro de Thomas, un roquido pesado que estalló en un grito tan salvaje que paralizó todo movimiento sobre la cama. .

- ¡Te mataré! ¡ Los mataré a los dos!

Will Phengle saltó de la cama en una fracción de segundo y recogió sus ropas desparramadas por el suelo. Al ver que el umbral estaba vacío, supo que Thomas Blair había ido por el.rifle. Era hombre muerto.

-No necesitas escapar, will. Sólo fue a ver si...

- ¡Estás loca, mujer! -gritó Will-. Ese hombre disparará primero y luego verá quién soy. Quédate a explicarIe ,si quieres morir, ¡pero yo me voy! -Antes de terminar la frase ya estaba trepado a la estrecha ventana.
Thomas finalmente regresó a la habitación, con los ojos rojos, enceguecido. Hizo dos disparos. Cuando pudo ver, la cama ya estaba vacía. Al igual que el resto del dormitorio. Escuchó el galope de un caballo que se alejaba y corrió afuera, descargando el rifle sobre la silueta semidesnuda de Will Phengle. El último disparo se perdió junto con los demás.
- ¡Rachel! -rugió Thomas mientras recargaba el rifle-. ¡No tendrás tanta suerte como él! ¡Rachel! –Buscó cerca del corral y volvió a la casa y luego comenzó a correr en dirección al establo.- ¡ Rachel, no podrás escaparte de mí!
Tampoco estaba en el establo. y cuanto más la buscaba más se enardecía. Sin la menor vacilación y con pulso firme, Thomas disparó sobre los dos caballos en el establo y volvió al frente de la casa y mató a su propio manchado.
-Veremos si podrás escapar ahora, Rachel –gritó hacia el cielo y su voz retumbó en todos los rincones del valle-. Nunca podrás salir de aquí sin un caballo. ¿Me escuchas, puta? ¡Te mataré con mis manos o morirás en territorio indio, pero ya estás muerta pára mí!
Luego regresó a la casa y se dispuso a beber hasta emborracharse. Con el efecto del alcohol, su furia se transformó en pena y luego en furia otra vez. De vez en cuando se levantaba para mirar por la ventana para ver si encontraba a su esposa. Se emborrachó aun más y pensó que finalmente podía comprender el juramento de venganza de los indios.
Los cheyennes y los sioux con los que había comerciado y con los que había hecho una gran amistad, habían vivido para la venganza, muerto por ella y no tenían descanso hasta que se cumplía. Lo entendía ahora. Borracho, comprendía; lentamente, pero comprendía. Cuando Jeb regresó esa tarde y preguntó quién había matado los caballos y dónde estaban las mujeres, Thomas no pudo explicarlo. A punta de revólver Thomas insistió a Jeb en que cabalgara hasta Fort Laramie para interceptar a sus hombres y los llevara de vuelta por una semana, más o menos. También Jeb tendría que irse. Thomas le arrojó el oro que había obtenido por el ganado. No le importaba más que su soledad.
Jeb no discutiría con un hombre borracho, especialmente si tenía una pistola en la mano. Conocía a Thomas Blair desde hacía casi veinte años, y nunca pensó que las mujeres estarían en peligro solas con él. De modo que se marchó.
Y Thomas esperó, y bebió mucho más. En un momento recordó a Kate y se preguntó dónde habría ido, pero enseguida dejó de pensar en ella. Nunca había pensado demasiado en la muchacha india. Era la hija del Viejo Frenchy y de una india shoshone; Frenchy le había pedido que cuidara de ella si algo le sucedía. y algo le sucedió y Thomas encontró a la muchacha en el depósito de comestibles del fuerte, revolcándose con los soldados de allí. De modo que se la llevó a la casa y todo resultó bien: Kate estaba agradecida de tener un hogar y Rachel necesitaba la ayuda que podía ofrecerle la muchacha.
Thomas nunca pensaba demasiado en Kate y jamás advirtió las miradas de deseo que le dirigía. Nunca había puesto atención en lo que sus ojos decían con tanta claridad. Sólo tenía ojos para Rachel, aun después de todos estos años.
Esperó y esperó. Pero no fue en vano., Ella entró a la casa cuando se fue el sol y Thomas la abordó antes de que pudiera decir una palabra. La golpeó y volvió a golpearla y parecía que no se detendría jamás. Y mientras le gritaba no le daba oportunidad a que respondiera las acusaciones que le desataba con cada golpe. y luego ella ya no podía responder de todas maneras; tenía lacerada la lengua y la mandíbula

rota. Al tratar de detener los puños de Thomas se quebró dos dedos y la muñeca izquierda. Tenía los ojos enrojecidos y se le hincharon rápidamente y cuando se desplomó sobre el suelo, él comenzó a trabajar con los pies. Le partió una costilla. Ella no supo por qué, pero repentinamente se detuvo.
-Vete -lo escuchó decir luego de un silencio agonizante-. Si vives, jamás te volveré a mirar. y si no, te enterraré decentemente. Pero vete ahora, antes de que termine lo que empecé.
La curiosidad de Jeb lo había llevado de regreso al rancho esa noche. Encontró a Rachel en la cima de la colina del norte que formaba el pequeño valle. Fue todo lo que pudo caminar antes de perder el conocimiento. Jeb se enteraría más tarde de lo que le había ocurrido y por qué.
Hasta ese momento sólo sabía que si ella no recibía ayuda, moriría, y tendrían que cabalgar por lo menos dos días para llegar al médico más cercano.

CAPITULO 1

1873, Wyoming.

Blue Parker la vio a unos kilómetros de distancia; venía trotando en el gran Appaloosa con el que había aparecido en la casa el año pasado. Era un caballo muy petulante, si es que puede aplicarse ese calificativo a un animal. Pero Jessica Blair era bastante arrogante, también. Bueno, no siempre. A veces era la más dulce de las damitas, un ángel tierno y bondadoso. Tenía la cualidad de provocar en los hombres la actitud más protectora, de enternecerlos hasta enloquecer. El corazón de Blue se había perdido en esa sensación desde la primera vez que ella le había regalado una sonrisa, una tierna sonrisa que dejó al descubierto sus hermosos dientes blancos. Había ocurrido hacía dos años, el día cuando Blue había venido a trabajar para el padre de ella, como ayudante para el rodeo de otoño. Se había quedado después del rodeo, y había llegado a conocer muy bien a Jessica, trabajando junto a ella. Había llegado a amarla, y a odiada a veces, también, cada vez que se enfurecía con él y con todos los demás. O cuando peleaba con su padre y se desquitaba con el primero que veía. Entonces podía ser muy cruel, aunque Blue dudaba de que fuera intencional. Era muy temperamental y a veces estallaba en cólera, eso era todo. Jessica Blair no había tenido una vida fácil. y Blue quería endulzársela de todo corazón, pero cuando había juntado el coraje para pedir su mano en matrimonio, ella penso que era una broma.
Ya estaba cerca y cuando divisó a Blue, lo saludó agitando los brazos. El contuvo la respiración y esperó que se detuviera a su lado. Ultimamente la veía poco. Desde la muerte de su padre había dejado de trabajar en el rancho... hasta la semana anterior, cuando "ellos" llegaron. Nunca la había visto tan enojada. Había salido de la casa como una enloquecida y se había alejado con el caballo tan a prisa que por poco lo mata.
Jessie se detuvo, se inclinó sobre la montura, con los brazos sobre las crines del caballo.
-Jeb vio algunas reses sin marcar al sur del río ayer. ¿Qué te parece si me das una mano? -y le dirigió una débil sonrisa.
Sabia qué le respondería, y como Blue asintió, con la cara radiante de felicidad la sonrisa se completó. Hoy se sentía desenfadada. Había visto otra gente, pero no les pidió ayuda. En cambio, sólo quería encontrar a Blue. En tono atrevido, lo desafió:
- Te juego una carrera hasta allí, y me deberás un beso si te gano.

- ¡Trato hecho, niña!
El río estaba a unos pocos kilómetros de distancia.
Por supuesto Jessie ganó. Aun si el alazán de Blue hubiera sido tan rápido como Blackstar, habría dejado que le ganara de todos modos. Jessie había corrido con todas sus fuerzas, y logró sacar parte de la tensión que electrizaba su cuerpo hasta entumecerlo. Desmontó del caballo y cayó en medio de la espesura de la maleza cerca de la vera del río. Estaba riendo.
Blue llegó un momento después para pagar su deuda de juego con un beso, una deuda que no podía hacerla más feliz. Esto era lo que Jessie quería, eso y mucho más. Los besos de Blue eran sabrosos. y lo sabía porque ya antes la había besado, en la primavera, y le había gustado. Había sido su primer beso. Otros hombres querían besarla, pero era la hija del dueño y ella sabía que todos tenían miedo de su temperamento y de la furia de su padre. Así que ninguno jamás se atrevió. Pero Blue sí; y le había gustado. Blue Parker era un hombre atractivo, de cabellos dorados y ojos marrones, ojos tan expresivos que le decían cuánto gustaba de ella. La mayoría de los hombres la miraban como Blue, si bien su feminidad estaba oculta debajo de la vestimenta masculina que su padre había insistido en que usara.
Su padre. Se irritaba cada vez que pensaba en él. Tan sólo unos meses atrás se había dado cuenta, con infinita tristeza, de lo sola que estaba en el mundo. Sin embargo ahora ya no estaba sola, y lo aborrecía con más ímpetu. ¿Qué le habrá sucedido al padre para que escribiera aquella carta que los había traído al rancho? Jessie había visto esa carta y conocía la letra del padre lo suficiente como para saber que era de su puño. Pero, ¿por qué lo habría hecho?
¡Era inconcebible que Thomas Blair pidiera ayuda a la persona que más odiaba en el mundo! ¿Acaso no le había hecho conocer ese odio durante los últimos diez años?
¿Acaso Jessie no había aprendido a odiar, también, por causa del odio de su padre?
Pero fue su padre quien había escrito esa carta. Y luego murió, después de haber enviado la carta, y se había cumplido su voluntad. y ellos habían venido, entonces, y habían truncado la libertad que Jessie tanto deseaba. y no podía hacer nada contra eso, porque su padre lo había dispuesto.
¡Era una terrible injusticia! Jessie no necesitaba ningún tutor. Después de todo, su padre la había obligado a que aprendiera a defenderse y cuidarse sola. ¡Había aprendido a cazar, a cabalgar, a disparar mejor que muchos hombres! Conocía todo lo que debe saberse de un rancho, y por cierto que se encargaba del rancho tan bien como lo había hecho su padre.
Blue se había sentado un poco lejos; sabía que ella necesitaba pensar. Estaba rememorando los primeros ocho años de su vida, antes de que su padre la sacara de la escuela y la trajera al rancho. La había obligado a que conociera la verdad acerca de su madre, pero aun lo quería, a pesar de todo. Quizá nunca había dejado de amarlo, aun cuando lo odiaba. ¿No había sufrido terriblemente cuando él murió? ¿No había querido matar, acaso, al hombre que le disparó? Sin embargo, sabía que su muerte significaba su propia libertad. No era el modo con que deseaba haberla obtenido, pero, no obstante, le había dado la oportunidad de ser lo que realmente quería, no lo que Thomas Blair la había obligado a ser. Y ahora, nuevamente, se le estaba negando la libertad.
De pronto, tenía que admitir que, frente a esta nueva situación, todo lo que siempre había querido había pasado a segundo plano. Era más fuerte su deseo de impresionarlos, de demostrarles lo que Thomas había hecho de ella. Quería que "ella" se sintiera mal, se sintiera culpable; que creyera que Jessica era inmoral y desenfadada. Con ese propósito había escondido todos los hermosos vestidos que había traído, todos los perfumes y adornos y alhajas que finalmente pudo comprar con su dinero. y había buscado a Blue

para que le hiciera el amor y así "ella" pudiera ver y escandalizarse.
Al pensar en esto, reparó en la presencia de Blue. El se había acercado y cuando Jessie se volvió hacia él, la besó otra vez, con más urgencia ahora. La camisa de algodón azul parecía abrirse por propia decisión mientras la besaba y se asustó cuando sintió que la mano de él se posaba sobre sus pechos. ¿Debería detenerlo? Un carraspeo la salvó de que tuviera que detenerlo.
Agradeció la interrupción, pero luego pensó en lo que diría el hombre del rancho que los descubrió.. Rogó que fuera Jeb, que seguramente comprendería. Lentamente, miró por sobre el hombro de Blue y luego sintió que le ardían las mejillas. Era un desconocido; un hombre sobre un caballo palomino. Los observaba desde arriba con una perversa diversión que iluminaba cada línea perfecta de su rostro moreno. Era joven y, demonios, el hombre más apuesto que había visto en toda su vida. Se sentía incomprensiblemente mortificada. Oh, ¿por qué no dejaría de mirarlos así?
Blue hizo un movimiento para ponerse de pie, avergonzado, pero Jessie lo retuvo de la camisa y le dirigió una mirada furiosa. Por poco revela al extraño su condición de semidesnudez. Blue se sonrojó y sonrió tímidamente. Jessie no apartaba los ojos encendidos de la cara de Blue mientras se abotonaba la camisa. Cuando terminó,
lo empujó para que se levantara y los dos se pusieron de pie. Blue se volvió para mirar al hombre mientras Jessie se ocultaba detrás de él.
-Lamento interrumpir -dijo el hombre con una voz tan profunda que demostraba que no lo lamentaba en absoluto; es más, encontraba la situación muy entretenida-.Necesitaba ayuda, por eso me detuve a hablarles.
- ¿Qué clase de ayuda? -preguntó Blue.
-Estoy buscando a Rocky Valley y a la señora Ewing. Me dijeron en Cheyenne que lo encontraría después de cabalgar hacia el norte durante un día, pero no tuve suerte ni ayer ni hoy. ¿Podrían decirme si voy en la dirección correcta?
-Usted, ¡ay...! está invadiendo tierras ajenas, señor. – Jessie concluyó la frase por Blue, luego de pellizcarlo para que se callara. Dio un paso al frente; la vergüenza dio lugar a la furia.- y está muy lejos de Rocky Valley.
Chase Summers observó a la muchacha de pie frente a él en actitud desafiante. Su repentina hostilidad lo tomó por sorpresa. Luego de la situación en que la había encontrado, no esperaba que fuera tan joven. Parecía tener catorce o quince años, una chiquilla tan sólo, demasiado jovencita para ir detrás de un par de pantalones. Una muchacha más grande no se atrevería a vestirse de ese modo. Y el hombre parecía de unos veinte años; demasiado grande para aprovecharse de una niña. Pero no eran asuntos de Chase. No cambió la expresión de su cara, ni siquiera cuando los ojos verde azulados de la muchacha se clavaron rabiosamente en los de él. Maldición, qué bonita era, y esos ojos, tan poco comunes, eran impactantes
-Pero... -comenzó a decir Blue, pero ella dio un salto hasta detrás de su espalda, y lo pellizcó otra vez.
-No sabía que estaba en territorio ajeno –explicó Chase-. Si me indican la dirección correcta, me iré.
-Siga cabalgando hacia el norte, señor –respondió Jessie y luego advirtió con firmeza-, y no vuelva por aquí. No nos gusta que los desconocidos crucen por nuestras tierras.
-Lo recordaré -contestó Chase. Luego agradeció con la cabeza y cruzó el río.
Jessie se quedó mirando cómo se alejaba durante un momento hasta que percibió que Blue la estaba observando de la misma manera. En la expresión de su cara se confundían la furia y la vacilación, y Jessie desvió la mirada de inmediato. No quería verlo, y se agachó para levantar el cinturón de las pistolas.

-Espera un momento, nena. -Blue la tomó del brazo cuando Jessie tomó su sombrero y se dirigió al caballo.-¿Por qué demonios lo hiciste?
Trató de zafarse.
-No me gustan los extraños.
-¿Qué tiene que ver eso con mentir?
Jessie liberó el brazo de la mano de Blue y lo enfrentó. Sus ojos lo miraron con toda la furia que bullía en su interior. Blue decidió olvidar su rabia, porque ella era de temer; tenía los ojos encendidos con un fuego azulado, los pechos agitados, la trenza reposaba sobre un hombro y la punta del cabello recogido le tocaba la estrecha cadera.
Tenía la mano derecha sobre la pistola, y aunque él dudaba de que lo mataría en realidad, significaba una amenaza, y no intentó sujetarla de nuevo.
- Jessie, no comprendo. ¿Por qué no me dices qué te ha hecho enfadar tanto?
- ¡Todo! -dijo Jessie exasperada-. ¡Tú! ¡El!
-Sé lo que yo hice, pero...
- ¡Lo que hiciste, mejor que no vuelvas a intentarlo, Blue Parker!
Blue se encogió de hombros. Jessie no había querido decirle tal cosa. De todos modos, no iba a dejarla tan fácilmente. Pero pensó que sería buena idea hablarle o calmarla por un momento.
-Bueno, ¿pero qué hizo él? ¿Por qué le mentiste?
- Ya escuchaste a quién buscaba.
-¿Y con eso?
- ¿Piensas que no adivino para qué la está buscando?
Blue comprendía adónde quería llegar.
-Pero no tienes ninguna seguridad de lo que dices.
- ¿Ah, no? Era demasiado apuesto. Debe ser uno de sus amantes y; prefiero morir antes de dejarlo entrar a mi rancho y que se acueste con ella bajo mi techo!
-¿Y qué vas a hacer cuando descubra que le has mentido y regrese?
Jessie estaba demasiado enfurecida como para pensar . en ello.
- ¿Cómo sabes que volverá? Seguramente es de la ciudad, como ella. Y tal vez no pueda encontrar el camino para salir de ninguna parte. No debe reconocer ni un pozo en la tierra. ¿No te has fijado qué llenas estaban sus alforjas? Es el tipo de gente que no puede sobrevivir sin mercancías compradas en la ciudad. Si llega a Fort Laramie o vuelve a Cheyenne, no tendrá ganas de aventurarse por aquí otra vez, en donde la tienda más cercana está a días de caballo. Regresará de donde vino y esperá que ella lo vaya a buscar. Si fuera por mí, espero que suceda cuanto antes.
Blue sacudió la cabeza.
-En verdad la odias.
- ¡Sí, la odio!
-No es natural, Jessie -dijo él con voz leve-. Es tu madre.
- ¡No lo es! - Jessie dio un paso atrás como si la hubiera golpeado.- ¡No lo es! Mi "madre" no me habría abandonado. No habría permitido que Thomas Blair me convirtiera en el hijo que quería. Mi madre murió aquí. Esa mujer no es nada más que una puta. Nunca le importé.
-Tal vez estés resentida Jessie -dijo Blue con voz cálida.
Jessie quería llorar. ¿Resentida? Cuántas veces había llorado hasta dormirse porque no tenía a nadie que pudiera sosegar el dolor de su vida, una vida que aborrecía. ¿No sufría por causa de su madre? Cada cosa que hacía su padre era por despecho, hacia la puta, como él llamaba a su madre. Había rechazado la escuela de señoritas porque su madre quería que fuese educada. Había rechazado en ella toda su feminidad porque su madre había querido que fuera una dama. La había obligado a convertirse en lo que era,

sólo porque sabía que su madre la odiaría. Se había endeudado lo suficiente para construir un castillo, tan sólo porque era lo que su madre había deseado tanto y jamás podría tener.
-Hace mucho tiempo que he pasado la barrera del resentimiento, Blue. Ya no me duele -dijo ella en voz baja-.No la he necesitado en muchos años, y por cierto que no la necesito ahora.
Antes de que sus lágrimas le rodaran por las mejillas, corrió hacia el caballo y se echó a andar. No le importaba llorar, lo que no quería era que la vieran. Cabalgó hacia el sur, lejos del rancho, lejos de la razón de sus lágrimas.

Capítulo 2

Cuando Jessie llegó al patio se estaba poniendo el sol; hacia el oeste, el sol se veteaba de rojos oscuros y violáceos, más allá de las montañas. Como la luz caía a raudales en el porche delantero, llevó a su caballo hasta la parte trasera, para entrar por la cocina sin ser vista. Desmontó y puso a Blackstar rumbo al establo, con una palabra suave y una palmada en la grupa. El animal iría directamente a su establo y esperaría a que ella fuera a cepillarlo. Jessica estaba muerta de hambre desde hacía horas y necesitaba comer un bocado antes de atender a su caballo.
A Blackstar no le molestaría esperar unos minutos más. Siempre aceptaba todo lo que Jessie hiciera. Aunque arrojaba mordiscos a cualquier otra persona y hasta intentaba aplicar unas cuantas coces de vez en cuando, con ella era un ángel. Trueno Blanco se lo había dado sabiendo que la trataría bien. Trueno Blanco tenía una increíble habilidad para los caballos; había criado a Blackstar desde que era un potrillo, adiestrándolo para Jessie sin que ella lo supiera. Siempre creyó estar ayudando a su amigo a domesticar un caballo, simplemente.
Era un regalo muy generoso, porque los caballos eran señal de riqueza entre los indios y Trueno Blanco no tenía tantos. Pero así era él. Blackstar no era el único regalo que le había hecho en esos años de amistad. Aparte del viejo Jeb, era su amigo más íntimo. Y Blackstar era tanto más valioso por esa amistad. Al pensar en eso, mientras el animal se alejaba trotando hacia el establo, estuvo a punto de olvidarse de la comida. Pero el estómago se impuso. Entró en la cocina a oscuras, cerrando silenciosamente la puerta.
En la gran habitación se demoraban los olores de la cena. Jessie habría querido volver más tarde, para servirse un gran plato del guiso que preparaba Kate. Revisó los armarios, buscando algo que pudiera comer de prisa, y sonrió de oreja a oreja al encontrar un plato de pan agrio fresco. Pero en ese momento oyó la voz de su madre en la habitación del frente y eso le borró la sonrisa. Arrancó un trozo de pan y se dirigió hacia la puerta. Entonces oyó otra voz y se detuvo donde estaba, con la vista fija en la puerta abierta que daba al salón.
Sin duda había oído mal. No podía ser la misma voz, ¿o sí? Se acercó a la puerta y dio sigilosamente unos cuantos pasos por el pasillo, deteniéndose junto a su dormitorio. Ahora la voz le llegaba con claridad. Su cara se encendió de rubor al recordar la escena. ¡Por todos los diablos!, ¡se había descubierto su mentira!
Se acercó un poco más a la sala, caminando de puntillas para no hacer ruido con los tacones de sus botas de montar. Gracias a Dios, nunca usaba espuelas para montar a Blackstar. Asomando la cabeza desde la esquina podía ver toda la habitación, colmada de cosas elegantes por las que Thomas Blair se había cargado de deudas, deudas ahora heredadas por Jessie.

Allí estaban su madre y el forastero, sentados en el sofá. Jessie los observó un momento. El joven se había quitado el sombrero, descubriendo una melena de color castaño oscuro que se le rizaba en el cuello.
-No imagino quién pueda ser esa jovencita, Chase -estaba diciendo Rachel-. Es que hace sólo una semana que estoy aquí y aún no conozco a los vecinos de Jessica.
-Si todos son tan hostiles como esa mocosa promiscua, será mejor que no te molestes. Por suerte me encontré con un peón del rancho, que me orientó en la dirección correcta. De lo contrario habría tenido que dormir otra vez a cielo abierto. Y con una noche ya ha sido suficiente, gracias.
Rachel se echó a reír.
-Tengo entendido que te has apegado bastante a la civilización, desde la última vez que nos vimos.
-Si consideras civilización a las poblaciones ganaderas de Kansas. -Chase meneó la cabeza. -Pero prefiero un cuarto de hotel y una comida caliente, por malos que sean, a un campamento solitario.
-Bueno, me alegro de tenerte aquí. Cuando envié esos telegramas no estaba segura de que los recibieras. Como siempre has viajado tanto... Además, no sabía si querrías venir.
-¿No te dije que, si alguna vez me necesitabas, no tenías más que hacérmelo saber?
-Sí, pero entonces no pensábamos que llegaría la ocasión. Al menos, yo nunca lo pensé.
-No te gusta pedir ayuda. -Era una afirmación. -Qué bien me conoces. -Rachel soltó una risa suave que irritó los nervios de Jessie.
-¿Y cuál es su problema, señora? -preguntó Chase.
Jessie se puso rígida. No le gustaba esa manera tierna de hablar.
-En realidad, no estoy segura, Chase -vaciló Rachel-. Al menos... todavía no hay nada específico. No sé... Quizás te he hecho venir sin necesidad. Es decir...
-Espera un momento -la interrumpió Chase, abrupto-. Tú no acostumbras andarte con rodeos, Rachel.
-Es que me sentiría muy mal si te hubiera hecho venir por nada.
-Olvídate de eso. Haya problemas o no, me alegro de haber venido. No había nada que me retuviera en Abilene y, de cualquier modo, era hora de continuar andando. Digamos que he venido porque te debía una visita desde hace tiempo. Y si hay algo que pueda hacer para ayudarte, ya que estoy aquí, mejor.
-No sabes cómo te lo agradezco.
-Eso no importa. Dime cuál es la dificultad.
-Se relaciona con el hombre que mató a Thomas Blair.
-¿Blair era tu primer esposo? -Sí.
-¿Quién lo mató?
-Un hombre llamado Laton Bowdre. Lo conocí hace un par de semanas, en Cheyenne, antes de venir al rancho. Había ido al banco para ver al señor Crawley, el que me hizo llegar la carta de Thomas, para ver si él podía explicarme por qué Thomas había cambiado de idea, después de tantos años.
-¿La carta no lo decía? -En realidad, no.
-¿Y el banquero te lo explicó?
-No. Pero me dijo que Thomas estaba muy endeudado con el banco.
-¿Crees que por eso te nombró tutora de Jessica? ¿Porque temía que ella no pudiera pagarla por sus propios medios?
-Es posible -reconoció Rachel, pensativa-. El no quería que la chica perdiera el rancho. De eso estoy segura.
-Dios mío -gruñó Chase-. ¿Cómo vas a ayudarla, si no sabes nada de ranchos?

-Oh, Thomas no pretendía que yo administrara el rancho. Sólo debo ocuparme de que Jessica no sufra ningún daño hasta que cumpla los veinte años o se case.
Según me escribió, creía que ella no estaba lista para manejarse sola; que necesitaba una mano conductora algunos años. Estoy segura de que, si él hubiera vivido dos años más, no me habría hecho llegar esa carta. El señor Crawley dice que la encomendó al banco hace cuatro años, preocupado porque Jessica era demasiado joven. En cuanto al rancho, ella lo administra muy bien, por lo que he podido ver.
-¡Estás bromeando!
-Por desgracia, hablo en serio. -La voz de Rachel revelaba un dejo de amargura. -Thomas dispuso de diez años para trabajar con ella y enseñarle todo lo necesario. Y peor aún...
-¿Qué?
-Cuando la conozcas comprenderás a qué me refiero. Pero como te decía, en el banco conocí a Bowdre. Nos presentó el señor Crawley. Me dio su más sentido pésame, con mucha hipocresía, y me explicó lo ocurrido. Al parecer, fue por un juego de cartas en una taberna. Thomas había apostado una cantidad ridícula, seguro de ganar; como perdió, acusó a Bowdre de haber hecho trampas y desenfundó su revólver, pero Bowdre le ganó la partida y lo mató.
-¿Qué dice el comisario?
-Dice que así fue. Había diez o doce testigos. Yo hablé con varios y todos cuentan lo mismo. Fue una pelea limpia. Lo que no se sabe es si Laton Bowdre había hecho trampas o no, pero ya es demasiado tarde. El problema es que aún tiene el pagaré de Thomas. En esta zona, una deuda de juego vale tanto como el oro.
-Como me gusta jugara las cartas -Chase sonrió sardónicamente-, no puedo decir que lo lamente. -Bueno, ahí está lo horrible. El quiere cobrar y Jessica no tiene dinero. En realidad, creo que él quería quedarse con el rancho, pero- ella lo enfrentó delante de testigos, obligándole a darle tiempo para pagar la deuda. -¿Cuánto tiempo?
-Tres meses.
-¿Y qué dice Jessica al respecto?
-No se preocupa. Dice que liquidará lo de Bowdre después del rodeo de otoño. Tiene contratos para vender carne a varios campamentos mineros del norte.
-En ese caso, ¿dónde está el problema, Rachel? -En Laton Bowdre. Parece más astuto que una comadreja. Al menos, esa fue la impresión que me dio. -Rachel se mordisqueó los labios antes de confesar:
-Me parece que no quiere el dinero, Chase. Lo que quiere es el rancho.
-¿Crees que puede hacer algo para impedir que Jessie salde la deuda?
-Sí, pero no sé qué podría hacer. Tal vez sea cosa de mi imaginación, pero me sentiría mucho mejor si le echaras un vistazo; quiero saber qué impresión te causa.
-Por supuesto -aceptó Chase de inmediato-. Pero ¿por qué no le pagas la deuda para quitarlo de en medio? Puedes permitirte ese gasto.
-¿Crees que no lo he pensado? Traté de dar el dinero a Jessica, pero me lo arrojó a la cara. No acepta nada de mí.
-¿Por qué?
Rachel rió con amargura.
-Su padre me odiaba y le enseñó a odiarme. Y ella lo hace muy bien.
Por un momento hubo silencio. Luego el joven dijo. -¿Cuándo voy a conocer a esa terca hembra? Jessie no se quedó a escuchar la respuesta. Retrocedió por el pasillo hasta su dormitorio, donde recogió unas cuantas cosas. Luego volvió a la cocina y, tras apoderarse de toda la hogaza de pan, salió de la casa sin hacer ruido.

Ardía de cólera. ¿Cómo se atrevían a hablar así de ella? ¿Cómo osaba Rachel llamar a un extraño para que se entrometiera en sus asuntos? ¡Terca hembra! ¡Qué cabrón! Que fuera a Cheyenne, a husmear cuanto quisiera, y presentara su informe a Rachel. Entonces podría largarse al infierno, lejos de Jessica. Pero a ella no la conocería. Jessica estaba decidida a no volver hasta que él se hubiese ido.

Capítulo 3

Esa noche, ya tarde, Rachel comenzó a preocuparse por la ausencia de Jessica. Ya había pedido a Chase que la buscara en las dependencias, pero él volvió meneando la cabeza. Jessica no tenía horarios para nada, pero hasta entonces nunca se había demorado tanto. Su madre empezaba a imaginar todo tipo de posibilidades terribles.
Fue en busca de Jeb, seguida por Chase, ya fastidiado por esa elusiva muchacha que, al parecer, no tenía consideraciones con nadie.
Encontraron a Jeb en el establo, atendiendo a un potrillo enfermo. Daba la clara impresión de no querer ser molestado. Chase sabía que Rachel estaba perdiendo
el tiempo, pues él ya había interrogado al viejo, recibiendo como seca respuesta que, obviamente, la chica no estaba allí.
-Por favor, Jeb, si Jessica está aquí... --comenzó Rachel.
-No está. Vino, vio que usted tenía visita y se fue a caballo otra vez.
-¿Se fue a caballo? ¿Por cuánto tiempo? -No sé.
-Bueno, ¿cuándo se fue? -Hace un par de horas.
-Debería volver pronto, ¿no? -preguntó Rachel, esperanzada.
Jeb no levantaba la cabeza. -No creo.
-¿Por qué?
-Se fue bastante enojada, como cuando reñía con el papá. No creo que la veamos en una o dos semanas. -¿Qué?
Por fin Jeb levantó la vista hacia Rachel. La vio tan espantada que cedió.
-El año pasado volvía en pocos días, porque solía ir a casa de los Anderson, a quince kilómetros de aquí. Iba para irritar al papá, que no le permitía seguir estudiando. El señor Anderson era maestro en el este.
Rachel se sorprendió. -¿Ella seguía estudiando?
-Supongo que sí. Jeb rió entre dientes. -Pero eso fue hasta el año pasado, como decía. Los Anderson volvieron al este.
-En ese caso, ¿para qué lo menciona, señor Hart? -inquirió Chase.
Rachel le apoyó una mano en el brazo para hacerlo callar; sabía que Jeb Hart tenía su propio modo de decir las cosas. Nunca ofrecía información voluntariamente; cuando se decidía a hablar, la cosa se prolongaba.
-Eso no importa, Jeb -se apresuró a decir-. Me gustaría saber adónde puede haber ido.
-Ella no me lo dijo --respondió él con brusquedad, volviendo su atención al potrillo.
-¿Y usted no tiene alguna idea, Jeb? La preocupación me está matando.
-Si se lo digo será peor-le advirtió él. -¡Por favor, Jeb!
El vaciló un momento. Luego se encogió de hombros.
-Lo más probable es que haya ido a visitar a sus amigos, los indios. Y no volverá hasta que se le pase.
-¿Indios? Pero ¿son... estará segura entre ellos? -Creo que está tan segura entre ellos como en cualquier otro lugar.

-No sabía que hubiera indios por aquí -murmuró Rachel, distraída y totalmente confusa.
-No hay. Están a tres o cuatro días de viaje, según la prisa que se lleve.
-¡No puede ser! -exclamó Rachel, dilatando los ojos-. ¿Tendrá que viajar sola tres o cuatro días, acampando al aire libre?
-Siempre lo ha hecho.
-¿Por qué dejó usted que se fuera? -Acusó la madre. El miedo le dio una entonación más áspera de la que ella pretendía.
Jeb contestó, simplemente:
-Cuando a esa muchacha se le pone algo entre ceja y ceja, no hay modo de impedirlo. ¿No se ha dado cuenta?
Rachel se volvió hacia Chase, con una súplica en los ojos azules.
-¿No irías a buscarla? No soporto pensar que anda sola por ahí. Hace pocas horas que salió, Chase. Podrías alcanzarla esta misma noche.
-Rachel...
-Por favor, Chase.
No había modo de negarse a esos enormes ojos azules. El joven suspiró.
-No soy muy buen rastreador, pero ya me las arreglaré para hallarla. ¿Dónde está esa reserva india a la que va?
-Ha de ser la reserva Shoshone, ¿verdad, Jeb? -dijo Rachel. No esperó la respuesta. -Está por el noroeste. Pero no hará falta que vayas muy lejos. No creo que ella cabalgue toda la noche, ¿cierto, Jeb?
En esa oportunidad aguardó la respuesta. El viejo los miraba como si los creyera locos.
-Supongo que acampará en algún sitio hasta la mañana.
-Ya ves -confirmó Rachel a Chase-. Bastará con que sigas las montañas hacia el norte. La encontrarás con facilidad.
-Pero no nos esperes hasta mañana, Rachel. Me lleva un par de horas de ventaja.
-No importa. Me sentiré mejor sabiendo que has ido a buscarla.
Jeb observó al forastero, que ensillaba su caballo. "Bonito animal", admitió a regañadientes, siguiéndolo con la vista. "Lástima que lo hagan trabajar inútilmente días enteros. Bueno, si ellos suponían que los indios amigos de Jessie eran de la reserva, Jeb no tenía la culpa. No se sentía obligado a aclarar las cosas. No debía lealtad sino a Jessie. Y a ella no le gustaría que salieran a buscarla. ¿Acaso no estaba furiosa por culpa de ese hombre? ¿No era por él por lo que se había marchado?
Era mejor no explicar que Jessie iba hacia la región de Powder River, zona que el Ejército había concedido a los indios en 1868. Esos eran los territorios de caza de los cheyennes del norte y sus temibles aliados, los sioux. Dentro de seis o siete días, cuando volviera Chase Summers, se le podrían aclarar las cosas. Sin duda quedaría agradecido a Jeb por haberlo salvado de aventurarse en territorio de indios hostiles.
"Caramba, probablemente le salvé la vida al mantener el pico cerrado", se dijo Jeb.
Y no volvió a pensar en el asunto.

Capítulo 4

Ya pasada la medianoche, Jessie llegó al cobertizo que utilizaban los hombres cuando trabajaban en la pradera del norte. Como en los meses cálidos nadie dormía allí, podía disponer de ese pequeño depósito. Hasta tenía un catre. Al amanecer recogió algunas provisiones y se puso en marcha. Haciendo un promedio excelente, llegó a destino al anochecer del tercer día.

Entonces descubrió que había hecho el viaje inútilmente. Sobre el arroyo serpenteante, contempló la zona donde, llegado el invierno, se agolpaban cincuenta tipis bajo los árboles. O bien ella se había adelantado o ellos se demoraban en regresar de las cacerías de búfalos, hacia el norte. La pequeña tribu de Trueno Blanco aún no había llegado.
Observó a una ardilla que corría por la hierba alta. El pasto había crecido bien durante la primavera y el verano. Daría sustento a los caballos de la tribu la mayor parte del invierno, hasta que los indios continuaran viaje. Ella tenía muchos deseos de conversar con Trueno Blanco; la desilusión era grande. Como no se veían desde la primavera, él no estaba enterado de la muerte de su padre. Y ahora probablemente no podrían verse hasta que ella hubiera terminado con el rodeo del otoño. Jessie cruzó el arroyo, decidida a acampar hasta la mañana. Fue directamente al sitio donde había pasado tantas noches, en el tipi que erigía allí Mujer del Ancho Río, la madre de Trueno Blanco. Pero se sentía sola sin su amigo y los parientes, sin ruido de niños, sin los cuentos que se relataban las mujeres mientras trabajaban y los gritos triunfales de los hombres después de la cacería. Se sintió más sola allí que a lo largo de todo el trayecto.
Mientras tendía sus mantas y recogía leña para encender una fogata, Jessie recordó su primera visita a esa región, ocho años antes. Había seguido a su padre sin que él lo supiera, porque él llevaba consigo a un bebé recién nacido y Jessica temía que lo abandonara a su suerte en cualquier sitio. Su padre estaba furioso porque había nacido niña. Jessie no ignoraba que esa niña y ella eran medio hermanas.
Fue un alivio ver que su padre llevaba al bebé allí. La dejó en manos de su abuela. La madre, una india que fue amante de Thomas por un año, había muerto al darla a luz. Era la hermana mayor de Trueno Blanco, por parte de madre. Jessie se enteraría de todo eso más adelante.
Para asegurarse de que el bebé estaba a salvo, reveló su presencia a los indios en cuanto su padre abandonó el campamento. La madre de Trueno Blanco adivinó quién era por su parecido con Thomas. Y como sabía hablar inglés, ella y Jessie se hicieron amigas. Hasta Corre con el Lobo, el austero padrastro de Trueno Blanco, toleraba la presencia de Jessie. Había tratado con Thomas Blair en sus días de cazador, afines de la década de 1830, y ambos mantenían tratos comerciales desde hacía tiempo.
Ese año Jessie viajó todos los meses para visitar al bebé, hasta que el clima se hizo demasiado inclemente. Así intimó con Trueno Blanco y su hermana menor, Pajarillo Gris. Le hacía muy bien tener amigos por primera vez. Su padre no era hombre afectuoso y los indios llenaban ese vacío.
Al año siguiente, cuando el clima le permitió volver a viajar, Jessie se enteró de que su pequeña hermana había muerto durante el cruel invierno. Entonces habría podido suspender sus visitas, pero descubrió que el campamento indio era el único lugar en que podía mostrarse tal cual era. Hasta podía vestirse con ropas de mujer, cosa que el padre no le permitía. Sus amistades se profundizaron, sobre todo la de Trueno Blanco.
Cuando estaba con los indios disfrutaba de lo mejor de ambos mundos. Podía quedarse en el tipi, como lo hacían las niñas, aprendiendo a coser, enhebrar cuentas, cocinar y curtir cueros de búfalo. Pero nadie la criticaba si deseaba ir a cazar con Trueno Blanco, participar en una carrera de caballos o jugar con los varones. Se lo permitían porque no era como ellos, pero también porque la habían conocido vestida con ropas de varón y porque se mostraba muy diestra en cosas de hombres.
La aceptaban. La llamaban Parece Mujer. Con su pelo de medianoche y la piel bronceada por el verano parecía una india más. A Jessica le encantaba su nombre indio.
Pensando en la gente a la que tanto amaba le vino a la memoria el hombre al que tanto odiaba: Laton Bowdre. Era maduro y calvo, de ojos pardos muy expresivos, reveladores de la lascivia que ocupaba sin pausa su mente. No había en él nada recomendable: ni sus

ropas ostentosas ni su cuerpo enjuto. Era feo. Jessica lo encontraba parecido a las comadrejas, atentas sólo a su propio placer.
El día en que le exigió el pago del documento ganado a Thomas, sus ojos recorrieron audazmente el cuerpo de Jessie. Ella tuvo la sensación de que, a no ser por la presencia de otras personas, sus manos habrían seguido el camino de sus ojos.
Y no se equivocaba. Su segundo enfrentamiento con el hombre fue menos fácil. Bowdre la arrinconó cuando iba a tomar el tren para hacer compras en Denver. No había allí nadie que pudiera defenderla. Recordaba con claridad su voz ronroneante.
-Cuánto me alegro de encontrarla, señorita Blair! Así, vestida, me costó reconocerla, querida mía. -Disculpe usted. -Jessie trató de pasar, pero Laton Bowdre le bloqueó el paso.
-¿No tendrá usted algo para mí? -le preguntó suavemente.
Jessie se puso furiosa.
-Acordamos que le pagaría ese maldito dinero dentro de tres meses.
El hombre se encogió de hombros.
-Se me ocurrió que tal vez quisiera pagarme antes. Claro que no puede, ¿verdad? ¿Cómo lo olvidé? -Sonrió de oreja a oreja. -Fui muy generoso al darle tiempo, ¿verdad? Y usted nunca me dio las gracias como correspondía.
Jessie apretó los dientes.
-Es cierto, fue usted muy amable -dijo, pétrea. -Me alegro de que lo reconozca. Claro que no me vendría mal cobrarme algunos intereses. -Sin darle tiempo a contestar, prosiguió. -Le diré, querida, hasta podría perdonarle una parte de la deuda, si usted... -¡Ni pensarlo! -le espetó Jessie-. Se le pagará su deuda... ¡en dinero!
Bowdre rió entre dientes ante su indignación y alargó una mano huesuda para tocarle la cara.
-Prénselo bien. Toda muchacha necesita un hombre. Hasta podría ofrecerle una petición de casamiento. Después de todo, usted no puede manejar sola ese rancho. Sí, podría proponerle el matrimonio. -Dejó caer una mano en el hombro de la muchacha y empezó a bajarla.
Jessie reaccionó instintivamente, golpeando al hombre con el puño cerrado; esa mano le dolería durante todo el viaje. La sorpresa de Bowdre no apaciguó su enojo; tampoco la aparición de un hilo de sangre en la comisura de su boca.
-No vuelva a ponerme las manos encima, señor Bowdre -le advirtió, glacial.
-Te arrepentirás de esto, niñita -aseguró
Bowdre, con la misma frialdad, olvidando todo disimulo.
-Lo dudo -replicó Jessie, acalorada-. Podría arrepentirme si estuviera armada, porque entonces tendría que dar explicaciones al comisario por haberle metido una bala en el cuerpo. Buenos días, señor Bowdre.
El mero recuerdo de ese enfrentamiento le causaba escalofríos, así que lo apartó de su mente.
Ya encendido el fuego, Jessie limpió el gallo silvestre que había matado algo antes. Después de trocearlo, arrojó los pedazos a una cacerola con agua, junto con guisantes secos, especias y un poco de harina; luego batió un engrudo espeso y lo agregó a la cacerola a cucharadas, para formar bollos hervidos. Había aprendido a no escatimar en la comida cuando estaba sola. Bien alimentada se podía llegar lejos y resistir largas jornadas a caballo.
Mientras la comida hervía en la fogata, se dedicó a cepillar a Blackstar. Luego le echó una manta encima para protegerlo del frío nocturno. Ella dormiría sin quitarse la chaqueta de venado. El verano había quedado atrás. Envolviéndose las piernas con la otra manta, se instaló junto al fuego para comer.

En medio de la comida, Blackstar empezó a resoplar y a mover los cascos; la muchacha tuvo la certeza de que ya no estaba sola, pero no cometió la imprudencia de levantarse de un salto. Era exactamente lo que los indios esperaban de cualquier blanco; si se levantaba podría recibir una flecha en plena espalda.
Esperó varios segundos sin moverse. Luego dijo en voz alta y cordial, hablando con claridad:
-Me gusta la compañía y tengo comida para compartir, si quiere usted acercarse al fuego, para que nos veamos.
Nadie respondió. Siempre sin moverse, Jessie repitió la invitación en lengua cheyenne.
-Soy Parece Mujer, amiga de los cheyennes. Tengo fuego encendido y comida para compartir, si quieres darte a conocer.
Tampoco hubo respuesta. Pasó diez minutos entre el miedo y el alivio, sin oír ruido alguno. Blackstar también se había tranquilizado, pero no acostumbraba ponerse nervioso sin motivo.
Y de pronto lo vio allí, de pie a su lado. Se llevó la mano al pecho, espantada, pues no lo había oído acercarse. Esos pies, calzados de mocasines, aparecieron en
un segundo donde antes sólo había espacio vacío, a pocos centímetros de sus piernas cruzadas.
Levantó la mirada por esas largas perneras adornadas de flecos, más allá del taparrabos que sólo llegaba hasta la mitad de los muslos, por encima el amplio
pecho desnudo, de gruesos músculos. Había allí cicatrices que probaban su valor y su resistencia. Trueno Blanco tenía marcas similares, originadas en una Danza del Sol, varios años atrás.
Al subir la vista un poco más, la sorprendió ver que el hombre no tenía más de veinticinco años. Su rostro era deslumbrante: piel cobriza extendida sobre los pómulos altos, nariz de halcón y ojos de ébano. Esos ojos no revelaban nada. El largo pelo negro, suelto sobre la espalda, se encadenaba delante en dos finas trenzas. Llevaba un arco y flechas colgados del hombro, pero mostraba las manos vacías, dando a entender que no veía en ella una amenaza.
-Mira que eres apuesto, hombre -murmuró Jessie, al terminar su observación.
El guerrero la miró a los ojos y ella se ruborizó al caer en la cuenta de lo que había dicho. Pero la expresión del indio no se alteró. ¿Habría comprendido? Jessie se
levantó poco a poco, para no alarmarlo. Entonces logró la primera reacción. Fue cuando la manta cayó, descubriendo los pantalones adheridos a su piel y la pistolera.
Antes de que ella pudiera moverse, el indio le abrió el chaleco. Sus ojos se demoraron en los suaves montículos que tensaban la pechera de la camisa, pero Jessie no se atrevió a desasirse.
Por fin el hombre la soltó. Entonces dejó escapar el aliento que estaba conteniendo.
“Bueno, ahora que eso está aclarado, tal vez podamos comunicamos. ¿Hablas mi idioma? ¿No? -Pasó a la única lengua india que dominaba. -¿Cheyenne? ¿Eres cheyenne?
El la sorprendió con un largo torrente de palabras, pronunciadas en voz grave y resonante. Por desgracia, la única palabra que reconoció era dakota.
"Eres sioux" -dedujo, desilusionada. Aunque el dialecto cheyenne se parecía al sioux, no eran la misma cosa.
En esos años Jessie sólo había visto a unos, pocos guerreros sioux, de visita en el campamento de Trueno Blanco. Este pertenecía a las tribus aún activamente hostiles contra los blancos, tan poderosas que habían obligado al Ejército a abandonar el territorio. A diferencia de casi todos los indios de las praderas, los sioux y los cheyennes del norte no se habían dejado someter por los blancos. Exigieron toda la región de

Powder River como territorio de caza... y lo obtuvieron. Y allí estaba Jessie, frente a un guerrero sioux que la había sorprendido en su propio territorio.
Sus pensamientos estaban tomando una dirección alarmante; optó por ponerles fin de inmediato. No tenía motivos para sentir miedo. Todavía. El guerrero indio había condescendido a hablarle; eso era buena señal.
-Los blancos me llaman Jessica Blair. Los cheyennes Parece Mujer. Vengo con frecuencia para visitar a mi amigo Trueno blanco y su familia, pero este año me he adelantado. Por la mañana regresaré a mi hogar, que está hacia el sur. ¿Conoces a Trueno Blanco? Acompañó la prolongada explicación con lo poco que sabía sobre el lenguaje de signos, pero el hombre no dio muestras de entender. Jessica guardó silencio. El apartó la vista hacia Blackstar y fue a examinarlo.
"Es un regalo de Trueno Blanco" -explicó ella. Por fin el guerrero dijo algo que ella no comprendió. Luego deslizó una mano por los flancos del animal, riendo al ver que Blackstar giraba la cabeza tratando de morderlo.
Entonces Jessie perdió la paciencia.
-¡A ver si dejas en paz a mi caballo, caramba! ¡No puedes quedarte con él!
El enojo de su voz era inconfundible, aunque las palabras no se comprendieran. Logró que el indio volviera a prestarle atención y se le acercara. En esa oportunidad se detuvo tan cerca que ella se vio obligada a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.
Su expresión era menos austera. Volvió a hablar, indicando por señales que le estaba diciendo su nombre. Ella trató de descifrarlo. Por fin, con una gran sonrisa,
halló el equivalente en su propio idioma.
-¡Pequeño Halcón! -dijo, orgullosa.
Pero él sacudió la cabeza. No había comprendido.
Jessie, sonriente, volvió a indicarle que podía compartir su comida y su fogata. Esa vez él agradeció su ofrecimiento y se sentó ante el fuego. Jessie volvió a su sitio, envolviéndose las piernas con la manta. Como sólo tenía un plato, agregó más comida y se lo entregó.
Cuando sólo quedó la porción que estaba en el plato en un principio, el indio se lo devolvió y la observó mientras ella acababa su comida. Mientras se levantaba a
limpiar y guardar los utensilios, Jessica sintió que esos ojos seguían cada uno de sus movimientos.
Al volver junto al fuego lo encontró tendido en la hierba, incorporado sobre un codo, frente a su lugar.
Habría podido buscar otro sitio, pero no le pareció prudente hacer ningún cambio. Se acostó frente a él, mirándolo a los ojos. Parecieron sostenerse la mirada una eternidad. La expresión del guerrero se hizo más audaz.
¿No la estaba mirando igual que B1ue? Era obvio que Pequeño Halcón la deseaba, pero Jessica se sorprendió al ver que daba unas palmadas en la hierba a su lado, sugiriéndole que deseaba tenerla junto a sí. Ella meneó lentamente la cabeza, sin dejar de mirarlo a los ojos. Pequeño Halcón se encogió de hombros y, tras una última mirada, se acostó y cerró los ojos.
Jessie continuó vigilándolo; sentía alivio, pero también una extraña inquietud. ¿Qué le estaba pasando? Por fin decidió que era por sus ojos, por el modo en que él la había mirado, haciéndole el amor con esos ojos oscuros e imponentes.
Sin embargo, al quedarse dormida no fueron los ojos de Pequeño Halcón los que vio, sino otros ojos, igualmente oscuros: los de Chase Summers.

Capítulo 5

-¡Si lo hubieras visto, Jeb! -decía Jessie, mientras desensillaba a Blackstar. Desde su llegada, diez minutos antes, no había cesado de hablar. -Era tan orgulloso y arrogante... Completamente indio, no sé si me entiendes. Jeb enarcó una sola ceja.
-¿Y no le tuviste miedo, siendo sioux?
-Bueno, un poquito, sobre todo cuando me dio a entender que... me quería.
-¿Eso hizo? Pues no parece que te haya sentado mal lo que hizo.
-Porque no hizo nada -explicó simplemente-. Me negué y él respetó mis deseos.
-¿De veras?
-¿No me crees? -acusó ella-. En realidad, no podía atacarme, después de haber comido de -mi plato. Como bien sabes, esa gente tiene un sentido del honor muy rígido. ¿O acaso dudas de que me quisiera? Algunos hombres me encuentran atractiva, Jeb Hart, aun vestida así.
-Bueno, hija, no te enojes. Pero ella no estaba enojada.
-De cualquier modo -prosiguió-, cuando me levanté, a la mañana siguiente, ya se había ido. Hasta pensé que todo podía haber sido un sueño.
-¿Estás segura de que no lo fue? Ella le clavó una mirada fulminante.
-Estoy segura, sí. La hierba estaba aplastada donde había dormido. Además, dejó esto. -Sacó la pluma azul que guardaba en el bolsillo.
-¿Y por qué crees que te dejó eso? Jessie se encogió de hombros. No lo sabía.
-Pero creo que me la quedaré -sonrió-. Como recuerdo de un hombre gallardo que me deseaba.
Jeb gruñó:
-Te estás volviendo traviesa, Jessie Blair. Dónde se ha visto, tanto hablar de deseo a los dieciocho años. -Eso es porque me miras como si fuera varón, Jeb. Pero a mi edad muchas están ya casadas. Creo que llevo retraso con lo romántico.
-Bueno, pero que no te oiga Rachel -murmuró él-. Se ha pasado toda la semana preocupada por ti. Ante esa mención de su madre cambió toda la actitud de Jessie.
"Y con tanto preocuparse nos ha vuelto locos a todos. Hasta hizo que ese joven saliera a buscarte, la noche en que te fuiste".
-¿Qué? -tronó Jessie-. ¿Cómo se atreve a...? -Un momento. El no te encontró, ¿verdad? Y lo cierto es que aún no ha regresado.
Jessie asimiló la noticia. Sonrió de oreja a oreja. Y luego se echó a reír.
-¿De veras? ¡Qué maravilla! Conque se perdió, después de todo.
Jeb la observó un momento antes de preguntar. -No te cae simpático, ¿verdad?
-¿Qué sentirías tú si un desconocido cualquiera se entrometiera en tus asuntos?
-¿Y él se ha entrometido?
-Todavía no -respondió ella, seca-. Pero oí a Rachel pidiéndole que lo hiciera y él aceptó. Si no vuelve nunca más, mejor para mí.
Chase volvió cinco días después, cansado hasta los huesos, dolorido y habiendo fallado en la misión encomendada por Rachel. Más de trescientos kilómetros de viaje miserable y polvoriento para llegar a esa condenada reserva, ¿y para qué? El agente del gobierno nunca había oído mencionar a Jessica Blair. Tampoco los indios que conocían su idioma pudieran decirle nada. Pasó un día entero recorriendo la zona y haciendo preguntas, pero nadie sabía nada.
Cuando Chase llevó a Goldenrod al establo, Jeb estaba en el depósito de delante. El joven lo miró, con todo el cansancio y el enojo de los últimos días hirviendo en la superficie. Pero sesenta años de vida habían enseñado a Jeb a entenderse con los gatos salvajes. -Bueno, qué pronto ha vuelto, amigo --comentó, simpático.
-¿Le parece? -replicó Chase, áspero-. ¿No se sorprende un poco?

-No veo por qué.
-¿No? Me gusta el juego y habría apostado todo mi dinero a que usted no esperaba verme ya por aquí. Jeb sonrió con toda la cara.
-Caramba, yo sería muy mala persona si aceptara esa apuesta. La verdad es que esperaba verlo aquí uno de estos días, sano y salvo, porque no hay peligro por donde usted ha ido. En esa ruta no hay problemas desde hace muchos años.
-Eso no viene al caso -replicó Chase, fríamente-. Ir a la reserva Shoshone fue perder el tiempo. Y usted lo sabía.
-Bueno, hombre, habría podido decirle... -¿Y por qué no me lo dijo?
-Porque usted no preguntó -replicó Jeb, encogiéndose de hombros-. No es culpa mía si usted y la señora supusieron que los amigos de Jessie eran indios shoshone, señor. Vea, le hice un favor al mantener la boca cerrada, viendo que Rachel lo enviaba allí. A usted no le convenía seguir a la muchacha. Ningún blanco va por allí si tiene la cabeza en su sitio.
-¿Por dónde? ¿Adónde diablos fue esa muchacha? ¡Y no me diga más idioteces sobre los indios!
-No sé por qué está usted tan irritado -gruñó Jeb-. A lo mejor le salvé la vida. ¡Y así me lo agradece!
-¡Por Dios, viejo! -estalló Chase-. ¡Buena te la daría, si no estuvieras ya tan cerca de la tumba! Quiero que me respondas con claridad en vez de...
-¡No te metas con él!
Chase giró en redondo hacia esa voz furiosa. Quedó atónito al encontrarse frente a la misma chica que lo había desviado del rancho a su llegada. -¡Tú otra vez! ¿Qué haces aquí, pequeña? -Como ella no respondía, preguntó a Jeb: -¿Quién es?
Jeb trató inútilmente de disimular su diversión. Sabía que iban a volar chispas y no dudaba quién saldría quemado. El joven se lo tenía merecido, sí.
-Caramba, señor, ella es la muchacha que usted ha estado buscando -explicó, con aire inocente.
Chase se volvió otra vez hacia la muchacha; el enojo pudo más que su sentido común.
-¡Hijo de puta! juró, furioso-. ¡Tendría que despellejarte!
Jessie dio un paso atrás, llevando automáticamente la mano a la pistola.
-No le conviene intentarlo, señor -le dijo en voz fría y serena-. En su lugar, ni siquiera lo pensaría. Chase la observó con cautela. No había reparado en el arma, pues sólo tenía ojos para ese delicado rostro oval que, por algún motivo fastidioso, no podía quitarse de la mente desde hacía más de una semana. El mismo tiempo que había malgastado buscándola, no a la desconocida hija de Rachel, sino a esa marimacho vestida de hombre. ¡Cielos, qué ganas de darle su merecido! Aunque todavía estaba hirviendo, logró mantener su enojo bajo la superficie.
-¿Serías capaz de dispararme, pequeña? -preguntó.
-No lo dude, señor -le advirtió Jeb, desde atrás.
Chase suavizó su expresión, repitiendo con su voz más seductora:
-¿Me dispararías, Jessica?
Jessie no supo cómo interpretar ese cambio de actitud, pero no se dejó conquistar. Su enojo era en parte una reacción defensiva, pues había mentido a ese hombre y ambos lo sabían. Pero también estaba furiosa porque él no era nadie para maltratar a Jeb.
-Si usted no se me acerca, no tendré que demostrárselo.
-En ese caso, guardaré distancia -aceptó él, apoyando la espalda contra la pared-. Pero reconocerás que tú y yo debemos mantener una conversación muy seria.
-No -replicó ella, seca-. No tengo por qué darle explicaciones, pero escuche bien lo que voy a decirle: no vuelva a molestar a Jeb. El trabaja para mí y no tiene por qué

responder a sus preguntas. Ni siquiera tiene obligación de saludarlo, si no se le antoja, porque usted no trabaja aquí ni tiene derecho a interrumpirlo en su trabajo. ¿Me ha entendido bien, señor?
-Perfectamente -replicó Chase, sin amilanarse-. Ya que tú conoces todas las respuestas, ¿podrías explicarme por qué me mentiste?
Jessie lo fulminó con la mirada.
-¡Porque no lo quiero aquí! -le espetó-. Y ésa es toda la explicación que voy a darle.
Giró sobre sus talones para salir del establo. Pero Chase la detuvo con un amenazante amartillar de revólver y una advertencia glacial:
-Quieta ahí, mocosa.
Jessie, que estaba a un paso de él, giró la cabeza para mirarlo, incrédula. Después de echar un vistazo al revólver apuntado hacia ella, su expresión fue de absoluto desprecio.
-No vas a disparar -afirmó, sin preocuparse-. ¿Qué explicación darías a tu preciosa Rachel?
Y cruzó las puertas del establo. Chase enfundó furiosamente la pistola. Las risas roncas de Jeb no hicieron sino encolerizarlo aún más. En verdad, no recordaba que ninguna otra mujer lo hubiera enfurecido tanto. Y no pensaba soportar aquello.
Corrió detrás de Jessie y la alcanzó a medio camino entre el establo y la casa. Ella no lo oyó hasta que ya era demasiado tarde para reaccionar: Después de detenerla bruscamente, Chase le quitó el arma y la arrojó al otro lado del patio.
-Vamos a hablar-dijo, bruscamente.
-¡Vete al demonio! -replicó Jessie, gritando cada palabra un poco más alta que la anterior. Y antes de terminar le arrojó un puñetazo.
Chase le sujetó la muñeca y se la inmovilizó detrás de la espalda, luego hizo lo mismo con el otro brazo, con lo que ella sólo pudo tratar de darle patadas.
-Tenías razón, pero sólo a medias -le dijo con aspereza-. No se me ocurriría dispararte, pequeña. Pero no veo nada malo en darte la paliza que tanto te mereces si no te comportas bien.
Jessie abandonó inmediatamente toda resistencia y se relajó contra él. Chase la sostuvo así, esperando a que se calmara un poco. Y durante la espera cobró aguda conciencia de ese cuerpo femenino. Lo invadió la confusión. ¿Qué edad tenía la hija de Rachel? ¡Dieciocho años! Era toda una mujer, aunque no actuara ni vistiera como tal. Contra su torso se apretaban dos pechos suaves y plenos. No le extrañó que su carne comenzara a responder a esa proximidad.
Jurando por lo bajo, apartó a Jessie de sí, sujetándole las muñecas delante del cuerpo. Estudió las curvas tentadoras que se le habían pasado por alto, el ajuste de los pantalones, que eran como una segunda piel, el modo en que la camisa se tensaba a la altura del busto. -¿Estás dispuesta ahora a comportarte bien? Jessie bajó la cabeza. Parecía aplacada.
Me estás haciendo daño -dijo.
El aflojó las manos. En cuanto lo hizo, la muchacha se liberó con una sacudida y echó a correr hacia la casa. Chase la alcanzó en los escalones del porche. Por entonces ya estaba harto. Entre los gritos de Jessie, se sentó en los peldaños y se la cruzó sobre las rodillas. Ella se debatía con todas sus fuerzas, tratando de darse vuelta y sin dejar de gritar.
Rachel, al oír los gritos, corrió al porche y quedó espantada.
-¡Basta, Chase!
El joven no pudo volverse a mirarla. Estaba muy atareado con el intento de dominar a esa gata salvaje. --¡Es lo que merece, Rachel!

-Ese no es el modo de tratar a Jessica, Chase. -La mujer se le acercó por adelante. -Suéltala. Chase la miró con dureza, pero poco a poco recobró la razón.
-Tienes razón. No me corresponde a mí disciplinar a tu hija, por mucho que lo necesite.
Soltó a Jessie. En cuanto tuvo los pies bien plantados frente a él, la muchacha tomó impulso y le aplicó un puñetazo en la nariz. Lo tomó tan por sorpresa que ella pudo huir hacia el interior de la casa antes de que reaccionara. Chase dejó escapar un gruñido y se levantó para seguirla. Rachel lo sujetó por un brazo.
-Déjala.
-¿No has visto lo que me hizo esa pequeña zorra? -gritó él, furioso.
-Sí, y no te merecías otra cosa -replicó ella, en tono áspero. Luego agregó, más sosegada: -Ya es una mujer, Chase. No puedes manosearla de ese modo.
-¡Mujer, eso! ¡Es una mocosa malcriada! -Chase se palpó la nariz y tocó sangre. -¿Me la ha fracturado? -Veamos. -Rachel deslizó los dedos por el puente. Luego meneó la cabeza. -Creo que no, pero estás sangrando mucho. Ven adentro para que te atienda.
Chase cruzó el umbral, pero lo hizo con cautela, como si temiera que Jessie estuviera esperándolo para golpearlo otra vez. Rachel lo vio echar una mirada a su alrededor y dijo: "La puerta de su cuarto está abierta. Debe de haber salido por atrás".
-Si te refieres a Jessie -informó Billy Ewing, apareciendo en el corredor-, acaba de salir montada en Blackstar.
-Probablemente va a esconderse por ahí -sugirió Chase.
-¿Jessie? -se burló Billy-. ¡No, hombre! Salió a trabajar. Eso me dijo cuando le pregunté adónde iba. ¿Qué te ha pasado?
-¡No te importa!
-¡Cristo! -protestó Billy, volviéndole la espalda para irse por donde había llegado-. Los mayores nunca te responden como es debido.
Rachel miró a su hijo con una sonrisa. Era tan diferente de la primera... Las cosas eran muy distintas cuando un niño se criaba con el amor de ambos padres. Billy tenía muy buen carácter, no como Jessica. Lástima grande.
-Tampoco los mocosos malcriados te responden como es debido -gruñó Chase.
-¿Qué?
-¿Te ha dicho tu hija adónde fue? ¿Cuándo volvió?
-Hace cinco días -replicó Rachel-. Y no, no me dijo adónde había ido. Traté de hablarle, pero me acusó de fingir mi preocupación, de representar una comedia.
Dijo que no era asunto mío y que no tenía derecho a enviarte tras ella. En verdad, creo que eso fue lo que más la enfureció: que tú fueras a buscarla.
-Comienzo a pensar que tu Jessica vive enfurecida. ¿Quieres saber por qué se fue aquella noche? Porque yo estaba aquí.
-¿Te lo ha dicho ella?
-No ha hecho falta -replicó Chase-. Ella es la chica de la que te hablé, la que me mintió cuando le pedí indicaciones para llegar al rancho. Por eso se fue,
estoy seguro. No tuvo agallas para enfrentarme cuando vio que, de todos modos, había llegado.
-¡Pero dijiste que esa muchacha estaba con un hombre, Chase! Dijiste que estaban...
-Sé muy bien lo que dije. Y era Jessica, en persona. -lucilo agregó por rencor, aunque no estaba seguro de creerlo: -No me sorprendería que hubiera pasado toda la semana con un hombre, vaya a saber dónde.
-Estás exagerando, Chase Summers -advirtió Rachel, a la defensiva.
-De acuerdo, pero ¿qué vas a hacer con ella? Eres su tutora, Rachel. El padre la dejó a tu cuidado. ¿Vas a dejar que se comporte como una loca?

--¿Y qué puedo hacer, si ella no me dirige la palabra? No cree en mi cariño. ¿Cómo puedo llegar hasta ella, si me odia?
-¿Quieres saber qué haría yo?
-Ya he visto lo que harías tú -dijo ella, severa-. Y esa no es la solución. Tiene que haber otra manera. -Deberías conseguirle un marido para que te libre de ella. Que otro se tome el trabajo.
Rachel no respondió, pero lo miró pensativamente. En su mente comenzaba a tomar forma una idea. Una idea que a Jessica no le habría gustado nada.

Capítulo 6

-¿Has visto a mi hermana? -preguntó Billy a Chase, al reunirse con él en el porche.
-No la he visto desde ayer -gruñó Chase-. Anoche no vino. Al menos, esta vez tu madre no me pidió que saliera a buscarla.
-Sí que vino -corrigió Billy-. Llegó tarde, pero la oí entrar en su cuarto. Esta mañana no la he visto. Tenía la esperanza de que me llevara a montar con ella. Chase sonrió ante el entusiasmo del niño.
-Me parece que esto te gusta más que la ciudad. -¡Por supuesto! ¿A quién no?
-A mí me gusta la vida de la ciudad.
-Pero has pasado mucho tiempo en el oeste. Al menos, eso dice mamá. Para mí todo esto es nuevo. -¿Y la escuela? Según recuerdo, esa era una de las reglas fundamentales de la familia Ewing: Estudiarás o sufrirás las consecuencias. ¿Acaso eso ha cambiado desde que Jonathan Ewing...? —Chase se interrumpió, maldiciéndose por su estúpida metedura de pata. ¿Por qué había dicho eso?
-No te aflijas -lo rescató Billy-. Hace ya tres años que murió papá. Ya no me duele hablar de eso. En cuanto a lo de la escuela, preferiría que no me la hubieras recordado. Mamá dice que pronto me hará volver a Chicago, porque la escuela más cercana está a un día de viaje de aquí.
-¿Y tú no quieres ir?
-Solo, no -admitió Billy-. Pero mamá dice que tampoco puede dejar sola a Jessie. Y Jessie no querría venir con nosotros. Claro que no puedo criticarla por eso. Yo tampoco abandonaría este rancho si fuera mío. Ojalá pudiera quedarme aquí yo también.
-Bueno, no creo que tu madre esté muy dispuesta a separarse de ti -sonrió Chase-. Es posible que pases aquí algún tiempo. Disfrútalo mientras puedas.
-Claro -aseguró Billy. Al ver que Chase se frotaba inconscientemente el puente de la nariz, preguntó: -¿Qué pasó ayer?
Chase lo miró de soslayo, listo a darle una réplica cortante. Luego se encogió de hombros. El chico no tenía malas intenciones.
-Tu hermana me dio una castaña.
-¿De veras? -Billy sonrió de oreja a oreja, con los ojos azules encendidos de maravilla.
-No le veo la gracia -protestó Chase, entornando los ojos.
-No es divertido -aseguró Billy, de prisa-. Es que... bueno, ella no es mucho más alta que yo y tú la doblas en tamaño. Pero pensándolo bien, no me extraña tanto, tratándose de Jessie. Ella es capaz de todo.
Chase meneó la cabeza. Obviamente, el niño la idolatraba. ¡Idolatrar a una muchacha! Era absurdo. ¿Rachel estaría enterada?
-Te gusta, ¿verdad? -preguntó, seco.

-Por supuesto. Nunca supe que tenía una hermana. Mamá no me lo dijo hasta que recibió aquella carta. Sólo entonces me habló de Jessica... Jessie, quiero decir -se corrigió-. No le gusta que la llamen Jessica, ¿sabes? ¡Y es tan diferente...! Y hermosa, claro. Los muchachos de Chicago no querrán creerme cuando les hable de ella. -Bajó la voz. -Ojalá me quisiera un poquito.

Chase se levantó bruscamente.

-¿Qué quieres decir? ¿También contigo ha descargado ese carácter horrible que tiene?

Billy apartó la vista, azorado.

-Sería preferible, pero ella me ignora. Bueno, voy a tratar de conquistarla -agregó, confiado-. Ella finge ser dura porque lo cree necesario. Eso lo comprendo. Después de todo, sólo tiene dieciocho años y tiene que mandar a hombres más mayores que ella. Hay que ser muy recia para hacer eso. Por estos lugares hay que ser muy dura para ser mujer, simplemente.

Chase volvió a sentarse, extrañado. ¡Cuánta lógica en un niño de nueve años! Era asombroso. Todo lo que Billy había dicho tenía sentido. Eso explicaba la actitud de la muchacha, por cierto. De pronto Chase veía a Jessica Blair bajo una luz diferente. Miró a Billy. -¿Quieres que salgamos a caballo? Tal como dices, tu hermana tiene que manejar un rancho. Ha de estar demasiado ocupada para sacarte a pasear.

Esa noche, al entrar en el patio, Jessie estaba exhausta. Habría podido quedarse en la pradera para empezar temprano, a la mañana siguiente. Había comenzado el rodeo del ganado que debía enviar al norte, a fin de cumplir con sus contratos; en las semanas siguientes habría que trabajar largo y duro. Pero no pudo con la curiosidad y volvió a la casa, para ver si el amigo de su madre ya se había ido.

Tuvo la respuesta en cuanto llevó a Blackstar al establo, pues allí estaba ese hermoso palomino dorado, junto al viejo ruano de Jeb. Cosa extraña: Jessie no pudo discernir sus propios sentimientos. Pero estaba demasiado cansada para pensar en eso.

La perspectiva de levantar los quince kilos de la silla de montar, en ese estado de agotamiento, hizo que se moviera con lentitud. Después de encender una lámpara, puso al caballo en su pesebre, lamentando que Jeb ya se hubiera acostado. No tenía más remedio que terminar con la tarea y acostarse. Estaba muerta de hambre, pero demasiado cansada para buscar algo de comer. Había dejado a los hombres en el momento en que se sentaban a cenar, pues tenía tres horas de viaje hasta el rancho.

-¿Puedo ayudarte?

Jessie dio un respingo. Allí estaba Chase Summers, apoyado contra la barandilla del pesebre, vestido con una camisa de algodón azul metida dentro de los pantalones negros. La pechera abierta mostraba una oscura mata de rizos en el pecho. Jessie quedó impresionada por su potente atractivo; experimentó una punzada de pena al pensar que jamás podría tenerle afecto.

"No podía dormir y, por casualidad, vi que se encendía la luz" -agregó él, en tono amistoso-. Se me ocurrió venir a ver quién estaba levantado a estas horas.

Jessie no hizo comentarios; desconfiaba de esa súbita cordialidad. No debía olvidar lo que él había tratado de hacerle. ¿A qué venía tanta amabilidad, después del puñetazo que ella le había dado? Notó que no tenía la nariz hinchada: sólo un leve moretón, apenas visible. Pues bien: la próxima vez lo golpearía con más fuerza.

Le volvió la espalda para desabrochar las cinchas, con la esperanza de que él se fuera si no le prestaba atención. Pero cuando quiso levantar la silla Chase apareció junto a ella y se hizo cargo, pasándola sin dificultad por encima de la barandilla lateral. Jessie no le dio las gracias; se dedicó a cepillar enérgicamente a Blackstar y le dio agua y comida, todo sin mirar siquiera a ese hombre.

Cuando hubo terminado pasó junto a Chase sin decir una palabra y, después de apagar la lámpara, se encaminó hacia la casa. El acompasó su paso al de ella.
"No vas a facilitarme las cosas, ¿verdad?" -preguntó, con suavidad. Ante la falta de respuesta, dejó escapar un suspiro. -Vea, señorita Blair, ya sé que usted
y yo hemos tenido un mal comienzo, pero ¿hay algún motivo para continuar así? Si usted me lo permite, me gustaría presentarle mis disculpas.
Jessie no se detuvo, pero al cabo de un rato preguntó:
-¿Disculpas por qué, exactamente? -Bueno... por todo.
-¿Está arrepentido de verdad o es Rachel Ewing quien lo obliga a esto?
Chase hizo una mueca al percibir la frialdad con que pronunciaba el nombre de su madre. Rachel no había exagerado: la muchacha la odiaba. Chase habría querido averiguar por qué, pero no era buen momento. Por fin había logrado que ella le hablara; era mejor proceder con cautela.
-1o suelo pedir perdón con frecuencia, señorita Blair. Créame que no lo haría si no fuera sincero. -¿Eso significa que usted se va?
Chase se detuvo en seco, desconcertado.
-¿No puede usted aceptar mis disculpas, simplemente?
-Claro que puedo -replicó ella con ligereza, reanudando la marcha-. Pero usted no me ha respondido. Tampoco aguardó a la respuesta. Al llegar a la puerta trasera, que daba a la cocina, entró. Rachel había dejado una lámpara encendida. Jessie subió la mecha. Chase, al seguirla, la encontró junto a la encimera de la cocina, de espaldas a él, abriendo una lata de habichuelas. Hizo una mueca al verla comer aquello frío, directamente de la lata.
-No has venido a cenar -comentó, cerrando la puerta a sus espaldas-. Si tienes hambre, creo que hay algunos restos en la hornalla.
Ella se volvió con un relámpago en los ojos; obviamente, Chase había tocado un punto álgido. Lo cierto era que Jessie no se había sentado a probar una sola de las excelentes comidas de Kate desde la llegada de Rachel y Billy. Eso venía a recordarle que ellos lograban expulsarla de su propia casa. El hecho de que fuera por decisión de la propia Jessie no alteraba las cosas.
"Pero la cena no estaba tan rica, después de todo" -agregó rápidamente el joven. Era una descarada mentira, pero pareció ablandar a la muchacha, que dejó de fulminarlo con la mirada y continuó comiendo sus habichuelas frías.
Jessie tenía pensado acostarse sin comer, sin que nada la retuviera lejos de su cama. Pero por algún motivo ya no se sentía tan cansada.
-No ha respondido a mi pregunta, señor Summers -señaló, como al descuido.
-Me pareció que no estabas muy dispuesta a conversar conmigo. -Chase le dedicó una amplia sonrisa, tratando de mantener el tono liviano.
Jessie frunció el entrecejo.
-He respondido a la única pregunta que usted tenía derecho a formular, señor Summers: le dije por qué le mentí. Pero lo que le pregunto afecta a mis intereses, de modo que le agradecería una respuesta
-¿Cuál era esa pregunta? -se demoró Chase. Jessie plantó la lata en la encimera.
-¿Trata deliberadamente de provocarme, Summers?
-¿Tienes que ser siempre tan seria? ¿Nunca en la vida te diviertes?
Ella quiso abandonar la cocina, pero Chase la sujetó por un brazo, esta vez con suavidad. -¿Quieres esperar un minuto?
Jessie se limitó a mirarle la mano. El la soltó. -¿Y bien?
-Es que no sé cómo responderte, mujer. Ya sé que no me quieres aquí, pero Rachel me ha pedido ayuda y no puedo negársela.

-¿Por qué?
-Porque ella no tiene a nadie que la ayude -replicó él, con voz tensa-. Tú no colaboras, por cierto. -¿Y qué esperaba? -le espetó Jessie-. ¡Yo no le pedí que viniera!
No, tú no, pero tu padre sí.
Los ojos de turquesa estaban tormentosos, pero su voz sonó grave.
-¿Quiere usted saber por qué? Escuché lo que ella le dijo esa noche, pero yo puedo darle un motivo mucho mejor que ese. Mi padre la odiaba tanto que quiso más venganza después de su muerte. Quería que viera lo que él había hecho de mí. Que viera esta hermosa casa y lamentara no tenerla.
-Pero ella es rica, Jessie. ¿No lo sabías? -observó Chase, sin alterarse-. En Chicago tiene una casa cuatro veces más grande que esta.
-Pero él no lo sabía. Sólo quiso reunirnos para que saltaran las chispas. Sabía lo que iba a pasar. Sabía que yo la odiaba. El se encargó de eso.
-¿Por qué la odias tanto, Jessie?
-¡Váyase al diablo, Summers! -susurró ella, endureciendo los labios-. No se meta en lo que no le importa. Y yo no le he dado autorización para tutearme.
-Es cierto. Disculpe, señorita.
-Otra cosa -continuó ella-: También oí lo que ella le pidió con respecto a Laton Bowdre, y eso no es asunto suyo. Sé perfectamente qué clase de persona es él y tengo la certeza de que va a hacer algo sucio. Estoy preparada para eso. Y usted no hará sino perder el tiempo si se entromete. -Luego agregó, sólo por malignidad: -Claro, que usted no hace más que perder el tiempo, ¿no?
La pulla dio en el blanco. Los ojos de Chase se pusieron muy negros.
-¿Y por qué será? ¿Acaso porque cierta muchacha conocida nuestra no termina de crecer?
-¡Se está buscando otro castañazo en la nariz, señor! -replicó Jessie, acalorada.
-Sólo quiero señalar que una señorita madura no miente por despecho ni se va de casa porque esté de malhumor.
-¡Y una persona inteligente no acepta hacer el tonto!
Habían igualado los tantos y no les quedaba sino fulminarse mutuamente con la vista. Jessie quería volverle la espalda, pero algo la obligaba a seguir allí. Medirse con él era estimulante y la excitaba. Se preguntó cuál sería el paso siguiente.
Como de costumbre, la tomó por sorpresa
-Tiene usted razón, por cierto -admitió él con suavidad-. Hice el papel de tonto y, por lo tanto, fui tonto.
-Además -aclaró Jessie- no me fui porque estuviera de malhumor.
-¿Y por qué no volvió usted en toda una semana? -Porque eso es lo que se tarda en llegar adonde fui y volver de allá.
Chase suspiró.
-¿Puede saberse adónde fue? Jessie frunció el entrecejo. -¿Por qué me lo pregunta? Jeb ya le dijo adónde fui.
-No. Inventó una historia de no sé qué indios, pero sé con certeza que usted nunca ha estado en la Reserva de Wind River.
Jessie sonrió.
-¿Allí fue a buscarme?
-Por supuesto -replicó él, seco-. Lo que quiero saber es dónde estaba usted.
Jessie meneó la cabeza.
-Le convendría saber cómo es un territorio antes de adentrarse en él, señor Summers. Supongo que es la primera vez que usted viene tan al norte. De lo contrario sabría que

los shoshones de la reserva no son los únicos indios de esta zona Están también los cheyennes y... Chase la interrumpió:
-He estado bastante tiempo al oeste del Missouri; sé perfectamente que los cheyennes fueron derrotados hace mucho, tiempo; los que aún restan están confinados en una reserva, a unos ochocientos kilómetros de aquí, hacia el sur.
Jessie puso los brazos en jarras.
-¿Así que usted lo sabe todo? Muy bien. Los cheyennes de Marmita Negra fueron confinados en una reserva, es cierto. No tenían alternativa, después de que la caballería atacó su apacible aldea y masacró a la mayor parte. Fue esa carnicería del Ejército lo que enfureció a las tribus del norte y los alió aún más estrechamente con los sioux. No todos están confinados, señor Summers. Los cheyennes del norte aún vagan por las praderas y protegen la poca tierra que les queda.
-¿Quiere usted hacerme creer que fue a visitar a esa gente? -preguntó él, realmente incrédulo.
-Me importa un bledo que me crea o no -replicó ella, sin alterarse. Luego le volvió la espalda y fue a su cuarto, dejándolo allí. Chase oyó la puerta del dormitorio cerrarse y se pasó una mano por el pelo, exasperado. Ella no volvería para acabar la discusión. ¿Discusión? Caramba, él tenía toda la intención de no volver a reñir, de ser razonable. Pedir disculpas. Mostrarse encantador. Era sincero en su deseo de poner fin a tanta animosidad. ¡Maldición! ¿En qué había fallado?

Capítulo 7

Jessie no solía dormir hasta tarde, pero al despertar encontró su cuarto muy iluminado. Habían pasado varias horas de la mañana. ¿Por qué? Generalmente, si a las siete aún no se había levantado, Kate venía a despertarla. Debía de creer que ella ya había salido.
Mientras se vestía se preguntó qué pensaba Kate de tanto alboroto. No le diría nada, aunque ella se lo preguntara. La india estaba en la casa desde que Jessie tenía memoria, como tantas otras cosas del rancho. Pero nunca habían intimado. Esa mujer no daba pie para nada. Con frecuencia se mostraba mohína, sobre todo en los últimos tiempos. Si había sido la amante de su padre, Jessie no lo sabría jamás. Muchas veces la compadecía por malgastar su vida allí, por no tener familia propia. Pero cada vez que preguntó a Kate por qué seguía allí, Kate respondió que Thomas la necesitaba. Aun después de su muerte, cuando la muchacha le ofreció instalarla donde ella quisiera, la india rehusó. No quería ir a ninguna otra parte. Ya no tenía otra cosa que el rancho.
Jessie dejó las cosas así, agradecida por contar con ella para atender la casa, pues ella no tenía tiempo. Cuando volvía por la noche encontraba la casa inmaculada, la cama siempre hecha, su ropa lavada y en el ropero y una comida caliente esperándola.
En cuanto acabó de vestirse corrió al establo, furiosa consigo misma por el retraso. Apenas prestó atención a la voz de Rachel, en el porche, pero se detuvo al oír la de Chase Summers. Por una vez, el hombre estaba furioso con alguien que no era Jessie.
-¡No me casaría con esa mocosa malcriada ni aunque me pagaras por hacerlo, Rachel! ¿De dónde diablos has sacado una idea tan tonta?
Jessie quedó petrificada.
-De ti -respondió Rachel, tranquilamente-. Dijiste que debía conseguirle un marido que me librara de ella.

-¡Pero no hablaba en serio! ¡Estaba enojado! Todavía es una niña. No necesita esposo, sino un padre. -Tenía padre. Mira para qué le sirvió -apuntó Rachel, amargada-. Y sabes muy bien que ya está en edad de casarse.
-La edad no tiene nada que ver. Todavía actúa como una niña. Ni lo pienses, Rachel. Si es necesario, encájasela a otro. Yo no quiero saber nada de ella.
-¿No quieres pensarlo, al menos? -La voz de Rachel se tornó suave y suplicante. Llevas muchos años vagando por ahí, Chase. Este es un buen lugar para echar raíces. Y el rancho es un buen establecimiento. -Endeudado -le recordó él.
-Yo pagaría la deuda -ofreció Rachel de inmediato-. Ella no tiene por qué enterarse.
-¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Rachel? -le espetó Chale-. ¡Espero que no hagas ese ofrecimiento a nadie más! Cualquier hombre aceptaría en el acto. Y así no harías ningún favor a esa muchacha. Mira, estoy dispuesto a ayudarte, pero no al punto de un sacrificio humano. Y como tú tampoco tienes tanta sangre fría, vamos a fingir que esta idea no se te ha ocurrido nunca.
-¡En ese caso dime qué puedo hacer, en nombre de Dios! -Rachel rompió a llorar. -No puedo soportar esto mucho tiempo más. No estoy acostumbrada a tanta
hostilidad. ¡Y viniendo de mi propia hija es insoportable! Ella no me quiere aquí. Cada vez que le hablo, se va. Sería más feliz si yo la dejara sola, pero no puedo. Necesita que alguien cuide de ella.
-Tómatelo con calma, mujer. -Chale se dedicó a consolarla. --Quizá te convenga pagar a alguien para que actúe como tutor en tu nombre.
-Pero ¿a quién podría confiar esa responsabilidad sin que se aprovechara de ella? -De pronto se le iluminó la cara. -Podría confiar en ti, Chase. ¿No quieres...?
-¡No, no quiero! No podría, Rachel. No sé por qué, pero cada vez que hablo con esa chica pierdo los estribos. Si la dejaras a mi cargo, acabaría por retorcerle el pescuezo.
Jessie se alejó, horrorizada y humillada hasta lo indecible. Un tormento de dolor le constreñía el pecho y la garganta: dolor por el desprecio y el desdén, dolor por
ese completo rechazo. Dolía, dolía tanto que sintió ganas de llorar. Pero no quería llorar por ellos.
Llegó al establo cegada por las lágrimas. Cuando estaba a punto de derrumbarse, una voz infantil preguntó:
-¿Qué te pasa, Jessie?
No soportaba que nadie se enterara. Mucho menos, el hijo de Rachel.
No me pasa nada -le espetó-. Me ha entrado un poco de polvo en los ojos.
-¿Te puedo ayudar?
-¡No! Estoy bien. Las lágrimas limpian el polvo. Pasó junto a él, rumbo al pesebre de Blackstar, pero el niño la siguió.
-No sabía que aún estabas aquí. -Bueno, pues estoy, ¿no? Billy no se dejó amedrentar.
-¿Vas a la pradera? -preguntó, mientras ella ensillaba al caballo. Y como Jessie no respondió, insistió: -¿Te puedo acompañar?
-¡No!
No te voy a molestar, Jessie. Te lo prometo. ¡Por favor!
La ansiedad suplicante de esa voz surtió efecto de algún modo. La muchacha cedió.
-Está bien. -Y agregó severamente, para hacer notar que no se dejaba persuadir con tanta facilidad: -Pero sólo por esta vez. Puedes montar en ese alazán si sabes ensillarlo.
Billy dejó escapar una exclamación de júbilo y corrió hacia el caballo. Por desgracia, cada vez que el viejo Jeb le demostraba cómo ensillar un caballo terminaba haciendo él mismo la tarea. Billy descubrió que no podía siquiera levantar la pesada silla, mucho menos ponerla en el lomo del animal. El caballo era más alto que él; la barandilla también.

Jessie terminó con Blackstar y se acercó a él, meneando la cabeza en un gesto divertido. El niño estaba luchando con una vieja montura de veinte kilos y no había ninguna otra a la vista. Sin embargo había que reconocer su voluntad.
Lo ayudó a retirar la montura de la barandilla.
-Ahora, juntos: ¡Uno, dos, ¡tres! -Una vez que la silla estuvo en el lomo del alazán, Jessie dio un paso atrás. -¿Ahora puedes arreglarte solo?
-Seguro. Gracias.
La muchacha esperó con impaciencia, mientras Billy trataba de alcanzar la hebilla de la cincha. Sus cortos brazos no la alcanzaban. Por fin caminó alrededor del caballo, con la correa en la mano, pero la abrochó demasiado floja.
-¡Hombre! ¿No puedes hacer nada bien? -rezongó ella, mientras se acercaba nuevamente para ayudarlo.
Billy observó la severa expresión con que terminaba la tarea. Luego sonrió, feliz. Lo que ella estaba hacíendo era más expresivo que las palabras.
-En el fondo no me odias, ¿verdad, Jessie?
Ella levantó la vista, sobresaltada. ¿Por qué no podía ocultar nada a ese niño?
-Por supuesto que sí.
Pero Billy insistió, siempre sonriente: -Creo que me quieres un poquito.
-Bueno, pues estás muy equivocado -replicó ella, en tono ligero.
Sólo quería bromear, pero vio un brillo de lágrimas en los ojos del niño.
-Oh, Billy, era una broma. De veras. Por supuesto que te quiero. -El chico puso cara de alivio. Entonces Jessie agregó: , -pero no se te ocurra decírselo a tu madre, ¿me oyes?

Capítulo8

El viejo Jeb estaba en la gloria cuando podía contar un cuento. Y Billy Ewing lo escuchaba embelesado. Jessie, divertida, se apoyó en una barandilla, contemplando las expresiones de su medio hermano, mientras Jeb recordaba aquella vez en que había estado tan cerca de ser ahorcado.
A fines de 1863, los vigilantes de Montana estuvieron a punto de enviar a Jeb al otro mundo. El cuerpo de Vigilantes se había formado en Virginia, ciudad vergonzosamente célebre por haber sido escenario de doscientos asesinatos en sólo seis meses. Jeb fue confundido con un miembro de una gran banda, juzgado y sentenciado a la horca. Sólo se salvó porque el bandido con el cual lo confundían apareció casualmente entre la muchedumbre para presenciar la ejecución, y fue reconocido. A Jeb le encantaba hablar de esa experiencia.
Pero Jessie la había escuchado ya muchas veces, de modo que salió del establo sin que el niño y el anciano lo notaran, concentrados como estaban en el relato. La muchacha caminó lentamente hacia la casa y se detuvo en el porche para tenderse en una de las poltronas de piel. El aire estaba quieto y no hacía demasiado frío. Era tarde, pero no tanto como para entrar.
Cerró los ojos para borrar sus pensamientos con la esperanza de que el aire fresco le despejara la mente, permitiéndole dormir. En el momento en que empezaba a relajarse oyó preguntar:
-¿Dónde está el niño?
Abrió lentamente los ojos. Tuvo que girar la cabeza para ver a Chase sentado en los peldaños, apoyado contra un poste.
-Lo encontrarás en el establo, con Jeb.

-No lo estoy buscando; sólo me preguntaba dónde estaría. Pensé que podía haberse acostado temprano, después de tanto cabalgar.
Jessie sonrió para sus adentros, recordando los esfuerzos que Billy había hecho para seguirle el paso. -Por la mañana estará dolorido, pero creo que se divirtió.
-No lo dudo. Hace mucho que quería ir con usted. Jessie se incorporó para mirarlo.
-¿Y usted cómo lo sabe?
-Porque él me cuenta sus cosas -replicó Chase, con cierto orgullo-. ¿Va usted a llevarlo consigo otra vez?
-No lo he pensado. -Jessie se encogió de hombros. -Mañana no, porque no estaré aquí.
-¿Eh?
Jessie sintió hervir el enojo; por debajo de eso experimentó algo del dolor que Chase le había causado esa mañana.
-Sí, "eh", y eso no es asunto suyo, señor.
-Me gustaría que nos tuteáramos -comentó él, simpático.
-No nos conocemos tanto. El sonrió.
-Eso se puede solucionar. ¿Qué quema saber de mí?
-Nada -respondió ella con terquedad, cerrando otra vez los ojos.
-¡Qué lástima! Porque yo siento una infinita curiosidad con respecto a usted.
Ella lo miró con aspereza. ¿Estaría bromeando?
-¿Por qué? -inquirió.
-Porque usted es muy diferente de otras muchachas. La educación que ha recibido me parece fascinante. Dígame: ¿Este tipo de vida es el que usted quiere?
-¿Qué importancia tiene? -adujo ella-. La cosa está hecha. Soy como soy.
Hizo lo posible por disimular su amargura. Jamás admitiría ante ese hombre ni ante Rachel lo mucho que detestaba esa vida. Nada quería tanto como parecerse a
las otras muchachas. Con la muerte de su padre había tenido la oportunidad de ser normal, por fin. Volvería a tenerla cuando esos dos intrusos se hubieran ido.
-Sí -dijo Chase, en tono agradable-. Y usted es única, por cierto. No me puede criticar por esta curiosidad, ¿cierto?
Su sonrisa era encantadora. Sus dientes eran blancos y parejos; sus labios, generosos, pero no demasiado gruesos. Y el pelo oscuro se ondulaba en su frente como...
Jessie se sacudió. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué lo miraba así?
-Los hombres de esta zona no hacen tantas preguntas, aunque sean curiosos -le dijo-. Pero olvido que usted no es de aquí. Ya que se interesa, mañana iré a Cheyenne. Debo contratar a unos cuantos hombres más para el rodeo.
-¿Le molestaría que la acompañara?
-¿Para qué? ¿Para cumplir con lo que Rachel le encomendó? Ya le dije que sería una pérdida de tiempo. -Bueno, ¿por qué no me permite juzgar a mí? De cualquier modo, no me iré hasta que haya hecho lo que su madre me pidió. -Trató de decirlo con toda la suavidad posible.
-En ese caso puede acompañarme, por cierto -autorizó Jessie de inmediato.
Chase rió de buena gana.
-¡Qué prisa tiene por librarse de mí! Eso me ofende terriblemente, Jessica. La mayoría de las mujeres me encuentran ingenioso y simpático. En general, mi compañía les gusta, aunque usted no lo crea.
--Clamo, pero yo no soy una mujer, ¿verdad? --lijo Jessie, con voz completamente serena y sin cambiar de expresión-. Soy sólo una mocosa malcriada. Y lo que piense de usted no tiene ninguna importancia, ¿cierto?

Chase frunció el entrecejo. Eso se parecía demasiado a lo que él había dicho a Rachel esa mañana. ¿Era posible que ella lo hubiese oído? No. En ese caso no le habría dirigido siquiera la palabra.
-¿Dónde está Rachel? -preguntó Jessie, interrumpiendo sus pensamientos.
-Se acostó -respondió él, mientras le clavaba una mirada evaluativa-. ¿No sería más apropiado que la llamara mamá?
No -replicó ella, con sencillez-. Creo que yo también voy a acostarme.
Se levantó, estirando los brazos hacia atrás, como para demostrar que estaba exhausta. Los ojos de Chase se demoraron en esa parte de su cuerpo donde los pechos tensaban la pechera de la camisa.
¡Conque bastaba eso para que la viera como mujer! Jessie se estiró un poquito más antes de levantarse, encantada por su expresión. Chase parecía no darse cuenta de que la estaba mirando sin ningún decoro.
-Voy a partir antes del amanecer-anunció ella-.
Se lo digo por si insiste en venir conmigo.
-Bueno, sí...
-Buenas noches, señor Summers.
Chase la siguió con la vista. En la intimidad de su cuarto se quitaría esas ropas masculinas, que no llegaban a disimular su femineidad. ¿Qué se pondría para
acostarse? ¿Una camisa de dormir? ¿Nada? No le costó imaginarla completamente desnuda.
Comenzaba a preguntarse si la imagen que tenía de ella se correspondía con la realidad. ¿Eran sus pechos tan plenos y redondeados como parecían?, ¿tan estrecha su cintura? Tenía la cara y las manos bronceadas por el sol, pero él imaginaba el resto de su piel tan delicada como una rosa blanca. Su defecto estaría en las piernas, sin duda; eran largas y guardaban una bella proporción con el cuerpo, pero la muchacha pasaba muchas horas a caballo, montando a horcajadas, y eso debía de haberle endurecido los músculos. De cualquier modo, serían piernas potentes, capaces de encerrar a un hombre entre ellas y mantenerlo allí hasta que hubiera acabado con él. Sí, Jessica sería agresiva en el amor.
Buen Dios, ¿qué demonios estaba pensando? Pese a lo torneado de su cuerpo, era casi una niña. El no tenía ningún derecho a desvestirla así, ni siquiera mentalmente. Aunque fuera bonita... hermosa, en realidad, para ser sincero. Y deslumbrante cuando sonreía.
Pero a él no le gustaba. No, no le gustaba en absoluto.

Capítulo 9

Jessie no tenía dificultades para despertar temprano. Encendió la lámpara cuando aún estaba oscuro y se vistió con cuidado, eligiendo sus pantalones más suaves, de ante color crema, y un chaleco del mismo material, con tachas plateadas a lo largo de las costuras laterales, cerrado con cadenas de plata. Una camisa de seda negra completaba el atuendo. Antes de abandonar su habitación hizo algo que casi nunca hacía: abrió el baúl que guardaba bajo su cama y sacó un frasco de perfume de jazmines, del que aplicó apenas un toque detrás de cada oreja. Bueno, ¿qué pensaría él de eso?, sonrió para sí.
Kate le sirvió chuletas con huevos en cuanto ella se sentó a la mesa de la cocina. Al olfatear el aroma de flores que despedía la muchacha, enarcó una ceja por todo comentario. Jessie la siguió con la mirada, sonriente. Kate no diría nada, como siempre.
De pronto frunció el entrecejo ante aquella espalda encorvada.

-¿Por qué no te acuestas después de servir el desayuno al señor Summers, Kate? -sugirió-. Pareces cansada. Rachel puede servirse sola.
-No me molesta -replicó la india, con suavidad-. Y el señor Summers ya ha desayunado.
Eso tomó a Jessie por sorpresa. No esperaba que el joven se levantara tan temprano. Acabó su comida con celeridad y corrió al establo con la merienda fría preparada por Kate. Encontró a Chase conversando con Jeb; su caballo ya estaba listo. Ella lo saludó con una sonrisa, decidida a comenzar bien el día, y él le devolvió el gesto con mucha generosidad.
Jessie quedó complacida ante la mirada de admiración que provocó en Chase mientras ensillaba y montaba. Nunca había tenido tanta conciencia de sus propios movimientos. Ese juego era excitante. ¿Podría retener su interés el tiempo suficiente para obligarlo a admitir que no era una mocosa malcriada?
Partieron cuando el cielo comenzaba a teñirse de rosa; Jessie iba adelante por la senda que salía del valle, aún cubierta de sombras. En cuanto asomó el sol cabalgaron a la par, pero sin decir nada. Aquello no era un paseo; Jessie debía llegar a la ciudad en las primeras horas de la tarde y mantenía un paso rápido, aprovechando los sitios llanos para galopar.
Cinco horas después se detuvieron junto al pequeño arroyo donde ella siempre descansaba cuando iba a Cheyenne. Era un bonito lugar, sombreado por los árboles y suelo llano hasta el agua, embellecido por las hojas otoñales rojas y doradas. Además, allí no había peligro, pues en derredor el territorio estaba despejado; cualquier desconocido que se les acercara sería visible de inmediato.
Atendieron a los caballos antes de sentarse bajo los árboles para compartir una hogaza de pan, tajadas de carne y queso. Al terminar, Jessie lavó los utensilios y se recostó contra la silla, para descansar un rato. Chase, que aún seguía comiendo, se sentó a poca distancia.
Jessie se puso los brazos bajo la cabeza, con lo que el ala del sombrero negro le cayó sobre los ojos. Levantó una rodilla y la balanceó perezosamente de lado a lado, para demostrar que no dormía. Esa posición le destacaba los pechos y lo plano del vientre, tal como ella quena, y Chase no dejaba de mirarla. Jessie mantuvo la cara cubierta con el sombrero, permitiendo que la observara libremente.
Lo sobresaltó al preguntar con voz potente: -¿Desde cuándo conoce usted a Rachel, señor Summers?
El suspiró.
-Si vamos a empezar a conocernos, ¿no sería hora de que nos tuteáramos?
-Supongo que sí. -Ella no vio su sonrisa. --Conozco a tu madre desde hace diez años.
Jessie se puso rígida Diez años antes Rachel había abandonado a Thomas Blair. Sin pensar que Chase tendría por entonces apenas quince o dieciséis años, dio por sentado que era amante de Rachel desde que ella había abandonado a su padre.
-¿Y todavía la amas? -preguntó, tensa. Hubo una pausa.
-¿A qué te refieres, exactamente?
Jessie cambió de tono, tratando de restar importancia al tema.
-Eres uno de sus hombres, ¿no? Chase aspiró hondo.
-Espera un poco, mujer. ¿Es eso lo que pensabas? Jessie se incorporó para enfrentarlo.
-¿Acaso no viniste corriendo en cuanto ella te llamó?
El rió ante esa mirada dura y acusadora.
-Tienes la mente muy sucia, Jessie. ¿O sólo de tu madre piensas siempre lo peor?
-No me has respondido -apuntó ella, terca. El se encogió de hombros.
-Supongo que la amo tanto como puedo amar a cualquier otra mujer.
Eso desconcertó a Jessie, que tardó un rato en hallar qué decir.

-Parece que las mujeres no te gustan mucho. -Me has interpretado muy mal. Me gustan todas las mujeres, pero no me parece necesario decidirme por una en especial.
-Te gusta repartirte --observó ella, antipática. -Puedes decirlo así. -Chase sonrió. -Pero sólo porque nunca he encontrado a una mujer que pudiera soportar por mucho tiempo. En cuanto creen que has mordido el anzuelo se acaba el romance y comienzan las mezquindades, las pretensiones y los celos. Entonces llega la hora de seguir el viaje.
-¿Me estás diciendo que todas las mujeres son así?-preguntó Jessie, en voz baja.
-No, por supuesto. En el Este las hay de todas clases, pero debes comprender que al Oeste vienen las de cierto tipo: las que ya están casadas, con hijas deseosas de encontrar marido, y las que fingen no tener interés hasta que uno se lo propone.
-En ese último grupo se incluyen las mujeres de las tabernas y los teatros de variedades, supongo.
-Esas son las más divertidas -reconoció él, sabiendo que pisaba territorio peligroso.
-Rameras, en otros términos.
-Yo no las llamaría así -adujo él, indignado.
-¿Fue así como conociste a Rachel? -se burló ella.
Chase frunció el entrecejo, fastidiado.
-Por lo visto nadie te lo ha dicho, así que lo haré yo. Rachel estaba sola, muerta de hambre y obviamente embarazada cuando Jonathan Ewing, mi padrastro, la trajo a casa.
-¿Tu padrastro? -¿Eso te sorprende?
Lo de Jessie era mucho más que sorpresa. Suponía que Billy era hijo de Ewing, pero obviamente era de Will Phengle. ¿Lo sabría el chico? Entonces se le ocurrió que Rachel tenía ahora treinta y cuatro años. A los veinticuatro debía de haber sido mucho mayor que Chase. Difícilmente hubieran podido ser amantes.
-Y tu madre, ¿dónde estaba? -preguntó. -Había muerto poco antes. ,
-Lo siento.
-No hace falta-replicó él, secamente.
Allí había una obvia amargura, pero Jessie prefirió no enterarse del porqué. Ya tenía bastante con su propia amargura.
-¿Y tu padrastro se casó con Rachel, pese a que ella esperaba un hijo de otro hombre?
Justamente por ese hijo -corrigió Chase. Jessie se preguntó qué estaba pasando. -El cabrón sólo se casó con ella después del nacimiento y porque el niño fue varón. No dudo que, si hubiera tenido una niña, la habría echado a puntapiés.
Jessie ahogó una exclamación.
-¡Otro como Thomas Blair! ¡Y yo creía que era el único!
-Bueno, Jonathan Ewing tenía un motivo. Tu padre podía tener hijos. El no. Era rico y quería un heredero para dejarle su pequeño imperio. Sólo por eso se casó con mi madre. No la amaba; sólo me quería a mí. Y a ella sólo le importaba su fortuna. Pero yo lo odiaba. Calló un momento antes de proseguir
Tenía edad suficiente para comprender sus motivos y para resentirme por su autoritarismo. El creía que con dinero podía comprar cualquier cosa. Pero yo no es
taba dispuesto a aceptarlo, porque ya tenía un padre en alguna parte. Entre Ewing y yo hubo una larga batalla que nunca acabó. Rachel facilitó las cosas en el último año que pasé allí. Era buena. Me quería y actuaba como amortiguador entre los dos. Ella me ayudó. ¿Comprendes ahora por qué quiero devolverle el favor?
Jessie guardó silencio. Chase había tenido una niñez horrible, entre las peleas con su padrastro y la pérdida de su madre. Pero él mismo confesaba ser un asqueroso mujeriego.
Tú no conoces a Rachel -apuntó.

-Creo conocerla mejor que... -El joven se interrumpió, mirando a la distancia, detrás de ella. -Alguien nos observa con muchísima curiosidad. -¿Quién?
-Uno de tus amigos indios, sin duda.
Jessie se volvió de prisa, siguiendo la dirección de su mirada. A lo lejos vio a un indio a lomos de un caballo manchado. Permanecía inmóvil, observándolos. ¿Sería Trueno Blanco? No; él se habría adelantado para saludarla. Jessie se levantó para revolver sus alforjas hasta encontrar los gemelos y los apuntó hacia el indio.
Al cabo de un momento lo bajó, diciendo: -¿Qué puede estar haciendo aquí? -¿Es un indio de la reserva?
Jessie sacudió la cabeza.
-Para ti todos son indios de reserva, ¿No? Oh, qué cabeza dura tienes. Traté de explicarte que...
Oh, qué importa.
Chase entornó los ojos.
-¿Quieres decir que corremos peligro?
-Yo no, pero tú, no sé -respondió ella, con crueldad.
-¿Quieres explicarte? -exigió él, impaciente.
-Ese es un guerrero sioux. No abandonan su territorio sin buenos motivos. Y tampoco se quedan mirando a la gente sin buenos motivos.
-¿Puede haber más de uno? Jessie sacudió la cabeza.
-Creo que no. La semana pasada, cuando conocí a Pequeño Halcón, estaba solo.
-¿Lo conociste la semana pasada? -repitió Chase.
Ella le volvió la espalda para guardar los gemelos, encantada por la confusión que le causaba
-Una noche compartió mi comida y mi campamento. No se mostró muy amistoso. En realidad, era muy arrogante. Pero así suelen ser. -Luego sonrió a Chase. -En realidad, quiso ser amistoso conmigo, pero en otro sentido. Le dije que no.
Chase logró disimular su incredulidad.
-¿Así que te deseaba? Supongo que por eso está aquí.
Jessie lo miró con aspereza, pero la expresión del joven no revelaba en absoluto lo que estaba pensando.
-No logro imaginar qué hace por aquí, pero no soy tan presumida como para pensar que viene por mí. -Bueno, por si acaso, podríamos demostrarle que no estás disponible.
Antes de que ella comprendiera, Chase la encerró entre sus brazos y bajó la boca hacia la de ella. El contacto fue tan impresionante como caer de un caballo. La muchacha, aturdida, se inclinó hacia atrás contra los brazos de Chase, permitiéndose sucumbir a la presión de esos labios. Pero no se movió, ni siquiera cuando recobró el tino. Le gustaban su contacto, su sabor, la embriagadora sensación que la invadía. Nunca antes la habían besado así; comprendió que él sabía lo que hacía.
¡Era por experiencia, por supuesto!, se dijo, recordando que Chase sabía mucho de mujeres. Y a pesar de su indignación, no pudo decidirse a rechazarlo.
Pero ambos se habían olvidado de Pequeño Halcón. Chase la soltó en cuanto oyó el galope que se les acercaba. En un segundo el indio desmontó de un salto. Chase no tuvo tiempo siquiera de levantar los brazos para defenderse: Pequeño Halcón, volando por el aire, lo sujetó por el cuello para arrojarlo al suelo.
Jessie miraba con los ojos muy abiertos. Nunca había visto un salto tan elegante desde un caballo al galope. Pero, ¿por qué Chase no se levantaba para combatir? No se movía, siquiera. Pequeño Halcón sacó su cuchillo.
-¡No! -gritó la muchacha-. ¡Pequeño Halcón! Corrió a interponerse entre ambos y llegó justo a tiempo. Ella y el indio se miraron durante un momento. Por fin él guardó el

cuchillo, bajando la vista hacia Chase, y habló con furia, entre rápidas señales de mano. Ella, confundida, interpretó lo mejor posible. -¿Quieres saber qué es él para mí? Pero no comprendo... -Se interrumpió, recordando que él no entendía -Puede que estés loco -murmuró-. No puedo explicar... El no significa nada para mí.
-En ese caso ¿por qué lo besaste? Jessie ahogó un grito.
-¡Qué cabrón eres! -exclamó-. ¡Sabías hablar mi idioma! Dejaste que me rompiera la cabeza tratando de recordar el lenguaje de las señales y... ¡Oh, yo tan asustada, cuando habría bastado que me dijeras...!
-Hablas demasiado, mujer -gruñó Pequeño Halcón-. Dime por qué has besado a este hombre.
-Yo no he hecho nada. Fue él quien me besó. Y lo hizo para que tú te fueras. No hay otro motivo, puesto que no me quiere y yo no lo soporto. ¿Y por qué diablos tengo que darte explicaciones? ¿Por qué lo atacaste?
-¿Deseabas tú sus atenciones? -No, pero...
Pequeño Halcón no se quedó a escucharla. Después de montar a caballo, la miró desde la silla.
-Trueno Blanco ha regresado a su campamento de invierno -dijo, como al descuido.
-¿Conque lo conoces?
-Lo conocí después de nuestro encuentro. Dice que tú no tienes hombre, sólo a tu padre.
-Mi padre murió hace poco. -¿No tienes a nadie, pues?
-No necesito a nadie -respondió ella, exasperada.
Pequeño Halcón sonrió, sorprendiéndola una vez más.
-Volveremos a vernos, Parece Mujer.
-¡Diablos! juró ella, volviéndose hacia Chase, mientras el indio se alejaba. El joven aún yacía inmóvil, pero respiraba normalmente. Al examinarle la cabeza,
Jessie encontró un gordo chichón. Entonces trajo agua desde el arroyo con su sombrero y se la arrojó a la cara. El reaccionó, entre escupidas y gruñidos, haciéndole soltar un suspiro de alivio.
-¿Ese hijo de perra me atacó? -preguntó Chase, palpándose la cabeza. Hizo una mueca al tocar el sitio dolorido.
-Podría haberte matado -señaló Jessie, dura-. No eres gran cosa para pelear.
El frunció el ceño.
-¿Por qué estás tan irritada? ¿Tuviste que dispararle?
-No, no tuve que dispararle. No se me ocurriría cambiar su vida por la tuya.
Esa inquina lo hirió en lo vivo. -Me odias mucho, ¿no? -¿Se nota?
Jessie se alejó para ensillar su caballo. El hombre estaba bien; no necesitaba más atenciones.
Moviéndose con mucho cuidado, Chase se acercó a su propia montura.
-¿Por qué me atacó? ¿Lo sabes? -quiso saber. -Imagínalo tú mismo, novato.
-¡Maldita sea...! juró él-. Sólo quiero un poco de amabilidad de tu parte. ¿Es demasiado pedir? El que recibió el golpe fui yo, ¿sabes?
-¿Y sabes por qué? -se burló Jessie-. Por exhibirte, por eso.
El la observó, pensativo.
-¿Por eso estás tan furiosa? ¿Porque te besé?
Sin responder, Jessie montó en silencio y se alejó, dejando que él la siguiera si podía. Chase subió a la silla; le palpitaba la cabeza. Ya no sabía con certeza por
qué la había besado; de cualquier modo, era una estupidez. Ya se encargaría de no volver a sufrir ese tipo de tentaciones.

Capítulo 10

Los problemas comenzaron poco después de llegar a Cheyenne. Dejaron los animales en la caballeriza y Jessie fue al hotel para reservar un cuarto. Como no había contado sus planes a Chase, él se vio obligado a seguirla, preguntándose qué tendría pensado. Apenas se dirigían la palabra. Jessie le indicó dónde podía hacerse atender por un médico, si lo consideraba necesario; luego siguió ignorándolo. Sus facciones severas y su paso firme le dijeron que no deseaba compañía; sin duda alguna, si le preguntaba por sus planes ella diría que no era asunto suyo.
En el hotel Jessie firmó el registro. Antes de que Chase pudiera hacer lo mismo, alguien le arrebató el libro de las manos.
-Es como él dijo, Charlie -anunció por encima del hombro el tipo que estaba junto a Chase, riendo entre dientes-. Hay una ka delante del hombre.
-¿Me permite, amigo? -pidió Chase, enfadado. -Oh, claro, señor. -El hombre empujó el registro hacia él, sonriendo. -Sólo quería verificar algo. Mientras él se alejaba, Chase echó un vistazo al nombre de Jessie. Sí, tenía una ka delante. Al volverse descubrió que un hombre de baja estatura y pecho de tonel bloqueaba el paso a la muchacha. El flaco que acababa de abandonar el mostrador se acercó a Jessie por detrás y le quitó el revólver de la pistolera antes de que ella pudiera impedirlo.
Chase aguardó su reacción. Sería grato verla desatar ese terrible carácter contra otra persona, para variar. Pero Jessie se mantenía quieta, con la espalda tiesa y los brazos en jarras, echando llamaradas por los ojos. -Conque Laton no bromeaba -rió Charlie-. Dijo que el documento estaba firmado por Kenneth Jesse Blair. Y yo le dije: "No, el viejo Blair ha de tener un hijo varón en alguna parte y le ha dejado el rancho a él. No puede haber una chica llamada Kenneth." ¿No dije eso, Clee?
-Textualmente -concordó el flaco Clee.
-Pero Laton tenía razón, como de costumbre -prosiguió Charlie-. Aquí tenemos una auténtica
Kenneth. ¿Verdad que tiene aspecto de Kenneth?
-Con pantalones y todo -apoyó Clee otra vez, riendo burlonamente.
-Ya es suficiente diversión, señor. Estoy harto de los dos -dijo Jessie en voz baja, mirando a Clee.
-Haga el favor de devolverme mi revólver.
-¿Ah, sí? -rió Clee-. ¿Para qué lo quiere? Hay que ser muy hombre para usarlo. ¿Usted es tan hombre?
Los hombres rieron, encantados por el chiste. Jessie, sin pensarlo dos veces, arrojó un puñetazo a la boca de Clee, que dejó caer el arma. La cara de Charlie se puso roja de ira. Después de apartar el revólver de un puntapié, la sujetó por los brazos.
Chase ya había visto lo suficiente.
-Suelte a la señorita, amigo -ordenó, empujando a Clee contra una pared.
-¿Señorita, esta gata salvaje? -gruñó Charlie. Pero soltó a Jessie, que recogió su revólver.
-¿Bowdre te envió a acosarme? -inquirió, enfrentando directamente a Charlie.
Al hombre no le gustó ese giro de los acontecimientos. Laton se disgustaría cuando se enterara Si la chica le armaba un escándalo delante de testigos se pondría furioso, pues quería estar seguro de que nadie pudiera señalarlo con el dedo.
-Laton no quiere problemas con usted, mujer. El sólo quiere cobrar. Fue Clee quien tuvo la idea de divertirnos un poco con usted. Era sólo una broma. Usted no tiene sentido del humor, caramba -gruñó Charlie.

-Oh, sí que tengo sentido del humor. -Jessie sonrió sin ninguna simpatía. -Me divertiría muchísimo plantarle una bala en la panza. -Luego añadió. -Haga el favor de no acercarse a mí, señor.
-Simpática, ¿no? -se burló Charlie, mientras la muchacha salía a la calle.
Chase la alcanzó en medio de la calzada
-Espera un poco, pequeña. -Tuvo que sujetarla por el brazo para que se detuviera.
-¿Qué quieres?-le espetó ella.
El la miró con incredulidad. ¡Estaba furiosa porque él se había entrometido!
-Mira, pequeña; alguien tendría que darte una buena tunda. No puedes andar por ahí golpeando a quien se te antoja. La próxima vez puedes tener menos suerte.
-¿Quién diablos le ha encargado ser mi ángel de la guarda, Summers? -le espetó ella.
Estaban otra vez igualados. Y ella tenía razón. El no era su tutor. Sonrió.
-¿No habíamos acordado tutearnos? Soy Chase, no Summers.
-Yo también tengo nombre. Y no me llamo "pequeña" --replicó Jessie, pétrea
El joven se echó a reír.
-Qué susceptible. -La muchacha siguió caminando y él acomodó su paso. -¿Adónde vas, si no te molesta la pregunta?
-A la oficina del comisario. -¿Por lo que ha pasado ahora?
-No. ¿Cómo voy a molestar al comisario por algo así?-Se la veía sinceramente desconcertada.
-¿Para qué, entonces?
-Porque es la persona más indicada para saber quiénes están en la ciudad, quiénes de paso, quiénes buscan empleo. Confío en que él pueda hacerme algunas sugerencias; así podré terminar hoy con mis asuntos y partir hacia el rancho por la mañana.
-Te acompaño, si no te molesta -propuso él-. El comisario debería saber lo de nuestro encuentro con ese indio.
Jessie se detuvo en seco. -¿Por qué?
-Puede haber otros en la zona -replicó Chase-. ¿No te parece que él debería estar enterado?
-No -aseguró ella, enfáticamente-. El comisario se reirá de ti si le vas con tonterías sobre indios hostiles en la zona. Está mejor enterado. Pero si te oyeran otras personas podrías causar un alboroto. Y entonces quedarías como un gran tonto, porque Pequeño Halcón estaba solo y ya ha de haber vuelto al norte.
Siguió caminando, pero Chase se quedó atrás, siguiéndola con ojos que parecían brasas. Ella había vuelto a hacerlo sentir completamente idiota. ¡Parecía hacerlo a propósito!
No le costó mucho encontrar una taberna. Después de varias copas pudo serenarse y hasta participar en una partida de cartas. Para su sorpresa, lo presentaron a Laton Bowdre, que formaba parte del grupo. Era tal como él lo había imaginado: esmirriado, de bigotes y pelo ralo, pómulos afilados y una expresión decididamente avariciosa. Después de todo, el día no estaba perdido por completo.

Capítulo 11

Alguien tocó a la puerta cuando Jessie estaba terminando de ponerse las botas. Era Chase. Como ella había decidido hacer un esfuerzo para tratarlo mejor, lo dejó entrar con un "buenos días" casi alegre.

El aspecto del joven era terrible. Tenía el mentón oscurecido por la barba crecida, las ropas arrugadas y los ojos enrojecidos por exceso de humo y falta de sueño. Parecía no haberse acostado siquiera.
Pese al cansancio, notó inmediatamente el cambio de Jessie. No solo se la veía fresca, limpia y más encantadora de lo que ninguna muchacha tiene derecho a estar por la mañana, sino que también sonreía.
El extrajo sus propias conclusiones.
-Supongo que contrataste a tus peones y te alegras de volver a casa.
-En realidad, sólo encontré a uno que valiera la pena -replicó Jessie-. Hablé con otros dos, pero no sabían distinguir una vaca de un novillo.
Chase rió entre dientes. -Muchachos de ciudad.
-Muchachos de ciudad -concordó ella, acompañando su gran sonrisa.
-¿Así que no partes hoy, después de todo?
-Creo que no, a menos que esta mañana tenga más suerte. Ramsey, el hombre que contraté, ya va camino al rancho. No tenía sentido que perdiera tiempo aquí, ni siquiera un solo día.
-¿Estás segura de haberle dado bien las indicaciones para que llegue? -Estaba bromeando para demostrarle que no le guardaba rencor por haberlo desviado el día de su llegada. Ella sonrió.
-Creo que puede arreglárselas, porque es de la zona.
Era agradable verla de buen humor, para variar. Chase dijo impulsivamente:
-Mira, no vale la pena que contrates a otro hombre si me tienes a mí en el rancho. Será mejor que haga algo para ganarme el pan mientras esté aquí.
Jessie no lo tomó en serio.
-No sabes nada de ganado -dijo, sorprendida.
-¿Quién ha dicho que no? He conducido ganado entre Texas y Kansas.
-¿Cuántas veces?
-Una sola -admitió él-. Firmé el contrato sólo para viajar acompañado, pues iba en la misma dirección y no llevaba prisa. Con esa vez me bastó.
Jessie quedó asombrada.
-¿Así que sabes de ganado? Nunca lo habría imaginado.
-Admito que no sé marcar con hierro, pero aprendí a manejar el lazo bastante bien. Y sé cantar de forma pasable. También conozco la diferencia entre vaca y novillo.
Ella se echó a reír.
-En ese caso, creo que estás contratado... Chase.
El sonrió.
-Dame una hora para refrescarme. Luego podemos regresar juntos.
-Te esperaré abajo para desayunar.
Pero Jessie meneó la cabeza al verlo salir. Nunca lo habría imaginado. El no tenía que trabajar en el rancho para pagar su estancia. Era un invitado de Rachel. ¿A qué se debía ese ofrecimiento de ayudarla?
Chase se estaba preguntando exactamente lo mismo. Lo más desconcertante era que tenía en el bolsillo el pagaré de Thomas Blair. Había tenido que jugar toda la noche para ganarlo a Bowdre, pero ya era suyo.
No sabía por qué no había sido sincero con Jessie respecto de ese documento. Tal vez porque temía que ella se enfadara... una vez más.
Suspiró. No estaba nada seguro de haber terminado con los problemas de la muchacha, sobre todo por la poca gracia que hizo a Bowdre perder el pagaré. Chase reconoció que quizás hubiera empeorado las cosas.

Llegaron al Rocky Valley ya avanzada la tarde. Jeb les contó inmediatamente lo del gran antílope que habían arrojado en los peldaños de la puerta trasera poco después de la partida de Jessie. El animal estaba recién sacrificado y se ignoraba quién lo había dejado allí. Cuando alguien regalaba carne fresca, generalmente esperaba a que le dieran las gracias.
Pero Jessie supo de inmediato quién era el misterioso proveedor. No podía ser otro que Pequeño Halcón. Mientras acomodaban a los caballos en los pesebres, la muchacha preguntó a Jeb:
-¿Te acuerdas de ese joven sioux del que te hablé? ¿De Pequeño Halcón? Bueno, ayer por la tarde lo encontramos en las praderas.
-¿De veras? -Jeb silbó-. ¿Fue él? -Eso parece.
-Qué gesto tan amable -rió Jeb entre dientes. Jessie echó una mirada a Chase, que cepillaba a su palomino dorado, fingiendo no escuchar.
-Supongo que tú no estás de acuerdo Jessie, significativamente.
El no levantó la vista.
-Si vosotros lo decís... Me muero por saber por qué motivo lo hizo.
-inquirió
-No sabe mucho de indios, ¿verdad, amigo? - Jeb rió entre dientes.
-Empiezo a pensar que no -respondió Chase, sin rencor.
-A los indios no les gusta quedar en deuda con nadie, mucho menos con un blanco. Pequeño Halcón compartió el fuego y la comida de Jessie sin darle nada
a cambio. Jeb rió. -Eso debió de molestarlo. Por eso ha pagado su deuda con creces. Y ha sido muy generoso, porque ese enorme antílope habría podido alimentar a toda su tribu.
-Ahora sabes qué hacía tan al sur -agregó Jessie-. Necesitaba que yo lo viera. De lo contrario yo jamás habría sabido que la deuda estaba saldada.
-Sí, pero eso no explica el resto de lo que ocurrió ayer -apuntó Chase.
Jessie se le acercó para ponerle una mano en el brazo, riendo.
-Vamos. A Billy le encantará enterarse de cómo fuiste atacado por un sioux salvaje y viviste para contarlo. Prometo no corregirte si agregas algunos adornos al relato.
Sabía que lo estaba provocando, pero no le importaba. En realidad, lo que le estaba diciendo pasó de largo por su cabeza en cuanto ella apoyó la mano. Su contacto
parecía quemarle el brazo, aun después de haber desaparecido.

Capítulo 12

Pese al agotamiento, esa noche el sueño eludía a Chase. La mente no lo dejaba descansar. ¿Qué diablos hacía uno cuando se descubría deseando a una muchacha que estaba fuera de su alcance?
Jessie era una criatura. Bueno, criatura no, pero sí la hija de Rachel. Aunque ella hubiera aceptado, Chase no podía hacerle el amor sin casarse con ella. Porque era la hija de Rachel.
Y él no estaba dispuesto en absoluto a sentar la cabeza. Sólo tenía veintiséis años y aún tenía mucho que hacer. Entre otras cosas, buscar a su verdadero padre. Después de su fracaso en California, donde su madre aseguraba haber conocido a Carlos Silvela, había postergado el proyecto varios años. Tal vez era hora de continuar la búsqueda. ¿Y si viajaba a España, donde supuestamente vivía su padre? Al menos, era mejor pensar en eso antes que en una niña-mujer de dieciocho años en la que no tenía por qué pensar.

Pero no resultó por mucho tiempo. Nada servía. No dejaba de ver esos brillantes ojos de turquesa, la nariz
respingada y el mentón terco, y ese trasero suavemente
redondeado.
-¡Maldita sea!
Saltó de la cama como si la hubiera encontrado allí.
Necesitaba un poco de aire fresco; quizá le hiciera bien nadar en el arroyo que corría detrás de la casa.
Después de echarse encima algunas prendas en la oscuridad, Chase salió del dormitorio, sólo para encontrarse con la causa de su nerviosismo entre los brazos. Por un segundo se preguntó si estaría soñando. Pero el calor y el olor de la muchacha eran auténticos. Entonces vio que ella había caído en sus brazos por accidente. Jessie se apartó.
-Disculpa -susurró-. No te vi.
-Es que aquí está muy oscuro -logró responder Chase, sin tener idea de lo que estaba diciendo.
-No podía dormir -explicó Jessie-. Se me ocurrió salir a cabalgar. La luna da suficiente luz.
-Yo tengo el mismo problema. ¿Quieres que salgamos juntos.,
-Como quieras -aceptó ella, caminando hacia la cocina sin esperarlo.
Chase no se movió. Habría querido retorcerse el cuello. No lograba entender por qué acababa de ofrecerse a acompañarla. Era lo último que debía hacer. Necesitaba alejarse de ella. Luego recobró el buen tino y se regañó por tener miedo de una muchachita. De cualquier modo, no podía dejarla salir sola.
Jessie abrió la marcha hacia las colinas más bajas en vez de salir a la planicie, llevando a su caballo hasta un sitio desde donde se veía un hermoso panorama del valle. Los árboles se dividían en un barranco, frente a un paisaje tan bello, sobre todo en el claro de luna, que ambos quedaron en éxtasis.
-¿No es encantador? -comentó él suavemente, mientras desmontaban.
El arroyo parece plata líquida bajo esta luz -señaló ella-. Y por allí verás varios arroyos más. Algo más arriba hay uno donde me gusta nadar; es un bonito lugar, soleado y completamente íntimo.
-No estarás pensando en nadar ahora, supongo -se alarmó Chase.
Jessie rió suavemente.
-No, por supuesto. Por la noche hace demasiado frío. -Lo miró con atención, frunciendo el entrecejo. -¡Pero mírate! ¿Por qué no has traído una chaqueta?
-No se me ocurrió -reconoció él, mansamente-. Pero estoy bien, de veras.
-No es cierto. -Jessie sacó la manta de reserva que siempre llevaba en la alforja. -Toma. Envuélvete con esto cuando volvamos.
Y se acercó a él para echársela sobre los hombros. Esa proximidad fue más de lo que Chase podía soportar. La tenía a pocos centímetros de distancia. Sus brazos obraron como por propia voluntad, rodeándola para estrecharla contra sí. Sus labios la buscaron. Como le era imposible obedecer a sus impulsos más sabios, dejó la cuestión en manos de Jessie, implorando en silencio que ella se le resistiera. Tal vez así recuperara el buen tino.
Pero Jessie no tenía la menor intención de resistirse. La había sorprendido con la guardia baja y sólo pensaba en las sensaciones aleteantes de su vientre, en el calor que la invadía. Chase aumentó la presión de sus labios y con eso crecieron sus ansias.
Su lengua se le introdujo entre los labios y ella abrió la boca para darle espacio, disfrutando de ese nuevo asalto. Con un suave gemido, se apretó a ese cuerpo duro y

musculoso. La excitó sentir las evidencias de su deseo. Chase renunció a su íntima batalla y sucumbió. La haría suya, sin pensar más en las consecuencias.
La arrastró consigo a tierra, mientras la manta se extendía debajo de él. Logró mantenerla en la misma posición, tendida sobre él, con las piernas entre las suyas. Sentir todo su peso encima fue un golpe fulminante. Entonces rodó para ponerla debajo. Sus movimientos tenían una urgencia frenética.
Jessie sintió que le desabrochaba el cinturón, tirando de su camisa. La mano de Chase trepó bajo la tela hasta llegar a los pechos. Sus pequeñas exclamaciones de placer lo llevaron a la locura. Estaba demasiado inflamado para mostrarse suave, pero a ella le ocurría lo mismo..Tratando de tocarle la piel desnuda le arrancó un botón de la camisa. La piel de Chase quemaba; los músculos de su espalda eran duros y tensos. Clavó los dedos en ella, salvajemente.
Una vocecita, dentro de su cabeza, le preguntó qué diablos estaba haciendo, pero ella no le prestó atención; deslizó las manos por el pecho del joven, por su pelo y sus hombros, por el cuello fibroso.
El le estaba devorando los labios; aunque magullada, lo instó a seguir. Chase le tiró de los pantalones y ella lo ayudó a bajarlos hasta los pies. Pero cuando él
quiso quitarle las botas, para retirar los pantalones por completo, Jessie se lo impidió. Estaba en llamas. No soportaba tenerlo lejos de sí ni por un momento.
Sujetándolo por el pelo, lo obligó a tenderse sobre ella.
-Te quiero ahora -susurró con voz ronca-. Ahora.
Los labios de Chase le quemaron el cuello, camino hacia la oreja.
-Es que quiero sentir toda tu.. -¡Ahora, Chase!
Quería sentir toda su piel moldeada a la propia, contemplarla entera bajo el claro de luna, pero ese deseo no era tan fuerte como la súplica urgente de Jessie. Se desvistió en un momento. Ella levantó las rodillas, encerrándolo. Su calor húmedo le facilitaba la penetración, pero Chase se contuvo por un delicioso momento, para saborear ese primer impulso. Y entonces vio el paso bloqueado por lo último que esperaba encontrar.
-Oh, Dios mío -exclamó, angustiado como nunca en su vida-. Perdona, Jessie.
Sin prestarle atención, ella levantó las caderas con insistencia. De pronto ahogó una exclamación. Nadie le había dicho que pudiera doler. Pero el dolor desapareció
de inmediato; entonces regresó la necesidad imperiosa, inundándola como un torrente.
Chase se movía dentro de ella, deleitándola en toda su longitud. Actuaba con más suavidad y lentitud de lo que ella habría querido, pero esa exquisita tortura tenía sus ventajas, pues intensificaba la necesidad, prolongando las ansias. Y cuando franqueó la cima, la explosión subsiguiente duró una eternidad.
Momentos después, cuando Chase se derrumbó a su lado, inmóvil, Jessie lo abrazó tiernamente. -Maravilloso -murmuró, soñadora.
El levantó la cabeza.
-Más de lo que piensas -dijo con suavidad.
Sus labios la acariciaron con un toque de pluma, bajando por su cuello. Con un suspiro de contento, apoyó la cabeza en el hombro de la muchacha. Nunca se había sentido tan relajado y feliz. Lo llamaba el sueño, pero se resistió para saborear ese abrazo.
Jessie era distinta de todas las mujeres con las que había gozado. Esa intensa pasión parecía extraña en una mujer. Ni siquiera la virginidad la había detenido en sus ansias de ser poseída. ¡La virginidad! Ah, qué olvido, maldición. ¡Ahora sí que estaba listo!
Jessie notó que se ponía súbitamente rígido. -¿Qué pasa? -preguntó.
-Nada -respondió él, demasiado de prisa. Ella frunció el entrecejo.
-Te arrepientes de lo que hemos hecho, ¿verdad? -¿Y tú? -contraatacó él.

-¿Por qué tengo que arrepentirme? -¡Eras virgen! -apuntó él, penosamente. Jessie sonrió.
-Por supuesto. ¿Qué creías? Chase se sintió atrapado.
-Bueno, la primera vez que te vi no te comportabas como tal.
-Oh, eso -exclamó desdeñosamente la muchacha-. No fue nada. Es que no me di cuenta de lo que Blue estaba haciendo.
-Supongo que lo mismo dirás de lo que ha pasado entre nosotros.
Jessie sonrió, pensando que estaba celoso.
-Me he dado perfecta cuenta de todo lo que has hecho tú.
El silencio de Chase empezó a confundirla.
-No comprendo qué es lo que te preocupa -dijo. -¡Eras virgen! Yo no tenía derecho... Debería haberme detenido.
-Lo sé -dijo ella con suavidad, recordando que en verdad lo había hecho-. Pero me alegro de que no lo hicieras.
-Tú te encargaste de eso, ¿no?
La muchacha soltó una risita aniñada. -No le veo nada de divertido, Jessie.
-Es que no sé cuál es el problema. Yo también te deseaba, ¿sabes? Si a mí no me aflige lo que ha ocurrido, ¿por qué te afliges tú?
-¿No vas a pretender... nada... después de esto?
Mientras hacía la pregunta rodó por el suelo y comenzó a vestirse.
-¿Pretender qué? -inquirió ella, desconfiando.
-Anda, Jessie, bien sabes lo que quiero decir. No creo que seas como tantas otras vírgenes, que se entregan sólo para atrapar al hombre. Pero si Rachel descubriera esto exigiría que...
-Que nos casáramos --completó Jessie, con los ojos encendidos por una súbita y completa comprensión-. Y yo no valgo lo suficiente para ser esposa tuya.
-No he dicho eso.
Ella lo abofeteó con toda la furia que crecía en su interior.
-¡Cabrón! -susurró, levantándose-. Eso no importaba mientras te dabas el gusto, pero después empiezas a temer las consecuencias, ¿no?
-Jessie.
-¡Te odio, maldito! Me haces sentir sucia, calculadora y mentirosa. ¡Pero no soy así! Te odio por esto.
El habría querido cortarse la lengua. -Lo siento, Jessie --comenzó, contrito.
Pero ella ya se alejaba para vestirse en otro sitio.
Luego recogió bruscamente su manta y montó a caballo.
-Has arruinado todo y eso no tiene arreglo -le dijo-. No me casaría contigo ni aunque me lo imploraras. Quédate tranquilo, que no voy a decir nada a Rachel. No necesito que me recuerde lo que quiero olvidar. Y puso a su caballo en marcha. El tuvo, al menos, la prudencia de no seguirla.

Capítulo 13

Chase despertó al amanecer y regresó al rancho sin darse prisa, pensando qué diría a Jessie. Le había arruinado su primer saboreo del amor y buscaba desesperadamente el modo de hacer que se sintiera mejor.
En el porche vio a Rachel, muy encantadora con su vestido verde claro, con hileras de volantes blancos que se perdían en el corpiño. Había recogido su cabellera dorada en un apretado moño sobre la nuca, dejando rizos finos en las sienes.

Estaba elegante. Rachel siempre estaba elegante, recatada y dueña de sí, como si nada pudiera alterarla. Era una de las cosas que habían provocado la admiración de Jonathan Ewing. Y también lo único que irritaba a Chase: ese autodominio anormal.
-Por Dios, Chase, parece que has pasado la noche fuera -comentó ella, al verlo detenerse junto al porche. El se echó un vistazo y sonrió, frotándose el mentón barbudo.
-Y es cierto. Como anoche no podía dormir, salí a dar un paseo. Pero me extravié en la oscuridad y preferí esperar a que amaneciera.
Ella meneó la cabeza.
-Francamente, Chase, no es lo normal en ti.
-Es que nada es normal en mí desde que vine, Rachel -replicó él-. Esa hija tuya se las compone para cambiar a la gente.
Ella pasó por alto el comentario.
-¿No ibas a trabajar a partir de esta mañana? Chase sintió vergüenza. Lo había olvidado.
-Creo que sí. ¿Supongo que Jessie ya se ha ido? -No sé -suspiró Rachel-. Nunca me dice nada. -Bueno, amigo, buenos días -saludó Jeb, rodeando el porche-. He visto que tu caballo no durmió anoche en su pesebre. ¿Vuelves de alguna parte?
-Sí -respondió Chase, sin ofrecer más detalles. Jeb gruñó, comprendiendo que no iba a obtener más información, y le volvió la espalda para dirigirse a Rachel.
-Me pareció mejor mostrarle esto, señora, para que no vuelva a afligirse como la otra vez -dijo, malhumorado.
Ella le arrebató la nota de las manos y la leyó de prisa con un quejido.
-¡Otra vez!
Chase desmontó para leer el papel.

Jeb:
Necesito irme por un tiempo. Cuida de todo en mi nombre. Di a Mitch que inicie el rodeo sin mí si no vuelvo a tiempo. El puede encargarse del asunto. Ya sabes dónde buscarme si hago falta.
Jessie

-¿Y ahora dónde ha ido, Jeb? ---quiso saber Chase.
-Al mismo sitio que la vez pasada -respondió Jeb, con poca amabilidad.
-¿Vas a comenzar otra vez con eso? -estalló Chase.
-Tú sabes dónde buscarla, Jeb. Tienes que seguirla -pidió Rachel.
-No puedo, señora. -El viejo meneó tercamente la cabeza-. A menos que haga falta, como ella dice. Rachel se volvió hacia Chase, con los grandes ojos llenos de aflicción.
-Está bien, Rachel -gruñó él-. No había cabalgado tanto desde que recorrí toda California en busca de mi padre.
Ella le puso una mano en el brazo.
-No sé cómo agradecerte todo esto, Chase.
-No importa -dijo él-. Pero esa hija tuya no me agradecerá que salga a buscarla.
No estaba muy complacido con esa segunda persecución. Y el hecho de que Jessie hubiera huido lo hacía sentir decididamente incómodo, considerando lo ocurrido la noche anterior. Ella había huido por su culpa.

Capítulo 14

Era maravilloso estar otra vez con Trueno Blanco y su familia, descartar los revólveres y usar el vestido indio que se había hecho con la ayuda de Pajarillo Gris, trenzarse el pelo y atar las trenzas con tientos adomados de cuentas y plumas. Era maravilloso. Pero ya no lo disfrutaba como antes, porque esta vez había un intruso.
Pequeño Halcón la había seguido hasta la aldea de los cheyennes, en vez de regresar al norte. Si rondaba por allí, vigilándola, ¿no la habría visto con Chase aquella noche? Nunca en su vida se había sentido tan abochornada. ¿Por qué insistía en seguirla? Trueno Blanco no pudo explicárselo; sólo le dijo que Pequeño Halcón solicitaba hablar con ella.
La noche anterior, Jessie había logrado olvidarse del sioux. Pasó largas horas conversando con Trueno Blanco y descargando sus pesares en él, sobre todo con respecto a la muerte de su padre. La solidaridad del indio logró hacerla llorar; mejor así. Luego le habló de Rachel y de sus problemas recientes, pero él no pudo ofrecerle ninguna solución. Por algún motivo Jessie no mencionó siquiera a Chase. Tal vez por exceso de vergüenza.
Esa tarde Jessie esperó en el tipi la llegada de Pequeño Halcón. Trueno Blanco y ella estaban solos en la gran tienda, pues el hermanito menor había salido con sus amigos a cazar conejos y marmotas con arcos y flechas de tamaño reducido. Corre con el Lobo estaba afuera, apostando con algunos ancianos. Mujer del Ancho Río y Pajarillo Gris curtían cueros de búfalo detrás del tipi. De vez en cuando, sus voces suaves llegaban hasta Jessie, haciéndola sonreír por el tema de la conversación.
-Te he visto sonreír a Marmita Gris, hija, y te he dicho muchas veces que nunca debes intercambiar miradas ni sonrisas con un hombre, mucho menos con el que te está cortejando.
-Pero fue sólo una sonrisa pequeña, madre -protestó Pajarillo Gris.
—Cada pequeña sonrisa hace que valgas menos. El pensará que ya te ha conquistado y ofrecerá por ti menos caballos. ¿Quieres ser una esposa pobre?
-No, madre. -La voz de Pajarillo Gris era sumisa. -Lo tendré en cuenta para no sonreír tanto.
-Para no sonreír nunca, hija -la reprendió Mujer del Ancho Río-. Y no dejes que Marmita Gris o Perro Blanco se queden tanto tiempo cuando vienen a visitarte.
-Sí, madre.
-¿Alguno de ellos te ha pedido en matrimonio? -La voz de Mujer del Ancho Río tomó una entonación aún más seria.
-No, todavía no.
-Bueno, recuerda que debes rechazar la primera proposición. Recházala con suavidad, pero hazles entender que no eres fácil de conquistar.
-Pero, madre...
- Escúchame. Te digo estas cosas por tu propio bien -advirtió Mujer del Ancho río, con paciencia-. No dejes que ninguno de tus mozos te vea a solas, aunque sea el que tú prefieres. No te dejes tocar por un hombre, hija, mucho menos en los pechos. Después de tocarte los pechos el hombre considera que le perteneces. ¿Acaso quieres que tus dos mozos peleen entre sí porque uno se jacta de haberte conquistado antes de tener consentimiento? No, no te gustaría, porque el que prefieres podría perder. ¿Has elegido ya? Mi esposo prefiere a Perro Blanco, igual que yo, pero si Marmita Gris ofreciera más...
Las voces se apagaron. Jessie estaba muy roja. Ella había dejado que Chase Summers le tocara los pechos y mucho más que eso. Pero él no era indio y no iba a pensar que ella le pertenecía. No, muy por el contrario: después de conocerla de la manera más íntima, Chase no había querido nada más de ella.

Trueno Blanco la conocía desde hacía mucho tiempo y la observaba con atención.
-Te ruborizas. ¿Te ha tocado un hombre, Parece Mujer? -bromeó.
Jessie ahogó una exclamación. El parecía leerle los pensamientos. Era algo misterioso y se repetía con frecuencia.
-¿Quieres que hablemos de eso? -preguntó su amigo, vacilante.
-No, todavía no.
-¿No fue Pequeño Halcón?
Ella lo sorprendió con una risa amarga.
-No creo que Pequeño Halcón desee a una mujer sólo para decidir, al minuto siguiente, que ella es indigna de él.
-¿Quién te ha tratado de ese modo? -Trueno Blanco se levantó. Estaba furioso.
-Siéntate, amigo mío -pidió Jessie con suavidad-. Puede que yo tenga tanta culpa como él por lo que ocurrió. Fui demasiado ingenua.
-Pero sufres. -Ya pasará.
Jessie continuó moliendo en el mortero de piedra las cerezas silvestres, con hueso y todo. Más tarde las secaría para mezclarlas con tiras de carne de búfalo y grasa, a fin de hacer pemmican, un alimento que se conservaba durante meses enteros.
Trueno blanco se apartó para dejarla con sus pensamientos. Jessie se alegró de habérselo contado. Así él podría comprender si de pronto la veía malhumorada y mohína.
Trueno Blanco era muy sabio y considerado, pese a su juventud. En realidad, sólo le llevaba dos años. ¡Y cómo amaba Jessie a su querido amigo! Cruzó una mirada con él y le sonrió.
Los cheyennes eran los más altos entre las tribus de las llanuras; Trueno Blanco llegaba al metro ochenta y era perturbadoramente hermoso, por añadidura, con esos asombrosos ojos azules heredados del padre. Tenía la piel cobriza, pero ante todo por el sol. Era un joven guerrero que ya había demostrado ser tan apto como cualquier hombre y más fuerte que la mayoría. Jessie estaba orgullosa de su amistad.
Pocos minutos después llegó Pequeño Halcón y entró silenciosamente. Lucía una camisa reservada para ocasiones especiales, hecha con el cuero de la gran oveja silvestre. Tenía flecos en las mangas largas y en las perneras; el adorno de cuentas era hermoso. También lucía borlas y trocitos de metal aquí y allá. En las trenzas llevaba una envoltura de piel blanca y una sola pluma azul, igual a la que había dejado a Jessie.
Trueno Blanco quedó impresionado. Ese atuendo anunciaba algo importante y él creía saber de qué se trataba. Eso lo preocupó.
Pequeño Halcón, respetando el protocolo, esperó a que lo invitaran a sentarse. Trueno blanco lo hizo esperar un momento mientras miraba a Jessie, para ver si ella comprendía el significado de esa visita. Por fin dejó escapar un suspiro y dio la bienvenida a su visitante, utilizando la lengua sioux. Jessie se fue impacientando a medida que se desarrollaba la conversación, sin que ella comprendiera una palabra. Creía que Pequeño Halcón estaba allí para hablar con ella y la escena la fastidiaba.
Por fin el sioux se volvió hacia ella y Trueno Blanco dijo:
-Pide permiso para hablarte. Jessie observó:
-¡Pero si ya le he dado ese permiso! ¿No es por eso por lo que ha venido?
-Ahora te lo pide formalmente.
Jessie disimuló una sonrisa ante tanto absurdo. -En ese caso, accedo formalmente.
Trueno Blanco continuó solemne: -También pide que yo le sirva de intérprete. --Pero, ¿por qué, si él sabe hablar mi idioma? -No quiere rebajarse a usarlo si no es necesario -explicó Trueno Blanco.
Jessie se irritó.
-Siendo así, ¿para qué aprendió a hablarlo? -¿Quieres que se lo pregunte?

-Puedo preguntárselo yo misma -recordó ella seca.
-No hables directamente con él -le advirtió su amigo en voz baja-. Tampoco lo mires con tanta audacia ni reveles tus pensamientos.
Ella reía.
-¿Sabes que estás hablando como tu madre? -Ponte seria, mujer -Trueno Blanco la miró con el ceño fruncido. -El no bromea. Además, dadas sus intenciones, la costumbre exige que hable por intermedio de una tercera persona. -La miró enarcando una ceja interrogante -¿Comprendes ahora?
Jessie arrugó la frente. ¿Qué estaba tratando de decirle? Trueno Blanco no solía ser tan críptico. -¿Podríamos continuar? -sugirió ella, echando una mirada aprensiva a Pequeño Halcón.
Los dos hombres hablaron largo rato; la aprensión de Jessie creció al notar que, obviamente, estaban discutiendo. Le habría gustado tener alguna idea del motivo de aquella reunión.
Los hombres se quedaron callados; Jessie descubrió que había estado conteniendo el aliento. Como ninguno de ellos hablaba, preguntó.
-¿Y bien?
-Es lo que yo suponía -te dijo brevemente Trueno Blanco-. Quiere que seas su mujer.
Jessie quedó muda. No habría debido sorprenderse tanto, pero no podía evitarlo.
Se volvió hacia Pequeño Halcón y los ojos de ambos se encontraron por un momento antes de que ella apartara la vista. La quería, sí. De pronto se sintió halagada. Eso era un bálsamo después del trato despreciable que había recibido de Chase.
-¿Su mujer, tan sólo, o su esposa? -preguntó apresuradamente.
-Su esposa.
-Comprendo... Jessie miró hacia lo alto del tipi, cavilando.
Trueno Blanco quedó desconcertado. -¿Estás pensando en aceptar? -¿Qué ofrece por mí?
-Siete caballos -respondió él.
-¿Siete? -Jessie quedó impresionada. -¿Por qué tantos? ¿Es rico?
-Simplemente está decidido a conseguir lo que desea, creo. Un caballo sería para mí, por hablar en su nombre, puesto que no tiene aquí ningún amigo íntimo que lo haga. Dos, para Corre con el Lobo, puesto que ocupas su tipi. Los otros cuatro son para ti y seguirán siendo tuyos, junto con tus propias pertenencias.
-Y el tipi -agregó ella, sabiendo que el tipi se consideraba propiedad de la esposa.
-No, el tipi no -confesó suavemente Trueno Blanco-. Le he dicho que no aceptarías, principalmente por eso. Ya tiene una primera esposa.
-¿Sí? -Sí.
-Comprendo -dijo Jessie, muy tiesa.
No sabía por qué, pero de pronto se sentía muy enojada. Tal vez porque le había gustado sentirse deseada, olvidar los problemas del rancho. Sin embargo, era un cuento de hadas.

" Di a Pequeño Halcón que me siento honrada -dijo—, pero no puedo aceptar. Dile que las mujeres blancas no compartimos el esposo. No quiero ser segunda esposa".
Para alivio de Jessie, Pequeño Halcón aceptó con donaire su rechazo. Después de intercambiar algunas palabras más con Trueno Blanco, abandonó el tipi.
-Dijo que esperaba ser rechazado esta primera vez -le dijo su amigo, con gravedad-. Parece pensar que te acostumbrarás a la idea y acabarás por aceptarla.
-¡Oh! -Jessie empezaba a preocuparse. -Supongo que se quedará por aquí para insistir con la propuesta.

-Puedo asegurarte que volveremos a verlo -replicó Trueno Blanco.
Jessie meneó la cabeza. Pocos días antes estaba sin hombre y libre como nadie. Ahora tenía en las manos más de lo que habría querido.

Capítulo 15

Era la tarde avanzada del cuarto día que Chase pasaba en los caminos. Nunca había imaginado que llegaría tan lejos. Pasó una noche en Fuerte Laramie, donde le dieron indicaciones para llegar a la aldea de Trueno Blanco. Sabía que ese era el sitio conecto. No podía ser de otro modo, pues era el único asentamiento cercano.
La aldea le pareció apacible a la luz del sol, ya bajo. Se veían niños que jugaban, mujeres trabajando y hombres reunidos en grupos. Había muchos caballos atados junto a los tipis, carne colgada a secar y pieles extendidas para el curtido. Parecía una aldea próspera y tranquila. Se agazapó cerca de un arroyo, observando. ¿Era posible que ella estuviera allí?
Su pregunta tuvo respuesta en cuanto avanzó un poco aguas abajo hasta una mata de hierbas y árboles que ocultaban la aldea Pensaba esconderse allí pero se detuvo al ver a una mujer que se bañaba en el arroyo. Estaba desnuda hasta la cintura y usaba un taparrabos a la manera de los indios. Chase se acercó un poco más al ribazo, conduciendo a su caballo con prudencia, aunque a esa distancia ella no podría verlo.
De inmediato se olvidó de la aldea y de todo lo demás. La mujer del agua era Jessie. No tuvo dudas. El pelo suelto y mojado se le pegaba al cuerpo. Dios, qué hermosa era, una diosa besada por el sol. Sus pechos eran mucho más grandes de lo que él recordaba, altos y orgullosos, por encima de la estrecha cintura y la suave curva de las caderas. Chase quedó hipnotizado. ¿Por qué era tan especial, tan encantadora?
Sus cavilaciones se interrumpieron bruscamente al notar que Jessie estaba hablando con alguien. Luego vio al indio. Estaba sentado, con la espalda apoyada contra un árbol nudoso. Aunque no miraba a Jessie, de pronto se volvió hacia ella.
Chase se puso furioso. ¡Un hombre estaba mirando a Jessie mientras se bañaba! Fue una lástima que se dejara dominar por la ira, porque perdió toda conciencia de sus alrededores. Cazador del Oso Negro, el hermano mayor de Trueno Blanco, avanzaba lentamente hacia el forastero blanco. Desde su sitio no podía ver a Jessie ni a su hermano, el hombre que hablaba con la muchacha. Tuvo la impresión de que el forastero blanco estaba espiando la aldea. Cazador del Oso Negro se acercó a Chase con la mayor cautela.
Con el agua fría del arroyo que goteaba por su cuerpo, Jessie logró apartar de su mente a Pequeño Halcón. Cuando era pequeña solía bañarse con Trueno blanco, pero Mujer del Ancho Río había puesto fin a eso en cuanto el cuerpo de Jessie empezó a desarrollar curvas. De cualquier modo, Trueno Blanco la acompañaba siempre para protegerla. En realidad, si estaba allí era a causa de Cazador del Oso Negro. Su hermano era el único de toda la aldea que nunca había tolerado las visitas de Jessie. Dos veces ambos discutieron por ella. Y en varias ocasiones Cazador del Oso Negro había asustado terriblemente a Jessie al encontrarla a solas.
Durante todo el año anterior y en los días de esa nueva visita, la muchacha no había visto a Cazador del Oso Negro. Tenía noticias de que estaba casado y tenía tipi propio. Tal vez ahora fuera menos severo.
Jessie planteó la cuestión a Trueno blanco, preguntándole por encima del hombro:
-¿Tu hermano todavía me odia?

La pregunta sorprendió tanto a su amigo que, sin darse cuenta, se volvió a mirarla.
-¡Pero si él no te ha odiado nunca! --Claro que sí.
Trueno Blanco se apresuró a desviar la mirada. Hacía mucho tiempo que no la veía sin ropas y sintió calor en el rostro. No era la primera vez, pero en cada ocasión se enfurecía consigo mismo. No soportaba lo que a veces sentía por ella. Eran amigos y él no quería poner en peligro esa amistad.
-¿Me has oído, Trueno Blanco?
-Sí -respondió él, sin mirarla-. Pero te equivocas al creer que es odio lo que él siente.
-Oh, tú sabes que siempre ha sido así -le recordó Jessie.
-No le gusta que vengas, pero sólo porque eres blanca como mi padre, el que robó a Mujer del Ancho Río a su primer esposo, el padre de Cazador del Oso Negro. Debido a eso él perdió a su padre y ahora tiene rencor a todos los blancos.
-Pero yo era una criatura sin culpa.
-Lo sabe. Llegó a lamentar el trato que te había dado, pero ya era demasiado tarde.
-¿Por qué? Yo habría comprendido.
-Sí, pero ¿habrías comprendido todos los motivos de su cambio? Porque él descubrió que te deseaba. Jessie quedó sorprendida y algo incrédula.
-¡Pues tiene una extraña manera de demostrarlo! -bufó.
-Porque eres blanca. Porque no podía permitirse desear a una blanca. Se tomó mucho trabajo para ocultártelo. Se mostró duro porque no era fácil disimular lo que sentía por ti.
-¿Y cómo sabes tú todo esto, Trueno Blanco? -preguntó Jessie-. ¿Te lo ha dicho él?
-No, pero lo sé.
-Podrías estar equivocado, ¿verdad?
-Lo dudo, pero ¿preferirías seguir pensando que te odia, aunque no sea cierto?
-Sí, por cierto -respondió ella, muy seria-. Me desconcierta descubrir de pronto que me desean tantos hombres. No estoy habituada y no lo entiendo. Al fin y al cabo, no soy una belleza deslumbrante, ¿sabes? Generalmente estoy cubierta de sudor y de polvo por el trabajo y visto con pantalones. Caramba, si Pequeño Halcón no me ha visto con faldas hasta hoy. Sin embargo, él y Chase...
-¿Conque así se llama el otro? -interrumpió
Trueno Blanco.
-No hablemos de él -pidió Jessie, pétrea-. Pero dime, ¿Cazador del Oso Negro es feliz con su esposa?
¿Es posible que en adelante no sea tan hostil conmigo? -Es feliz, pero no sé qué sentirá por ti. -¿Dónde está?
-Salió a cazar. Volverá en cualquier momento. En realidad... -Trueno Blanco se levantó, alerta. -Creo que ese es su grito de victoria. ¿Lo oyes?
-Sí. Adelántate, Trueno Blanco, Ya casi he terminado.
-¿Estás segura?
-Sí. Pequeño Halcón irá a inspeccionar la presa de Cazador del Oso Negro, así que no va a molestarme. Y los demás no me preocupan. Ve.
Jessie terminó de lavarse la cabeza sin prisa alguna.
Con tantas cosas como tenía en la mente, no le interesaba la presa de Cazador del Oso Negro. Ya habría tiempo para enterarse de qué era ¡Así que Cazador del Oso Negro también la deseaba! Meneó la cabeza, extrañada. Había mucho de extraño en esos aspectos diferentes del deseo. Blue la deseaba. Pequeño Halcón la deseaba. Chase la había deseado, pero sólo una vez. Y Cazador del Oso Negro luchaba contra su deseo, constantemente hostil. ¿Dónde estaba el amor en todo eso? Rachel sólo había fingido amar a Thomas. Y los sentimientos de Thomas no merecían el nombre de amor, pues se

habían convertido en Odio. En los libros el verdadero amor era generoso, pero Jessie nunca había visto ese tipo de sentimiento entre dos personas casadas. ¿Existiría el amor, en verdad?
Algo más tarde, vestida y con el pelo mojado peinado en dos trenzas pulcras, Jessie tomó el estrecho sendero que conducía al campamento. Allí estaba Pequeño Halcón, bloqueándole el paso, con los pies algo separados y los brazos cruzados contra la amplitud del pecho. Se había quitado la camisa ceremonial y las perneras; vestía sólo su taparrabos y los mocasines.
Jessie logró disimular su sorpresa y lo miró de frente.
-Si has terminado, te acompañaré -ofreció el sioux.
-Conque te has decidido a hablar en mi idioma. -Cuando estamos los dos solos, es necesario -replicó él, encogiéndose de hombros. Luego dijo abruptamente: -No deberías estar aquí sin ese revólver que llevas a la cadera.
-No hace falta. Quedé sola apenas un momento antes de que llegaras. Porque acabas de llegar, ¿verdad? -¿Te gustaría que dijera que sí?
-¿Qué clase de respuesta es esa? -le espetó Jessie.
-¿O preferirías saber que vine mientras aún te estabas secando?
Los ojos de Jessie lanzaron chispas.
-¿Por qué no anunciaste tu presencia? ¡No tenías derecho a... a estarte allí, mirándome!
-Dejas que Trueno Blanco te mire. -La observación fue hecha con calma.
-El no me miraba -insistió Jessie-. No es capaz. Somos amigos. Le tengo confianza
Pequeño Halcón sonrió de oreja a oreja. -Aprenderás a tenerme la misma confianza.
-¿Cómo, si me espías?
-Espera, Parece Mujer. -En dos pasos estuvo junto a ella, obligándola a mirarlo a los ojos. -¿Por qué te enojas? ¿Me privarías de verte, aunque te he expresado claramente mis intenciones? ¿No es razonable que el hombre busque a la mujer a quien ha pedido como esposa? Yo no sabía que iba a encontrarte así, pero no lo lamento. El verte me dio mucho placer.
Continuó diciendo algo más, pero en su propia lengua. Jessie quedó confundida por el cambio y él aprovechó para besarla.
Fue un golpe que ella sintió hasta la punta de los pies. La dejó asustada e incapaz de resistir.
Pequeño Halcón la soltó por fin, pero continuó mirándola intensa, apasionadamente. Sonreía, creyendo haber ganado esa partida.
Tienes el cielo y la selva en tus ojos; cuando te enojas se encienden como las estrellas. Pero debes aprender a dominar tu genio, Parece Mujer. Mi primera esposa es una mujer suave; no comprendería esas emociones tuyas, que estallan como tempestades.
-¡No tienes por qué preocuparte! -le aseguró ella, acalorada-. Jamás me encontraré con tu esposa. Y puedo volver sola al campamento, gracias.
Trató de pasar de largo, pero él la sujetó por los brazos.
-¿Tanto te molesta que yo tenga una primera esposa? -preguntó con suavidad.
-Por supuesto.
-Pero puedo amaros a ambas.
-Conozco tus costumbres -dijo ella, a la defensiva-. Pero provengo de una cultura diferente y no sería feliz compartiendo a mi marido.
-En ese caso, renunciaré a mi esposa.
-¡No te atrevas! -exclamó Jessie-. Yo no soportaría eso. No podría vivir con mi conciencia si hicieras eso. Tienes que quererla.
-Sí, pero también te quiero a ti, Parece Mujer. Jessie sentía deseos de gritar.

-Mira, ni siquiera soy virgen -dijo en voz baja, con las mejillas encendidas-. Olvídate de mí y... -Eso no importa.
-¿Que no importa? -preguntó ella, incrédula. -No.
Jessie no tenía más que decir. Lo apartó de un empellón y corrió por el sendero.
El la dejó huir, pero alzó la voz para decirle:
-Los sioux no renunciamos fácilmente, Parece Mujer.
-¡Pues harías bien en aprender! -le gritó ella, un momento antes de irrumpir entre las matas que ocultaban el campamento.
Lo oyó reír y corrió más de prisa hasta llegar al tipi de Corre con el Lobo.

Capítulo 16

Chase despertó poco a poco; el dolor de cabeza lo aturdía, desorientándolo. Le dolían los hombros y sentía las manos entumecidas. ¿Qué diablos pasaba?
Abrió violentamente los ojos. A su alrededor había tipis y, a poca distancia, un grupo de indios sentados alrededor de una fogata. Cuando trató de mover los brazos, unas tiras de cuero sin curtir se le clavaron en las muñecas. El dolor le despejó los sentidos. Chase gimió, lamentando haber despertado.
Uno de los indios oyó a Chase e hizo señas a los otros. Dos se levantaron para acercarse a mirarlo. Estaba sentado en el suelo, con las manos atadas a un poste detrás de su espalda. Trató de no parecer asustado ante los indios que lo miraban. Los dos eran jóvenes, probablemente menores que él, pero eso no lo tranquilizó.
-Has roto nuestro tratado, ojos blancos -dijo el más alto-. Sufrirás la pena que corresponde. Pero primero nos dirás quiénes te mandaron a espiarnos.
Chase no reconoció en quien hablaba al hombre que había visto junto al arroyo con Jessie. Pero reparó en sus ojos azules y su estructura facial distinta; eso le dio ánimos.
-Eres medio blanco, ¿no?
-Debes responder, no preguntar -fue la áspera réplica.
-Esto es ridículo -dijo Chase, impaciente-. No sé quién me atacó, pero ha cometido un error. No soy de aquí ni sé nada de ese tratado. Y no soy espía.
Chase esperó a que los dos conferenciaran en su propio idioma. Luego el más alto lo enfrentó, enojado. ---Cazador del Oso Negro dice que mientes. Fue él quien te capturó. Te encontró escondido en el ribazo del arroyo observando nuestra aldea. Piensa que te envió el Ejército y está dispuesto a saber la verdad aunque sea por la fuerza.
Chase sintió que se le estrujaban las entrañas. -Todo esto no tiene sentido. Vine en busca de Jessica Blair. Sé que está aquí. Preguntadle por mí.
Los dos indios volvieron a discutir; en esa oportunidad, el más bajo se marchó a grandes pasos, enojado. Chase se atrevió a concebir esperanzas al ver que el otro se volvía a mirarlo con las facciones relajadas, iniciando una lenta sonrisa.
-Deberías haberlo dicho mucho antes -lo regañó el guerrero.
-Ya veo -replicó Chase-. Pero tu amigo no ha quedado muy satisfecho, ¿verdad?
-No. Habría preferido matarte. Chase palideció.
-¿Esa es la pena por romper un tratado? Pero el Ejército no lo permitiría.
-El ejército abandonó esta zona ante nuestras exigencias, cuando destruimos sus fuertes y los obligamos a retroceder. No romperían el tratado por un solo hombre, aunque lo hubieran enviado ellos mismos. Esta región pertenece a los Cheyennes y a los Sioux; el Ejército accedió a que ningún blanco lo pisara.
-¿No obstante, permitís que Jessica Blair rompa el tratado?

El indio frunció el entrecejo.
-Es amiga nuestra. Y tú, ¿quién eres? -guiso saber, con expresión solemne.
-Jessie me conoce. Si le dices que Chase Summers...
-¡Chase! -repitió el indio, entornando los ojos-. Creo que Parece Mujer preferiría dejarte por cuenta de mi hermano.
Dicho eso se alejó. Chase trató de llamarlo, pero el hombre no se detuvo.
¿Por qué cuernos se había enojado tanto de repente, sólo por oír su nombre? Chase se sintió muy intranquilo. Jessie debía de haber dicho algo sobre él; nada bueno, sin duda.
Se puso el sol. Nadie vino. Los indios reunidos junto al fuego se disgregaron. Y nadie venía aún. Chase trató de aflojar sus ligaduras, pero eran firmes. Comenzó a desesperarse. ¿Dónde estaba Jessie?
Cuando apareció, lo hizo acompañada por el indio de ojos azules; Chase tardó en reconocerla. Parecía una india con ese vestido típico, esos mocasines hasta la rodilla y el pelo sujeto en dos trenzas. Su expresión era inescrutable. ¿Estaba allí para ayudarlo o para disfrutar de su aprieto?
-Podrías haber venido antes -dijo Chase, tratando de dar a su voz un tono ligero.
La expresión de la muchacha no cambió.
-Estaba durmiendo. Trueno Blanco no creyó necesario despertarme sólo para decirme que estabas aquí. De cualquier modo, no irías a ninguna parte.
-Gracias.
Jessie entornó los ojos.
-Guárdate el sarcasmo, Summers. Tú solo te has metido en este aprieto.
-¡No he hecho más que venir por ti, demonios!
-le espetó Chase.
Trueno Blanco dio un paso hacia él, pero Jessie lo sujetó por un brazo y se lo llevó aparte. Chase los vio discutir. Luego la muchacha volvió sola.
-¿Hablas el idioma de estos indios? -se asombró Chase.
-Sí.
-¿Qué pasaba?
-No le gustó que me gritaras. Mira, comprendo que estés nervioso, pero te sugiero que seas cortés cuando hables. No te conviene enojarlo, con las ganas que ya tiene de dejarte aquí.
-¿Por qué? -acusó Chase-. ¿Qué diablos le dijiste de mí?
-Sólo la verdad: que me usaste. Que, después de darte el gusto, te dio pánico que yo quisiera casarme por lo ocurrido. ¿Lo niegas?
-No me permitiste explicar, Jessie.
-No había nada que explicar. Todo estaba muy claro -replicó ella, rígida.
Por Dios, ¡cómo le habría gustado sacudirla hasta hacerle perder esa compostura!
-¿Y con respecto a ti, Jessie? Yo podría decir lo mismo de ti. Te diste el gusto. Me usaste. ¿Y si yo hubiera querido casarme después de eso?
-No seas absurdo -le espetó ella.
-No, piénsalo. ¿Quién se habría echado atrás, en ese caso?
-Pero tú no pensabas casarte -apuntó ella, ya en voz baja-. Y no me diste ninguna oportunidad de averiguar cuales eran mis sentimientos.
El dolor de su voz llegó al corazón de Chase.
-Te pedí perdón con toda sinceridad. Aunque tú no hayas dado mucha importancia a la pérdida de tu virginidad, a mí me alteró al punto de no saber qué demonios decía, Jessie.
-Todo eso no viene al caso. Te dije que prefería olvidarme del asunto.
-Claro que viene al caso, si tu amigo indio quiere degollarme por lo que le dijiste.

-Para que lo sepas, le dije muy poca cosa. Pero como me vio nerviosa sacó sus propias conclusiones. Lo que pasa es que me protege mucho.
-¿Qué es para ti, si me permites preguntarlo?
-Un amigo muy íntimo. Y ya sería hora de que me dijeras qué estás haciendo aquí.
-¿Muy íntimo? ¿En qué sentido?
-¡No te importa! -cortó Jessie-. ¿Pasa algo malo en el rancho, que has venido a buscarme?
-En el rancho no pasa nada.
-¿Nada? -Un fulgor feroz le encendió los ojos. -No me digas que Rachel te mandó buscarme otra vez.
-Estaba preocupada.
-¡Maldita sea! -estalló Jessie-. ¿Qué eres? ¿Una marioneta, que saltas en cuanto ella lo ordena? Podría haberte hecho matar.
--Espera un momento. -Chase se sentía inquieto, pues Trueno Blanco los observaba con atención y frunciendo el ceño.
-Escúchame bien. -Jessie bajó la voz. -No tenías derecho a seguirme. No necesito custodia. Y si la necesitara, no te la pediría a ti. Esta región, que es un segundo hogar para mí, es para ti una trampa mortal. Tuviste mucha suerte de que Cazador del Oso Negro no te matara en cuanto te encontró. Y reza por que la suerte no te abandone, porque te iras solo de aquí. Yo no voy a ayudarte. Has malgastado el tiempo... otra vez.
Cuanto menos había dicho que él se iría. Pero Chase no se demoró en ese pensamiento. Estaba observando a Trueno Blanco, que estaba junto al fuego; les había vuelto la espalda al bajar Jessie la voz y Chase sólo le veía el perfil. Eso le hizo pensar en la escena del arroyo. Su enojo volvió sin que lo llamaran.
-¿Cuándo me sueltan, Jessie? -preguntó. Trueno Blanco te cortara las ataduras.
-Antes de llamarlo respóndeme a una pregunta, ¿quieres?
Jessie habría debido sospechar, pero no captó el tono glacial de su voz.
-¿Qué, Summers?
-¿Soy yo el culpable de que te hayas vuelto prostituta o siempre tuviste vocación? Me gustaría saber si corresponde sentir remordimientos.
Jessie ahogó una exclamación. -¿Estás... loco?
-Cuando dijiste que este hombre era un amigo muy íntimo te referías a eso, ¿no? -preguntó Chase, deliberadamente cruel-. ¿O se conforma con que le des un espectáculo de vez en cuando?
-¿De qué estás hablando? -susurró Jessie.
-Te vi con él en el arroyo -bramó Chase-. Cuando ese otro indio me encontró no estaba observando el campamento, sino a ti. Y no era el único que miraba -se burló-. ¿El ya había...?
Jessie, sin darle tiempo a terminar, le asestó una fuerte bofetada.
-¡Cabrón! ¿Cómo te atreves a insinuar algo así?
¡El es como un hermano!
Temblaba de pura indignación. Trueno Blanco se acercó por detrás y la hizo girar hacia él. La muchacha se negó a mirarlo a los ojos.
-¿Escuchaste lo que ha dicho? -preguntó, angustiada.
-Sí. ¿Te avergüenzas?
No hizo falta que respondiera. Trueno Blanco se la llevó aparte para preguntarle.
-¿Quieres que lo mate?
Chase oyó la pregunta, pero no la respuesta de Jessie. Los siguió con la vista hasta que desaparecieron tras un grupo de tipis, al otro lado del campamento. Luego cerró los

ojos. Pese a todo se sentía sereno. Tal vez estaba loco. ¿Por qué, si no, había irritado a una persona de la que dependía su vida? En realidad ya no se conocía a sí mismo.

Capítulo 17

Jessie se arrodilló junto a Chase. Aún estaba oscuro. Le había traído comida, un cuchillo para cortar sus ligaduras y algunas otras cosas. Lo encontró dormido y no lo despertó. Aprovechó para estudiarlo con atención, pensativa. ¿Por qué ese hombre tenía la capacidad de hacerla llorar? Hasta entonces Thomas Blair había sido el único.
Trueno Blanco sugería que Chase no sentía lo que había dicho. Llegó a defenderlo, aun después de haberse ofrecido a matarlo. Ella quedó horrorizada. Pero después, a solas, pensó en lo que su amigo decía y comprendió que bien podía ser verdad.
Trueno Blanco sugería también otras cosas, completamente ridículas, que ella descartó por completo. Según él, Chase podía considerar que ella le pertenecía, después de lo ocurrido entre ellos, y que sus acusaciones se debían a los celos. Jessie no se engañaba. Lo último que Chase deseaba era que ella le perteneciera. Lo había dejado muy claro.
-¿Cuánto hace que estás aquí?
Sus miradas se encontraron, pero ella apartó inmediatamente la vista.
-Acabo de llegar.
Caminó a su alrededor para cortar las tiras de cuero que le sujetaban las muñecas. Chase movió los brazos con cautela, pero ahogó un grito cuando la sangre volvió a circularle por las manos. Fue inútil sacudirlas.
Jessie reapareció a su lado, guardando su puñal en la parte alta del mocasín.
Te he traído comida y tus cosas.
El joven vio en el suelo su silla de montar, junto con sus armas y otros objetos. Miró a Jessie de soslayo. -Gracias. Comenzaba a dudar de que me ayudaras. -¿Que te ayudara?
-A salir de aquí. Después de lo que...
-Debería dejar que siguieras pensándolo -lo interrumpió ella, amargamente-. Sería buen castigo, sentirte en deuda con una prostituta.
-Ah, Jessie -gimió él-. Bien sabes que no lo dije en serio.
-Lo sé, sí -reconoció ella, mohína-. Trueno Blanco me hizo ver que habías soportado muchas cosas durante el día. Cuando un hombre se enfrenta a la muerte, lo hace con valor o lo hace mal. Tú reaccionaste mal.
Por supuesto.
Chase encontró esa explicación preferible a la verdad y concordó de buena gana.
-Sí. Bueno, es que últimamente no reacciono bien ante nada, ¿verdad?
-Así es.
Se levantó, disfrutando del simple acto de estirar los miembros.
-Gracias por liberarme. A nadie más se le ocurrió hacerlo.
Ella se encogió de hombros; su gratitud la incomodaba.
-Tarde o temprano alguien habría venido. No son salvajes, ¿sabes? En cuanto supieron que habías venido por mí, dejaste de ser un prisionero.
-No tuve esa impresión.
-Si sufriste inconvenientes, te lo mereces por haber venido -advirtió ella, intencionada-. Nadie te invitó.
-Eso es cierto -reconoció él-. Y me iré con gran placer. ¿Ya podemos partir?
-Puedes partir cuando quieras, pero te sugiero que aguardes hasta que salga el grupo de cazadores por la mañana. Ellos te acompañarán hasta fuera del territorio indio. Así

estarás seguro. De lo contrario, bueno... Chase la miró un instante, pensativo. Luego dijo: -Contigo estaría seguro, ¿no?
-Sí, pero yo no me voy.
-Claro que sí, Jessie. No he venido hasta aquí por nada.
-No empieces otra vez, Summers -le advirtió ella, fría-. Esto no está en discusión. Aunque estuviera dispuesta a partir mañana, no viajaría contigo. No me gusta tu compañía.
Chase se acercó a ella, pero la muchacha retrocedió con celeridad.
-Voy a decirlo de otra manera -agregó-: bastará un grito mío para que todos los tipis se vacíen en cuestión de segundos. Y tendrás que arreglártelas para dar explicaciones.
Chase suspiró. -Tú ganas.
Una vez que dejó de sentirse amenazada Jessie dio rienda suelta a su mal genio.
-Estás loco, ¿lo sabías? ¿Qué diablos querías hacer, al fin y al cabo?
El se encogió de hombros tranquilamente. -Cobrar una pequeña compensación por mis trabajos. Y quizás hacerte tragar lo que dijiste. Eso de que no te gusta mi compañía.
Jessie ahogó una exclamación.
-¿Crees que te basta besarme para que me olvide de todo? ¡Qué presumido eres, por Dios!
-¿Tienes miedo de que sea cierto?
-No voy a molestarme en contestar a eso. Y no sé qué hago aquí, hablando contigo. Si quieres irte ahora, voy a traer mi caballo.
-¿Conque vienes conmigo?
-No -replicó Jessie, vacilando-. Es para prestártelo. -Rezó pidiendo que él no estallara.
Chase levantó la voz. -¿Qué le pasa a Goldenrod? -Nada, pero...
Sin darle tiempo a explicar, él giró en redondo y echó a andar.
-¿Adónde vas? -Voy por mi caballo.
Jessie vio entonces al animal y reconoció el tipi frente al que estaba atado.
-Si Cazador del Oso Negro te ve rondando su tipi -dijo, corriendo a sujetarlo-, te verás en muchísimos problemas.
-¿Cómo quieres que recupere a Goldenrod?
-No puedes. El se quedará con tu caballo. ¿Por qué crees que te presto el mío?
Los ojos de Chase se habían puesto negros como el carbón.
-Espero que esto sea una broma.
-Pues no lo es -aseguró ella, muy tiesa.
-¿Es otra costumbre india? ¿Como la de tener amarrado a un hombre todo un día sin ningún motivo? -No, pero quiso tu mala suerte que te encontrara Cazador del Oso Negro, que odia a los blancos, incluida yo. Lo enfureció descubrir que se había equivocado con respecto a ti, sobre todo porque yo estaba involucrada. Hizo el papel de tonto. Y para salvar su imagen, se queda con tu caballo. Tienes que dejárselo.
-Ni lo pienses, Jessie. Ese caballo está conmigo desde hace mucho tiempo y no pienso cedérselo. -Mira, idiota, confórmate con que no se haya apoderado también de tu silla y tus revólveres. Podría haberte despojado de todo, ¿sabes? Al fin y al cabo él te capturó, aunque no seas espía.
-No voy a salir de aquí sin mi caballo. No se hable más.
-No seas ridículo -susurró ella-. Tendrías que combatir por él y...
-Pues combatiré por él. Cruzaron una mirada intensa.
-Al venir aquí demostraste que eras diez veces estúpido -comentó ella, con forzada serenidad-. ¿Qué posibilidades tendrías contra un guerrero cheyenne? Te mataría en un minuto.
-Primero tendría que ganar.

-¡No se trata de medir fuerzas, demonios! Te he dicho que él no me quiere. Cualquiera de los otros guerreros te tendría contemplaciones por consideración a mí; él no. ¡El tratará de matarte!
-No tienes muy buen concepto de mí, ¿verdad? Ella lo miró horrorizada.
-No, Summers, no.
-Tú arregla el combate, Jessie. -¿Por qué no me escuchas? Chase torció una ceja.
-¿Desde cuándo te importa lo que me pase? -¡Oh! -estalló Jessie-. ¡Arréglatelas con él!
Y se marchó a grandes pasos. Chase aspiró muy hondo. No se iría de-allí sin Goldenrod... ni sin Jessie.

Capítulo 18

Jessie y Trueno Blanco fueron a transmitir a Cazador del Oso Negro el desafío por el caballo dorado. El accedió de inmediato. Jessica le suplicó que no matara a Chase, que considerara aquello como una prueba de fuerza y nada más, pero Cazador del Oso Negro la miró con aire pétreo. Nada había cambiado. No se mostraría misericordioso.
Toda la tribu salió a presenciar el entretenimiento y a proponer apuestas, pues a los indios les encantaba el juego. Pero no hubo muchos que aceptaran hasta que Chase desnudó el torso; entonces las apuestas se intensificaron. Jessie se animó al ver esos gruesos músculos. Por suerte, Chase y Cazador del Oso negro tenían más o menos la misma estatura e idéntica masa muscular.
-Todavía puedes cambiar de idea -advirtió Jessie a Chase.
Cuando él iba a contestar, su expresión se endureció.
-¿Qué hace él aquí? -preguntó.
La muchacha siguió la dirección de su mirada y vio que Pequeño Halcón se acercaba a la multitud.
-Antes de que me derribara, aquel día, le eché un buen vistazo, Jessie -agregó Chase, furioso.
-¡Cuidado con lo que dices! Sabe hablar nuestro idioma-susurró ella.
-¿Eso es una advertencia? -preguntó Chase, desdeñoso-. ¿Acaso va a saltarme encima otra vez?
Jessie lo arrastró a un par de metros de distancia para susurrarle.
-¿Quieres callarte la boca? ¿No tienes sesos, hombre? El no es de esta tribu, pero lo que tú hagas tiene importancia. Como viniste por mí, lo que hagas aquí me afecta.
-Pero él...
-No me refiero sólo a él. Cazador del Oso Negro es hermano de Trueno Blanco. Te pido que no lo mates, Chase.
-Ah, ¿debo dejar que él me mate a mí? -exclamó Chase, sin preocuparse por quién pudiera oírlo.
-No, por supuesto -susurró Jessie, impaciente-. Pero si lo matas no podré volver aquí. Sólo digo que... no lo mates si no es necesario. Basta con que lo venzas, ¿Comprendes?
-Comprendo, claro -dijo Chase, sarcástico. Luego le volvió la espalda y caminó hasta el centro del círculo, donde esperaba Cazador del Oso Negro. En cuanto Chase estuvo frente a él, Trueno Blanco se interpuso entre ambos y dijo algunas palabras que Jessie no llegó a oír. Luego ató una larga correa a la cintura de ambos, para imposibilitar que cualquiera de ellos pudiera huir del otro. De ese modo el combate era más peligroso, pues cada uno estaba a fácil distancia del cuchillo de su adversario.

Chase parecía bastante sereno. Jessie le había advertido lo de la correa; también le dijo que no había reglas para el duelo. El había meneado la cabeza. ¡Un combate sin reglas!
Cazador del Oso Negro hizo el primer movimiento: un salto inesperado que sorprendió a Chase con la guardia baja; ambos se estrellaron contra el suelo y volvieron a levantarse en un instante; el indio asestaba puñaladas cortas, que Chase lograba esquivar a duras penas.
Luego el indio atacó con el cuchillo en alto. Trabaron las muñecas, cada uno inmovilizando el cuchillo del otro. La tensión muscular era sobrecogedora. Los aceros estaban cerca, pero ninguno de los dos podía ganar esos pocos centímetros necesarios para extraer la primera sangre.
Jessie quedó horrorizada al ver que el puñal giraba en la mano de Cazador del Oso Negro, hiriendo a Chase en el antebrazo. El joven vaciló y la hoja continuó hacia abajo, cortándole en el costado. El indio se preparó para otra puñalada, pero Chase la bloqueó con el brazo ensangrentado; luego, hábilmente, le tendió una zancadilla.
Cazador del Oso Negro cayó. La correa arrastró también a Chase, pero éste logró caer encima del indio.
Rodaron una y otra vez, siempre luchando por la posición superior. Chase trató de levantarse, pero Cazador del Oso Negro utilizó la correa para tirar de él hacia abajo y, con una hábil maniobra de los pies, despidió a Chase hacia atrás. El blanco cayó con un golpe seco.
Estaban tendidos en tierra, cabeza contra cabeza.
Cazador del Oso Negro se incorporó sobre un brazo y descargó su puñal con seña. Iba a atravesar el cuello de su contrincante, pero Chase se movió apenas a tiempo.
La expresión de su cara era asesina. Jessie sintió una oleada de miedo. Si Chase perdía el dominio de sí, Cazador del Oso Negro obtendría la ventaja que necesitaba, pues la ira torna descuidados a los hombres.
Chase se levantó, esperando a su adversario. Jessie habría querido gritarle que aprovechara la ventaja antes de que Cazador del Oso Negro se pusiera de pie, pero no pudo emitir un sonido. En cuanto el indio se levantó, Chase lanzó contra su vientre el puño en que tenía el puñal. El indio se dobló; la fuerza del golpe le apartó los pies del suelo.
La muchedumbre guardaba silencio. Jessie sintió que el estómago le daba un vuelco. Chase era el triunfador, pero ella le había pedido que no ganara de ese modo. ¡Y aún no estaba conforme! La ira lo impulsó a golpear de nuevo a Cazador del Oso Negro, hundiéndole el otro puño en la cara, con lo que el indio quedó inconsciente en el suelo.
Un momento después, Chase cortaba tranquilamente la correa con su puñal. Pero no había sangre en la atadura ni en la hoja. La mirada de Jessie voló hacia Cazador del Oso Negro. ¡No tenía rastros de sangre! Chase había desviado el puñal antes de golpearlo.
Sintió deseos de reír. Y estuvo a punto de hacerlo cuando Chase emitió un rugido de victoria, que la multitud repitió. Los que habían apostado por él corrieron a felicitarlo.
-Estuvo bien -admitió Pequeño Halcón. Jessie contuvo a duras penas su gran sonrisa. -Sí, es cierto -reconoció, solemne.
No sabía por qué estaba tan complacida. ¿Sólo porque Chase había derrotado a Cazador del Oso Negro sin herirlo?
-¡Jessie! -la llamó Chase, alegremente-. Prepara tus cosas, mujer, que nos vamos a casa.
Ella se puso tiesa.
-No voy contigo -dijo.
-Pero yo no me voy sin ti -respondió él con firmeza, plantándose a su lado.
-Será mejor que te vayas -insistió ella, intranquila al verlo tan decidido.
-Si no vienes conmigo por las buenas, te llevaré a cuestas --anunció Chase.

-¡Te matarán!
-En ese caso mi muerte te pesará en la conciencia, ¿no?
Ambos sabían que Jessie no tenía elección. Lo miró con los ojos muy abiertos, rabiando.
-Tendrás que pagarme esto, Chase Summers. ¡Ya verás!
Chase, muy sonriente, la vio cruzar el campamento a grandes pasos. Para ir en busca de Goldenrod y su equipo tuvo que pasar por entre los dos defensores de Jessie, pero estaba de tan buen humor que no se intimidó. Se detuvo un segundo para sonreírles amablemente.
-Parece que vendrá a casa conmigo, amigos. Es que su madre me encargó llevarla. Ha hecho un poco de barullo por esto, pero ella siempre hace barullo por cualquier motivo, ¿no?
Los saludó cortésmente con la cabeza y continuó caminando. Trueno Blanco tuvo que contener a Pequeño Halcón para que no lo siguiera. Chase rió para sus adentros; no le hacía falta volverse a mirar para saber lo que ocurría tras él. Y no le importaba. ¡Diablos, qué bien se sentía!

Capítulo 19

Apenas llevaban tres horas de viaje cuando los alcanzó Pequeño Halcón. Jessie se detuvo al oírse llamar. Chase hizo otro tanto y sujetó las riendas de la muchacha.
-¿Conque tú eres Parece Mujer?-preguntó. -Así me llaman los indios -respondió ella, seca. Tu amigo dijo que el sioux estaba en el campamento por ti. ¿Es cierto?
-Sí. Se quedó en la zona del rancho y me siguió a la aldea. Me ha pedido que sea su esposa.
Chase la miró durante unos segundos.
-Cuando me atacó aquel día, ¿fue porque yo te había besado?
-Supongo que sí. Pero por aquel entonces yo no lo sabía
Chase rió despectivamente.
-Pero es ridículo que te pida en matrimonio. -¿Ridículo? ¿Por qué? -inquirió ella, con mortífera voz.
-¡Por Dios, es un indio!
Mi mejor amigo es indio -dijo ella sin alterarse-. Hace ocho años que los visito, a él y a los suyos. Conozco su cultura tanto como la mía ¿Crees que no sería feliz casada con un indio? Pues te diré algo, Summers: en estos diez años sólo he sido más o menos feliz con Trueno Blanco y su familia. No vengas tú a decirme que no puedo casarme con un indio.
Chase quedó sin habla. Pequeño Halcón los observaba y él se dio cuenta.
-¿Qué le respondiste?
-Eso no es asunto tuyo, Chase Summers --replicó Jessie, arrancándole las riendas. Y trotó directamente hacia Pequeño Halcón.
Al principio se limitaron a mirarse sin decir nada.
Pequeño Halcón hurgaba en sus ojos. Jessie lamentaba no estar sola con él. Por fin el sioux dijo:
-No quería dejarte ir sin hablarte, pero estaba enfadado.
-Lo siento.
-No fuiste tú quien provocó mi enojo, sino ése. El te molesta.

-No te preocupes por él. Es sólo un patán empecinado que obedece las órdenes de mi madre.
-No me gusta que cabalgues sola con él. Os acompañaré.
-No. -Ella meneó enfáticamente la cabeza. -No quiero veros pelear.
-Si te toca...
-Basta -dijo ella de inmediato-. Puedo manejarlo. Estoy otra vez armada, ¿no ves? -Y dio una palmada a su revólver, mientras agregaba suavemente:
-Debes dejar de interesarte por mí. No me casaré contigo, Pequeño Halcón, y no voy a cambiar de idea. Vuelve a tu esposa.
El evitó responder.
-¿Volverás al campamento de Trueno Blanco? Ella frunció el entrecejo.
-No debes buscarme. -Parece Mujer...
-Oh, por favor, no me dificultes tanto las cosas -rogó ella-. No estamos destinados a vivir juntos. Lo sé. Pregunta a tu curandero y él te lo dirá. No me busques. Mi espíritu no puede encontrarse fácilmente con el tuyo. ¿Comprendes, Pequeño halcón? Eres... demasiado para mí.
Volvió grupas y se alejó. Sólo una vez giró la cabeza. Pequeño Halcón permanecía inmóvil, mirándola con expresión inescrutable. ¡Cuánto le había dolido decirle esas cosas! Pero aquello no podía ser; era preciso impedir que él siguiera sufriendo.
Pasó junto a Chase sin decir palabra, a un galope rítmico. No vio que los dos hombres se miraron largo rato antes de girar simultáneamente: Pequeño Halcón, hacia el norte; Chase, para seguirla.
Mientras cruzaban las llanuras sentía, de vez en cuando, los ojos de Chase clavados en ella. Era una zona hermosa. Hacia el oeste se alzaban las montañas de Big Horn, que se unían a varias cadenas más, formando las Montañas Rocosas. Hacia el este, las Colinas Negras. Hasta los extensos prados eran bellos. A lo largo de los arroyos, los árboles estallaban en coloridos follajes de otoño. Una lenta manada de búfalos parecía, a la distancia, un grupo de gigantescas tortugas.
Jessie conocía esa tierra y la amaba. Amaba también el rancho. En realidad no tenía otra cosa y no quería vivir en ningún otro sitio. Tenía la sensación de haber llegado a una pausa en su vida. Se sentía cambiada, pero sin rumbo nuevo. Necesitaba algo, pero no sabía qué.
Ese día no se detuvieron sino para abrevar a los caballos. Ya se había puesto el sol cuando, por fin, llegaron al arroyo donde Jessie quería acampar. Aún no asomaba la luna, pero ella sabía dónde buscar leña y tuvo la fogata encendida antes de que Chase pudiera desensillar a su caballo.
Como era Jessie quien lo guiaba de regreso, Chase no tenía más remedio que dejar las decisiones por cuenta de ella. Aunque estaba ya en el límite de sus fuerzas, no se le pasó por la cabeza pedirle que se detuvieran antes. El combate con Cazador del Oso Negro había sido difícil. Sin embargo guardaba silencio.
Sus cortes sangraban otra vez. Por la mañana, mientras esperaba a Jessie, una india le había puesto ungüento y unos vendajes, pero la herida del costado estaba empapando la camisa de sangre y necesitaba atención. El estaba demasiado exhausto para ocuparse de eso. Si lograba siquiera cepillar a su caballo...
-¡Siéntate, que vas a caerte! -ordenó Jessie desde atrás, sin rodeos-. Francamente, deberías haberme dicho que estabas tan cansado.
El no se había dado cuenta de que lo observaba. -No quise preocuparte -se disculpó mansamente. Con un suspiro, la muchacha recogió un puñado de hierba y acabó de frotar a Goldenrod, mientras decía: -Junto al fuego hay comida. Nos la preparó la hermana de Trueno Blanco. Sírvete.

-Prefiero acostarme a dormir.
-Come primero -ordenó Jessie, con firmeza-. Necesitarás energías para soportar el viaje de mañana. Su tono anunciaba otro esfuerzo agotador para el día siguiente.
-¿Qué prisa tienes? -gruñó Chase.
-Ya te lo dije: no me gusta tu compañía. Cuanto antes lleguemos a casa, mejor.
Chase arrugó el entrecejo.
-En ese caso comeré, por supuesto. No puedo permitir que te pongas nerviosa por pasar unas horas más conmigo.
-Gracias.
¡Cómo lo provocaba esa inflexible hostilidad! Parecía imposible que hubieran compartido una noche la experiencia amorosa más increíble de su vida. Se sentó a picotear la comida envuelta en un cuero fino. Ya había comido varios trozos de carne cuando Jessie se sentó junto a él, con la cena entre ambos. Su expresión era muy poco amistosa.
Me duele, Jessie -aventuró él.
-¿Qué cosa? -el tono de la muchacha fue un poco menos glacial.
-La herida del costado. -¿Es grave?
-No he podido verla bien -confesó Chase.
Se las compuso para quitarse la manga izquierda de la chaqueta, dejando al descubierto la sangre que empapaba la camisa. Fue un placer notar el espanto de Jessie.
Luego bajó la vista y notó que la sangre había arruinado un buen par de pantalones.
Jessie se levantó de inmediato para ayudarlo a quitarse del todo la chaqueta. Luego le sacó la camisa por encima de la cabeza. No dijo nada hasta que hubo retirado el vendaje e inspeccionado la herida con atención, pidiéndole que se acercara al fuego para ver bien.
-No es tan grave -murmuró-, pero las sacudidas del viaje a caballo han impedido que cicatrizara. Chase levantó el brazo para mirar mejor, mientras ella bajaba al arroyo en busca de agua. A él le parecía bastante grave: más de medio centímetro de profundidad y veinticinco de longitud, al menos. Jessie no era impresionable, por cierto.
Al regresar, la muchacha limpió la herida con cuidado. Chase le observaba la caja y la frente arrugada en un gesto de concentración, el modo en que se mordía el labio inferior. La tenía demasiado cerca y comenzó a pensar cosas que no convenían.
Jessie tuvo que usar el mismo vendaje, a falta de otro, pero ofreció:
-Si tienes otra camisa, te lavaré esta.
-En mi alforja. ¿No podrías lavarme también los pantalones?
-Los necesitarás para mantenerte abrigado. Esta noche hará frío.
-Me basta con una manta y una mujer -sonrió Chase.
-Confórmate con la manta -replicó ella.
Después de arrojarle una manta y una camisa limpia, regresó al arroyo. Chase quedó encantado al notar que su hostilidad había disminuido.
Cuando Jessie volvió, él ya se había envuelto las piernas con la manta y estaba forcejeando para abotonarse la camisa. Ella terminó de abrochársela; luego lo ayudó a ponerse nuevamente la chaqueta. Cuando él estuvo acostado, Jessie se arrodilló para acomodar la manta. Chase aprovechó para rodearla con un brazo y atraerla hacia sí. Jessie trató de echarse atrás, pero ya era demasiado tarde.
-Gracias -susurró él.
Y la rozó apenas con los labios. Luego dejó caer el brazo y sus ojos se cerraron. La muchacha se alejó para acomodarse a un par de metros, frente a él, y se quedó largo rato contemplando cómo dormía.

Capítulo 20

Jessie revolvió una vez más el guiso de habichuelas antes de llevarlo a la mesa. Chase ya se estaba sirviendo bizcochos calientes y conejo frito. Para postre la muchacha había preparado un budín como los de Jeb, con pasas de uva, nueces, azúcar morena y especias encontradas allí.

Estaban utilizando el cobertizo de provisiones de la dehesa norte. Jessie había apurado el paso, tratando de llegar a la casa antes de la noche, pero el cielo se cubrió, oscureciéndose temprano, cuando aún faltaban tres horas de viaje.

Desde aquel beso por sorpresa ella se mantenía a distancia y Chase no había hecho ningún otro intento. Pero la desconcertaba tenerlo tan cerca. Necesitaba alguna distracción.

-¿Dónde aprendiste a manejar tan bien el puñal? -preguntó, por entablar conversación.

Chase no levantó la vista

En San Francisco. Allá conocí a un viejo capitán que me enseñó unas cuantas tretas a fin de que pudiera defenderme en el puerto. Ese puerto no era un lugar muy sociable por la noche, ni siquiera durante el día.

-¿Qué hacías allí?

-Trabajé allí algunos años. -¿En qué trabajabas?

Por fin Chase levantó la vista.

-Caramba, estás llena de preguntas -sonrió. -¿Te molesta?

-No, creo que no. Trabajaba en un garito. Fue allí donde le tomé el gusto al juego.

-¿Te gusta jugar? -Se puede decir que sí.

-Y antes de ir a San Francisco, ¿viviste siempre en Chicago?

-Nací en Nueva York, pero mi madre se mudó a Chicago cuando yo era un bebé. En realidad, se escondía. Se llamaba Mary, pero nunca supe su verdadero apellido, porque lo cambió por Summers.

Allí estaba otra vez la misma amargura con que había mencionado antes a su madre.

-¿De qué se escondía? -preguntó Jessie, vacilando.

-Soy bastardo -replicó él, indiferente-. Y ella no soportaba la vergüenza. Nunca me permitió olvidarme de eso ni de que mi padre no nos había querido. Sin embargo, a veces tengo mis dudas. Cuando estaba ebria dejaba escapar ciertas cosas que negaba estando sobria: por ejemplo, que no volvió a ver a mi padre cuando supo que estaba embarazada.

-¿Piensas que él nunca supo de tu existencia? -Es posible. Tengo intenciones de averiguarlo algún día. De cualquier modo, ella me llevó a Chicago e instaló un taller de costura, con mucho éxito. Gracias al taller conoció a Ewing. Cuando yo tenía diez años, él comenzó a traer a sus amantes para pagarles vestidos lujosos. Buscaba una mujer respetable que tuviera un hijo; la viuda Summers parecía ideal. Pero ella no lo amaba. Tampoco necesitábamos su dinero, porque ganábamos bien. Pero ella se declaró enamorada. Esa fue su excusa, cuando en realidad quería todos los lujos que él podía darle.

-¿Tan malo te parece eso? No sería fácil criarte sola. Tal vez estás resentido por haber tenido que compartirla, después de tenerla para ti solo tantos años. -¿Compartirla? -dijo Chase-. Apenas la veía. Ella no hacía más que estar en reuniones sociales o en viajes de compras. Me entregó a Ewing por completo.

-¿Y eso te resintió?

-¡Ya lo creo! Imagina: un perfecto desconocido te trata como si fueras hijo suyo, pero con puño de hierro. Te castiga por cualquier equivocación y por el más pequeño intento de afirmar tu libre albedrío.
-Lo siento.
-No es necesario. Sólo estuve seis años bajo su mando.
Jessie comprendió que él trataba de restar importancia a recuerdos terribles y lo dejó en paz un rato. Por fin aventuró:
-¿Te fuiste de tu casa cuando sólo tenías dieciséis años? ¿No tenías miedo? ¿Cómo te las arreglaste, siendo tan joven.
-Se podría decir que me uní a otra familia: el Ejército.
-¿Y te aceptaron siendo tan jovencito? Chase sonrió.
-Esto ocurría en el año sesenta y cuatro, Jessie. Por esa época aceptaban a cualquiera.
-Por supuesto -exclamó ella-. La Guerra Civil. ¿Te uniste al Norte?
El asintió.
-Me enrolé para toda la guerra. Era un muchachito sin experiencia aprendiendo a ser hombre de la manera más dura. Después fui a California.
-¿Y por qué a California?
-Porque fue allí donde mi madre conoció a mi padre.
-¿Y fuiste a buscarlo? El asintió.
-Pero no lo hallé. El rancho de los Silvela se vendió al iniciarse la carrera del oro. Habiendo pasado tantos años, nadie sabía decirme dónde habían ido los Silvela. Imagino que volvieron a España.
-¿Tu padre era ranchero?
-El rancho era de su tío, según mi madre.
-Un español -comentó ella, pensativa-. Debes de parecerte a él.
-Creo que sí. -Chase sonrió perezosamente-. Mi madre era una pelirroja de ojos verdes.
-Pero me dijiste que ella era de Nueva York. ¿Qué estaba haciendo en California?
-Según me contó. Su madre acababa de morir y sólo quedaba su padre, que pasaba más tiempo navegando que en su casa. Era capitán de un barco transportador de sebo, que cubría el trayecto entre California y el Este.
Ella lo acompañó en un viaje. El rancho de los Silvela era uno de los que comerciaban con él. Al parecer, Carlos Silvela, joven y apuesto, le hizo perder la cabeza, pero no prometió casamiento.
Ella cayó en la cuenta de que estaba embarazada antes de volver a embarcarse hacia el Este y se lo dijo a su padre, que insistió en casarla. De lo que pasó entonces he escuchado diversas versiones. Según una, mi madre rogó a Carlos Silvela que se casara con ella y él se negó. Según otra, el tío, que era el jefe del clan, se negó a dar su consentimiento y humilló a mi madre, diciendo que una norteamericana no era suficiente para su sobrino. Y la versión que contaba mi madre en sus borracheras, cuando juraba que Carlos la amaba y se habría casado con ella ‘si lo hubiera sabido'.
¿Y tú no sabes cuál es la verdad? -No, pero algún día lo averiguaré.
-Para eso tendrás que ir a España. ¿Por qué no lo has hecho?
Chase se encogió de hombros.
-Me pareció inútil. No sabía por dónde comenzar.
España es un país grande y yo no hablo ese idioma.
-El español no es difícil de aprender --dijo ella, burlona.
-¿Tú lo hablas?
-Bueno, sí.

Casualmente, el español era el único idioma que dominaba John Anderson, aparte del inglés, y Jessie había querido aprender todo lo que él pudiera enseñarle. Pero no pensaba explicar eso a Chase.
-¿Por qué no lo estudiaste, si podía ayudarte en la búsqueda de tu padre? -insistió.
-Estaba demasiado desilusionado y furioso por no haber hallado a mi padre donde pensaba. Me había llevado muchísimo tiempo llegar a California, sólo para descubrir que el viaje fue inútil.
-¿Y te rendiste?
-Tenía veinte años y muchas inquietudes, Jessie. De cualquier modo, no contaba con dinero para viajar a España.
-¿Fue entonces cuando te empleaste en el garito de San Francisco?
-Sí. Después de eso volví al Este. Quería conocer un poco más este país -explicó él-. Durante un par de años probé la vida en el Mississippi, pele, había demasiados estallidos de calderas y colisiones como para que los vapores resultaran atractivos. Una gran partida me llevó a Texas; luego, a Kansas. En las ciudades ganaderas tienen tabernas muy interesantes, si no te molestan las locuras que se desatan después de cada rodeo.
-¡Así que eres jugador! -comprendió Jessie, por fin-. ¡Dios mío, qué cosa tan de inútiles y holgazanes! Chase rió entre dientes al ver su desprecio.
-Es un modo de ganarse la vida. Puedo dejarlo cuando quiera. Me ha facilitado los viajes. Si la casualidad ha querido que tenga tanta suerte con las cartas, ¿por qué no aprovecharla?
Ella se calmó un poco.
-¿De veras puedes ganarte la vida apostando? -Lo suficiente para vivir con comodidad en buenos hoteles -admitió él.
-Pero ¿qué clase de vida es esa? La frase tocó un punto álgido.
-Digamos que es una vida sin ataduras. Ahora me toca a mí hacer unas cuantas preguntas, ¿no te parece? Jessie, encogiéndose de hombros, alargó la mano hacia el último bizcocho.
-¿Qué quieres saber?
-Dijiste que sólo has sido feliz con tus amigos indios. ¿Por qué?
-Porque me dejan ser como soy.
-Te he visto actuar como cualquiera de ellos. ¿Te parece que eso es ser como eres?
-Me viste vestida de mujer, ¿no? -le espetó Jessie.
-Te vi vestida de india. -Pero de mujer-insistió ella.
-Sí, por supuesto, pero ¿qué tiene eso que ver con...?
-Es el único lugar donde puedo ser mujer. lo que soy. Mi padre nunca me lo permitió, ¿sabes? Quemó toda la ropa que traje al venir y nunca me permitió comprar un vestido. Las faldas no eran adecuadas pana las cosas que yo debía aprender. Nada debía recordarle mi condición de mujer.
Chase susurró:
-Supuse que vestías así por decisión tuya. -Nada de eso.
-Pero tu padre ya ha muerto.
-Sí -replicó Jessie, sin pensar-, pero mi madre está aquí.
-¡Si ella no está de acuerdo con tu modo de vestir y actuar! ¡Bien lo sabes! -De inmediato Chase silbó por lo bajo. -Sí, claro que lo sabes. Comprendo.
-No es asunto tuyo -le espetó Jessie.
-Cada vez que toco un tema delicado, no es asunto mío -suspiró él-. No te juzgo, Jessie. No me importa tu modo de vestir. Eso sí: estabas muy bonita con ese vestido indio -agregó con suavidad, tratando de calmarla.

La muchacha, sin aceptarlo, se levantó con un relámpago en los ojos.
-Yo he cocinado; tú puedes lavar los platos. En seguida vuelvo.
El irguió la espalda. -¿Adónde vas? -Afuera, a lavarme.
Antes de que ella pudiera salir, Chase se levantó para enfrentarla.
-¿Qué respuesta diste a Pequeño Halcón sobre el casamiento? Porque le diste una respuesta, ¿no?
-Si tanto te interesa, lo rechacé. El día que me decida por un hombre no voy a compartirlo. Y Pequeño Halcón ya tiene una esposa Chase digirió aquello. -¿Y si no la tuviera? -Probablemente lo habría aceptado.
Jessie salió; Chase se quedó largo rato mirando la puerta cerrada.
Rato después entró ella, sacudiendo el pelo mojado, negro y lustroso como una marta. Sin echar un sólo vistazo al joven, se acercó a las alforjas que había dejado a los pies de su catre y, después de sacar un cepillo, se sentó con las piernas cruzadas en las pieles del suelo ante la hoguera.
Chase la observó mientras ella comenzaba a cepillarse la cabellera, pero luego le volvió la espalda, nervioso, y se acercó a su propio catre, separado del de la muchacha por un par de metros. Contempló el camastro estrecho y luego, el de ella; sería fácil arrimarlos. La idea lo puso más nervioso todavía.
-Gracias por lavar los platos -dijo ella, de pronto.
-Gracias por preparar la cena -replicó él.
Se quedaron callados. Ella se puso frente al fuego, ofreciéndole el perfil. Chase, sin poder apartar la mirada de ella, comenzó distraídamente a desabotonarse la camisa. Jessie levantaba el pelo hacia el calor, lo sacudía y lo echaba hacia el otro lado para cepillarlo. Esa cabellera negra y flotante acabó por hipnotizarlo; era tan brillante que reflejaba las llamas. Y cuando ella echó la cabeza atrás para sacudirla, el suave contorno de su cuello lo dejó en éxtasis.
Chase no habría podido decir cuáles eran sus intenciones cuando se levantó para acercarse a Jessie. Se arrodilló tras ella y, recogiendo su pelo en las manos, le apretó los labios contra el cuello. Ella trató de apartarse. Entonces el joven recobró el buen tino y la soltó.
La muchacha se irguió sobre las rodillas, enfrentándolo.
-¿Qué...?
-Quiero hacerte el amor.
Le acarició con una mirada de brasas el rostro, el cuello, el pelo. Ella sólo pudo pensar en aquella otra noche en que la había mirado de ese modo. Extraño, que no se le ocurriera otra cosa. Avanzó hacia él y se dejó envolver por sus brazos. Una mano se le enredó en el pelo; la otra se le apretó a la cintura, estrechándola contra él. Su boca capturó la de ella en un beso que la inflamó; aquello se prolongó hasta que ella perdió toda sensación, menos esa. Chase la besó luego en el cuello, haciéndola gemir por el escozor que eso le causaba. Cuando la tendió en la alfombra, ella trató de atraerlo, pero Chase se demoró para quitarse la camisa. La muchacha lo devoraba con los ojos, observando esos duros músculos que jugaban bajo la piel, una piel tan bronceada. Deslizó los dedos por el vello del pecho, por los músculos que tanto la fascinaban, por esos brazos fuertes.
Chase la observaba, dejándose observar. Eso lo excitó a tal punto que los pantalones se le hicieron incómodos; entonces se apresuró a quitárselos.
Jessie alargó una mano para tocar la vara gruesa y dura, que se erguía con tanto orgullo. Chase dejó escapar un gemido y ella le envolvió las caderas con los brazos, apretando la mejilla contra su vientre tenso. El joven tiró de ella hacia arriba y pegó su boca a ella,

salvajemente. Jessie le hundió los dedos en el pelo, mientras él le quitaba rápidamente la camisa. Sin timidez alguna, la muchacha se despojó del resto de sus prendas.
Sólo había calor de los ojos y las manos de Chase, que iban tocando cada sitio descubierto.
Cuando ambos estuvieron desnudos, ella se inclinó hacia atrás, lista para recibirlo. Chase se arrodilló entre sus piernas, pero sin darle todavía lo que ansiaba. Inclinado hacia adelante, deslizó las manos por sus costados, por sus caderas. Cuando apoyó una mejilla contra su vientre, estrechándola contra sí, Jessie comprendió lo que había sentido él un momento antes, al hacer ella lo mismo. Era insoportable.
-Eres tan hermosa, Jessie.
Le creyó. Se sentía idolatrada. Se sentía completamente mujer.
Chase le besó la cara interior del muslo. Sus piernas eran exquisitas, pese a lo que él esperaba. Había músculos, sí, pero cuando se relajaban eran suaves y flexibles.
El deslizó las manos hasta los pechos. Eran muy suaves y plenos, de pezones duros y erguidos. Los degustó, lamiéndolos hasta hacerla gritar.
-¡Basta!
La muchacha le hundió los dedos en el pelo para acercarlo a sí. Fijó su boca a la de él, con tanta urgencia que él se perdió en el beso. Luego arqueó la espalda para recibirlo, moldeando la piel a su cuerpo cuanto era posible, y lo envolvió con las piernas, mientras él penetraba profundamente.
-¡Oh, sí, Jessie... Jessie!
Ella explotó en un estallido de palpitante éxtasis. Chase no se había movido una sola vez después de penetrar, tampoco hacía falta. Su satisfacción fue tan pronta que bastó para impulsarlo al abismo. Y vertió en ella su simiente, en un palpitar que prolongó el placer de la muchacha.
Jessie flotó hacia el sueño. Chase se levantó para echar una manta sobre los dos; luego se acurrucó junto a ella y cayó en un sueño profundo y saciado.

Capítulo 21

Jessie fue la primera en despertar. Al recordar lo que había ocurrido, se levantó de prisa y recogió silenciosamente sus cosas.
Montó a Blaclstar y lo puso al galope, no rumbo al rancho sino hacia la llanura. Quería arrojarse al duro trabajo para no pensar. ¿Cómo había ocurrido eso? Ella habría podido impedirlo. Nadie la forzó; ella también lo deseaba, pero ¿por qué, maldición?
Era ya bastante tarde cuando Chase despertó. No tardó mucho en notar que no había rastro de Jessie en la pequeña habitación. "Malditas sean las mujeres independientes", juró, como si alguien se hubiera aprovechado de él.
Su irritación aumentó durante el viaje; al menos, podía estar agradecido de conocer el camino. Estaba harto de que esa mujer lo pusiera de cabeza. Cuando actuaba con ella no era el mismo; ni siquiera podía pensar con claridad. Pensaba informar a Rachel de unas cuantas cosas y entregar a Jessie el pagaré de su padre; después se largaría.
Al entrar encontró a Rachel en la sala, haciendo ganchillo en una mecedora; se la veía encantadora y recatada con su vestido verde musgo con encaje negro. Recordó lo sedante que era, en casa de los Ewing, sentarse a verla tejer o arreglar las flores. La belleza de Rachel siempre lo había calmado. También en esa ocasión habría ocurrido, a no ser porque Jessie ocupaba su mente.
-¿Ya ha llegado? --quiso saber.

-No. A mediodía llegó un joven llamado Blue, que venía por provisiones -explicó ella-, y dijo a Jeb que Jessie estaba en la pradera, trabajando.
Chase se sentó pesadamente con un suspiro. -Debí haber imaginado que vendría a ponerse manos a la obra. ¿Siguen arreando ganado?
-Sí. Dice Jeb que terminarán en pocos días. Mañana él irá a la ciudad para comprar las provisiones que necesitan para el viaje. -Rachel bajo la vista a su regazo, como si hubiera terminado, pero agregó con suavidad: -¿Verdad que ella no estaba con los indios, chase?
El joven se preguntó cómo sabía que él había hallado a Jessie, pero decidió dejar las cosas así.
-En realidad, Rachel, hace ocho años que visita a esos indios.
-¡O sea que es cierto!
-Todavía no te he dicho lo peor. La encontré con los cheyennes. Con ella son amistosos, pero los otros blancos no son bien recibidos en su territorio. Lo cierto es que estuvieron a punto de matarme, me robaron el caballo y tuve que combatir para recuperarlo. Me mantuvieron amarrado medio día. Si Jessie no les hubiera dicho que me conocía, me habrían torturado y quizás a estas horas estaría muerto. Esos son los amigos de tu
hija. Bonito, ¿verdad?
Rachel lo miraba con fijeza, sabiendo que no había terminado.
-El mejor amigo de tu hija es un mestizo llamado Trueno Blanco. Son tan íntimos que ella se baña desnuda en el arroyo con él a pocos metros.
-No lo creo. -Rachel meneó la cabeza.
-Yo los vi. Y aún no sabes lo peor. Tiene un pretendiente, un guerrero sioux, que quiere casarse con ella. Jessie lo ha rechazado sólo porque él ya tiene una esposa. ¡Eso es lo que me dijo! Asegura que sólo es feliz entre los indios. El próximo pretendiente podría no tener mujer y, ¿quién sabe si no te encuentras con un yerno indio, Rachel?
La mujer quedó tan atónita que no pudo hablar. Por fin dijo:
-¿Qué voy a hacer?
-Tú eres la madre -respondió Chase, enojado y la tutora que su padre eligió. Tienes el control. No le permitas hacer su antojo.
-Pero, ¿cómo? -imploró Rachel.
-¿Qué diablos sé yo? -De inmediato Chase aflojó: -Oh, Rachel, basta, por favor. Ya se te ocurrirá algo. Pero no me metas más en esto. Ya hice lo que me pediste y quiero largarme de aquí por la mañana.
-Pero Chase...
-No vas a persuadirme. He visto a Bowdre y es tal como tú pensabas. Pero ya no tiene derecho a molestar a Jessie -agregó con orgullo.
-¿Por qué?
-Jugué a las cartas con él. Le gané el pagaré.
Ella ahogó una exclamación. -¿Le ganaste el pagaré? ¿Qué dijo Jessie?
-Todavía no lo sabe, pero se lo daré antes de partir. Si hay algún problema con Bowdre será trabajo para el comisario. Gané ese documento en buena ley y Bowdre no tiene nada que reclamar. No me queda nada por hacer aquí.
-Por supuesto. Sería egoísta si tratara de retenerte cuando quieres irte, Chase -dijo ella, suavemente-. Gracias.
El joven sonrió a su pesar.
-No utilices tus tácticas conmigo, mujer. No te darán resultado.
-Perdona -dijo Rachel, sinceramente-. Es que me siento indefensa cuando se trata de mi propia hija. No sabes lo mucho que me odia, Chase. Si le dijera que no se acercara al fuego, caminaría en las brasas sólo para desafiarme.

-¿Por qué te odia, Rachel? -preguntó él en voz baja.
La mujer apartó la vista, diciendo evasivamente: -Ya te lo expliqué. Es lo que le enseñó el padre. -Pero, ¿por qué?
-Yo vivía aquí, ¿sabes? Oh, la casa no era esta. Había sólo tres habitaciones pequeñas...
-Lo sé. Jessie me dijo que su padre construyó esta casa sólo porque jamás podrías vivir en ella.
-¿De veras? Bueno, no lo dudo. -Guardó silencio largo rato antes de continuar. -Una noche, cuando llegué a casa, me golpeó y me expulsó.
-¿Por qué?
-Me acusó de infidelidad. Dijo que era una ramera -agregó, disgustada-. Y no me dio ninguna oportunidad de defenderme. Me golpeó tanto que pudo haberme matado, a no ser porque el viejo Jeb me encontró y me llevó al médico de Fuerte Lararnie.
-¿Sabe Jessie todo eso?
-No lo creo. Supongo que se cree abandonada. Thomas debió de haberle dicho eso. ¡Si le hizo creer que su madre era una ramera, ese hombre era capaz de cualquier cosa! Me guardaba tanto rencor que nunca me permitió verla. Sí, no lo dudo: él le dijo que yo la había abandonado.
-Cuando Ewing te encontró, ¿venías de aquí? -preguntó Chase, pensativo.
-Sí.
El joven silbó por lo bajo.
-El niño es suyo, ¿verdad? Billy es hijo de Thomas Blair.
Rachel guardó silencio, sin mirarlo, pero él insistió: Nunca le dijiste nada.
-Thomas ya me había quitado a una hija -dijo Rachel, a la defensiva-. No iba a permitir que se quedara también con Billy. Por otra parte, nunca habría creído que era suyo.
-Pero ¿por qué no se lo has dicho a Jessie? -Porque ella tampoco me creería, Chase. No cree nada de lo que le digo. Creo que preferiría odiarme. Para ella es más fácil así. Tiene miedo de quererme y volver a sufrir. Cuando pienso en lo que debe de haber sufrido por todo esto se me destroza el corazón. Pero no puedo hablarle porque ella no me lo permite.
Chase quedó pensativo. Lo que Thomas había hecho con Jessie era anormal. Era un escándalo. Pero todo eso no le incumbía, por cierto. No le incumbía en absoluto.
-No quiero entrometerme en esto, Rachel. Es algo entre tú y Jessie.
-Lo sé. -Ella sonrió, comprensiva. -Y no te preocupes. Ya me las arreglaré. Demasiado te he enredado ya en los asuntos de mi hija.
"¡Dios mío, -si supiera lo mucho que me he enredado ya!", se dijo Chase.

Capítulo 22

Esa noche Rachel esperó a Jessie en la cocina. Kate ya se había acostado, Billy estaba en la cama y Chase había subido a su cuarto después de cenar.
Jessie llegó tarde. Aunque se había lavado en el establo, sus ropas estaban muy sucias. Usó el sombrero para sacudirse el polvo en parte antes de entrar, pero arrugó el ceño al ver a Rachel sentada a la mesa.
-Te he mantenido la cena caliente -dijo la madre, como al descuido.
Jessie la miró con fijeza. -No tengo hambre. -¿Ya has comido? -No.
-Entonces siéntate y come. -La voz de Rachel era más firme-. Quiero hablar contigo.
Se levantó para llenar un plato. Jessie no dijo más. Al fin y al cabo tenía hambre y estaba demasiado cansada para discutir.

Apartó una silla y se dejó caer ante la mesa, con las piernas abiertas a cada lado y un brazo echado hacia atrás, sobre el respaldo de la silla.
-¿Haces eso sólo para fastidiarme? -preguntó Rachel en voz baja, mientras le ponía el plato en la mesa. -¿Qué?
-Sentarte así.
-¿Qué tiene de malo mi modo de sentarme? -acusó Jessie, belicosa.
-Si necesitas preguntarlo, te hacen falta unas cuantas lecciones de comportamiento femenino.
-¿Y quién va a dármelas? ¿Tú?
En la voz de Jessie había tanto desprecio que Rachel ahogó una exclamación.
-¿Te parece conducta aceptable para una señorita?
-¿Qué diablos importa? Vivo en mi propio mundo. Y no soy justamente una flor de la buena sociedad, ¿cierto?
-Pero no estás sola aquí -señaló Rachel-. Tienes un huésped. ¿Qué puede pensar de semejante conducta un hombre tan sofisticado como el señor Summers?
-Me importa un reverendo... -¡Jessica!
-Bueno, no me importa -insistió Jessie. Luego cedió: -No he olvidado los ocho primeros años de mi vida, Rachel. Cuando la situación lo requiere, puedo comportarme correctamente.
-¿Y por qué no lo haces, por Dios? -preguntó Rachel, exasperada.
-¿Para impresionar a un jugador? ¿Por qué? -Por mí.
Jessie no respondió.
-Pero no era esto lo que iba a decirte -continuó Rachel.
La muchacha empezó a comer. -Ya has dicho bastante. Escúchame unos minutos más.
Jessie enarcó las cejas ante la firmeza del tono materno. Aquello la sorprendía y le despertaba cierta curiosidad.
-Aquí me tienes. Habla. Sólo espero que no vayas a aburrirme.
Te prometo que no te aburrirás. Puede que estés en desacuerdo, pero...
-Al grano, Rachel.
La mujer irguió la espalda.
-Muy bien, iré al grano. No seguirás con esas visitas a tus amigos indios.
Rachel se preparó para un estallido, pero no lo hubo. Jessie la miraba inexpresivamente, como aguardando más. Por fin preguntó.
-¿Eso es todo lo que vas a decir?
La madre quedó asombrada al ver que no se resistía.
-Bueno, en realidad podría explicarte mis motivos, si quisieras saberlos, pero como vas a mostrarte razonable, supongo que no será necesario.
-No tiene importancia, de cualquier modo -dijo Jessie, despreocupada-. Puedes dar todas las órdenes que quieras, Rachel. Yo hago lo que se me antoja.
Rachel se echó atrás, acalorada. Habría debido imaginarlo.
-Esta vez harás lo que yo diga, Jessica. La muchacha sonrió sin afligirse. -¿Sí?
-Sí, lo harás, si quieres seguir manejando este rancho.
-No te metas conmigo, Rachel -advirtió la chica, suavemente-. No sabes nada de criar ganado. Y de cualquier modo, los hombres no te obedecerían.
-Sin duda, pero tengo autoridad para buscar ayuda en otra parte, si lo juzgo necesario.
-¡Mis hombres sólo reciben órdenes de mí! Rachel también levantó la voz.
-Se les puede despedir y reemplazar por otros. -¡No tienes ningún derecho!
-Claro que sí, Jessica -observó Rachel, con más suavidad-. Soy tu tutora.
Jessie se puso furiosa

-¿Cuándo te meterás en esa tonta cabeza que mi padre sólo te nombró tutora para que vieras en qué decorosa señorita me había convertido? Te trajo para fastidiarnos a las dos. Sabía que no me hacías falta. El me crió capaz de defenderme sola... ¡como cualquier hombre!
-Los motivos poco importan -dijo Rachel, tiesa-. Aquí estoy y tengo autoridad para hacer lo que digo.
-¿Por qué?, ¿por qué? -gritó Jessie, perdiendo el control-. ¿Qué hay detrás de esto?
-En el último mes has abandonado dos veces el lugar, para viajar a un sitio donde no se te podría encontrar sino después de varios días. Esa conducta es completamente irresponsable, Jessica.
-No es excusa, bien lo sabes -susurró Jessie-. Mitch Faber quedó a cargo y Jeb podía encargarse de cualquier imprevisto. ¡Harías bien en buscar mejores motivos!
-El sitio al que fuiste es motivo suficiente -dijo Rachel, obstinada-. Es inconcebible que incursiones en zonas prohibidas a los blancos. Yo creía que tus indios eran mansos. De lo contrario me habría impuesto mucho antes.
-No digas tonterías. ¿Crees que iría allá si no fuera bien recibida?
-Tú puedes ser bien recibida, pero otros blancos, no. Y no te permitiré tratar con indios hostiles a los blancos. Es obvio que han tenido una mala influencia sobre ti y no quiero que eso continúe.
-¿Qué quieres decir con eso?
-Por Dios, Jessica, la conducta que observas aquí es ya bastante mala, pero allá pareces arrojar a los vientos todas las costumbres civilizadas. Nunca he sabido de nada tan horrible como eso de bañarte desnuda en un arroyo a la vista de un indio.
Jessie se levantó con tanta celeridad que la silla se deslizó hacia atrás. Dos manchas de color intenso le encendieron las mejillas; sus ojos chisporroteaban de furia.
-Ese cabrón tuvo que contarte todo, ¿no? -exclamó, furiosa-. Supongo que también te dijo lo de Pequeño Halcón. ¡Por supuesto! De eso se trata, ¿No?
¿Verdad que sí?
-Tranquilízate, Jessica.
-Que me tranquilice, ¿cuando amenazas con quitarme el rancho por las distorsiones que te dijo ese cabrón? ¿Qué más te contó?
-¿No te parece que con eso es suficiente? -Rachel trataba de dominar su voz.
-No, por cierto, no me parece suficiente, puesto que convierte cosas inocentes en ... ¿cosas horribles, dijiste? ¿Qué tiene de malo bañarme en un arroyo? También lo hago aquí cada vez que puedo si estoy sola. Allá, como la aldea está demasiado cerca, me acompaña Trueno Blanco para que nadie me moleste. ¡Y él no me miraba, por Dios! ¡Es como un hermano!
-Ese guerrero sioux no era como un hermano -señaló Rachel, pétrea.
-Me propuso casamiento, ¿y qué? Lo rechacé. ¡Si quieres indignarte por algo, pregunta a tu amigo qué fue lo que no te dijo, porque a él no le convenía!
-Si hay algo más, no dudo que sólo vendrá a confirmar mi opinión de que no debes volver allá, Jessica -dijo Rachel, sosegada-. Un campamento indio no es buen lugar para una muchacha blanca. No voy a ceder al respecto.
Jessie echaba fuego por los ojos, temblando de pura cólera. Para desgracia de Chase, fue en ese momento cuando entró en la cocina.
Con tantos gritos vais a despertar a los muertos. ¿Qué pasa?
Jessie dirigió hacia él la mirada más tempestuosa que jamás había visto en su vida, levantó su plato y se lo arrojó contra la cabeza. El lo esquivó, dejando que rebotara en la pared y cayera al suelo.

-¡Maldito hijo de puta! Tenías que llenarle la cabeza de malas ideas, ¿no? No te bastó traerme a rastras. ¡También tenías que distorsionar todo lo que pasó! Pero te olvidaste de incluir tu parte en esos cuentos, ¿verdad? -Basta, Jessie-le advirtió Chase, sombrío. -¿Cómo que basta? -chilló la muchacha-. Si tantas ganas tenías de venir con cuentos, ¿por qué no le contaste lo demás? Si tenías que enterarla de mi horrible comportamiento con los indios, ¡debiste decirle también que su amigo de confianza sedujo a su hija, dos veces por falta de una! Porque si se trata de lavar la ropa sucia, vamos a incluir todo. ¿Acaso la pérdida de mi inocencia no fue tan importante como mi conducta pecaminosa entre los indios? ¡Cabrón! Cuando comiences algo, ¡hazlo hasta el final!
Dicho eso, Jessie pasó como un ciclón junto a Chase, empujándolo con tanta fuerza que lo estrelló contra el armario, haciendo pedazos dos de los cristales. Un momento después, la puerta de su cuarto se cerraba con igual violencia, haciendo el ruido de un disparo. -¿Qué pasa? -preguntó Billy desde el pasillo. -Vuelve a la cama, Billy -le ordenó Rachel, seca.
El obedeció sin protestar. A Chase le hubiera encantado hacer otro tanto. El silencio siguiente se le hizo eterno. Tenía miedo de mirar a Rachel y de ver la acusación de sus ojos.
Ella aguardó un rato, dándole la oportunidad de hablar. Por fin dijo:
-Lo que ha dicho ella ¿es verdad?
Chase quiso hablar y no pudo pronunciar una palabra.
Rachel dejó escapar un leve grito antes de implorar: -¡No puede ser, Chase! ¡Con mi Jessica!
El hizo una mueca de dolor, pero aún no tenía respuesta. Por fin la miró de frente. La expresión de sus ojos lo redujo al tamaño de una nuez. Rachel, sin esperar un segundo más, salió a la carrera, llorando.
Chase pasó largos minutos en la cocina. ¿Había algo que se pudiera rescatar aún?

Capítulo 23

-¿Qué harías tú, Goldy? ¿Te casarías con una mujer sólo por un poco de remordimientos? -preguntó Chase. El caballo resopló.
-Disculpa, viejo. Olvidé que no te gusta que te llamen Goldy. Pero la pregunta es buena, ¿no?
Chase estaba apoyado contra la pared del establo, confiadamente sentado a los pies del caballo, con una botella de whisky medio vacía a su lado. La había hallado sin abrir en el depósito de los establos, después de buscar inútilmente en la cocina. Sin duda pertenecía a Jeb. Habría que reponerla.
La abrió otra vez para beber otro centímetro y miró con mucha seriedad a su caballo.
-Al fin y al cabo, caramba, ese pequeño demonio nunca protestó, ¿verdad? Es esa condenada de Rachel la que me ha hecho sentir como un piojo. ¿Y sabes qué dirá en cuanto se arme de valor? -Chase soltó un eructo y rió.
"No, eso no." Rachel dirá: "Tú la arruinaste, ahora te casas con ella". ¿Te parece que me pondrá un revólver a la espalda? No, Rachel no hace esas cosas. Pero tiene otra arma: esa maldita cara, esa expresión acusadora, como si yo la hubiera apuñalado por la espalda. -Aspiró hondo-. ¿Por qué diablos no me largo, simplemente?
Chase trató de levantarse, pero sólo triunfó después de varios intentos. Echó un vistazo a la silla de montar, como si fuera un fastidio ideado para causarle problemas. Y resultó

así: No pudo levantarla de la barandilla. Por fin se apoyó contra ella para seguir hablando con su caballo.
"Parece que necesito despejar la cabeza. En seguida vuelvo, Goldenrod. Te ensillaré y nos largaremos los dos. No puedo casarme con ese demonio. Sería como atarse a un ciclón".
Chase salió del establo rumbo al arroyo que corría detrás de la casa. Cayó en el agua y por un momento temió ahogarse, pero el agua sólo tenía treinta centímetros de profundidad. Después de grandes chapoteos, se arrastró hasta la orilla y allí se tendió, dejando que el agua helada lo congelara.
Una imagen de Jessie le vino a la mente, involuntaria. No era la Jessie de un rato antes, sino la de la noche anterior: Otra tempestad, pero de pasión y amor.
¿Sería tan malo atarse a ella? Al fin y al cabo, era la cosa más bonita que había visto en su vida. ¿Y no estaba acaso harto de vagar? Rachel decía que era hora de sentar cabeza. Bueno, tal vez. Con un poco de esfuerzo, ¿no podría domar a la fierecilla?
Jessie estaba demasiado furiosa para llorar, pero demasiado afligida para no hacerlo. Eso le provocaba una sensación de ahogo que le impedía dormir; no hacía más
que revolverse en la cama. Y como estaba despierta oyó el suave golpe con toda claridad.
Nada complacida, se levantó vestida sólo con la enorme camisa de mangas largas que solía usar para dormir. Poco le importaba lo que pensara Rachel de eso.
Más aún: pensó quitársela; Así Rachel creería que dormía desnuda.
Sin embargo, se alegró de no haber llevado a cabo su rebelde ocurrencia cuando, al abrir la puerta, vio en el pasillo a Chase. Cerró de nuevo con violencia, pero la puerta lo golpeó en el hombro y volvió a abrirse. Jessie tuvo que dar un paso atrás, pues el joven entró con brusquedad, cerrando a su espalda.
-Sal de aquí -ordenó ella. -Dentro de un minuto.
-¡Ahora!
--No grites, diablos. ¿O quieres que Rachel nos lleve a rastras a la iglesia, esta misma noche? Está muy dispuesta. Y yo necesito tiempo para despejarme antes de que pase eso.
-¡Eso no va a pasar, te lo aseguro! ¡Apestas! Estás borracho. ¿Así reuniste valor para irrumpir en mi cuarto en plena noche?
-No estoy tan borracho. Sé lo que hago.
Ella encendió la lámpara puesta junto a su cama y giró para enfrentarlo. Al verlo vestido sólo con pantalones y con el pelo chorreante, su furia cedió por un momento.
-¿Qué te ha pasado? ¿Caíste al arroyo?
-En realidad... -La gran sonrisa de Chase cubrió el resto de la explicación, pero Jessie no le encontró ninguna gracia. -Pero me cambié de ropa -apuntó él, sabiamente-. No quise mojarte el cuarto.
-Pues te has olvidado de secarte el pelo. ¿Te parece decente presentarte aquí a medio vestir?
La sonrisa se ensanchó.
-¿Y cómo atiendes la puerta, tú que hablas de medio vestir?
Jessie echó un vistazo a la camisa de algodón, que no le llegaba a las rodillas.
-Yo no te invité, así que te largas. Ya me has causado demasiados problemas en un solo día.
-¿Yo? —Chase perdió el buen humor. -Y tú, ¿qué has hecho?
-Desquitarme, nada más -replicó Jessie, muy fría-. Vosotros dos no merecíais otra cosa.

-Oh, bueno, me alegro de saber que yo no fui la única víctima de tu enconado ataque dijo Chase, sarcástico-. Sobre todo considerando que seré yo quien pague los platos rotos.
Jessie estalló.
-¿Crees ser el único perjudicado? Gracias a lo que le dijiste, ella puede tratar de quitarme el manejo del rancho si vuelvo al norte. Y si yo debo perder a un amigo, es justo que vosotros también os perdáis mutuamente.
-¿Crees que esa será la única consecuencia? -¿Qué pasa, Summers? -ronroneó Jessie-. ¿Acaso ella no se mostró comprensiva. ¿Te ofendió? -No te importa hacerla sufrir, ¿verdad? -preguntó él, tenso.
-Me parece que yo no hice el amor por mí sola -replicó Jessie-. Y no fui la que lo inició, ninguna de las dos veces. ¿Quién es el verdadero responsable?
-Te advertí de lo que pasaría si ella se enteraba, Jessie.
La muchacha lo sorprendió echándose a reír. -Conque a eso has venido. Bueno, detesto quitarte la preocupación, Summers, pero puedes quedarte tranquilo. No has hecho más que perder su respeto. No entiendo en qué puede interesarte el respeto de una ramera, pero...
-Ella no es una ramera, Jessie -interrumpió Chase, áspero.
-¡No vengas a decirme qué es ella o qué no es! ¡Estoy mejor enterada que tú!
-No he venido para reñir otra vez contigo. He venido a pedirte que te cases conmigo.
Eso la desconcertó, pero sólo un momento. -Bueno, ya has cumplido. Puedes ir a decirle que te has portado como un niño bueno y has obedecido sus órdenes.
-Ella no me mandó, Jessie. Aún no ha dicho nada. Salió llorando de la cocina y no he vuelto a verla.
-¿Y qué tratas de hacer? ¿Mostrarte noble? –se burló ella-. ¿O portarte bien sin que nadie te lo diga para anotarte algunos puntos?
-¿Por qué no podemos casarnos? -preguntó él, en actitud razonable, aunque conocía muy bien todos los motivos que ella le daría.
-¿Por quién me tomas? -acusó ella-. ¿Me crees tan tonta como para no recordar que el matrimonio te horroriza?
-Eso era antes -insistió él.
-No me vengas con estupideces. Aquí nada ha cambiado. Tú tienes tantas ganas de casarte como yo, es decir: no quieres. Lárgate de aquí y deja de molestarme
con tonterías de borracho, ¿quieres?
-No son tonterías y ya te he dicho que no estoy borracho. Rachel querrá que nos casemos, de cualquier modo. ¿Por qué no le quitamos la oportunidad de armar
un escándalo?
-¿Vas a arruinarle la diversión? ¡Las rameras no tienen muchas oportunidades de hacerse las mojigatas!
-No hablas en serio, Jessie -protestó él, cansado.
-¡Porque esto no es serio! -le espetó ella-. Tal vez tenga que ceder en algunas cosas, pero ¡casarme contigo! Prefiero desaparecer de casa todo el tiempo necesario antes que casarme con alguien que no soporto.
-Anoche no pensabas así.
-Anoche era una tonta. Eso lo enfureció.
Tal vez los dos fuimos tontos. Pero sigue en pie el hecho de que entre ambos hay una chispa especial, Jessie.
-No te engañes. Puedes haber sido el primer hombre que me ha tocado, pero no serás el último, créeme.

Chase se plantó frente a ella en dos pasos y la sujetó, con los ojos ensombrecidos por el enojo y el deseo.
-Lo que pasa entre tú y yo no pasa entre dos personas cualesquiera -dijo, con voz ronca-. Aunque lo niegues, Jessie, sabes que me quieres. Cásate conmigo.
Dime que sí.
Como no la soltaba, ella lo golpeó con el puño, logrando apenas sorprenderlo lo suficiente para que la dejara en libertad. Entonces agregó una sonora bofetada -¿Sirve eso para demostrarte que no te quiero? -exclamó, con el pecho agitado. Tenía en la garganta un nudo que le dificultaba las palabras. -Puede que seas bueno en la cama, pero eso no basta para que me case contigo. ¡Qué diablos! Hace falta un poco de respeto para que un matrimonio funcione, y yo no te tengo ni pizca.
-Entonces tendré que inspirarte un poco -gruñó Chase, con un destello amenazador en los ojos.
Jessie retrocedió, pero no lo hizo a tiempo. El la sujetó por las muñecas y la arrastró hacia la cama. Sin embargo, sus intenciones no eran las que ella suponía.
-¡Caramba, qué ganas tenía de hacer esto desde que te conocí! -exclamó. Su voz encerraba una pura satisfacción.
Y se la cruzó en el regazo. Jessie ahogó un grito al sentir el escozor del primer azote. Siguió otro y otro. Habría querido gritar, pero se contuvo por no darle esa satisfacción. Cuando se retorció, forcejeando para escapar de su regazo, él cruzó una pierna sobre las suyas y apretó contra su espalda la palma de la mano libre a fin de inmovilizarla. Los forcejeos le habían levantado la camisa y aquella mano estaba golpeando contra la piel desnuda.
Jessie tuvo que morderse los labios para no llorar. -Me gustaría decir que esto me duele más que a ti, pero no es cierto --comentó él, mientras continuaba azotándole el encendido trasero-. Alguien debería haber hecho esto hace mucho tiempo, Jessie. Tal vez así no te apresurarías tanto a arrojar puñetazos cuando se te ocurre.
Los ojos de la muchacha desbordaban lágrimas, pero él no las vio. Sólo veía el rojo intenso de ese trasero. Olvidando el motivo de esa brutalidad, se inclinó para besar la zona golpeada
Jessie no sintió el beso. Ardía tanto que sólo sentía dolor. Chase, que también ignoraba eso, se irritó consigo mismo por esa necesidad de reconfortarla y la dejó caer en la cama. Luego marchó a grandes pasos hacia la puerta y salió al pasillo. Sólo entonces se acordó del pagaré que llevaba en el bolsillo trasero. Entró en el momento en que Jessie se incorporaba, de espaldas a él, con la gloriosa cabellera suelta. Esa imagen lo excitó, tensándole todos los músculos del cuerpo.
-Tengo algo para ti --dijo. Dejó caer el documento en la cama, pero ella no se volvió a mirarlo. -Iba a ser mi regalo de bodas, pero como sólo me ha costado un juego de naipes, te lo dejo como pago por los placeres recibidos. De este modo estamos a mano.
Esperaba algún tipo de respuesta a ese dardo cruel, pero no obtuvo nada, ni siquiera una mirada fulminante. Salió nuevamente del cuarto, cerrando la puerta a sus espaldas. No iba a preocuparse por eso. Esa última frase no era más cruel que tantas de las cosas que ella le había dicho. No se preocuparía, no. Ya estaba libre de ella.

Capítulo 24

Durante toda una semana Jessie no se sintió muy cómoda en la silla; cada vez que montaba a caballo se acordaba de Chase. El se marchó a la mañana siguiente, cuando

ella estaba todavía en su cuarto, y no fue siquiera a despedirse. Antes de partir discutió con Rachel. Jessie no pudo dejar de oír la mayor parte.
-Le pedí que se casara conmigo. Ella se negó. ¿Qué más podía hacer yo, Rachel?
-¡Podrías haberla dejado en paz! -aulló Rachel-. ¡Yo confiaba en ti!
-¿Qué quieres de mí, Rachel? Ya está hecho. ¿Crees que no me arrepentí al descubrir que era virgen? Pero ya era demasiado tarde para detenerme.
-¡No quisiste detenerte!
Después bajaron la voz y Jessie no oyó más, hasta el último portazo. Le extrañaba ese intento de nobleza. Los dos sabían que era ella quien le había impedido detenerse. Sin embargo, Chase dejaba pensar que era el único culpable. ¡Qué estúpido! ¿Qué estaba tratando de demostrar?
En las semanas siguientes, Jessie pensó mucho en eso. No podía evitarlo. Rachel se lo recordaba a cada instante con sus expresiones patéticas y compasivas. Era absurdo. Esa mujer actuaba como si se hubiera cometido el más villano de los crímenes. ¿Cómo podía ser tan hipócrita, la grandísima ramera? A Jessie no le había importado perder la virginidad, pero Rachel actuaba como si la hubieran violado.
Tampoco volvió a pronunciar el nombre de Chase. Era como si Jessie fuera súbitamente muy frágil, como si una palabra cualquiera pudiera hacerla trizas. Totalmente absurdo.
La conducta de Rachel la irritaba también en otro sentido. Esa compasión que ella no deseaba le imposibilitaba también olvidar a Chase Summers, como tanto deseaba.
Ahora madre e hija lo despreciaban, pero por motivos diferentes. Jessie jamás le perdonaría el maltrato y el hecho de haberle asestado el último golpe antes de desaparecer para siempre de su vida. Ahora jamás volvería a verlo ni podría ajustar cuentas con él. Eso la enfurecía hasta lo indecible.
Para Jessie fue una bendición la enfermedad que la atacó a mediados de octubre, pues sirvió para centrar sus pensamientos sólo en sí misma. Al principio pensó que esos malestares desaparecerían pronto. Después empezó a preocuparse. Aunque era difícil, logró ocultar su enfermedad a todos. No quería que nadie corriera tras ella para atenderla, mucho menos Rachel. En su vida había estado enferma y no estaba acostumbrada. Al cabo de una semana decidió que era hora de consultar al médico, pero no se sentía en condiciones de hacer el viaje a caballo. Como excusa para utilizar la calesa, se limitó a romper el tacón de sus botas de montar.
No contaba con que Billy quisiera acompañarla, pero no se negó. Una vez en la ciudad le fue fácil quitárselo de encima, pues el niño aceptó de buen grado ir al hotel a reservar los cuartos para la noche. En cuanto él se perdió de vista, Jessie se encaminó al consultorio del doctor Meddly.
Ignoraba si era médico de verdad, veterinario o sólo alguien que sabía algo de enfermedades; bastante suerte era contar con atención médica de cualquier clase en
Cheyenne. En el Oeste había muchas ciudades que no la tenían. Y Meddly parecía conocer su oficio: le hizo las preguntas necesarias, concentrándose como si supiera lo que hacía. Lo malo era que no dejaba de fruncir el entrecejo. Jessie se ponía cada vez más nerviosa.
-Bueno, ¿qué pasa? -quiso saber-. ¿Es contagioso? ¿Voy a morir?
El hombre respondió, visiblemente perturbado: —Lo cierto es, señorita Jessie, que no tengo la menor idea. En otras circunstancias no dudaría en decir que se trata de un embarazo. Siendo usted una joven soltera, debo descartar esa posibilidad, pero no hay otra que tenga sentido. Usted se descompone sólo por la mañana y se siente bien el resto del día.
Jessie no había oído nada a partir de la palabra "embarazo".

-Pero es demasiado pronto... Porque sólo hace tres... No, cuatro semanas desde que... ¡Maldita sea! Después de esa tartamudeada confesión, el doctor Meddly carraspeó nerviosamente y se dedicó a reacomodar los papeles del escritorio, evitando mirarla a los ojos.
-Bueno, sí, no se tarda mucho... eh... si usted ha estado con un hombre... Ah, caramba, señorita, yo estoy acostumbrado a hablar de estas cosas. Las mujeres de esta zona no recurren a mí por asuntos tan delicados. Se arreglan entre ellas.
-¿De veras cree que estoy embarazada?
-Si usted fuera una mujer casada, señorita, no dudaría en decir que sí.
-¡Pues no estoy casada! -exclamó Jessie, brusca-. ¡Y preferiría estar muriéndome!
Ya fuera del consultorio, Jessie se reclinó contra la puerta, desesperada por ordenar sus pensamientos sin dejar que la ira se interpusiera. Pero tenía demasiado en que pensar. ¡Un bebé!
Llegó al hotel sin tener conciencia de haber cruzado la ciudad. Billy, que la estaba esperando, la siguió a su cuarto, perplejo. Nunca la había visto tan preocupada.
-¿Te pasa algo, Jessie?
-¿Qué puede pasarme? -Rió con voz aguda en la cama demasiado blanca, en ese cuarto descolorido y triste. Pero gimió y se apretó las sienes como para alejar el dolor.
Billy frunció el ceño.
-Creía... se me ocurrió que te habías enterado de lo de Chase Summers y estabas nerviosa por saber que está aquí.
Jessie se incorporó muy lentamente. -¿Aquí? ¿Qué estás diciendo?
Está todavía en la ciudad. No se fue. Se hospeda en este mismo hotel.
-¿Lo has visto? -No.
-¿Y cómo lo sabes? -le espetó ella.
-Me lo han dicho dos hombres. -El niño se encogió de hombros. -Dijeron que nos habían visto llegar a la ciudad y que, si necesitabas a Chase, podías buscarlo en la taberna. Supongo que fue sólo amabilidad, Jessie.
Ella saltó de la cama. -Hace tres semanas que se fue del rancho, No que tiene nada que hacer aquí. -¿Vas a hablar con él? -¡No!
Billy se alejó algunos pasos. -¿De veras estás bien, Jessie?
-No... Sí... Oh, es que tengo un horrible dolor de cabeza y, si no se me pasa pronto, acabaré trepando por las paredes. Necesito estar tranquila. ¿Por qué no bajas a
cenar algo y te acuestas? -Luego agregó, interesándose por él un instante: -¿Puedes arreglarte solo?
El se irguió, sintiéndose insultado.
-Por supuesto. Pero tú también debes comer algo.
-No, esta noche no. Voy a dormir para que se me pase el dolor de cabeza. Te despertaré por la mañana, cuando sea hora de volver a casa.
-¿Y tus botas?
-Puedo pasar por ellas antes de partir. Oye, Billy: si te encuentras con Chase, trata de que no te vea, ¿quieres? Preferiría que no se enterara de nuestra presencia aquí.
-No te gusta ni un poquito, ¿verdad, Jessie? -¿Qué puede gustarme de ese cerdo arrogante y...? -Se contuvo antes de perder el dominio de sí. -No, no me gusta.
-Lástima grande.
-¿Por qué? -preguntó Jessie, extrañada. -Porque... tú y él... podríais... Oh, no importa. Hasta mañana, Jessie.
-Espera un momento...
Pero Billy ya había cerrado la puerta.

Capítulo 25

Chase se había encariñado mucho con la botella y sus mágicas curaciones. Al llegar a la ciudad pasó toda una semana borracho. Pero después de recobrar la sobriedad se dedicó a ganar dinero, el dinero que necesitaba para ir a España. Había llegado la hora. España estaba muy lejos y él necesitaba distancia. En España no sentina la tentación de volver a esa zona.

Pero mientras tanto no le resultaba fácil estar allí; por eso tenía la botella siempre a mano. Se decía, una y otra vez, que como el tren pasaba por Cheyenne había allí muchas tabernas para satisfacer las necesidades de un jugador. No tenía sentido ir a Denver o a Kansas para embarcarse hacia el este, si podía hacerlo desde allí.

Por desgracia, estaba sólo a una jornada de ese demonio con ojos de turquesa que le venía a la mente pese a todo lo que bebía. Dos veces había estado a punto de volver al rancho. Pero ya no sena bien recibido por Rachel; en cuanto a Jessie, nunca lo había querido. Por eso, cada vez que se le ocurrían esas ideas tontas, las ahogaba en alcohol.

Al saber que Jessie estaba en la ciudad volvió a embriagarse. ¿Qué diablos tenía esa mujer, que no podía borrarla de su vida? Nunca había tenido problemas para olvidar a una chica. Y esta vez el licor no lo ayudaba ni un poquito. Estando Jessie tan cerca hacía falta algo más.

Sus ojos recorrieron la taberna. Vio a Charlie y a Clee, los dos repugnantes colaboradores de Bowdre, ocupando una mesa para dos. Chase habría querido matarlos por decirle que Jessie estaba en la ciudad. Puesto que el alcohol no servía para quitársela de la cabeza, bien podía buscar pleitos con ellos. Fue entonces cuando vio a Annie Plata cruzando la habitación. Eso le vendría aún mejor que una pelea.

Annie era la más bonita de las muchachas que trabajaban en esa taberna. Por desgracia, eso no era mucho decir. Debía su apodo a las cintas plateadas que usaba en el pelo y alrededor del cuello, así como al color de sus ojos, más plateados que grises, sobre todo por su apariencia vítrea. Esos ojos insinuaban el consumo de algo más fuerte que el alcohol, pero a Chase no le importaba. No era quién para juzgar las debilidades ajenas.

Ella lo había abordado algunas veces sin despertarle interés, pero ¿no se decía acaso que un clavo saca a otro clavo?

Rato después, ya mucho más ebrio, se encontró en el cuarto de Annie Plata, con las luces apagadas y ahogado en olor a perfume barato. Una parte de él conservaba la cordura suficiente para decirse que, en realidad, no tenía ningún deseo de estar allí. Pero estaba y había jurado olvidar a Jessie en los brazos de otra mujer.

Sin embargo, cuando al fin se metió en la cama, desnudo, Chase no pudo encontrar a esa otra mujer. No estaba allí. Tanteó toda la cama sin hallarla.

-Bueno, Annie, ¿dónde estás? -inquirió, belicoso y decidido a terminar con aquel asunto.

Oyó una risita en un costado de la habitación; luego, una risa más grave al otro lado. Antes de que Chase pudiera encontrar algún sentido a aquello, un hombre dijo:

-¿Te parece que con la mamá y la hija no tenía suficiente?

-¡Maldito seas! -gruñó otro hombre-. ¡Ahora sabe que estamos aquí!

-¿Y qué me importa, si tengo esto? -¡Mierda!

Chasse se levantó trabajosamente. -¿Qué...?

Un fuerte dolor se le clavó en la espalda, arrojándolo de bruces en el colchón. Trató de levantarse, pero no pudo. Y luego ya no importó. Se lo tragó un negro vacío.

-¡Condenado estúpido! juró Charlie-. ¿Por qué has hecho eso?
-Se la debía -dijo Clee, a la defensiva-. Además, tú le tienes miedo, pero yo no.
-¿Acaso teníamos órdenes de matarlo? -acusó Charlie, levantando la voz-. Di, ¿fue eso lo que nos ordenaron?
-Ah, qué importa.
-¡Es que Laton no quería problemas, hombre! ¡Y mucho menos ahora que la muchacha va a enterarse de lo que hizo en el norte! El quiere sacarla de allí sin que
la policía intervenga. Quiere hacer las cosas a su manera, pero tú acabas de arruinarle todo.
-De cualquier modo, siempre me pareció una idea estúpida. No había ninguna seguridad de que la Blair lo despidiera sólo por encontrarlo aquí, desmayado. Lo que pasa es que Laton estaba nervioso de tanto verlo en la ciudad. Despedido o muerto, no podrá decir nada a la muchacha, aunque haya averiguado lo que no debía.
-Por tu bien espero que Laton piense lo mismo. ¿Y qué me dices de Annie?
-Ella no dirá hada, hombre, siempre que reciba lo que se le prometió. ¿Verdad, Annie?
La muchacha apenas podía ver el contorno de los dos hombres. Sintió pena por ese apuesto jugador, pero é! estaba muerto y ella seguía con vida. Y necesitaba desesperadamente lo que le habían prometido.
-El cuarto está muy oscuro -se apresuró a responder-. No he visto nada.
-Así me gusta, Annie -rió Clee. Charlie estaba mucho menos divertido.
-Bueno, habrá que llamar al comisario. Vamos a revisarle los bolsillos, para que crean que fue un robo. -Bueno, caramba, en ese caso será mejor llevamos sus pantalones -sugirió Clee, razonablemente-. Mira, el tipo está muerto y la muchacha grita a todo pulmón. ¿Crees que un ladrón perdería el tiempo en revisar bolsillos?
-Está bien, está bien -gruñó Charlie.
No le gustaba que las cosas hubieran salido de ese modo. Al menos, Clee mostraba algo de sentido común al cubrir todos los aspectos del nuevo plan con el que ahora debían cargar.

Capítulo 26

-¿Sabes quién es, Ned? -preguntó el doctor Meddly. El subcomisario sacudió la cabeza y miró a Anme Plata, que apenas podía estarse quieta.
-Se hace llamar Chase Summers, pero eso no quiere decir nada -informó ella, malhumorada y deseando que se dieran prisa-. Ha de ser un seudónimo, como siempre.
¿Por qué no la sacas de aquí, Ned? Es un manojo de nervios -sugirió el médico.
-Bueno, ¿y qué esperaba usted, con un hombre apuñalado en mi cama? -chilló la mujer-. Y me quedo. Dése prisa a terminar lo que corresponda y váyase de una vez, así podré limpiar este desastre. No puedo darme el lujo de no trabajar en toda la noche sólo por esto. -Insensible, ¿no? -munnuró el médico al diputado.
-Como todas -concordó Ned.
Annie, ignorándolos a ambos, se pasó bruscamente un cepillo por el pelo muy claro.
-¿Dónde se hospeda, Ned?
-Supongo que en el hotel.
-¿No estás seguro? ¿Y dónde está el comisario?
-No te pongas nervioso, Doc. No había ningún motivo para despertarlo. Yo puedo encargarme de esto.
-Averigua si alguien conoce a este joven. Necesitará que lo atiendan unos cuantos días.

-¿Y la señora Meddly? ¿No es ella quien suele...? -Sólo a las personas temerosas de Dios, Ned. Le bastaría preguntar dónde lo hirieron para saber que éste no lo es. Si yo insistiera lo atendería, pero prefiero no tener que soportarla hecha una arpía hasta que él se vaya. -Conoce a la Blair -señaló Annie.
Para ella había sido una gran sorpresa descubrir que el jugador no estaba muerto, pese a todo. Si continuaba con el plan original, tal vez Clee le pagara algo más.
Valía la pena intentarlo.
-¿A Jessie Blair? -dijo el doctor, distraídamente, mientras continuaba limpiando la herida-. Hoy estuvo en la ciudad. Averigua si está en el hotel, Ned, y...
-Tráela cuanto antes -interrumpió Annie, chillona-. A ver si podemos terminar con esto.
Meddly levantó bruscamente la vista.
-Este no es lugar para una señorita como ella, mujer.
-¿Por qué no? Dicen que es más recia que un caballo. Una mujer capaz de cargar un revólver puede entrar en una taberna sin desmayarse.
-Pero no hay ninguna necesidad -protestó el médico, indignado. Luego se volvió hacia Ned. -Di a la señorita Jessie que este hombre está herido y que me espere en el hotel, en el cuarto de Summers. Y envíame a un par de hombres para que me ayuden a llevarlo.
Ned salió de la taberna hacia el hotel, pero Jessie no estaba allí. Había entrado en la taberna pocos segundos antes y escuchaba distraídamente los comentarios sobre el robo, pensando en otra cosa. Quería ver a Chase. Durante la noche, sin poder dormir, se había puesto a meditar con calma y lógica, hasta llegar a una decisión que aún la sorprendía.
Pero no veía a Chase por ninguna parte. Después de observar por segunda vez ese salón atestado, comenzó a escuchar de verdad los fragmentos de diálogo que se desarrollaban a su alrededor.
-Si hay que morir, ésa es la manera de hacerlo: ;En brazos de una mujer!
-Sí, pero que te la den por la espalda, sin posibilidades de defenderte...
-Dicen que le robaron los pantalones y todo. -Ultimamente estaba ganando mucho, pero hoy no lo vi apostar. Bien le sentaría, a la víbora que lo atacó, encontrarse con que sus bolsillos estaban vacíos.
-Sí.
-Una vez lo vi con la muchacha de Blair. Creo que trabajó en su rancho un tiempo.
-Bueno, ojalá lo bajen pronto. Quiero pagar un turno con Annie Plata para averiguar qué fue lo que pasó.
Jessie corrió a la escalera. Cuatro hombres bajaban y más allá, en el descansillo, había otros de pie junto a una puerta, mirando hacia adentro. Ella subió con lentitud. No se percató de que la taberna se iba acallando a medida que los parroquianos la veían.
Cuando llegó a la puerta, que estaba abierta de par en par, la voz de Doc Meddly le llegó con toda claridad:
-¿No tendría usted un par de pantalones que prestarme, señorita Annie, por casualidad?
-¿Y de dónde voy a sacar yo pantalones de hombres? Los que vienen a visitarme se los quitan, pero siempre se los llevan puestos cuando se van. Cúbralo con una manta, hombre, que para él será lo mismo.
Jessie pasó la vista de la espalda del médico a la cara pintarrajeada de la rubia, vestida sólo con un breve corsé y bragas hasta la rodilla. Luego miró al hombre tendido en la cama.
-¿Está muerto? -preguntó con voz áspera, casi gritando.
-¡Caramba, señorita Jessie! -exclamó el doctor-. Pero ¿qué le pasa a ese subcomisario? ¡Le dije que no la trajera aquí!
-¿Ha muerto? -repitió Jessie, en voz mucho más alta.
Meddly vio el color ceniciento de su tez, el horror en sus ojos.

No, no -le aseguró de prisa, tratando de hablar con toda suavidad-. El joven se pondrá bien, con los debidos cuidados.
Jessie estuvo a punto de derrumbarse y se aferró del marco de la puerta. Meddly le sonrió, alentador. Pero entonces la actitud de Jessie sufrió un cambio total. Irguió la espalda y una expresión dura como el pedernal se cerró sobre sus facciones, en tanto miraba al herido despatarrado en la cama y luego a Annie Plata.
El médico se apresuró a cubrir a Chase con una manta, mientras la muchacha se aproximaba a la cama.
-Por Dios, señorita, usted no debería estar en un lugar como este. Justamente iba a hacerlo llevar al hotel.
-¿Qué pasó? -preguntó Jessie, con voz dura.
-Un robo.
-¿Hubo lucha?
-Deberías preguntármelo a mí, tesoro -dijo Annie, con voz demasiado melosa-. Era yo la que estaba con él- cuando ocurrió.
Jessie giró en redondo y la mujer se acobardó al ver su expresión.
-¿Es cierto? Bueno, ¿por qué no me cuentas, tesoro?
-No... no hubo lucha -replicó Annie, intranquila. Luego continuó, más confiada: -El jugador estaba demasiado ebrio para luchar. Pero creo que el ladrón no lo sabía y por eso lo apuñaló. Yo creí que había muerto y rompí a gritar, ¿no? Bueno, eso debió
de asustar al ladrón, porque arrebató los pantalones del jugador y salió volando como un conejo perseguido por el lobo.
-¿Fue eso lo que dijiste al subcomisario?
-Sí, claro.
¿Y hay alguien que pueda confirmar tu declaración?
Annie arrugó el entrecejo. -¿Qué quieres decir?
-Lo que quiero decir -explicó Jessie, con voz suave y completamente glacial- es: ¿quién más puede probar que cuanto dices es cierto? ¿Alguien vio a ese ladrón cuando salía de tu cuarto?
-¿Cómo quieres que lo sepa? -replicó Annie, a la defensiva.
-Aquí arriba hay hombres entrando y saliendo todo el día y toda la noche. Nadie se fija.
-¿Viste al intruso? -preguntó Jessie. -No vi nada. La luz estaba apagada. --¿Y cómo supiste que habían apuñalado a Chase? -¿Que cómo lo supe? Bueno... me di cuenta. -¿Cómo? ¿Sangró sobre ti? Esta mujer, doctor, ¿estaba cubierta de sangre cuando usted llegó? -preguntó Jessie, sin apartar los ojos de Annie.
-No que yo recuerde, señorita Jessie, pero, ¿por qué hace usted todas esas preguntas?
-Eso es lo que me gustaría saber-gruñó Annie-. Ned no se molestó en preguntarme todas esas tonterías. -Puede que no -replicó Jessie-. Pero él no conocía a ese hombre como yo.
-¿Es amigo suyo, señorita Jessie? -arriesgó Meddly.
-Bastante amigo. -Dios me...
Jessie le clavó una mirada áspera y el buen doctor no dijo más. Sabía exactamente lo que significaba aquello. Era una vergüenza que la chica encontrara a su compañero allí, pero si alguien tenía derecho a preguntar cómo lo habían herido, ese alguien era ella. ¡Qué situación! Y él no podía siquiera decir nada.
Como el médico guardaba silencio, Jessie embistió otra vez contra Annie.
-Quiero saber por qué hay sangre en toda la cama y tú no tienes una sola mancha.
Annie cruzó tercamente los brazos contra el amplio busto.
-No tengo por qué responder a tus preguntas.
En un abrir y cerrar de ojos, Jessie mostró en la mano su compacto Smith and Wesson.
-Pero lo vas a hacer.

-¡Doctor! -chilló Annie. -¡Jessie Blair! -exclamó Meddly.
-¡Acallar! -ordenó Jessie, furiosa. Se acercó ala puerta para cerrarla de un puntapié, sin dejar de apuntar a Annie. -Y ahora habla, maldita seas. Si tengo que dispararte, poco me importará.
-¿Qué quieres que te diga? -aulló Annie.
-Lo apuñalaste tú misma, ¿verdad? Por eso no tienes sangre encima.
Annie retrocedió contra la pared, aturdida.
-¡No, no, lo juro! No estaba siquiera cerca de él. ¡Estaba allí, al otro lado de la cama!
-¿Y esperas que crea eso?
Annie recurrió frenéticamente a la experiencia reunida.
-Como estaba tan borracho, pensé que se quedaría dormido. Así yo podría despertarlo, como si ya hubiera pasado todo, y cobrar por nada. No lo hago con frecuencia, de veras; sólo cuando un tipo está tan lleno de whisky como estaba éste.
-Mientes. Lo engatusaste para que subiera y le tendiste una trampa.
-¡No, por Dios, lo juro! Hacía semanas que lo provocaba, pero él nunca quiso saber nada de mí, hasta hoy. Pasó la mitad de la noche bebiendo, porque decía tener cosas que olvidar. Esperé, suponiendo que era resistente al alcohol. Pero me equivoqué. Los hombres no sirven de nada cuando están tan borrachos. De cualquier modo, él insistió en subir conmigo.
-¡Mentirosa!
-¡Doctor, doctor, haga algo! -gritó histéricamente Annie-. ¡Me quiere matar!
-¿Qué diablos pasa aquí?
La puerta se abrió de par en par; en el vano apareció un grandote feo, con puños como jamones.
Jessie giró en redondo.
-¿Quién es usted? -quiso saber, sin dejarse intimidar por su tamaño. Al fin y al cabo, estaba armada. -Soy el dueño de este lugar en el que usted está armando tanto alboroto, y le agradeceré que retire de aquí su personita. Cuanto antes.
Pese a la belicosidad de sus palabras, su actitud era serena y conciliatoria. Miraba el arma. Jessie la bajó al sentir las manos del doctor Meddly en sus hombros.
-Vamos, muchacha -dijo él, con suavidad-. Saquemos a tu amigo de aquí. Lo llevaremos al hotel para acostarlo en una cama limpia. Creo que las cosas sucedieron tal como las cuenta Annie Plata. Vamos.
Jessie echó otra mirada a Annie, que seguía espantada y con los ojos dilatados.
-Bien -cedió, enfundando el revólver-. Pero nadie se mete con lo que es mío sin pagar las consecuencias. ¿Me oyes, Annie? Si descubro que has mentido, te voy a atravesar el corazón con una bala.
Luego dejó que Meddly la sacara de la taberna. Tres hombres los seguían, llevando cuidadosamente a Chase, envuelto en una vieja manta de lana. Lo manejaban como a un recién nacido, pues habían escuchado desde la puerta lo dicho por esa pequeña furia. No era cuestión de maltratar lo que era suyo. ¡No, señor!

Capítulo 27

Jessie alquiló una carreta para llevar a Chase al rancho. Partieron a la mañana siguiente, con Billy en el pescante y Goldenrod atado a la parte trasera. Doc Meddly decía que Chase estaba en condiciones de viajar.

Jessie se sentó atrás, con el muchacho tendido boca abajo y la cabeza apoyada en su regazo. Seguía inconsciente, pero Meddly dijo que tardaría un tiempo en reaccionar, no por la herida sino a consecuencia del alcohol. ¡Qué modo de hacer el tonto en esa taberna! ¿Y para qué? Por un hombre que trataba con prostitutas. Un jugador que no valía nada. Un entrometido arrogante y presumido. Ahora comprendía que había hecho mal en buscarlo. ¿Acaso quería que su hijo se criara con un hombre así? No, jamás. Se había dejado influir por ideas erróneas. Bien podía imaginar los comentarios: "Pobre Jessie Blair, tan enamorada de ese hombre que le perdona cualquier cosa, hasta aparecer apuñalado en la cama de una ramera". Se alegró de que Cheyenne hubiera quedado atrás. No soportaba esas cosas.

Pero tendría que dejar de interesarle lo que comentara la gente, porque a las mujeres no les era muy fácil tener un bebé fuera del matrimonio. Y ella no iba a casarse con ese hombre.

Esa mañana, las náuseas habían comenzado en el momento de despertar, pero mientras no probara bocado serían soportables. Sin embargo, las sacudidas de la carreta estaban haciendo que la bilis subiera sin pausa. Oyó gemir a Chase, pero por entonces ella también se estaba poniendo verde y su propio gemido cubrió el otro. En su prisa por llegar a un lado de la carreta, dejó que la cara de Chase se estrellara contra las tablas del fondo.

El herido abrió repentinamente los ojos, pero volvió a cerrarlos, apretando los párpados en un tormento insoportable. Cuando uno se acostaba de espaldas sólo tenía que preocuparse por los fantasmas que zapateaban en la cabeza, pero estaba tontamente acostado boca abajo y algo lo sacudía como para matarlo. Se las compuso para abrir los ojos otra vez, bizqueando incrédulamente; parecía estar encerrado en una caja de madera. Pero la caja estaba abierta por un lado, dejando ver el azul más intenso que hubiera visto en su vida. Lo cegaba. Chase volvió a cerrar los ojos, pero no había respiro. La caja se sacudía y temblaba. Vació el estómago por un lateral, aferrándose para no caer. Todo pasó muy pronto; entonces se sintió un poco mejor.

Ya algo más despeado, Chase trató de averiguar dónde diablos estaba sin tener que abrir los ojos a la luz cegadora. Las sacudidas, una cama dura como la piedra, paredes de sesenta centímetros de altura... nada de eso tenía sentido. Además, oía ruidos de vómito, aunque él ya había terminado.

Si quería entender algo tendría que abrir los ojos. Miró hacia un costado, vacilando, y siguió esa pared hasta el punto en que formaba esquina, continuaba otro trecho y volvía a girar. Estaba en una caja, sí, una caja abierta. Al mirar hacia el otro lado vio una sedosa cabellera negra, una camisa blanca y un traserito precioso, enfundado en pantalones muy ajustados.

-¿Jessie? -gimió.

Jessie no estaba en condiciones de responder, mucho menos de mirarlo. Se sentía morir. Esas malditas arcadas no cesaban, aunque no tenía nada que vomitar. Y eso dolía, dolía como para llorar.

Por fin se apartó lentamente del costado de la carreta. Chase había vuelto a cerrar los ojos.

-Si no vas a seguir escupiendo las tripas por ahí, será mejor que vuelvas y te acuestes aquí.

Chase abrió bruscamente los ojos. No pudo contestar.

¿No me oyes? -inquirió Jessie.

-Temo... no ser... una compañía muy agradable -logró pronunciar Chase, pese a la torpeza de su lengua.

-Vete al diablo -gruñó Jessie-. Tu compañía me interesa tanto como la mía a ti, pero parece que debo cargar contigo, gracias a tus patochadas de borracho. -No... no comprendo.
-Oh, Dios, ¿por qué no te acuestas? -gimoteó Jessie-. Necesitas descansar y yo no estoy en condiciones de decir nada.
Chase se dijo que, antes bien, necesitaba un médico u otra botella de whisky. Pero tal vez el sueño lo ayudara a deshacerse de esa maldita resaca.
El espacio era escaso y Jessie se había tendido en la mitad de las mantas.
¿Dónde quieres que me acueste?
La muchacha retrocedió poco a poco, hasta quedar en el borde de las mantas extendidas; aun así no quedaba sitio suficiente para que él se estirara, a menos que volviera a usar su regazo como almohada. Sin embargo, ella no podía ofrecérselo sin incorporarse. Y en ese momento no podía incorporarse sin volver a vomitar.
Acurrucada de costado, estiró a regañadientes la pierna de arriba, dejando la de abajo flexionada, y dio una palmadita a la rodilla: Tu almohada.
Chase sonrió pese a los dolores. -¿De veras?
Jessie vio el destello en sus ojos, pero esa vez no se enojó. Sentía ganas de reír. Ahí estaban ambos, descompuestos como la peste, y él con una herida horrible, probablemente febril. Pero todavía apasionado. Ese hombre era una maravilla.
-Sólo voy a prestarte la rodilla, así que quítate esos pensamientos libidinosos de la mente, Chase Summers. -Trató de hablar con severidad, pero en su voz había una nota de risa. -Si no necesitara descansar, puedes estar seguro que estaría sentada en el pescante, con Billy.
-¿Billy?
-Billy, sí. Es él quien lleva las riendas.
Chase miró hacia adelante, pero el resplandor era demasiado intenso y le resultaba más fácil estarse quieto.
-Boca abajo, Chase -dijo ella, con firmeza-. Ordenes de tu médico.
El frunció las cejas.
-¿Qué médico? -inquirió, irritado, pensando que ella se refería a sí misma-. Nunca duermo boca abajo. Y si me descompuse hace un momento fue por estar apoyado en el vientre.
-No estoy de humor para soportar tus caprichos, caramba -protestó Jessie, acalorada-. Acuéstate boca abajo o de costado, pero no se te ocurra apoyar la espalda.
-¿Por qué?
-Si no lo sabes, todavía no estás sobrio y no voy a perder el tiempo con explicaciones.
Chase se volvió de costado, pero lo hizo con lentitud. Jessie calló. Más tarde, cuando se sintiera mejor, le cantaría cuatro frescas. La perspectiva le ofreció algo grato en que pensar.

Capítulo 28

Jessie despertó por fin, desorientada. Billy la llamaba, repitiendo su nombre una y otra vez. Permaneció inmóvil hasta entender lo que él le decía: estaban llegando a casa. Entonces se incorporó, agradecida por poder moverse sin que se le revolviera el estómago. Claro que el día ya estaba avanzado y las descomposturas nunca la molestaban sino por la mañana.

No había sido su intención pasar el día durmiendo. Billy parecía habérselas arreglado bien y Chase aún dormía. Le tocó la frente para ver si había fiebre, pero estaba apenas caliente. En cuanto le tocó la cara, él levantó el brazo y lo enroscó a su pierna extendida. Jessie estuvo a punto de decir algo cortante, pero de inmediato vio que había sido sólo un movimiento reflejo. Seguía dormido, acurrucado contra su entrepierna.
Los ojos de Jessie se nublaron. Los movimientos de Chase le estaban provocando inquietudes indeseables en la parte inferior del cuerpo, cuando él no debería haberla afectado en absoluto. No era normal odiar a un hombre y desearlo al mismo tiempo. ¿O sí?
Pensando en eso pasó el resto del trayecto, hasta que se detuvieron frente a la casa. Rachel salió, echó una sola mirada a Chase y volvió a entrar. Jessie se encogió de hombros. Rachel cambiaría de actitud cuando supiera que Chase estaba herido. Tendría que cambiarla, porque Jessie no pensaba ocuparse de atenderlo.
-Corre a traer a Jeb, Billy, y a cualquier otro hombre que esté por ahí, para que ayuden a Chase -ordenó Jessie. Luego agregó: -Y gracias, Billy. Te arreglaste muy bien para llegar a casa.
Al niño se le iluminó la cara. Corrió en busca de Jeb y reapareció un momento después, trotando delante del viejo.
-¿Qué es esto, pequeña? -preguntó Jeb, curioso-. Nunca pensé volver a verlo.
-No eres el único -respondió Jessie, con una buena porción de disgusto, mientras reptaba hacia el extremo de la carreta-. Es que lo hirieron mientras yo estaba en la ciudad y el doctor Meddly, sabiendo que nos conocíamos, me cargó con el trabajo de atenderlo. -Qué me cuentas -rió Jeb.
-No le encuentro nada de divertido -protestó Jessie.
-Pero, ¿qué estaba haciendo todavía en la ciudad? Jugando, bebiendo y durmiendo con putas. -Qué me cuentas.
--Oh, calla y ayúdame a entrarlo.
-En el barracón no hay nadie, Jessie -Anunció Billy.
Jeb gruñó: -Podemos hacerlo entre los tres. ¿Puede caminar un poco?
-Tendrá que hacerlo -replicó Jessie-. En los pies no tiene nada. Oye, Billy -indicó-: Jeb y yo lo sostendremos, si no puede caminar bien. ¿Quieres ir a prepararle la cama?
-¿Está grave? -preguntó Jeb, con seriedad, en cuanto el niño se hubo ido.
Ella le dio las explicaciones del caso y concluyó: -El doctor dice que debería guardar cama varios días; por lo tanto, alguien tiene que cuidarlo. De otro modo no lo habría traído a casa.
Sacudió al herido con suavidad y suspiró al ver que él se volvía sobre la espalda.
-Va a romperse la sutura. Espero que sigas siendo tan hábil con la aguja, Jeb.
-No me digas que fue por la espalda -exclamó Jeb, indignado.
-Sí, pero dejemos el resto para después. Veamos si podemos sacarlo de la carreta.
Se las compusieron, pero llevó tiempo. Chase no pudo siquiera abrir los ojos hasta que tuvo los pies en el suelo. Se tambaleaba tanto que Jessie y Jeb se lo colgaron del cuello por los brazos.
Lo llevaron medio a rastras hasta el viejo dormitorio de Thomas Blair. Billy había apartado la colcha y esperaba con nerviosismo. Por suerte era una cama baja, sin tabla a los pies.
-Pongámoslo de modo que pueda apoyar las rodillas al pie de la cama, Jeb. Luego lo acostaremos boca abajo -indicó Jessie.
-¡No, por Dios! -gruñó Chase.

-Oh, cállate -exclamó la muchacha, impaciente-. Nunca he oído protestar tanto por estar boca abajo. -Usted también protestaría, señorita, si tuviera dos litros de whisky en el estómago.
Jessie le soltó el brazo y dio un paso atrás.
-Creo recordar que te libraste de eso durante el viaje -comentó en tono ligero, mientras se frotaba el hombro dolorido. Chase era demasiado pesado.
El hizo una mueca.
-Y yo creo recordar que tú vomitabas junto conmigo. Podrías ser más comprensiva
Jeb y Billy miraron a la muchacha con extrañeza Eso la irritó.
-Hablas con demasiada claridad, considerando que fue necesario traerte a rastras.
Chase levantó un poco la cabeza. En sus labios había una levísima sonrisa.
-¿Tenía que hacer algún esfuerzo? ¿Por qué no me lo dijisteis?
Jeb salió de la habitación con un bufido, murmurando sin cesar. Billy soltó risitas agudas hasta que la mirada tempestuosa de Jessie se posó en él.
-Tengo que... eh... retirar sus cosas de la carreta -recordó apresuradamente. Y salió de la habitación.
La muchacha volvió hacia Chase los mismos ojos relampagueantes.
-Empiezo a pensar que no estás tan mal como dijo el médico -comentó fríamente-. En ese caso, puedes volver a la ciudad mañana, cuando Jeb vaya a devolver la carreta.
-¿Otro viaje como el de hoy? -exclamó él-.
¡Por nada del mundo! ¿Y qué decías de un médico? Tengo una resaca espantosa, pero no sé de ningún médico.
-No recuerdas nada de lo que te ocurrió, ¿verdad?
Chase cerró los ojos, fatigado.
-Me embriagué, tal vez un poco más que de costumbre, pero ¿qué tiene eso de raro? Últimamente me emborracho con frecuencia -agregó, más para sus adentros que como información.
-¿No te recuerda nada el nombre de Annie?
El enojo de su voz lo inquietó. ¿Annie? La única Annie que conocía era...
Chase se llevó las manos a las sienes y eso le causó un dolor punzante en la espalda. No sabía qué era peor: si el dolor físico o el recuerdo de haber subido la escalera con Annie Plata, tambaleándose. Mientras tanto pensaba en Jessie, tratando de imaginar que estaba con ella, que era Jessie quien iba a hacerle el amor. ¿Había llegado al cuarto de Annie Plata?
Abrió los ojos un poco más. Jessie no estaba enojada: estaba furiosa. La vio de pie, con los brazos cruzados contra el pecho y el cuerpo tan rígido como si fuera a romperse. Trataba de convertir sus sentimientos en desprecio, pero sus ojos le arrojaban puñales.
Ella lo sabía. De algún modo lo sabía. Y estaba furiosa. Chase no se decidió entre el placer y la preocupación.
-Puedo... puedo explicártelo, ¿sabes? -arriesgó mansamente.
-¿Ah, sí? -dijo Jessie, fría-. Como explicación, basta el sitio en que te encontré, ¿no?
-¿Me encontraste? No me digas que fuiste a la taberna. ¿Así te enteraste?
-Sí, estaba allí. ¡Media ciudad estaba allí! Es probable que se publique en el periódico. Ya imagino los titulares: "Ebrio atacado en cuarto de prostituta. El ladrón huyó con los pantalones de la víctima, que no los tenía puestos en el momento del hecho".
Chase entornó los ojos. -¿Es una broma?
-Es lo que ocurrió, Summers. ¿O no recuerdas que te clavaron un puñal en la espalda?
El trató de girar, pero no pudo. -Ah, por eso duele tanto. -Supongo que sí.
-¿Es grave?

-Doc Meddly dice que debes guardar cama varios días, porque perdiste mucha sangre. Por lo demás, cicatrizará bien.
-Si debía guardar cama, ¿por qué me has arrastrado hasta aquí?
-¡Porque no iba a quedarme en la ciudad para atenderte! Y Meddly me hizo creer que nadie querría cuidarte por el sitio en que te hirieron. Pude haber buscado quién te atendiera, pero era más fácil traerte. Rachel puede ocuparse de ti. Si tienes alguna explicación que ofrecer, dásela a ella.
Chase arrugó el entrecejo.
-Dudo que Rachel quiera ayudarme, Jessie. Ya no tiene muy buena opinión de mí.
-¿Y crees que yo sí?
-No, supongo que tú tampoco. -Suspiró. -¿Y qué estabas haciendo en la taberna?
-Había ido a hablar contigo -dijo ella rígidamente, dudando por primera vez.
Era lo último que Chase esperaba oír.
-¿Por qué?
-Eso ya no tiene ninguna importancia.
Dicho eso salió de la habitación, dejando al joven más confundido que nunca.

Capítulo 29

Una vez que Billy hubo pedido permiso para retirarse de la mesa, Jessie se demoró allí con Rachel. Llevaba mucho tiempo sin comer en un silencio tan incómodo desde aquellas terribles cenas compartidas con su padre, cuando los dos estaban furiosos. Se explicaba que Billy se hubiera retirado lo antes posible.
Por lo menos Jessie estaba habituada y no permitía que eso le afectara al apetito. Eso era importante, porque sólo por las noches podía compensar las otras comidas perdidas, y no iba a permitir que un poco de nerviosismo le permitiera aprovechar los momentos en que se sentía perfectamente normal, como si no se estuviera produciendo ningún cambio dentro de su cuerpo.
El silencio se prolongaba y las mujeres evitaban mirarse a los ojos. Cuando el plato de Jessie quedó vacío ya no hubo más remedio. Suspiró profundamente.
-No tendrá que estar aquí mucho tiempo, Rachel. Una semana, a lo sumo, hasta que pueda montar a caballo sin abrir la herida. Una semana no es tanto.
Los ojos de Rachel eran dos piedras sin ninguna simpatía.
-¿Y por qué lo has traído aquí?
-Bueno, esto me gusta tan poco como a ti, pero no había nadie que lo atendiera. ¿Qué podía hacer yo? ¿Volverle la espalda?
-¿Cómo lo hirieron?
-El ladrón que lo estaba asaltando se asustó y lo apuñaló por la espalda.
Rachel bajó la vista
-Bueno, supongo que esas cosas son explicables, con un oficio como ese -dijo ásperamente. Jessie nunca había oído de ella un comentario tan condenatorio.
-Tú sabías que era jugador, Rachel, y eso no te importaba.
-Ya no es el mismo que yo conocí -afirmó la otra, fríamente.
-Me importa muy poco qué clase de persona sea, Rachel -aseguró la chica-. Y tampoco debe importarte a ti. No es responsabilidad nuestra.
-Bueno, qué bonita actitud tomas, después de lo que te hizo -comentó Rachel, lacrimosa.

-¿Cuándo vas a terminar con eso? -reclamó Jessie-. Lo que Chase y yo hicimos, lo hicimos juntos. ¡Y tú eres la única que lo lamentas!
-Si eso es lo que piensas, ¿por qué no aceptaste casarte con él?
-Porque me lo pidió demasiado tarde -replicó Jessie, amargada-. No quería casarse conmigo y yo lo sabía. ¿Qué dignidad salvábamos si yo lo aceptaba? Sólo la tuya, Rachel.
La voz de la mujer se tornó súbitamente suave. -Eso significa que... ¿te casarías si él te amara? Jessie meneó la cabeza.
-¿De dónde sacas esas ideas? Ese hombre no me ama. Le importo tanto como cualquiera de sus incontables mujeres.
-¿Estás segura, Jessica? Es muy posible que te ame y no se haya dado cuenta. Por algo se quedó en la ciudad en vez de seguir el viaje.
-Para emborracharse.
-Pero por qué, si no te amara...
-¿Ahora vas a defenderlo? ¡Decídete de una vez, diablos!
Rachel apartó la vista.
-No lo defiendo, nada de eso.
-Bueno, me alegro, porque no pienso casarme con un mujeriego bueno para nada, que...
-¡Así que te importa!
Jessie habría podido arrancarse los cabellos por la exasperación. Se inclinó hacia adelante para descargar el puño contra la mesa, con las mejillas arrebatadas.
-¡No me importa! Por lo que a mí me importa, puede morir de hambre antes de que yo vuelva a pisar ese cuarto. Aunque esté en la casa, no pienso acercarme a él ni volver a mirarlo. Y como tú fuiste quien lo mandó llamar, eres la responsable de todo. ¡Encárgate tú de atenderlo!
Rachel se levantó rígidamente.
-Me niego a cuidar al hombre que arruinó a mi hija.
Jessie, boquiabierta, la vio alejarse de la mesa. Por fin se levantó de un salto para seguir a Rachel hasta el pasillo.
-¡A mí no me arruinó nadie! ¿Me has oído?
-¿Cómo no voy a oír, con los gritos que estás dando? -acusó Rachel, sin detenerse-. Pero eso no cambia nada. No lo atenderé.
-¡Pero si es amigo tuyo!
-Era -corrigió Rachel, terca, deteniéndose ante la puerta-. Si necesita que lo atiendan, encárgaselo a Kate. A ella no le molestará.
-¡Cómo que no! -exclamó Jessie-. ¡No puedes encajárselo a ella!
-Y tú no puedes encajármelo a mí, Jessica -contraatacó Rachel, tranquilamente.
Luego entró en su dormitorio y cerró la puerta.
Veinte minutos después, Jessie entraba en el cuarto de Chase llevando una bandeja de comida. Le habría gustado muchísimo encontrarlo despierto, para poder desahogar su cólera con él, pero el joven dormía profundamente. Jessie se limitó a dejar la comida en la mesilla y, después de comprobar que estuviera bien arropado, salió de la habitación.

Capítulo 30

Chase estaba disfrutando de su convalescencia, aunque sólo veía una cara alegre: la de Billy. Por la mañana era el niño quien le llevaba el desayuno y se quedaba a charlar un

rato. Además veía a Jessie todos los días, cosa que le resultaba sumamente grata, pese a la cara agria que ella solía mostrarle.
La situación parecía justicia poética. Después de todo, estaba en cama por haberse embriagado hasta no poder defenderse, y eso había ocurrido por causa de Jessie. ¿No era justo que ella se viera obligada a atenderlo?
Jessie no pensaba lo mismo. Hacía cuanto estaba en su mano para demostrarle lo mucho que le molestaba cuidar de él. Eso debería haberlo herido en el orgullo, pero Chase no se enojaba. Lo divertían los chasquidos de lengua, los suspiros y los modales bruscos de la muchacha. Aunque se hiciera la mártir, no encargaba a Billy que le llevara la cena ni que le sostuviera el espejo para que Chase pudiera afeitarse. Podría haber encargado a Jeb que le cambiara los vendajes o lo lavara con esponja, pero no lo hacía. Hasta le cambiaba las sábanas, aunque ese trabajo correspondía a Kate. En realidad, lo único que no hacía era llevarle el desayuno.
Por las mañanas no la veía nunca. Billy le había dicho que nadie la veía, porque ella salía mucho más temprano que de costumbre y se iba a la pradera. A partir del tercer día se descubrió esperando su regreso, alerta al sonido de su voz. Si ella se demoraba, Chase se inquietaba. Cuando llegaba temprano él se sentía en la gloria.
De vez en cuando oía también la voz de Rachel, pero ella no se le acercaba nunca. Le hacía sentir su disgusto sin clavarle siquiera esos acusadores ojos azules. Un día llegó a acorralar a Jessie junto a la puerta del herido, donde él pudiera oírla con toda claridad, y le preguntó hasta cuándo iba a estar ese hombre en la casa. La respuesta de Jessie debió de sorprenderla mucho: que él se iría cuando le diera la real gana. A él, por lo menos, lo sorprendió oír a Jessie salir en su defensa. Claro que lo había hecho sólo para irritar a Rachel, como siempre. Aun así...
Tras una semana de convalescencia, Chase comprendió que no podía seguir en cama. La herida estaba bien cicatrizada y había recuperado sus fuerzas. Sin duda alguna, podría montar a caballo con muy poco dolor. Era hora de abandonar el rancho. Y esa vez no se detendría siquiera en Cheyenne. Jessie había traído todo lo que él guardaba en su cuarto de hotel, incluyendo la considerable cantidad de dinero ganada en esas pocas semanas de apuestas. Los pantalones robados por el atacante sólo tenían en el bolsillo un poco de dinero. Le quedaba lo suficiente para volver al Este y embarcarse hacia España. Y eso era lo que debía hacer.
Pero no era lo que deseaba hacer. Deseaba seguir viendo a Jessie todos los días. En la última semana se había acostumbrado a ella y, al verla bajo una luz muy diferente, la comprendía un poco mejor.
Dicen que los niños ven las cosas con claridad; por cierto, Billy había dado en el clavo al decir que Jessie sólo trataba de mostrarse dura y mala porque se sentía obligada. El enojo parecía ser su única defensa. Lo empleaba para disimular el sufrimiento, la confusión, el miedo.
Chase la conocía mejor. Podía ver a la asustada muchacha interior, que trataba desesperadamente de bastarse sola, de no necesitar a nadie. Una vez, la persona a quien necesitaba la había herido profundamente. Al verla de ese modo Chase sentía deseos de encerrarla
entre sus brazos y protegerla. Pero la recia Jessie no iba a permitir semejante cosa. No: primero habría que derribar sus defensas, murallas construidas a lo largo de diez años. Un esfuerzo ciclópeo. ¿Había hombre capaz de hacerlo?
Chase sabía que sus deficiencias eran demasiadas.
Tal vez no tenía ninguna posibilidad de... Cielos, ¿era eso lo que deseaba? No estaba seguro. Sólo una cosa sabía con certeza: que no quería abandonar aún la casa.

Lo postergaría tanto como pudiera. Al fin y al cabo, Jessie no lo estaba sacando a empellones. Eso lo haría Rachel en cuanto lo viera en pie. Caramba, nunca habría sospechado que Rachel pudiera ser tan inflexible. El problema era que amaba demasiado a Jessie. Lástima que la chica no quisiera entenderlo. Pero Chase habría apostado a que, en el fondo, Jessie sentía lo mismo. Y con ese abismo entre ambas, haría falta un milagro para franquearlo. Chase habría querido ser capaz de un milagro como ese.

Con la conspiratoria ayuda de Billy y Jeb, ese día Chase iba a darse el baño caliente que deseaba desde hacía tanto tiempo. Lo difícil era llevarle el agua sin que Rachel se enterara de que ya estaba en condiciones de bañarse sin ayuda. Se las arreglaron; Jeb calentó agua en la tina para lavar la ropa, afuera, y fue pasando los cántaros a Billy por la ventana del cuarto. Al chico le parecía toda una aventura ocultar algo a su madre. Chase quería ocultarlo también a Jessie, para no revelar que ya podía moverse.

Habría podido dar resultado. Pero ese día, por casualidad, Jessie volvió de los pastos más temprano que de costumbre. Los dos se llevaron una sorpresa cuando la puerta se abrió y Jessie lo encontró sentado en el reducido barril. Ella fue la primera en recobrarse y entró.

Aún vestía sus pantalones de trabajo, cubiertos de polvo, y traía el sombrero colgado del cuello por un cordel. Era la primera vez que entraba en su cuarto sin lavarse antes. Pero Chase no reparó en eso; azorado como estaba, sólo pensó en dar explicaciones. Por suerte, Jeb y Billy lo habían dejado solo.

-¿Rachel está enterada de esto? -preguntó Jessie como al descuido, señalando la tina.

-No.

-Vas a ablandar la cicatriz. ¿Cuánto hace que estás ahí?

Con esos ojos clavados en él, Chase no podía pensar con claridad.

-No mucho.

La muchacha se acercó al barril y hundió un dedo en el agua.

-Demasiado tiempo. ¿Cuántas veces te has bañado sin que yo me enterara? ¿Has dejado que te lavara con esponjas sólo para divertirte?

-Oh, Jessie, esta es la primera vez.

-Pero yo no me habría enterado, ¿verdad? Si hubiera llegado un rato después, aquí no habría encontrado ninguna evidencia.

Chase era culpable de intención y ella lo sabía. ¿Estaba enojada o no? Lo más molesto era estar desnudo, teniéndola de pie a su lado. Carraspeó.

-No tiene importancia, Jessie. El agua no ha tocado la herida; no mucho, al menos. ¿Qué tiene de malo darse un baño decente?

Ninguno, supongo -reconoció Jessie-. Ya que te has quitado las vendas y estás en el agua, será mejor que te lave la espalda también.

Jessie...

-Inclínate hacia adelante, Chase -ordenó ella, con firmeza-. Si quieres un baño decente, puedo lavarte la espalda sin que la herida se moje demasiado.

Era más fácil obedecer que discutir, pero Chase habría querido saber en qué estaba pensando esa muchacha, porque no actuaba como de costumbre. No decía una sola palabra dura, no alborotaba por haberlo encontrado fuera de la cama. Estaba demasiado serena. Algo andaba mal y él no lograba saber qué.

Preocupado por eso, Chase no se enteró siquiera de lo que Jessie hacía hasta que ella, terminada la tarea, le ordenó:

-Bueno, ahora levántate para que te enjuague. -Lo haré yo -dijo él, precipitadamente.

-¿Para que mojes todo el suelo? Esta tina no tiene bordes muy anchos. En verdad me asombra que hayas cabido.

-Pero yo no esperaba tener ayuda. -El bochorno lo hacía cortante.
-Bueno, ahora la tienes.
-¡Hazme el favor de salir de aquí, Jessie! Ella rió por lo bajo.
-No me digas que te avergüenza exhibir un poco de ese hermoso cuerpo, hombre. Al fin y al cabo, no será la primera vez que te vea como viniste al mundo.
-Ahora es diferente -replicó él.
-¿Por qué? ¿Porque ahora yo estoy vestida?
Bueno, no voy a desnudarme sólo para apaciguar tu dignidad masculina. Levántate como buen chico y acabemos con esto. -Luego agregó, bromeando:
-Prometo no aprovecharme de ti, si eso es lo que te preocupa.
Chase la apuñaló con la mirada por encima del hombro. Ella se estaba divirtiendo de verdad. Pocas veces se veía bailar el humor en sus ojos, dándoles un tono de turquesa más claro y brillante.
Se levantó, dejando que Jessica le virtiera agua fresca sobre el cuerpo. Era muy agradable.
-Bueno, no ha sido tan espantoso, ¿verdad? -observó ella, dándole una palmadita traviesa en el trasero.
Chase ahogó una exclamación, pero de inmediato se encontró envuelto en una toalla y le pareció mejor no hacer comentarios. Cuando se volvió a mirarla, ella iba hacia la mesilla, donde guardaba vendas limpias.
-Acércate para que te vende otra vez, si te parece necesario.
Chase hizo una mueca. Ella estaba insinuando que, si ya estaba repuesto, no había motivos para seguir atendiéndolo. Ahora preguntaría cuándo pensaba irse.
Con la toalla envuelta a la cintura, se sentó en la cama para que ella pudiera vendarlo; cualquier cosa, con tal de prolongar su presencia; probablemente sería la última vez que la tenía toda para sí. La observó con atención mientras ella colocaba un paño plegado contra la cicatriz y le rodeaba el torso con vendas para sostenerlo en su sitio. Por una vez se mostraba extrañamente suave. Eso, más lo desacostumbrado de su comportamiento, le agitaron la curiosidad hasta hacerla incontenible.
-¿A qué se debe este tratamiento tan tierno? -preguntó por fin.
Ella enarcó una ceja. -¿Tierno?
-Ya sabes a qué me refiero.
Jessie se encogió de hombros.
-No sé. Quizá porque es la última vez que te veo, probablemente, y no hay motivos para que nos separemos con cara agria.
Chase meneó la cabeza.
-¿Me echas sólo porque me bañé?
Ella lo miró con aspereza.
-No seas ridículo. Poco me importa por cuánto tiempo quieras darte la gran vida. Pero supuse que, si estabas curado, querrías seguir tu viaje.
-Conque quieres que nos separemos como amigos, ¿eh? ¿Amigos hasta qué punto? -sonrió, deslizándole un dedo por el muslo.
Ella le apartó la mano de una palmada.
-No tan amigos como para eso.
Y puso prudente distancia entre ellos. Chase se echó a reír.
-Caramba, Jessie, no estoy muerto. A estas horas deberías saberlo.
-¿Te parece? -replicó ella, con ojos duros como la piedra.
El frunció el ceño. Los dos estaban recordando los azotes que le había dado la noche antes de su partida.
-¿Todavía no me has perdonado por aquello?

-No, por cierto.
Nunca lo has mencionado.
-¿Querías que te disparara con mi revólver mientras estabas postrado?
-No vas a dispararme, Jessie -aseguró él, confiado.
-Sería mejor cambiar de tema -replicó ella, rígida.
-Lo siento de verdad. Esa noche estaba fuera de mí.
-¡He dicho que cambiemos de tema!
-De acuerdo -suspiró él. Esos cambios de humor eran demasiado. -¿Por qué has vuelto tan temprano?
-He venido a decirte que no voy a seguir atendiéndote. Ahora veo que no necesito preocuparme, pues estás mucho mejor.
-Estás enojada, ¿verdad? -observó él, seguro de que el comentario estaba destinado a herirlo.
Jessie irguió la espalda.
No lo hago por encono. Tengo más de treinta cabezas de ganado muertas en la pastura del sur y un pozo de agua aparentemente envenenado. No tengo tiempo para enconos.
-¿Hablas en serio?
-Por supuesto. Sólo vine a decirte que estaré ausente varios días. Hay que cercar el pozo envenenado y traer el ganado más cerca de casa. Habrá que custodiarlo día y noche durante un tiempo. Como los demás aún no han regresado del rodeo, necesito a todos los peones en la pastura, incluida yo misma.
-Cuando entraste no parecías preocupada -comentó él, sorprendido.
-Tú me distrajiste un rato -reconoció ella-.
Pero las cosas son así y de nada sirve lamentarse. Sólo me resta cuidar de mi manada para no perder más animales.
-Lo siento.
-Esto no te incumbe -dijo ella-. Bueno, tendremos que despedirnos.
-¿Por qué? -preguntó él, apresuradamente. -Por un tiempo no volveré a casa ni siquiera para cambiarme de ropa. Y tú ya no tienes motivos para seguir aquí.
-Pero mi ayuda podría serte útil.
-No te la pido. Y Rachel no te quiere aquí. -¿Quién es la dueña, a fin de cuentas? -estalló Chase, enojado.
-Ah, conque ahora soy yo. Pero cuando quise que te fueras era Rachel la que debía decidir.
-Esta vez los problemas son reales, no una mera posibilidad. ¿Crees que pudo ser Bowdre? No le agradó que yo recuperara ese pagaré.
-No lo pongo en duda. Pero es imposible demostrar que fue él. Sin embargo, envenenar al ganado es pura venganza. No lo creía capaz de destruir algo sólo porque no podía echarle mano.
-Te equivocas, Jessie: es perfectamente capaz. Y si se trata de Bowdre, las cosas no terminarán así. Necesitas toda la ayuda posible.
-Si las cosas van a empeorar, lo que necesito es un pistolero, no un jugador.
Chase no se ofendió, pues en su voz no había desprecio.
-Tengo un revólver del Ejército y no lo uso meramente por adorno. Sé usarlo muy bien.
-¿Alguna vez has matado a alguien? -¿Y tú?
A Jessie no le gustó la idea de que él se quedara, justamente cuando había decidido no verlo más. Era difícil estar con él todos los días. No entendía las cosas que le hacía sentir y, para empeorar las cosas, él había estado más encantador que nunca durante toda la semana.

-No estás en condiciones de ayudar a nadie, Chase. Y de cualquier modo, este no es problema tuyo.
-Mira -dijo él, impaciente-: mientras no vuelva el resto de tus hombres, mi ayuda puede serte útil. Bien lo sabes. Dentro de pocos días estaré como nuevo. Y mientras tanto puedo montar guardia junto al ganado sin excederme demasiado, ¿verdad?
-¿Por qué quieres ayudarme? El pensó con celeridad.
-Bueno, supongo que yo te metí en esto al ganar ese documento a Bowdre. Es justo que...
Ella lo interrumpió.
-Bowdre nunca quiso el dinero. Lo que le interesaba era el rancho. Si le hubiera pagado habría hecho lo mismo. -Suspiró-. Oh, qué diablos, haz lo que gustes. Pero no me culpes a mí si tienes una recaída.
Y salió del cuarto. Chase sonrió de oreja a oreja, ridículamente complacido.

Capítulo 31

Chase despertó ante el ruido de cacerolas; alguien estaba calentando agua para el café y preparando el desayuno. Miró muy ofendido el cielo, todavía negro. Tres mañanas antes lo habían despertado por primera vez de ese modo. Cuando Chase expresó su enojo de viva voz, sólo recibió risas y bromas a modo de respuesta. Los otros estaban habituados a levantarse antes del alba para trabajar duramente todo el día. El no. Lo llamaban "novato". Y era novato, sí, qué diablos.
Pero se había metido solo en esas, por propia insistencia, así que de nada le serviría quejarse. Prefería pensar que lo hacía como caballero galante que acudía al rescate de una dama. Pero todo eso estaba muy lejos de ser la verdad.
En realidad, había visto muy poco a Jessie en los tres días pasados en las pasturas. Le encargaron la fácil tarea de custodiar el pozo de agua al que llevaban el ganado; también debía encargarse de que la manada no se alejara demasiado. Jessie se presentaba una o dos veces al día para traer a los animales dispersos por las colinas. Por la noche estaba tan exhausta que apenas intercambiaban unas palabras antes de tenderse junto al fuego con los demás. Nunca se veían a solas. Por la mañana ella se levantaba aun antes que el cocinero.
Chase se incorporó, estremecido por el frío previo al amanecer. Debía de hacer uno o dos grados bajo cero. Su manta estaba empapada y cubierta por una fina capa de escarcha, aunque sólo estaban en la primera semana de noviembre.
¿A quién se le ocurría instalar un rancho en una zona tan fría? Sólo a Thomas Blair, y su ganado había sobrevivido. Esos hombres estaban habituados a trabajar en un clima glacial.
Decidió que una taza de café caliente le haría bien, aunque se estremecía ante la perspectiva de levantarse para ir a buscarla. Echó una mirada al sitio que había
ocupado Jessie durante la noche, pero estaba desierto.
Sólo quedaba un contorno sin escarcha en el lugar donde ella había tendido sus mantas. Lo mismo ocurría todas las mañanas. ¿Por qué? Cuando los hombres salían, ya terminado el desayuno, ya estaba saliendo el sol; Jessie, en cambio, se iba en medio de la oscuridad más absoluta. Cuando le preguntaba por qué salía tan temprano, ella se encogía evasivamente de hombros.
Entonces recordó lo ocurrido la noche anterior y meneó la cabeza. Después del primer estallido de cólera, Jessie había tomado la nueva calamidad mejor de lo que cabía

esperar. Lo último que esperaba era que Mitch Faber llegara al campamento, esa noche, para decir que le habían robado todas las cabezas de ganado arreadas hacia el norte, cuando sólo faltaba un día para entregar el hato.
Sus hombres fueron atacados de noche, mientras dormían; el que montaba guardia había desaparecido. -Nos desmayaron a golpes -dijo Mitch-. Ni siquiera sé con qué me golpearon. Pero no querían matarnos. Sólo les interesaba el ganado.
No tenían por qué matarlos, en realidad. Cuando Mitch y los hombres que lo acompañaban llegaron a la primera ciudad minera de la lista, para presentar la denuncia al comisario, descubrieron que era inútil: los ladrones habían calculado perfectamente el tiempo. Hasta la última vaca estaba vendida antes de que ellos se despenaran. Para colmo, el ganado fue entregado a los mismos mineros a quienes estaba prometido por contrato. Un agente compró todo el hato, lo dividió y lo hizo llevar a las ciudades circundantes. Tenía recibo y había pagado en efectivo, por intermedio de un banco que le servía de testigo. El comisario no pudo hacer absolutamente nada.
Tampoco Mitch podía hacer nada. No era posible culpar al agente por haber supuesto que esos hombres eran enviados de Jessie, pues tenían los contratos robados a Mitch.
-¿Cómo pudieron conocer los contratos? -preguntó Jessie.
La noticia le cayó muy mal; estaba cenicienta y con los ojos incrédulos. Era comprensible, pues debía pagar un fuerte préstamo bancario. Ahora no tendría dinero para cubrir la deuda ni para pagar a sus hombres.
Jessie se puso furiosa al saber quién era el hombre que montaba guardia y había desaparecido: Blue Parker. Según Mitch, Blue había actuado de manera extraña durante todo el arreo. Sí, él conocía los contratos. Y ya en el mes anterior al arreo se le veía ceñudo y descontento. Chase no lo conocía, pero después se enteró de que era el joven a quien había visto con Jessie, el día de su llegada. Ella le clavó una mirada fulminante, como si todo fuera su culpa; obviamente, pensaba que Parker se había asociado con los ladrones. Y de quiénes eran estos, no cabía ninguna duda.
Esa noche estaba demasiado furiosa para dar más explicaciones. Maldecía a Parker y a Laton Bowdre. Cuando se hubo calmado, Chase no tuvo ánimos para sacar a relucir ese tema. Pero lo de Parker le despertaba mucha curiosidad; esa noche, al recordar la escena que había visto aquel primer día, apenas pudo dormir.
Por fin decidió enfrentarse al frío y apartó las mantas. ¡Cómo había cambiado el clima en un solo mes! A fines de septiembre, mientras buscaba a Jessie, había acampado a cielo abierto sin sentir tanto frío.
Tomó una taza de café, apretándola entre las manos para calentarse. Los otros dos hombres se habían sentado cerca de la fogata a comer carne frita con huevos; al verlo temblar le sonrieron.
-Ya te acostumbrarás, Summers, si te quedas con nosotros -comentó Ramsey.
-Y esto no es nada, amigo -agregó el maduro Baldy, riendo entre dientes-. En cualquier momento tendremos nieve.
Chase gruñó por lo bajo y los dos se echaron a reír. Volvían a ser tres, como al principio, pues Jessie había enviado a Mitch y a otro de sus hombres a Fuerte Laramie, con encargo de vender algo de carne para poder pagar a los vaqueros. El restante renunció cuando ella no quiso concederle una licencia para salir a divertirse un poco. Jessie tuvo que volver con él a la casa, a fin de pagarle con el poco dinero que tenía. Chase hubiera querido moler a golpes al muy cabrón, pero comprendió que eran asuntos de Jessie y que la muchacha no le agradecería ninguna intervención.
Se moría por ayudarla a salir de ese nuevo problema. Si ella lo aceptaba, le daría hasta el último centavo de lo que tenía guardado.

-¿Alguno de vosotros ha hablado con Jessie antes de que se fuera esta mañana? -preguntó sin intención mientras llenaba su plato.
Baldy sacudió la cabeza, sin apartar los ojos del desayuno.
-Fue el trote de su caballo lo que me despertó. No le vi más que la cola.
-¿Hacia dónde iba? -preguntó Chase. Fue Ramsey quien respondió:
-Anoche me dijo que hoy iría hacia el oeste, hacia el pie de las colinas. Y que no la esperáramos en unos cuantos días.
Baldy se encogió de hombros.
-Si piensa llegar tan lejos, probablemente se detenga en el depósito de provisiones. Podría haberme dicho algo. Ayer fui hasta allá para recoger unas cuantas cosas. Podría haberle ahorrado el viaje.
Chase se sentía cada vez más angustiado. La perspectiva de no verla en varios días...
-¿No quieres cambiar de puesto conmigo hoy, Ramsey? -preguntó, impulsivamente.
El otro lo miró sorprendido, pues la herida de Chase aún era reciente.
-¿Estás seguro de encontrarte en condiciones? -Mira que las vacas viejas suelen irritarse mucho cuando se las arrea, pues están habituadas a vagar libremente --añadió Baldy.
-Creo que puedo arreglármelas --dijo Chase, con firmeza-. Y necesito hacer ejercicio. Ya he descansado demasiado tiempo.
-Bueno, de acuerdo -aceptó Ramsey.

Capítulo 32

Con el cielo convertido en una maciza capa de nubes, no parecía que el sol pudiera calentar mucho. El amanecer no fue despejado; sólo había una luz azulada y difusa cuando Chase abandonó el campamento. Pero alcanzaba para distinguir las huellas de Jessie, muy claras en el suelo cubierto de escarcha.
En ese estado de ánimo, importaba muy poco si los hombres notaban que él partía en la misma dirección que la muchacha. Tal vez se preguntaran qué tipo de relaciones había entre los dos, pero, ¿qué tipo de relaciones había entre los dos, en realidad? El, por su parte, no lo sabía.
Cabalgó por la planicie fría, con el viento helado mordiéndole las mejillas. Tenía la chaqueta abotonada hasta el cuello y el pañuelo sobre las orejas, como Baldy le había sugerido, pero ni siquiera los viejos pantalones de lana prestados por Jeb servían para protegerlo. Nada servía. Se maldijo por haber abandonado el fuego del campamento para seguir a una mujer; probablemente tardaría todo el día en hallarla.
En realidad, no fue así. Apenas había recorrido ochocientos metros cuando, al llegar a la cima de una pequeña loma, se detuvo en seco: en la siguiente elevación pastaba el gran appaloosa de Jessie. Y entre las dos lomas, donde el suelo era plano, yacía Jessie. ¿Habría caído del caballo?
Chase sintió que se le constreñía el pecho y corrió cuesta abajo, conteniendo el aliento. Sólo exhaló cuando ella, ante el ruido de cascos, giró la cabeza.
Desmontó con tanta celeridad que estuvo a punto de tropezar y se arrodilló junto a la muchacha, observando su palidez cenicienta.
-Por Dios, Jessie, ¿qué pasó? -Nada.
-¿Nada?
-Nada -repitió ella con gemidos-. ¿Qué diablos haces aquí?
El se echó hacia atrás con el entrecejo fruncido. -¡Caramba, Jessie...!
-¡Porqué no te vas! -lo interrumpió ella, enérgica.

De ningún modo. Estás herida. -No.
Jessie quiso incorporarse, pero palideció aún más y volvió a acostarse con los ojos cerrados. ¡Y que él la encontrara así! Hasta entonces había tenido suerte; podía alejarse temprano, antes de que la atacaran las descomposturas matinales. No era esa la primera vez que se acurrucaba en el suelo frío, hasta que pasaban las oleadas de náuseas, y hasta entonces había logrado hacerlo en secreto.
-Por favor, Jessie, dime qué pasa.
En su voz había sincera preocupación. Eso la reconfortó. Tenía que decirle algo, aunque no fuera a verdad.
No me siento del todo bien, eso es todo. Supongo que he estado trabajando demasiado.
-Pues no te sentirás mejor si te acuestas en esta tierra helada. ¿Quieres pescarte una pulmonía?
-Traté de llegar al depósito de provisiones, pero esta mañana no pude.
Demasiado tarde, la muchacha cayó en la cuenta de que había hablado de más.
-¿Esta mañana? ¿Es allí adonde has ido todos estos días? ¿Por qué?
Ella hubiera querido decir: "Porque es más cómodo para lo que debo soportar". Como no podía explicar eso, mintió:
-He estado recorriendo la pastura del norte y me convenía detenerme allí para comer un bocado. ¿Alguna otra pregunta?
-Voy a llevarte al rancho.
-¡No! Qué diablos, sólo necesito recostarme un rato. Si pudiera montar a caballo, ¿crees que estaría tendida aquí? -preguntó, cáustica.
-No vas a quedarte aquí. Te llevaré a la cabaña. Allí podrás acostarte.
-No, Chase. -Lo vio acercar una mano y sintió pánico. -¡No me toques!
El no le prestó atención. Pero Jessie sabía que el menor movimiento le revolvería el estómago, y así fue. Se apartó bruscamente de él y giró la cabeza, justo a tiempo para despedir todo lo que aún no había despedido. En cuanto hubo terminado, Chase la levantó con suavidad para llevarla a su caballo, la instaló de costado en la silla y montó tras ella. Luego la apoyó contra sí y fue en busca de Blackstar. Jessie, sin volver a protestar, se recostó contra su cuerpo y descansó entre sus brazos hasta llegar a la cabaña. El la llevó en brazos adentro y la depositó en el catre más próximo al hogar. Después de encender el fuego, la ayudó a quitarse la chaqueta, las botas y la pistolera, para que estuviera más cómoda. -¿Puedo prepararte algo de comer, Jessie? -ofreció.
-¡No! -exclamó ella de inmediato. Pero agregó en tono más suave: -Si quieres, puedes hervir un poco de agua. En mi alforja tengo un poco de menta silvestre, que es buena para... asentar el estómago.
Sin poner en tela de juicio el remedio casero, Chase puso un poco de agua al fuego y salió en busca de las alforjas. Mientras esperaba el hervor para agregar las hierbas, Jessie se quedó dormida. El prefirió no despertarla.
Probablemente era lo mejor; le daría la tisana cuando despertase. Se sentó a observarla, preguntándose si haría falta traer a un médico. Pero el más próximo estaba a una jornada de distancia, por lo menos, y no podía dejarla sola tanto tiempo.
Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que las cosas eran como Jessie había dicho. Estaba exhausta. Se levantaba mucho antes del amanecer y trabajaba hasta la puesta del sol, aunque no estuviera habituada a esos horarios. Además, estaba preocupada, prácticamente destruida por el robo de su ganado.
Chase fue a acomodar a los caballos en el cobertizo. Al ver que comenzaba a nevar lanzó una maldición. Luego cayó en la cuenta de que, si continuaba nevando, podrían quedar aislados. Y tampoco tendrían que preocuparse por el ganado, pues el clima

interrumpiría también las actividades de Bowdre. En cuanto los caballos tuvieron suficiente comida, Chase volvió apresuradamente al interior de la cabaña.

Capítulo 33

Jessie despertó arropada en un cálido capullo de mantas, con el fuego crepitando a poca distancia y un aroma tentador en el aire. Descubrió que se sentía muy bien y estaba muerta de hambre.
Se incorporó. Chase estaba junto al fuego, de espaldas a ella, revolviendo aquello que tanto le había despertado el apetito.
-Ignoraba que supieras cocinar. El se volvió con una sonrisa. -Pasablemente.
-Huele bien.
--Gracias, señora. -Se acercó a la cama. Su expresión se tornó más seria al observarla con atención. -¿Quieres tu tisana?
-En este momento no la necesito, pero me vendría muy bien un plato de tu comida.
-¿De veras te sientes bien?
-Me siento bien, Chase, de veras. Sólo necesitaba acostarme un rato. Ahora estoy muerta de hambre.
Los labios del joven se abrieron en una sonrisa encantada.
De acuerdo, tesoro.
Jessie frunció las cejas. No le gustaba que él la llamara así ni que demostrara tanto interés por ella. Ya no sabía qué pensar de ese hombre.
Se levantó para sentarse a la mesa, sin apartar los ojos de Chase. No había rigidez en sus movimientos; eso significaba que los esfuerzos de los últimos días no le habían perjudicado la espalda. La muchacha dejó que sus ojos recorrieran la amplitud de sus hombros, las caderas y bajaran por las piernas largas, para volver luego a esas nalgas delgadas. Parecía capaz de cualquier cosa. Sí, de cualquier cosa.
Jessie apartó la vista, ruborizada. ¿De dónde salían esos pensamientos? Aunque ella esperara un hijo suyo, estaba segura de que él no la quería, puesto que se jactaba de ser mujeriego. Por lo tanto, ella no lo querría tampoco. "Recuerda eso, Jessie", se dijo.
-¿Te parece que hace demasiado calor? -preguntó Chase, mientras le ponía un plato delante.
Ella se ruborizó más aún, comprendiendo que el muchacho había reparado en el color de sus mejillas. -Un poco -dijo, irritable.
Comieron en silencio; Chase, confundido por ese abrupto cambio de humor, la observaba disimuladamente. Ella mantenía la vista baja y devoraba como si no hubiera probado bocado en muchos días. Parecía estar bien, demasiado bien, como en los viejos tiempos del mal genio. Costaba creer que pocas horas antes la había encontrado pálida y enferma. Por lo visto, sólo necesitaba un descanso. "Será mejor que se cuide uno o dos días", pensó él, "para que no haya más problemas".
El silencio se prolongaba. Tal vez Jessie estaba más preocupada de lo que parecía por los atentados de Bowdre.
Chase comenzó, vacilante:
-Mira, Jessie: si insistes en callar todo y preocuparte a solas, será peor.
-¿Qué? -Lo miraba con ojos dilatados.
-Ya sabes de qué estoy hablando -dijo él, seco. -Me temo que no -esquivó ella.
-De Laton Bowdre, por supuesto. Del robo de tu ganado. No es el fin del mundo, ¿sabes?

Ella suspiró. -No.
-¿Y bien? -insistió Chase, al rato.
-No hay mucho que decir. -Jessie se encogió de hombros. -Simplemente, si vuelvo a ver a ese cabrón tendré que matarlo.
Chase estalló en una carcajada. --¡Anda, Jessie, no bromees! -Estoy hablando muy en serio. -¿Y qué vas a hacer? ¿Desafiarlo a duelo? -¿Por qué no? -contraatacó ella.
-Porque él podría negarse sin quedar mal parado. No hay hombre que se enfrente con una mujer en un duelo a pistola. Ni siquiera una basura como Bowdre.
-No va a salirse con la suya, Chase. Si tuviera pruebas pondría todo en manos del comisario, pero como no las hay, tendré que encargarme yo misma de esto. ¿Qué otra cosa puedo hacer?
-Deja que yo me encargue. -¿Quieres desafiar tú a Bowdre? -Sí.
-No.
Esa seca negativa lo irritó.
-Pero él aceptaría medirse conmigo, Jessie. -¡He dicho que no! No es correcto.
-De cualquier modo, es probable que todo haya terminado -dijo Chase-. Al vender tu ganado, Bowdre debió de recuperar lo que tu padre le debía y más aún. Probablemente está satisfecho y bien lejos de aquí. -Espero que no -replicó Jessie, amarga.
-La venganza no soluciona nada, Jessie. No estás arruinada. Olvídate de lo que has perdido. Sigue adelante.
-Fácil lo dices, Chase Summers. No es tu vida la que corre peligro. Mi rancho no es tan grande como para absorber esta pérdida. Thomas Blair nunca tuvo intenciones de ser el rey de los ganaderos. Sólo quería instalarse en la tierra donde había pasado su juventud; la cría de ganado era una solución. Nunca tuvimos un hato muy grande. Todos los inviernos perdíamos un buen porcentaje. La ventisca del sesenta y seis se llevó el setenta por ciento de nuestras ganancias y Thomas se endeudó para reponer el plantel. En cuanto hubo saldado esa deuda se le ocurrió la idea de construir una casa grandiosa. Se diría que hemos vivido endeudados, vendiendo cada año las cabezas suficientes para continuar. No puedo absorber esta pérdida.
Chase se sintió extrañamente afectado por esa explicación. Sentía el dolor junto con ella.
-Bien sabes que tu madre te ayudaría con mucho gusto, Jessie.
-Ni lo menciones -bramó ella.
El joven comprendió que ofrecerle sus propios ahorros sería perder el tiempo. Pero como nunca se sabe, hizo el intento.
-¿No me aceptarías un préstamo? En Cheyenne gané una buena suma, más de lo que necesito.
Jessie se respaldó, meneando la cabeza.
-¿Qué te pasa, Chase? Primero quieres batirte por mí y ahora me ofreces dinero en préstamo. ¿Tan culpable te sientes por haberme arruinado? ¿Acaso Rachel te está volviendo loco?
Eso lo tomó por sorpresa. Jessie no parecía enojada, sino confundida No más confundida que él, por cierto. ¿Y bien, Chase? -insistió.
El respondió, ceñudo y gruñón:
De acuerdo. Digamos que estoy en deuda contigo.
-No, seamos francos y reconozcamos que no es así ---contraatacó ella, serenamente.
Una vez más logró sorprenderlo.
Las cosas son como son, Jessie. Eras virgen hasta que topaste conmigo.
-Ah, ¿y qué? --exclamó ella, exasperada-. Si me hubieras violado estarías en deuda conmigo. Pero no fue así. ¿Has olvidado que yo también quise?

Jessie habría podido morderse la lengua. Furiosa contra sí misma, agregó secamente:
-Fue un impulso puramente físico.
-Jamás se me ocurriría suponer otra cosa -aseguró él, con la misma sequedad.
-No tienes por qué ponerte sarcástico.
-Y tú no trates de convencerme de que no sientes nada por mí -replicó él, frío--. Lo sé perfectamente. Pero estás evadiendo el tema principal. Ahora piensas que la pérdida de la virginidad no importa en absoluto, pero algún día cambiarás de idea, cuando te cases y tengas que dar explicaciones a tu marido.
Chase creyó haber perdido la razón al oír la fuerte carcajada musical de la muchacha.
-No creo que esto sea tan divertido, Jessie.
-No, claro -rió ella, casi sin poder pronunciar palabra.
Trató de sofocar su risa. Le habría gustado compartir con él lo ridículo de todo aquello. Si alguna vez se casaba, el marido tendría que aceptarla con un hijo a cuestas. ¡De su virginidad se hablaría bien poco!
-Disculpa -pidió, serenándose.
-¿Por qué? -replicó él, cáustico-. Es natural que no pienses como todas. Olvido que tú no eres como otras muchachas.
Jessie recobró la seriedad. -No soy tan diferente. -¿No? -La pregunta sonó grosera.
-No. Pero mi crianza me hace apreciar las cosas desde otro punto de vista. Por ejemplo: ¿Cuántos hombres llegan vírgenes al lecho matrimonial? Si es aceptable que un hombre haya tenido amantes antes de casarse, ¿por qué no se acepta lo mismo en las mujeres? Mientras yo sea fiel después de casada, eso no debería importar.
-Sólo tú piensas de ese modo, Jessie. Los hombres no son tan liberales.
-Bueno, eso viene a demostrar la diferencia entre los indios y el hombre blanco. A Pequeño Halcón no le importaba que yo no fuera virgen.
Chase se puso tieso y sus ojos tomaron la oscuridad del carbón.
-¿Y cómo se enteró de eso, Jessie?, ¿lo descubrió por propia experiencia?
Jessie se levantó, con las manos apoyadas en la mesa.
-No me voy a ofender por eso. -Sus ojos llameantes desmentían lo dicho. -Pequeño Halcón fue completamente honorable, exceptuando un solo beso robado. El me quería por esposa, no como capricho pasajero.
El -golpe dio en el blanco. Los ojos de la muchacha se clavaron en los de Chase. El enfado del joven se achicharró. Era culpable de aquellos cargos: no la había querido por esposa... Pero eso no significaba que no la quisiera.
Se levantó con lentitud y se inclinó hacia adelante, de la misma manera que ella. Sus caras quedaron apenas a treinta centímetros. Su voz fue un susurro grave.
-¿Tienes idea de lo hermosa que eres cuando te pones así?
Jessie se echó atrás, cautelosa.
-Eso no tiene nada que ver con el tema.
-Cierto. Pero cuando miras así me cuesta pensar en cualquier tema, salvo en uno.
Jessie apenas pudo mirarlo a los ojos. Su voz era tan sensual, cuando quería desarmarla... Y esa maldita sonrisa sapiente...
Corrió frenéticamente hacia la puerta, pero apenas la había abierto cuando él la cerró con brusquedad. -No te conviene salir. El ganado está bien y hay demasiada nieve para trabajar, de cualquier modo. Nos quedaremos aquí mismo. -La hizo girar para envolverla entre sus brazos. -¿No estamos mejor aquí, más abrigados? Y no tienes nada que hacer, salvo dejar que yo te ame.
Empezó a besarla antes de que ella pudiera pensar. Jessie decidió que esta vez no sentiría nada. ¡Nada! Ese hombre no tenía nada recomendable, era... le estaba

incendiando la sangre, el maldito, igual que antes. Sus músculos se aflojaron, obligándola a recostarse contra él. Sus piernas parecían inútiles.
Chase lo estaba consiguiendo otra vez: despertándole el deseo con el contacto de su cuerpo y la persuasión de sus labios. Su vientre, apretado contra ella, le aceleró el corazón. En cuanto ella le echó los brazos al cuello, él la estrechó aún más contra sí.
-¿Dejarás que te ame, Jessie? -Sí.
-¿Todo el día? -Sí.
-¿Y toda la noche?
-¡Deja de hablar, por Dios! -susurró ella.
Chase emitió una risa grave y la alzó en brazos para llevarla al catre y acercó el otro con la rodilla. De inmediato empezó a quitarse la ropa, mientras ella hacía otro tanto. Jessie no podía apartar los ojos de él en tanto cada prenda iba a unirse al montón acumulado en el suelo. Descubrió que le bastaba ver su cuerpo para excitarse. Y eso le entorpecía las manos. Chase terminó cuando ella estaba aún a medio desvestir.
El joven se inclinó para ayudarla. Jessie, impulsivamente, le sujetó la cara entre las manos para besarlo, no con pasión, sino con ternura.
Cuando lo soltó, Chase la miró con extrañeza. Ese beso no había sido una reacción a los suyos, sino algo muy diferente. La miró un momento antes de acostarse a su lado. Los dos estaban desnudos: era un placer el simple contacto de piel contra piel.
Ella lo contemplaba, deslizándole las manos por el pecho de una manera deliciosa.
-¿Vas a actuar de este modo con todos los hombres que te deseen? -preguntó él. Su voz era leve y burlona, pero quena saber.
-Hasta ahora no lo he hecho -respondió Jessie. -Eso significa que tampoco lo harás.
-No, no significa eso.
Las facciones de Chase cobraron una súbita solemnidad.
-Jessie.
Ella enredó los dedos en su pelo. --Cállate y hazme el amor, Chase.

Capítulo 34

A la mañana siguiente Chase despertó antes que Jessie.
Brillaba el sol y la nevada había cesado en algún momento de la noche. Sin la menor urgencia por levantarse y enfrentar el nuevo día se incorporó sobre un codo para observar a Jessie. Dormía de costado, de cara a él, bien envuelta en su capullo de mantas. Lástima que la cama no fuera grande para poder acercarse a ella y compartir su calor.
Entonces recordó su descompostura y se preguntó si despertaría dolorida. Tal vez había exagerado al hacerle el amor cuatro veces durante el día y la noche. Ni siquiera eso lo dejó satisfecho. Le había enseñado los méritos de la paciencia en cuestiones de amor y explorado su cuerpo hasta el deleite.
Ella era increíble; siempre estaba dispuesta cuando él lo estaba. Y se mostraba tan apasionada y generosa la cuarta vez como la primera.
Lamentó que no hubiera seguido nevando hasta impedirles salir de la cabaña.
Jessie gimió suavemente y arrugó la cara.
-¿Jessie?
Ella gimió otra vez. Chase la sacudió un poco, por si se tratara de una pesadilla.
-¡No... me... muevas! -gruñó ella.
-Despierta, Jessie.

Pero la muchacha no quería despertar, puesto que su estómago iba a volver a sus quejas matutinas. -Perdona, Jessie -oyó decir a Chase-. Te haría bien levantarte y caminar para quitarte la rigidez de los músculos. Ya ha salido el sol y tenemos una mañana luminosa.
Una mañana... ¿Qué hora era? ¿Cuántas horas tendría que luchar aún con esas náuseas infernales? Pero hasta un momento era peligroso en presencia de Chase. Debía ocultarle que estaba otra vez descompuesta. El no podría comprender, después de haberla visto tan bien durante toda la tarde y la noche anteriores. O quizá comprendiera demasiado.
-Eh... no creo poder moverme en este momento -logró balbucear.
-No me hagas sentir tan culpable, Jessie. No puede ser para tanto.
Por fin ella abrió los ojos.
-No es para tanto -reconoció-. Voy a quedarme otro rato en la cama. Pero tú no tienes por qué esperar. Anda, ve a trabajar. Estos son los privilegios del mando, ¿no? -Trató de sonreír. -Una da órdenes y lo pasa bien mientras los otros hacen todo el trabajo.
Chase no lo creyó ni un segundo, tratándose de Jessie. Mientras se vestía no dejó de echarle miradas preocupadas a cada instante. Quizá la muchacha necesitaba sólo un rato para pensar a solas. Pero él habría preferido que lo reconociera en vez de hacerlo sentir tan gusano. Después de vestirse encendió el fuego; su calor no tardó en colmar la pequeña habitación. Pero Jessie seguía sin moverse.
-Bueno, me voy --dijo Chase, a regañadientes-. Pero debo hacer algo para aliviarte antes de irme. Creo que te debo un masaje.
-¡No!
-Anda, Jessie, vamos. No seas tan pudorosa. Te hará bien -insistió él, retirando las mantas para ponerla boca abajo.
-¡No... me... toques!
Chase se echó atrás como si se hubiera quemado, mientras la muchacha se curvaba lentamente sobre el flanco. Lo mismo había dicho el día anterior, cuando estaba tan descompuesta. Su palidez también era la misma, y también su postura, con los brazos bien lejos del vientre.
-¿Jessie? Mírame, Jessie. -Vete a trabajar, ¿quieres?
El se sentó en el borde del catre. La joven dejó escapar un gemido. Soltó otro peor cuando él le tocó el hombro.
Chase se sintió tan indefenso que alzó la voz. -¿Quieres decirme qué diablos te pasa? ¿Cómo puedes estar otra vez tan descompuesta? Has dormido toda la noche. Ayer comimos lo mismo y yo estoy perfectamente. ¿Jessie?
-No estoy descompuesta. -No quiso mirarlo. Estaba inmóvil, como muerta. -Es que estoy... demasiado... dolorida.
Chase frunció el entrecejo. ¿Qué diablos trataba de ocultarle?
-Mira, Jessie, voy a vestirte e iremos a Cheyenne para ver al médico.
-¿Por un dolorcillo? No seas ridículo.
Trataba de hablar con voz ligera, pero había un esfuerzo innegable detrás de cada palabra. El cambió de posición en la cama y el movimiento hizo que
Jessie enrojeciera. ¡Todavía no! ¡Tenía que contenerlo! Pero su cuerpo no quiso escuchar. La muchacha sintió subir la bilis y se llevó una mano a la boca. Se volvió tan de prisa que estrelló las piernas contra la cadera de Chase. El tuvo que levantarse de un salto para no caer.
Un segundo después Jessie corría en busca del cántaro de lata. Chase, desconcertado, la vio arrodillarse en el rincón, dando arcadas. Por fin pudo reaccionar y fue a envolverle los hombros con una manta. Ella apenas se percató de su presencia.

Sin saber qué otra cosa podía hacer por el momento, Chase salió al exterior para brindarle alguna intimidad. Jessie lo maldijo por no haber salido antes. Suponiendo que no volvería en todo el día, se dejó caer nuevamente en el catre y se quedó dormida.

Capítulo 35

Cuando Jessie despertó por segunda vez se movió con miedo. Luego se relajó. Ya había pasado. Las horribles náuseas habían pasado por ese día.
Su primer pensamiento fue para la comida. El segundo, para Chase. ¿Habría ido a trabajar? ¿O en busca de un médico? Oh, Dios, no. Al menos no estaba en la cabaña, de modo que había tiempo para pensar. ¿Qué podía decirle? ¿Que se trataba de una alergia o de una enfermedad que se manifestaba sólo por las mañanas?
Se incorporó para desperezarse. Y quedó atónita, contemplando la mesa, al otro lado del cuarto.
-¿No te habías ido? --preguntó, incómoda. -¿Te parece que sí?
A ella no le gustó esa respuesta tan serena. -Digamos que me quedé por pura curiosidad -continuó él, blando-. Quería ver si tenías otra recuperación milagrosa, como la de ayer.
Ella entornó los ojos.
-Podrías ser un poco más compasivo.
El se levantó para acercarse a la cama, mirándola atentamente. Esa mirada puso nerviosa a Jessie, que no pudo sostenérsela mucho tiempo.
-Estás embarazada.
-¡No! -Lo dijo con demasiado apresuramiento,
pero lo reiteró con más calma: -No, de veras.
-Por supuesto. -Chase se sentó en la cama y apartó la manta. -Tienes hermosos pechos -dijo, como al descuido; los tocó con suavidad-. Lo extraño es que están mucho más grandes que la primera vez.
Jessie le apartó las manos de una palmada. -No seas absurdo.
-Estás jugando con mi paciencia, Jessie. -Le asió la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos. -Me he pasado casi toda la vida entre mujeres. Cuando yo era niño, antes de que mi madre se casara con Ewing, la mitad de su clientela se componía de mujeres embarazadas. Es el único período en que una mujer tiene una excusa perfecta para renovar todo el guardarropa. Esas mujeres hablaban libremente de sus malestares sin percatarse de mi presencia. ¿No me crees capaz de adivinar por qué no te dejas ver por las mañanas?
Ella le apartó la mano, furiosa; por lo visto, ese hombre tenía más conocimientos del tema que ella. -Déjame en paz.
-Ibas a dejar que me fuera sin saberlo, ¿verdad? -continuó él, implacable. -¿Querías enfrentarte sola a todo esto?
-No es asunto tuyo, sino mío. -¡Claro que es asunto mío!
-¿Ah, sí? -Ella se recostó. -¿En qué cambian las cosas ahora que lo sabes? Todo sigue igual. -Vamos a casarnos.
-No. -Jessie meneó lentamente la cabeza. -Al enterarme pensé hacerlo, pero después te encontré en la cama con una prostituta.
-No pasó nada, Jessie. Estaba ebrio.
-Ya lo sé. Pero la intención es lo que vale. Cuando me decida por un hombre, no permitiré que mire a otra mujer. Lo único que no pienso tolerar es la infidelidad. Sería

como... No importa. -No quería pensar en sus padres. -Tú... tú siempre has tenido cuantas mujeres se te han antojado. Y siempre serás mujeriego.
-No te menosprecies, Jessie -apuntó Chase con suavidad-. Eres muy capaz de mantenerme satisfecho. Ella se inquietó ante esa mirada firme.
-Esta conversación ha terminado. -Esta conversación es sobre mi hijo.
-¡Es MI hijo! -replicó ella-. Soy yo quien sufre por él. Soy yo quien va a parirlo. Y seré yo la que lo críe.
-¿Piensas criarlo sin padre? Yo sé lo que es eso, Jessie. No voy a permitir que un hijo mío se críe así. -¡No tienes derecho a opinar!
-¡Eso lo veremos!
Se fulminaron con la mirada durante un momento largo y tenso. Jessie estaba furiosa, porque esa actitud autoritaria la había tomado por sorpresa. Chase estaba igualmente furioso al comprender que Jessie había hecho todo lo posible para ocultarle la existencia de ese niño, casi con éxito.
-Vístete -ordenó, levantándose abruptamente. -Con mucho gusto -replicó ella, pétrea. Pero sólo cuando estuvo totalmente vestida notó que faltaba algo. ¿Dónde está mi revólver?
-En mi alforja. -¿Qué?
-Eres una mujer a merced de los caprichos de un hombre. -Lo dijo con liviandad, pero estaba muy serio. -Vendrás conmigo, Jessie. Por una vez no estás en condiciones de negarte.
-¿Contigo a dónde? -inquirió ella.
-A Cheyenne. Ya te lo he dicho: vamos a casarnos.
-Chase. Ella mantuvo la voz serena, aunque habría querido gritar. -No puedes obligarme a ese casamiento. Será una pérdida de tiempo.
-No lo creo, Jessie. Ahora bien, ¿vas a salir caminando o tengo que llevarte en vilo?
Jessie pasó a su lado, rígida de cólera. Pero si pensaba correr hacia su caballo y huir de él, tuvo que olvidarlo, pues Chase la seguía pisándole los talones y desde el primer momento se hizo cargo de las riendas de Blackstar.
Durante las primeras horas de ese largo viaje, Jessie no hizo sino arder a fuego lento. Pero hubo muchas horas más, que ella dedicó a pensar con claridad. Cuando llegaron a la ciudad ya había tomado ciertas decisiones.
Aunque era muy tarde, Chase se encaminó directamente a la iglesia. Desmontaron juntos y él le apuntó con el revólver. Jessie lo esperaba; aunque divertida, logró disimular. Todo era muy irónico. ¿Acaso ella no había pensado llevarlo al altar de esa misma manera, aquella noche en la taberna? Y ahora entraba en la iglesia con un revólver apoyado contra la espalda.
Se mantuvo en silencio mientras él despertaba al sacerdote; se dejó llevar hasta el altar y escuchó las primeras palabras. Sabía que el predicador no podía ver el arma. Guardó silencio hasta que le llegó el turno de responder.
Chase apretó los dientes, esperando. Pero ella se mostraba terca. Le oprimió el revólver contra las costillas, aunque no esperaba que sirviera de nada. En ese momento surgió la respuesta, claramente audible. Chase se llevó tal sorpresa que tardó un momento en reaccionar. Estaban casados. Jessie garabateó apresuradamente su nombre en el acta de matrimonio, antes de salir de la iglesia sin esperarlo.
El la siguió de prisa.
-Lamento haber tenido que hacerlo de este modo, Jessie.
-No te engañes -observó ella-. Los dos sabemos que no podrías haber disparado. Y que yo no te habría dejado hacer esto si no hubiera estado dispuesta.

Pero no creas que con esto consigues algo, Chase Summers. He permitido que mi hijo nazca legítimo, pero eso es todo. Ahora puedes irte a España o donde gustes. Yo me quedaré. Puedes visitarnos de vez en cuando, pero eso será todo. No viviré contigo. ¿Está claro?
Sin esperar respuesta, montó a caballo y se dirigió hacia el hotel. Chase la siguió con la vista. Un ceño oscuro se fijó en sus facciones.
"Eso está por verse. ¡Ya lo creo que está por verse!"

Capítulo 36

Al despertar, Chase vio que Jessie se estaba vistiendo a toda prisa. Sin decir nada, se limitó a observarla disimuladamente. Su cara expresaba el estado de ánimo en que se encontraba. Probablemente, despertar en la cama con él no le resultaba nada grato.
En vez de seguirla al hotel, Chase se había encaminado a la taberna más cercana, donde no reconoció a nadie, y se distrajo con una partida de siete y medio. Pero al cabo de un rato lo reconocieron y, en el curso de la velada, recibió una buena cantidad de comentarios jocosos por lo ocurrido en el cuarto de Annie Plata. Era una celebridad. En esa taberna se enteró del papel que había desempeñado Jessie aquella noche. Quedó sorprendido. Más aún lo sorprendió, ya en el hotel, descubrir que Jessie había firmado el registro como "Señor Summers y esposa". Pero su entusiasmo acabó cuando, al llegar a la habitación, encontró algunas mantas y una almohada en el suelo, destinados a él. Devolvió las mantas a su sitio y ocupó su lugar junto a la esposa.
-Conque nadie se entromete en lo que es tuyo, ¿eh?
Jessie giró para mirarlo, boquiabierta por la sorpresa, pero se recobró de inmediato.
-¿Así que te has enterado?
Divertido.
-No te equivoques, Chase -advirtió ella-. Acababa de saber lo del bebé y había decidido casarme contigo. No era nada... personal.
-¿Por eso fuiste a buscarme a la taberna?
-Sí. Naturalmente, mi idea de casamiento acabó en cuanto te vi en esa cama. De cualquier modo, me enfureció que alguien hubiera querido matarte. Después de todo, eres el padre de mi bebé. -Le volvió la espalda, azorada. -Dije eso para que tu damisela entendiera bien las cosas, nada más.
Chase hizo una mueca. Había cometido una imprudencia al mencionarlo.
-Lástima grande -murmuró.
-¿Por qué? -exclamó ella, interpretando mal-. Creo que Annie Plata tuvo mucho que ver con ese altercado, aunque no lo admitiera. Había que hacerle alguna advertencia.
-Bueno, ese episodio ya pasó y es mejor olvidarlo. Jessie abrió mucho los ojos de turquesa.
-¿Estás bromeando? ¿Acaso no quieres saber quién te clavó un puñal en la espalda?
-No me interesa mucho -respondió Chase, sonriendo ante tanta indignación.
No pensaba en la venganza. Por el contrario, estaba agradecido a su atacante. De no ser por la herida, en vez de volver al rancho habría abandonado Wyoming sin saber lo del bebé. En cuanto recordó que ella había tratado de ocultárselo desapareció su buen humor. -¿Pensabas escapar de aquí sin despertarme, Jessie?
-¿Sabes que ya es de tarde? Hemos dormido demasiado.

-Respóndeme. -No pensaba irme mohína.
Lo dudo.
-Duda todo lo que quieras. Lo cierto es que necesitaba pedirte algo y no podía partir sin hacerlo. –Se así sin más -respondió ella, interrumpió como si no encontrara las palabras adecuadas.
-Bueno, continúa. Te escucho arrobado. Ella vaciló antes de espetarle:
-Quiero que vuelvas al rancho conmigo. -Era lo que planeaba hacer.
Ella entrecerró los ojos.
-Por lo menos hasta que Rachel se vaya.
-Ah, sí, había olvidado los beneficios que obtendrás con este casamiento.
-No seas sarcástico, Chase.
-¿Eh? Perdona si me equivoco, pero apostaría a que no ves la hora de informar a Rachel que estamos casados. ¿He acertado?
-Esta vez, no. Quiero que seas tú quien se lo diga. En realidad, preferiría volver directamente a la pastura. No quiero verla, siquiera.
-¿Ni para despedirte de ella?
-No tengo motivos para despedirme de ella -fue la rígida respuesta-. Yo no la invité a venir y no voy a fingirme apenada si ya no tiene excusas para quedarse.
-Su voz adquirió un suave tono de súplica. -¿Se lo dirás por mí?
-¿Y qué pasará cuando ella se entere de que estoy destinado a ser un esposo ausente?
Los ojos de Jessie se oscurecieron. -¡No debes decírselo!
-¿Por qué no? ¿Temes que se sienta obligada a quedarse algunos años más?
Jessie le clavó una mirada fulminante. Chase se levantó con lentitud, acomodándose la ropa con que había dormido. La dejó arder un rato, mientras su propio humor mejoraba bastante.
-Mira, Jessie: esta nueva situación es muy divertida.
-Si tienes intenciones de extorsionarme, no me parece nada divertida. Porque eso es lo que piensas, ¿no? -Al verlo sonreír estalló: -¡Sólo te daría resultado hasta que Rachel se fuera!
-Cierto. Pero ¿cuándo se irá? ¿Vas a pedirle que haga inmediatamente su equipaje?
-¡Si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo! Y después de todo, ¿por qué discutes? -exclamó, exasperada-. Tú no querías sentar cabeza. Me obligaste a casarme contigo, pero los dos sabemos por qué. Fuiste muy generoso y te doy las gracias. ¿Por qué no me agradeces que te devuelva la libertad? Tienes que buscar a tu padre, ¿no? Ve a España, Chase. Búscalo. Es algo que no puedes hacer con una esposa a rastras.
-¿Por qué no? Podrías acompañarme después de que naciera el bebé.
-No voy a abandonar el rancho, Chase. No cedería ni para salvar la vida.
-Aunque no te hayas dado cuenta, ahora el rancho es también mío -observó él, irritado.
Jessie se puso tiesa. -¿Qué quieres decir?
-Quiero decir, preciosa, que si se me antoja quedarme me quedaré.
-Como gustes -replicó Jessie, glacial-. Pero te arrepentirás.

Capítulo 37

El viaje de regreso al rancho fue amargo y tenso; tanto Chase como Jessie rabiaban en silencio por encontrarse en un callejón sin salida. Llegaron al valle antes del oscurecer y entraron tan ceñudos y callados como durante el trayecto.

Jessie ansiaba y temía la confrontación con Rachel. Quería que esa mujer se fuera, pero se daba cuenta de que iba a ver a su madre por última vez.
Cuando volvió del establo la encontró esperando junto a la puerta de la cocina; eso no le inspiró mucha confianza en poder manejar la entrevista de un modo sereno y sin emotividad. Para fortalecer su decisión recurrió a los recuerdos: recuerdos de su padre, sentado en la cocina con una botella de whisky, murmurando sobre la traición de las rameras, haciendo furiosos comentarios sobre la ausencia de su madre, gritando que había encontrado a Rachel con Will Phengle.
Rachel le bloqueaba la entrada, pulcra y limpia con su vestido de flores. Sólo por una vez, Jessie habría querido verle un poco de polvo en la cara, una mancha en la ropa, algunos cabellos fuera de lugar: cualquier cosa que le diera un aspecto más humano.

-¿Vienes a casa porque los problemas han terminado? -le preguntó-. ¿El ganado está reunido, por fin?
Jessie no se detuvo, con lo cual Rachel se vio obligada a dar un paso atrás para permitirle entrar. La muchacha se detuvo junto a la mesa de la cocina y dejó caer allí el sombrero y los guantes. Estaba cada vez más tensa. Gracias a Dios, esa mañana había dormido hasta superar las náuseas. Su estómago no podía tolerar tantas molestias en un mismo día.
Rachel la observaba con atención. -¿El ya puede irse?
Jessie la miró con firmeza.
-La respuesta a todas tus preguntas es no, Rachel.
-Ah, bueno. Como dijiste que no volverías de las pasturas hasta que todo estuviera arreglado...
-Mañana volveremos allá. En realidad, Chase y yo venimos de Cheyenne.
-¿Eh? -Rachel arrugó la frente, desconcertada. -¿Qué pasa?
-Es que Jeb salió con Billy a buscaros. Quiero que el niño vuelva a Chicago. No puedo permitir que abandone la escuela -explicó ella-. Pero no quería partir sin despedirse de ti. ¡Ojalá no decida viajar hasta Cheyenne para verte!
-Te preocupas por nada -dijo Jessie, impaciente-. Jeb tiene demasiado sentido común para llevarlo tan lejos.
-¿Adónde? -preguntó Chase, apareciendo en el vano de la puerta.
Como Rachel no se dignó mirarlo, fue Jessie quien debió responder:
-A la ciudad, para despedirse de mí. -Lo dijo con el tono más agradable que le fue posible. -Billy vuelve a la escuela.
Chase miró a Jessie con una ceja interrogante. -¿Ella todavía no sabe nada?
-¿Qué debo saber? -inquirió Rachel.
-Cederé ese placer a Jessie, señora -manifestó él-. Me he demorado en venir para darle tiempo. ¿Qué te detiene, Jessie? ¿Acaso te cuesta hallar las palabras adecuadas?
Jessie le clavó una mirada fulminante.
-Ayer fuimos a Cheyenne para casamos, Rachel.
Chase es mi esposo.
La mujer los miró alternativamente, evaluándolos con lentitud, aunque nada sorprendida.
-Comprendo -dijo por fin, sonriendo-. Cuando partiste, Chase, me pregunté si recobrarías el buen juicio. Oh, bien, ya veo que resultó. -Y los miró con una
gran sonrisa encantada.
Jessie no comprendía.
-¿Qué diablos significa eso?
-Bueno, que yo esperaba algo así, por supuesto -respondió Rachel, serena.

Los ojos de la muchacha relampaguearon.
-¡Imposible!
-¿Te parece? Dos personas que se afectan tanto como vosotros están destinados a casarse. ¡No imagináis cuánto me alegra que lo hayáis comprendido!
Hubo un momento de espantado silencio.
-¿Cómo puedes decir eso? Te volviste contra él, ¿recuerdas?
-Sí -sonrió Rachel-. De ese modo tú lo defendiste. Puede decirse que utilicé... un poco de estrategia.
-¡Lo que utilizaste fue una treta sucia! ¡Qué estrategia! -estalló Jessie.
Chase reía por lo bajo.
-¿De veras me defendiste, encanto?
La muchacha le clavó una mirada furiosa que luego desvió hacia Rachel. No hallando palabras que expresaran adecuadamente su enojo, giró en redondo y los dejó allí.
Chase, aún divertido y sonriente, cruzó una mirada con Rachel.
-Sí que me engañaste, mujer. Y también a Jessie.
Sabes que por eso está furiosa, ¿no? Ella esperaba de ti una reacción muy diferente.
-Lo sé -reconoció Rachel-. Hice mal en usar ese ardid con ella. Aunque en un principio me enojé contigo de verdad, Chase Summers.
-Naturalmente -concordó Chase, solemne. -Pero estaba muy segura de que erais el uno para el otro.
Chase quedó mortificado. ¡Si ella supiera el porqué de ese casamiento!
-No te preocupes -le dijo-. Ya se le pasará. -¿Antes de que yo me vaya?
-¿Cuándo te vas?
-Pensaba poner a Billy en el tren mañana mismo. Ahora no tiene sentido que lo deje viajar solo, ¿verdad? ¿Tan pronto?
-Sí. Será mejor que hable ahora mismo con Jessica, en vez de dejarla mascullar su enojo. No quiero dejarla enconada.
-Puesto que vas a hablar con ella, Rachel, ¿no es hora de que aclares también otras cosas? Puede ser tu última oportunidad de hacerle comprender ciertas cosas del pasado.
La sonrisa de Rachel se evaporó.
-Supongo que debo intentarlo... otra vez. Con suerte, si le digo que me voy, ahora aceptará escucharme.
Sin esperar a que Jessie respondiera a su llamada, Rachel abrió la puerta del dormitorio y entró con aire decidido. Le bastó ver la fría expresión de Jessie para vacilar. No sabía qué decir.
-Eh... Kate está haciendo un asado y ya está casi listo. ¿Cenarás con nosotros, Jessica?
No.
-Me gustaría que lo pensaras mejor -manifestó la madre, sin alterarse-. No habrá otra oportunidad para cenar en familia. Por la mañana me iré con Billy. Hubo una pausa.
-No creo que seamos una familia, Rachel. Y no lamento que te vayas. ¿Me perdonas si no me quedo a despedirte? Tengo mucho que hacer, como sabes.
Rachel sintió el aguijón de esas palabras como una bofetada. Habría querido huir, pero no podía dejar las cosas así. Jamás se perdonaría el no haber hecho un último esfuerzo a fondo.
-¿Por qué no quieres escuchar mi parte de las cosas? -le preguntó abruptamente.
Jessie apartó la vista hacia la ventana.
-¿Para qué? ¿Para que puedas hablar mal de Thomas y hacerlo pasar por mentiroso? El no sabía inspirar amor, ni siquiera simpatía, pero era lo único que yo tenía. Si creyera que el infierno de estos diez años fue inútil, lo desenterraría para plantar unas cuantas

balas más en su cadáver. Pero cuando un hombre cuenta siempre lo mismo, estando sobrio o estando borracho, generalmente está diciendo la verdad.
-La verdad tal como él la cree, sí. Pero, ¿y si la verdad no fuera como él la vio?
Jessie se volvió lentamente. Sus ojos eran duros como dos turquesas.
-Está bien. Desde que llegaste a esta casa te mueres por decirlo. Anda, dilo y luego lárgate.
-Yo nunca fui infiel a tu padre, Jessica.
-Por supuesto. Ahora vas a decirme que Billy es hijo de Thomas Blair.
-Así es.
Las palabras fueron apenas audibles, pero Jessie las oyó.
-¡Maldita seas! Si esa es la verdad, ¿por qué no se lo dijiste antes de abandonarlo? ¡Bien sabes que él siempre quiso un hijo varón!
-Era demasiado tarde para decírselo, aun si yo hubiera podido hablar.
-Buen intento, Rachel -se burló Jessie-, pero no me convences. El te vio, con sus propios ojos, en la cama con Will Phengle: en tu propia cama. Había estado fuera de casa todo un mes, tiempo que aprovechaste, sin duda, para estar con tu amante. Billy tiene que ser hijo de Phengle.
-¡Dios mío! -Rachel, muy pálida, se sentó en la cama de Jessie. -Esa noche... Thomas mencionó a Will, pero no llegó a decir con claridad por qué estaba ciego de furia. ¡En mi propia cama!
-Muy bien, Rachel -elogió Jessie, seca-. Excelente, en realidad. Lástima que no te hayas dedicado al teatro.
Su sarcasmo encendió el temperamento de su madre, habitualmente plácido.
-Si tu padre vio a Will Phengle haciendo el amor con una mujer en mi cama, esa mujer debió de ser Kate, porque no era yo, Jessica. No estuve en el rancho durante todo ese día. -Hizo una pausa. -Un colono había venido esa mañana a pedirme ayuda, pues su esposa estaba de parto. Madre e hijo murieron. Esa noche llegué a casa descompuesta de agotamiento y preocupación. Había tenido dificultades para darte a luz, ¿sabes?, y sabía que estaba nuevamente embarazada. En esa época no había médico en estas regiones.
"Fue un milagro que Thomas no matara a Billy porque me golpeó con violencia en cuanto entré. No me dio ninguna oportunidad de decir nada, Jessica. Nada. Cuando terminó yo no podía hablar. Tenía la mandíbula rota y estaba apenas consciente."
"Interroga a Kate. Aparte de mí, ella era la única mujer de la casa, Jessica. Debió de ser ella la que estaba con Will. interrógala."
Jessie no dijo nada. Su expresión no había cambiado. Cuando habló por fin, lo hizo con voz dura: -Tuviste diez años para pulir este cuento. ¿Quién lo puede negar? Phengle ya no está. Thomas, tampoco. Kate lo negará, naturalmente, pero es sólo la palabra de una india contra la de una blanca, ¿verdad? -Interrógala, Jessica-suplicó Rachel
-No voy a denigrarla haciéndole semejante pregunta. Por Dios, ¿te das cuenta de lo que estás insinuando? Jessie levantó la voz. Estás diciendo que Kate ha callado todos estos años, que nunca movió un dedo para corregir una terrible equivocación. ¿Por qué ese silencio? ¿Qué ganaba ella? El odio de Thomas convirtió esta casa en un infierno. Nunca hubo aquí calor de hogar. ¿Qué motivos tenía ella para dejar que todo siguiera así?
No lo sé, Jessica, pero lo hizo. -¡No!
Jessie le volvió otra vez la espalda. Rachel no se movió.
-¿Y si yo estoy diciendo la verdad, Jessica? -susurró, antes de levantarse para salir del cuarto-. ¿Sería la villana... o la víctima?
Piénsalo, por favor.

Capítulo 38

-¡Mamá! ¡No hallo las plumas indias que Jeb me regaló anoche!
Rachel meneó la cabeza, mirando de reojo a Chase. Luego observó con un suspiro su baúl desbordante. La mañana había sido más frenética de lo que ella imaginaba
-¿Te molestaría cerrarme esto y llevarlo al porche? Supongo que mi hijo recordará unos cuantos objetos perdidos antes de cerrar el suyo. Si no nos vamos pronto, tendremos que pasar la noche en Cheyenne y prefiero no hacerlo.
Chase asintió sin decir nada. Sabía que Rachel estaba disimulando su dolor, pues le había repetido su conversación con Jessie.
¿Y la muchacha? ¿Podía ser tan desalmada? ¿O acaso estaba segura de que Rachel mentía? El mismo buscó a Kate para interrogarla, después de escuchar todo el relato, pero no pudo hallar a la india. Por la mañana no encontraron el desayuno preparado. ¿Se habría ido para siempre? ¿Qué demostraba eso?
Con un suspiro, Chase se dedicó a cerrar el gran baúl, preguntándose si Jessie aparecería a tiempo para despedirse de Billy, que la adoraba.
El baúl no cerró tampoco al tercer intento. Con una palabrota, Chase lo abrió para buscar la obstrucción. Un libro delgado asomaba por el forro de la tapa, impidiéndole cerrar. Chase lo arrojó al interior y trató una vez más de cerrar aquel maldito arcón. Nunca había logrado entender por qué las mujeres viajaban con tanta ropa. Menos mal que Jessie se negaba a acompañarlo. No se imaginaba luchando así con los baúles cada vez que partieran de viaje. En cambio, si él fuera rico y tuviera sirvientes para encargarse de esos menesteres... Oh, diablos.
El baúl seguía negándose a cerrar. Otra vez el libro. Una esquina asomaba por el costado. Trató de empujarlo hacia el centro sin abrir del todo la tapa, pero las
ropas estaban demasiado apretadas. Sintió la tentación de retirar el libro; Rachel no notaría la falta sino cuando llegara a Chicago.
Después de echar un vistazo a la puerta, por si alguien pudiera sorprenderlo en esa mala acción, dejó caer el libro al suelo; en el momento en que iba a empujarlo con el pie hacia debajo de la cama, reparó en la palabra "diario". Lo miró con atención varios segundos. No podía hacer eso con un diario íntimo, algo irreemplazable, a diferencia de una novela. Curioso: Rachel no parecía ser el tipo de mujeres que llevan un diario.
Por fin pudo cerrar el baúl y lo llevó al porche delantero, donde Jeb esperaba con una carreta.
-¿Hay algún otro como éste? -gruñó Jeb, empujándolo hacia la parte trasera.
Chase sonrió.
-Dudo que el de Billy sea tan pesado. Tendrás que buscar quién te ayude a descargarlos cuando lleguéis a la ciudad.
-¡Hum, qué presumido eres! ¡Como si yo no pudiera cargar eso por mí solo! Si esa mujer no se da prisa, se hará de noche antes de que lleguemos.
-¿Has visto a Jessie, por casualidad? -preguntó Chase.
-¿Estás ciego, muchacho? Acabas de cruzarte con ella en la sala.
Chase giró en redondo; por Billy y Rachel, se alegraba mucho de que Jessie estuviera allí para despedirlos.
En el vano de la puerta se detuvo en seco. La muchacha pudorosamente sentada junto al fuego crepitante estaba irreconocible. Era Jessie, claro, pero una Jessie
que él no esperaba ver. Lucía un vestido de terciopelo y encaje rosados. Se había recogido el pelo hacia arriba, entretejiéndolo con cintas blancas, en llamativo contraste

con sus ricos bucles de azabache. El joven quedó sin habla; nunca había visto mujer tan hermosa.
En ese momento, Rachel entró con Billy y ambos quedaron estupefactos.
-¡Caramba, oh, caramba! -Billy sonreía de oreja a oreja. -Junto a ti, Jessie, todas las muchachas del Este pasarían vergüenza.
Corrió hacia la joven, que se levantó para recibirlo, y le deslizó los brazos a la cintura. Ella habría querido estrecharlo como nunca había estrechado a nadie, pero
vio a Rachel por encima de la cabeza del niño y no pudo mover los brazos. Se sentía sofocada. Había hecho mal en venir. Habría debido quedarse encerrada en su cuarto hasta que ellos se fueran.
Billy no se dio cuenta de que nadie respondía a su abrazo.
-Te voy a extrañar horrores, Jessie. ¿Puedo venir a visitarte?
Ella emitió un sonido que nadie oyó, salvo el niño. Luego se inclinó para susurrarle al oído:
-Si no vuelves, no te lo perdonaré en tu vida, muchacho.
Antes de erguir la espalda le rozó la mejilla con los labios. Billy dio un paso atrás, con una sonrisa radiante, y corrió al porche con un grito de júbilo. En el trayecto estuvo a punto de derribar a Chase.
Rachel se adelantó llena de esperanzas. Jessica...
-Adiós, Rachel.
Las facciones de la muchacha eran duras. Había perdido el dominio de sí, pero podía recuperarlo, ahora que Billy ya no estaba Rachel dejó que sus ojos viajaran por esa hija, más encantadora de lo que ella la había soñado, pero tan inalcanzable para ella.
-Gracias por esto -dijo, señalando el vestido. Ella se limitó a asentir con la cabeza y giró en redondo.
Rachel se quedó mirando aquella espalda inflexible varios segundos.
-Pese a todo lo que pienses, Jessica, te quiero.
El sonido de los pasos que cruzaban la habitación, el ruido de la puerta al cerrarse, reverberaron en la cabeza de Jessie. Respirar era difícil. Buscó a tientas el borde de la silla y, al encontrarlo, se sentó poco a poco. Jeb incitaba a gritos a los bueyes y la carreta comenzó a alejarse. Aún la oía, la oía, la oía... Y dejó de oírla.
-Eres extraordinaria, Jessie.
¿Desde cuándo estaba él allí? ¿Cuánto tiempo había pasado desde la partida de la carreta?
-¿Qué dices?
-Ya me has oído. -Chase se acercó. -Puedes demostrar al niño que lo quieres, aunque no creas que es tu hermano. Pero a tu madre no. ¡A tu propia madre! -Porque no la quiero -replicó Jessie, por lo bajo. -¡Mentirosa!
Ella se levantó bruscamente, pero Chase la sujetó por un brazo, obligándola a mirarlo a los ojos.
-No puedes reconocer que estás equivocada, que has estado en un error todos estos años.
-Tú no sabes nada.
-¿Qué no? Kate ha desaparecido, ¿sabes? ¿O no lo sabías?
-¿Que ha desaparecido? -repitió Jessie.
-Eso viene a confirmar lo que Rachel dijo, ¿no? Kate debió de oír lo que le gritabas anoche a tu madre. -¿Y qué? -atacó Jessie-. ¿Cómo sabes que se ha ido? Ha de estar por alguna parte.
Chase hizo un esfuerzo para no gritarle. La arrastró hasta el sofá y la empujó para que se sentara. -Quédate allí -ordenó, áspero-. Quiero mostrarte algo.
Volvió un momento después, con un libro delgado que arrojó junto a ella, en el sofá.

-No tengo idea de lo que dice -indicó-. Lo saqué del baúl de tu madre y olvidé entregárselo. Tal vez sea una tontería; tal vez no. Léelo, Jessie. Averigua tú misma qué necesitaba escribir una mujer como Rachel.
Y salió de la sala, dejando sola a Jessie. Ella tomó el libro, pero de inmediato lo hizo a un lado con furia. No le interesaba. Sería sólo un montón de mentiras.
No, Rachel no escribiría mentiras en un diario íntimo. Esas anotaciones no estaban destinadas a ser leídas por otra persona.
Miró el volumen con fijeza Luego lo recogió apresuradamente.

12 de diciembre de 1863. Nunca soñé que mis dedos cicatrizarían tan bien. Cuando el doctor Harrison sugirió que los ejercitara escribiendo, me eché a reír. No tengo a quien escribirle. Pero me hizo bien comprobar que aún podía reír. La mandíbula ya no me duele. Y el doctor Harrison me asegura que, como mi embarazo era sólo de dos meses, el bebé no ha debido de sufrir ningún efecto. No lo creeré mientras no lo sienta dar patadas.

13 de diciembre de 1863. Aún no puedo escribir sobre lo que pasó en Rocky Valley. No creo que pueda hacerlo jamás. El doctor Harrison dijo que lo del diario era una idea excelente y me recomienda escribir sobre lo que Thomas me hizo. No puedo.

23 de diciembre de 1863. Ya no recuerdo lo que era sentir el estómago lleno. Hice mal en abandonar la casa del doctor Harrison e iniciar el viaje con el poco dinero que él me dio. Dios lo bendiga por confiar en que, de algún modo, se lo devolvería. Pero no consigo trabajo. Aún tengo el cuerpo demasiado resentido para las tareas pesadas.

27 de diciembre de 1863. Por fin conseguí empleo. Estoy en una pequeña ciudad que nunca había oído nombrar. Sólo hasta aquí pude llegar con el dinero del doctor Harrison. Atender mesas no es trabajo difícil, pero los horarios son muy largos. Aun ahorrando hasta el último centavo, tardaré tres semanas antes de contar con el dinero suficiente para ir en busca de Jessica.

30 de diciembre de 1863. ¿Cómo puedo escribir esto? Pero, ¿por qué no? Ser violada por un viejo borracho no es nada, después de haber sido casi asesinada a golpes por el hombre que amaba. Era uno de los parroquianos; al menos, eso creo. Me estaba esperando fuera del restaurante. Gracias a Dios, todo terminó en seguida. ¿Me estaré haciendo inmune al dolor?

18 de enero de 1864. Abandonar esta ciudad me está llevando más tiempo del que esperaba. El primer movimiento del bebé me sorprendió tanto que dejé caer una pila de platos. Ahora tengo que pagarlos. ¡Pero el bebé se movió! Gracias a Dios, Thomas no mató a su hijo.

26 de enero de 1864. Dios me perdone, pero comienzo a odiar a Thomas. No le bastó con golpearme y expulsarme de la casa sin ningún motivo, sin importarle que sobreviviera o no. Ahora me ha quitado a Jessica. Lo único que me esperaba en la escuela era una carta de Thomas, donde me dice que va a pedir el divorcio y que me matará si trato de ver a Jessica. La retiró de la escuela hace más de tres meses. Jeb debe de haberle dicho que sobreviví a la paliza. De lo contrario habría dejado a Jessica en el internado. Y ahora, ¿qué puedo hacer?

8 de febrero de 1864. Creo que Jonathan Ewing me ha salvado la vida. Es el hombre más bondadoso de cuantos conozco. Puesto que en mi estado no conseguía trabajo, había acabado por mendigar. Si algún amigo me quedaba, Thomas se encargó de que no me ayudara. ¿Qué fue del hombre al que yo amaba? ¿Entenderé alguna vez por qué Thomas se volvió contra mí? ¿Acaso perdió la razón?
Jessie salió corriendo de la sala con el diario apretado contra el pecho.

Capítulo 39

El Union Pacific iba con retraso. De lo contrario, Rachel y Billy hubieran perdido el tren. Sus baúles ya habían sido cargados y los pasajeros estaban subiendo. Mientras Billy cambiaba las últimas palabras con Jeb, Rachel esperaba en el andén, tratando de no pensar en que otra vez abandonaba el rancho de Rocky Valley.
-¡Mamá!
Rachel quedó petrificada. No era la voz de Billy. Vio el appaloosa que se detenía en el extremo del andén y reconoció a su jinete. Jessie la miró un momento antes de desmontar.
No tenía conciencia de cuanto la rodeaba; sólo quería reunirse con Rachel cuanto antes. Corrió. Un torbellino de emociones coma con ella.
Rachel contuvo el aliento al ver que su hija se acercaba. Los ojos de Jessie reflejaban sentimientos que nunca había visto en ellos: angustia, desesperación. Vio el libro que Jessie le alargaba y se ruborizó intensamente al caer en la cuenta de lo que su hija había leído. ¿Por qué estaba allí con su diario? ¡Esas tontas anotaciones habían logrado lo que parecía imposible!
-¿Jessica?
Rachel alargó una mano, no muy segura, pero en el momento en que sus dedos se tocaron, Jessie perdió su autodominio por completo y se arrojó en los brazos de Rachel.
-¡Mamá, oh, mamá, lo siento tanto! ¡Qué cruel he sido contigo! -exclamó-. Pero no podía dejarte ver que te amaba, que siempre te he amado.
-Lo sé, queridísima. Ya no importa. -Rachel apenas pudo pronunciar las palabras, sofocada como estaba. -Oh, Jessica, no llores.
-Cuando pienso en lo que te he hecho pasar, en lo que te hizo Thomas... ¡Oh, mamá, cuánto has tenido que sufrir!
Jessica... Jessie, mírame. -Rachel le encerró la cara entre las manos. -Nada de eso fue culpa tuya, queridísima. Y ya no importa, pues te he recuperado.
Jessie miró a su madre a los ojos, llorando más que antes.
-Abrázame, mamá. Si supieras cuántas veces he soñado con que estaba otra vez entre tus brazos...
El tren hizo sonar su silbato. Rachel se puso tensa. Jessie levantó la vista, con el pánico pintado en la cara No puedes irte. ¡Justamente ahora!
La madre le sonrió con suavidad. -Nuestro equipaje ya está a bordo. -¡Lo haremos descargar!
Rachel rió ante la nota empecinada que su hija adoptaba con tanta facilidad.
-Necesitas pasar algún tiempo a solas con tu esposo, querida.
-¡No me vengas con esa excusa! Si yo no me hubiera casado con él, no te irías.
-Pero te casaste. -¡Me divorciaré!
-No, Jessica. Aunque creas que no lo necesitas, tu bebé sí.
Jessie bajó los ojos, con las mejillas arrebatadas. Te lo ha dicho él, supongo.
-Sí.

-Bueno, pero no necesito estar sola con él. -Claro que sí. Todos los recién casados necesitan tiempo para estar solos. Pero volveré en cuanto haya instalado a Billy en la escuela y atendido algunos asuntos de negocios que he descuidado. No tardaré mucho, Jessica. ¿De acuerdo?
-¿Prometes volver, mamá?
En la voz de Jessie había una súplica tal que Rachel estuvo a punto de quedarse. Pero estaba muy convencida de que no debía haber intromisiones en las primeras
semanas de ese flamante matrimonio. Chase y Jessie necesitaban tiempo. No todo era felicidad entre ellos.
-Prometo regresar. Pero a cambio debes prometerme que darás una oportunidad a Chase. Es un buen hombre.
Jessie suspiró.
-Hablaremos de eso cuando vuelvas. Rachel sonrió.
-Terca hasta el final, querida mía. Jessie le entregó el diario.
-No lo leíste todo, ¿verdad? -preguntó la madre, recordando las angustias que había vertido recientemente allí.
-No, pero me gustaría.
Rachel le dio una palmadita en la mejilla; luego la envolvió en un último abrazo.
-No creo que ninguna de las dos necesite volver a leer este libro.
-Te quiero, mamá.
-Oh, Jessica, he esperado tanto tiempo para oírte decir eso. -Las lágrimas volvieron a correr. -Yo también te quiero. Regresaré pronto, querida.
Jessie permaneció en el andén desierto mucho tiempo después de que el tren hubo desaparecido de la vista. Jeb se había alejado rumbo a la taberna al ver ese último abrazo. Sabía que Jessie necesitaba estar sola un rato. Algo más tarde apareció Chase. -¿Se ha ido? -preguntó, vacilando. Jessie respondió sin mirarlo:
-Sí. -Y continuó mirando las vías. -¿A qué viene esa cara larga?
Jessie levantó poco a poco la vista. -No quiso quedarse... por tu culpa. -Un momento, Jessie. ¿Qué culpa tengo yo? -Dijo que yo debía estar sola contigo.
-Oh, bueno. -Chase sonrió. -La idea tiene sus méritos.
-¡No los tiene! -replicó Jessie, antes de girar en redondo para ir en busca de Blackstar.
Chase la siguió apretando el paso. -¿Adónde vas?
-A casa.
-No puedes, Jessie. Es demasiado tarde para recorrer una distancia tan larga.
-Puedo cabalgar a la luz de la luna. -Vas a congelarte.
-Cabalgando de prisa no se siente el frío. El la sujetó por el hombro.
-¿Qué prisa tienes? Nunca has viajado de noche para volver a tu casa.
-Quiero estar en un sitio conocido. Quiero dormir en mi cama, en mi cuarto, rodeada de mis cosas. -Se desprendió con una sacudida, enfadada por haber dicho tanto. Tenía la sensación de haber perdido a su madre una vez más. No te pido que me acompañes, si eso es lo que te preocupa. Puedes partir con Jeb por la mañana.
Sin darle tiempo a responder, montó a caballo y se alejó sin mirar atrás.

Capítulo 40

Jessie no habría podido decir qué fue lo que le reveló la presencia de esos tres jinetes. Estaban demasiado lejos para que fuera el ruido de sus caballos, pero de algún modo los

percibió. Algo después, cuando los vio, se le erizó el pelo de la nuca. Acababa de ver que estaba muy cerca de su casa y que los tres jinetes se alejaban del rancho al galope.
Lo que preocupó a Jessie fue notar que no iban por el camino principal a la ciudad; era como si no quisieran ser vistos por nadie. Sin pensarlo dos veces, guió a Blackstar fuera del camino para seguirlos. Tampoco se detuvo a considerar que Chase podía perderla de vista Durante todo el trayecto la había seguido a bastante distancia sin que a ella le interesara. Aquello era un problema de Jessica Blair y ella lo atendería sin ayuda de ningún marido entrometido.
Afectando a Blackstar con su impaciencia, acortó en muy poco tiempo la distancia entre ella y los tres jinetes. Ellos la oyeron acercarse. La primera bala pasó silbando junto a su oído y le hizo desenfundar su propio revólver. Disparó dos veces, siempre al galope furioso, antes de que las riendas se le escaparan de la otra mano y tuviera que luchar como loca para recuperarlas. Los hombres dispararon otra vez, pero por entonces no pensaban sino en huir y apuntaban mal.
Jessie, sin amilanarse, continuó con la persecución. El claro de luna le permitió reconocerlos. La furia le hizo decidir que no se detendría hasta ver a esos tres en el polvo, muertos a sus pies. Gracias a Dios, había cambiado el vestido por pantalones y estaba armada. Pero un momento después apareció un caballo tras ella y Chase le arrancó las riendas.
-¿Estás loco? -le gritó ella-. ¡Se nos escapan! -No me gustaría ver a mi esposa con el cuello roto -dijo él, deteniendo a Blackstar-. Bien sabes que no puedes correr así por un terreno como este y en la oscuridad. Piensa en tu caballo, si no piensas en ti misma. Chase tenía razón. Un hoyo en el suelo podía matar a un hombre con tanta facilidad como una bala, fracturando la pata a su caballo. Pero eso no menguó su furia. La presa ganaba cada vez más distancia.
-¡Maldito seas! ¡Ya es demasiado tarde! -gritó. -Cuéntame qué ha pasado, Jessie.
-Me dispararon. Yo respondí al fuego. -¿Y...?
Ella se encogió de hombros.
-Debo de haber herido a los que apunté. -¿Quiénes...?
-Gente de Bowdre. Los vi alejarse del rancho.
Cuando pude reconocerlos comenzaron a dispararme. -¿Clee y Charlie? El tercer hombre ¿era Bowdre?
-¡Ojalá! Pero no: ¡era ese cabrón de Blue Parker!
-¿Estás segura?
-Me miró a la cara antes de clavar espuelas a su caballo. Lo conozco demasiado como para confundirlo con otro.
-Conque es cierto que Parker se ha asociado a ellos -musitó Chase-. Deben de haberle ofrecido mucho dinero.
-Antes bien, lo hizo por rencor. Estaba interesado en casarse conmigo -explicó ella-. Después de tu llegada empezó a pensar que yo lo evitaba por culpa tuya, cuando en realidad yo había viajado al norte. Un día me acusó de desdeñarlo por ti. Le dije que no era cierto, pero no me creyó. Es como mi padre: ese tipo de hombres que necesita vengarse por cualquier cosa
-¿Qué se traerían entre manos? -preguntó Chase. Jessie quedó sin aliento. El enojo se había impuesto al miedo.
-¡Vamos al rancho! -exclamó, volviendo grupas-. Casi tengo miedo de imaginar lo que puedan haber hecho allá.
Al retomar el camino del valle se encontraron con Baldy, que iba por ellos a la ciudad. Cuando terminó de hablar Jessie se sentía estupefacta Su idea de reunir al

ganado para protegerlo no había hecho sino permitir que lo mataran a tiros con más facilidad. Casi la mitad de los animales habían muerto o agonizaban alrededor del campamento. Ramsey aún estaba inconsciente por el golpe recibido en la cabeza. El resto del hato había sido desviado en estampida hacia el pozo de agua envenenada. Baldy llegó a tiempo para ver a los tres jinetes que se alejaban y evaluar los daños. Después de haber trabajado como vaquero toda su vida, esa escena le dejó los ojos llenos de lágrimas.
Apenas terminó de hablar, Jessie vio el resplandor anaranjado sobre la loma que ocultaba el valle. Chase la divisó un segundo después. La muchacha dejó escapar un sonido animal, profundo, y acicateó a Blackstar. Chase la siguió lleno de temores.
Jessie llegó apenas a la cima de la elevación, desde donde se veía la casa del rancho. El resplandor del fuego le iluminó la cara, revelando una angustia tan honda que destrozó el corazón de Chase.
Todos los edificios del rancho estaban consumidos por las llamas.

Capítulo 41

Habían pasado dos semanas desde el incendio, dos semanas que Jessie no podía recordar. Estaba en Chicago, en la mansión de su madre. No recordaba el viaje allí. No recordaba absolutamente nada.
Pero ya no parecía sonámbula. Giró hacia su madre, con los ojos vivos por primera vez en dos semanas. -¿Cómo se atrevió a abandonarme? ¡No soy una maleta vieja, que pueda arrojar por ahí sin más!
-No me has escuchado, Jessica -señaló Rachel, serenamente.
La muchacha continuó paseándose por la lujosa alfombra del cuarto de su madre.
-Claro que te he escuchado. Esta mañana, al despertar, me costó creer lo que me habías dicho ayer. Fue ayer, ¿no? -Y continuó, sin esperar respuesta: -Bueno, no voy a permitirlo. El no puede dejarme en tu umbral. Estoy bajo su responsabilidad, no bajo la tuya.
-En primer lugar, Jessica, Chase no te dejó en mi umbral. Hace una semana que estás aquí y él estuvo a tu lado día y noche. En segundo lugar, tampoco te ha abandonado. Volverá antes de que nazca el bebé, estoy segura
-Pues yo no lo creo. No volverá. Cuando halle a su padre decidirá quedarse en España. ¿Para qué volver? No quería casarse conmigo. Lo hizo sólo para que el bebé no fuera bastardo.
-Hubo otros motivos, Jessica, bien lo sabes.
-En ese caso, ¿por qué no está aquí? ¿Cómo pudo abandonarme en este estado?
-Tú no te percatabas siquiera de que él estaba aquí, querida -explicó Rachel, con suavidad-. En todo este tiempo sólo has respondido a mi voz. No tenías conciencia de nada. Y no había modo de saber cuánto tiempo iba a durar esa apatía. De cualquier modo, aunque durara meses, no corrías ningún peligro. Y como Chase no podía hacer nada por ti, pensó que era mejor aprovechar ese tiempo para hacer el viaje a España. En realidad, si él no se hubiera ido, probablemente seguirías viviendo en tu burbuja. Fue su partida lo que te sacó de ese estado.
-Eso no viene al caso -dijo Jessie, terca-. Aun así me ha dejado en tu casa para que me mantengas. Ahora que no tengo nada... nada propio. -Se ahogó por un momento, pero luego sus ojos volvieron a encenderse. -¡Por eso me abandonó! Porque no tengo un centavo. ¡Pero no voy a permitir que se salga con la suya!

-Francamente, Jessica, no piensas con sensatez. Chase no se casó contigo por tu dinero. Y para mí no eres una carga. Por el contrario, me encanta que pases el embarazo conmigo. Así podré ayudarte. ¿Quieres negarme esta posibilidad de mimarte?
-No necesito que me mimen, mamá. Jessie sonrió. -Me alegro de haber vuelto a llamarte mamá, después
de... -Pero no quiso hablar de eso. -Compréndeme:
nada me gustaría más que estar aquí, contigo, pero no quiero depender de ti. Chase no va a regresar.
-No puedes asegurarlo -insistió Rachel.
-Claro que sí. Mira: cuando nos casamos, le dije con toda claridad que no iba a vivir con él. En esos momentos tenía el rancho. Sentía... no quise... él es mujeriego, mamá -barbotó, furiosa-. Y yo no podía aceptar algo así. Si iba a tener otras mujeres, me pareció mejor que se fuera con prostitutas lejos de mí, donde yo no me enterara.
-Comprendo Mijo Rachel, en voz baja. -¿Comprendes? -se esperanzó Jessie-. En ese caso entenderás que debo seguirlo.
-Espera un momento, Jessica. -Rachel comenzaba a alarmarse. -¿Seguirlo?
-Es preciso -afirmó Jessie-. Le dije que podía vivir su propia vida, pero después todo ha cambiado para mí y él lo sabe. Sabe que no puedo mantenerme sola, al menos por ahora. Si fue capaz de obligarme a ese casamiento, bien puede ocuparse de mí ahora que lo necesito.
-¿Sólo por eso quieres seguirlo, Jessica? -preguntó Rachel, suavemente.
-Por supuesto -dijo la muchacha-. ¿Por qué, sino?
-Porque lo amas.
Porque lo amas. Esas palabras persiguieron a Jessie en el viaje en tren hasta Nueva York, en las terroríficas noches que pasó acalambrada en el pequeño camarote del barco y en el viaje, aún más aterrorizante, a solas por el desconocido paisaje de España. Esas palabras no la reconfortaban. No le daban más que desesperación. Era imposible amar a un hombre como Chase Summers, indigno de confianza, incapaz de sentir algo remotamente parecido al amor. No podía amarlo.
Se negaba a pensar en eso. Alejaba las palabras con pensamientos; pensaba en su madre, que por fin había cedido, insistiendo en pagar todos los gastos del viaje; en las frenéticas horas que habían pasado llenando los baúles con las ropas que Rachel le había mandado hacer, en la lacrimosa despedida y la recomendación de volver de inmediato, si no hallaba a Chase en Nueva York antes de que se embarcara. Pero a su llegada descubrió que Chase había partido esa mañana y, en vez de regresar a Chicago, reservó pasaje en el barco siguiente, decidida, aunque asustada.
Todos los libros leídos, todos los relatos escuchados, no la habían preparado para la inmensidad del océano. Cuando no estaba aterrorizada, se aburría. Pasó muchas de esas horas, interminables y solitarias, repasando sus vagos recuerdos de las dos semanas posteriores al incendio.
Tenía una difusa idea de haberse encontrado en una habitación desconocida y de Chase entrando con Kate.
Casi como en un sueño, creía haber oído que Kate le pedía perdón por no haber dicho a Thomas que era ella quien estaba en la cama con Will Phengle; también confesaba haber amado a Thomas todos esos años, aunque él la descartó por otra al cabo de un año, porque ella no podía darle ese hijo varón tan querido. Aun después de eso, Kate siguió amando a Thomas y guardó silencio con respecto a Rachel; la aterrorizaba pensar lo que Thomas le haría si llegaba a descubrir la verdad. Pero eso era sólo una excusa. Al final admitió que no había confesado por temor a que Thomas volviera a traer a Rachel.
Jessie no recordaba si había dicho algo a Kate.

Todo aquello bien podía ser un sueño. Era una de las cosas que debía preguntar a Chase, entre otras. El le había dicho algo sobre Jeb. Y también que Rachel había pagado su deuda con el banco, y algo sobre un arreglo con el comisario. Pero todo era confuso.
Al llegar a Cádiz, ya con los pies en tierra firme, volvió a ser un poco la de antes. No le costó averiguar que el barco de Chase aún no había amarrado allí. También descubrió sin dificultad que cierto Carlos Silvela, hombre de fortuna, vivía cerca de Ronda. En realidad, cualquier información era fácil de obtener, pues los españoles resultaban hospitalarios casi hasta la agresividad y estaban muy dispuestos a ayudar a los extranjeros.
Eso la alegró, pues cuanto más veía de España, más extranjera se sentía. Viniendo de Wyoming, un territorio recién colonizado, no estaba preparada para encontrarse en un país vibrante de historia. Cádiz se anunciaba como la más antigua de las poblaciones habitadas sin interrupción en la Europa occidental. Y lo que más asombró a Jessie fue, quizá, el ver por primera vez las palmeras.
Después de pasar un día en el puerto meridional, Jessie se enfrentó a un dilema. No podía esperar allí a Chase, pues su barco podía amarrar en cualquier punto de la costa, no necesariamente en Cádiz.
En realidad, no había alternativa. Lo más probable era que Chase viajara a Ronda, en busca de los Silvela radicados allí, de modo que hizo los preparativos para el viaje. Quedó sobrecogida ante ese espléndido país, con sus castillos, sus iglesias antiguas y sus magníficos paisajes. El viejo coche que alquiló crujía y se bamboleaba en aquellas rutas serpenteantes, llenas de baches, pero el viaje le encantó.
Tres días después, al oscurecer, llegó a la finca de los Silvela, en las afueras de Ronda; cuando el coche se detuvo ante la enorme casa blanca, Jessie aún se preguntaba qué diría a la familia. Si Chase aún no había llegado, ¿cómo podría explicar su presencia allí? La doncella que atendió la puerta se mostró cortés, pero no parecía dispuesta a ayudarla. Para alivio de Jessie, un hombre joven se acercó a la puerta, despidiendo a la criada. Era de estatura mediana, pelo rubio y corto y ojos dorados, tan sensuales que Jessie quedó sin aliento al verse observada con obvio interés.
-¿Puedo servirla en algo, señorita?
-Señora. Soy la señora Jessica Summers. Y usted podría prestarme un gran servicio, por cierto. Vengo desde Cádiz... en realidad, desde América, para buscar a Carlos Silvela.
Los ojos dorados se llenaron de curiosidad.
-Viene usted de Norteamérica y habla muy bien el español. Sin embargo, su piel es tan clara...
-No soy española --explicó Jessie, percibiendo su confusión-. Aprendí el idioma como parte de mi educación, pero mi verdadera lengua es la inglesa.
-Ah, comprendo.
-En cuanto al señor Silvela... -insinuó ella, preguntándose cuánto tiempo la tendría de pie en el umbral. -Perdone usted -se disculpó el hombre-. Qué descortés soy al dejarla esperando de pie.
-No tiene importancia -dijo Jessie, amablemente.
-Es usted tan gentil como hermosa, señora. Sin embargo, mi tío Carlos no puede recibir visitas. Está muy enfermo, lamentablemente.
-No va a morir, ¿o sí? Jessie comprendió que eso era una grosería, pero ¿qué pensaría Chase si no llegaba a tiempo para verlo?
El hombre se demoró en el gran vestíbulo, preguntándose qué hacer con ella.
-Es una verdadera lástima que usted haya hecho semejante viaje para llegar en estos momentos. Quizá yo pueda servirle de algo. Mi tío... no puede recibir a nadie.

Jessie estaba pensando a toda máquina. ¿Qué iba a hacer? Si no podía hablar con él, ¿cómo averiguaría si él era el que buscaba?
-¡California! -barbotó-. ¿Sabe usted si su tío vivió allá hace muchos años?
-Creo que sí, antes de que la familia vendiera las tierras que poseíamos allí. Pero fue hace mucho tiempo, unos veinticuatro años. Usted no parece tener edad de...
-No, señor Silvela. No quise dar a entender que conocía a su tío.
-Ah, veo que sigo faltando a los buenos modales. No me he presentado. Soy Rodrigo Suárez, señora. Tío Carlos tiene sólo hermanas mujeres y una de ellas es mi madre. El apellido Silvela se acabará con él.
-¿No... no tiene hijos?
A él no pareció molestarle esa pregunta tan personal.
-Tuvo una hija, pero murió en la infancia y su esposa no pudo darle otros. Cuando murió él no volvió a casarse.
-Debió de amarla mucho. Rodrigo sonrió.
-Quién sabe. Creo que fue más por falta de interés que por devoción. Pero resulta más romántico pensar que la amaba, sí.
Su sonrisa se acentuó. Jessie tuvo la impresión de que estaba frente a un romántico, un hombre enamorado del amor. Además era seductor. Pero ella estaba azorada por haber tocado un tema tan íntimo; su actitud vacilante y sus ojos gachos lo demostraron.
-¿Piensas dejarme esperando toda la noche, Rodrigo? -Los dos se volvieron hacia la joven que había salido de un salón lateral. -Tenemos una partida pendiente... Pero ¿quién es ella?
-No sabría decírtelo, Nita -replicó Rodrigo, sonriendo-. Viene de América y cree tener algo que ver con tío Carlos.
Jessie se puso en guardia en cuanto Nita entornó hacia ella sus ojos pardos. No parecía mucho mayor que ella y era increíblemente hermosa, pese a las ropas de luto. El pelo rubio oscuro formaba un apretado moño en la nuca. Tenía los huesos de la cara muy marcados y facciones aristocráticas. Era bella, pero sobre todo, desdeñosa.
-¿Una amiga norteamericana? ¿Una pariente? -se burló Nita-. ¿Tal vez una hija bastarda con esperanzas de reclamar parte de mi herencia?
Jessie perdió los estribos.
-No, pero sí esposa de un hijo bastardo -dijo, fríamente. Ya estaba todo a la vista.
Nita se puso pálida.
-Miente usted, señora -susurró-. Tío Carlos nunca tuvo hijos varones. ¿Dónde está ese hijo? ¿Qué hace usted aquí? Le diré qué pasa: que usted es una cazadora de fortunas. Quiere engañar a un enfermo, haciéndole creer que tiene un hijo.
-Yo no... -comenzó Jessie. Pero Nita ordenó:
-¡Echala de aquí, Rodrigo!
-Por favor, Nita -intervino Rodrigo-. Si lo que ella dice es cierto...
-Exactamente -intervino Jessie, con simpatía-. ¿Qué dirá su tío si se entera de que usted no ha sido hospitalaria con su nuera, sobre todo considerando que voy
a darle su primer nieto? No le gustará, ¿verdad? No, por supuesto. Así que sea buena, Nita, y hágame preparar un cuarto.
-¡Váyase usted a paseo! -le espetó la joven. Y se alejó a grandes pasos por el pasillo.
-Bueno, no tengo intenciones de pasear -sonrió Jessie al abochornado Rodrigo.
Su sonrisa la desarmó. Se parecía demasiado a la de Chase.
-Ah, señor, para que lo sepa usted y no le cierre la puerta en la cara: mi esposo se llama Chase Summers y debe llegar en cualquier momento.

Capítulo 42

El clima, a mediados de enero, era sumamente agradable. No se podía decir lo mismo de la atmósfera que reinaba en la casa de los Silvela. Jessie llevaba tres días intentando ver a don Carlos, pero nunca lo dejaban solo y, cada vez que ella trataba de entrar en su habitación, se la sacaba al pasillo inmediatamente.

No tenía paz, sabiendo que ese hombre podía morir en cualquier momento. ¿No le gustaría saber que tenía un hijo? ¿No le daría eso algún placer? Chase jamás la perdonaría si don Carlos muriera sin enterarse de su existencia, estando ella en la misma casa. Y como no había modo de saber cuándo llegaría él, poco sentido tenía esperarlo para hablar con don Carlos.

Jessie no tardó en saber bastante sobre la familia de don Carlos. Emilia, la pequeña criada encargada de atenderla, era una verdadera fuente de información. Jessie descubrió así por qué Nita estaba tan furiosa por su llegada y la supuesta aparición de un hijo. Los padres de la joven habían muerto sin un centavo y don Carlos proveía su sustento. Nita llevaba dos años viviendo bajo su techo, negándose a casarse para poder atenderlo. Gesto muy noble, a no ser porque sus motivos eran evidentes.

Rodrigo, por el contrario, estaba allí por sincero cariño hacia su tío, pues tenía fortuna propia. Su madre había hecho un casamiento mucho más ventajoso que la hermana y era una mariposa de sociedad. Como por entonces estaba de viaje por Europa, aún no había recibido noticias del estado en que se encontraba su hermano.

Lo preocupante era que don Carlos tenía problemas de salud desde hacía muchos años. Aunque siempre había sido un hombre activo, una grave pulmonía lo dejó tan débil que se vio reducido a una vida casi sedentaria. Eso llevó a otras dolencias.

En su tercera noche de estancia en esa casa extraña, Jessie esperó hasta oír que Nita abandonaba el cuarto de don Carlos y Rodrigo tomaba su lugar. Entonces salió de su amplio dormitorio al corredor, caminando de puntillas. Era temprano; tenía tiempo de sobra hasta las diez, ridícula hora a la que se servía la cena. Aún no se había acostumbrado a esos horarios extraños, causados por las tres horas de siesta que todo el país observaba.

Del cuarto de don Carlos no surgía ruido alguno. Probablemente el anciano dormía, con Rodrigo sentado junto a su cama. En su último intento de entrar, Jessie había encontrado allí a una criada, una verdadera bruja que no le permitió pronunciar una palabra, espetándole un torrente de "chist" y "silencio, señorita".

Sólo cabía esperar que Rodrigo estuviera solo. A él podía manejarlo, según había descubierto desde el primer momento.

La puerta se abrió sin hacer ruido; Jessie llegó hasta los pies de la gran cama adoselada antes de que Rodrigo, de pie ante la ventana que daba al patio, se volviera hacia ella. La cama tenía cortinas de fina gasa, pero sólo había una luz al otro lado del cuarto y resultaba imposible ver detrás de las colgaduras.

¿Por qué lo tenéis sofocado de ese modo? ¿Padece de algo contagioso?

-No, por supuesto -susurró el joven, acercándose-. El doctor ha recomendado que no se le moleste y obedecemos sus instrucciones.

-Pero ese hombre necesita aire y luz. No le hace bien estar amortajado de esa manera.

-Yo diría lo mismo, pero no soy médico y no puedo determinar qué es lo mejor para mi tío.

-El sentido común... Oh, no importa -dijo Jessie, irritada. Detestaba sentirse intrusa, pero eso era. -Debes irte, Jessica -pidió Rodrigo, con suave firmeza.

La muchacha arrugó las cejas.

-No le habéis dicho nada de mí, ¿verdad? ¿Fue por órdenes del médico o por idea de Nita?
-No seas injusta. ¿No te das cuenta de lo mucho que se perturbaría por algo que tal vez no sea verdad?
-Tu tío ha de saber si es verdad o no.
-Pero, ¿no comprendes que el golpe podría matarlo?
-Lo siento -reconoció Jessie-, pero creo que vale la pena correr el riesgo.
-Rodrigo, ¿quién está contigo?
Jessie dio un respingo ante esa voz suave. Rodrigo le lanzó una callada advertencia con los ojos.
-Nadie, tío. -su voz ya no era un susurro.
-¿Me mientes, muchacho? -lo regañó la voz-. Todavía tengo buena vista. Puedo ver fuera de este mausoleo, aunque tú no puedas ver adentro.
-Sólo quería ahorrarte molestias, tío -dijo Rodrigo, contrito-. Necesitas descansar.
-Descanso demasiado. Lo que necesito es distracción. Ahora dime: ¿quién está ahí?
Unos dedos largos y huesudos retiraron la tenue cortina. Jessie ahogó una exclamación:
-¡Pero si usted es muy joven!
-No tanto como en otros tiempos, querida.
-Es que yo lo imaginaba diferente -barbotó ella, sin pensar-. Canoso, arrugado... Caramba, no quise decir...
Don Carlos rió entre dientes.
-Qué encantadora es usted, jovencita. Acérquese y déjeme ver si es tan bonita como parece. Aunque mi vista sea buena, aquí hay una luz deplorable.
Jessie se acercó al costado de la cama, con asombro creciente. Nunca se le había ocurrido que el parecido pudiera prestar testimonio de la verdad, pero así era. El hombre yacente en esa cama enorme se parecía a Chase de una manera espectral. Era bastante mayor, por supuesto, pero no viejo, como ella esperaba. Debía de haber sido muy joven al conocer a Mary. Aparentaba unos cuarenta y seis o cuarenta y siete años; estaba ojeroso, pálido y muy delgado, pero eso no disimulaba el hecho de que era demasiado joven para morir. Tenía el pelo tan negro como ella, con una sola veta gris sobre la frente. Sus ojos eran oscuros e inquisitivos. Al verse observado curvó los labios hacia arriba, tal como lo hacía siempre Chase.
-Mi aspecto parece sorprenderte cada vez más - comentó.
-Es que usted, señor -replicó Jessie, desconcertada-, se parece a alguien que conozco.
-Jessica -advirtió la voz del sobrino.
-Es cierto, Rodrigo. -El captó el doble significado de la frase. -Pero no he olvidado lo que hablamos. -Conque habéis hablado de mí, ¿eh? -Don Carlos suspiró. -Es un tema desagradable para dos jóvenes. Deberíais conversar de cosas alegres, de fiestas y... ¿No le ha comentado mi sobrino sus habilidades de torero, señorita?
-Ah, no, señor, no me ha dicho nada.
-¿De veras, Rodrigo? Habitualmente hechizas a todas tus damiselas con relatos de tu bravura.
Jessie enrojeció ante esa suposición.
-Se equivoca usted, señor. Rodrigo y yo acabamos de conocernos.
-¿Es amiga de Nita, acaso?
-No, yo... me llamo Jessica Summers. Estaba de viaje...
Jessie no pudo terminar. ¿Cómo iba a mentirle? -¿De viaje? -repitió don Carlos-. ¿De gira por Europa, quizás? Y ahora se hospeda aquí. Eso es estupendo. Me alegra que le hayan ofrecido la hospitalidad de mi casa, aunque yo mismo no pudiera hacerlo. ¿Y dónde vive usted, señorita?

-Soy señora, y vivo en Norteamérica.
-En Norteamérica. Qué maravilla. Tendrá usted que visitarme con frecuencia para que dialoguemos en inglés. El mío se ha enmohecido por falta de uso y me gustaría ponerlo a prueba.
-Con mucho gusto, señor.
-Señor, señor... Debe usted llamarme Carlos. ¿Y dónde está ese hombre afortunado, su marido?
-El... eh... Nos separamos durante el viaje. -¿Y él vendrá a buscarla aquí?
-Estoy segura de que sí, don Carlos.
-Bien, bien. Tráigamelo usted en cuanto llegue. Y tú, Rodrigo, nada de tontear con eso de que estoy demasiado enfermo para recibir visitas. Necesito estímulo. Caramba, si la compañía de esta dama me ha hecho la mar de bien.
Rodrigo sonrió.
-Me alegro, tío, pero ahora debe descansar.
-No me prestas atención, Rodrigo. ¿Por qué no te vas y me dejas conversar con mi huésped? ¿No le has hablado de mis viajes a Norteamérica? Ella y yo tenemos mucho de que hablar.
-¿Viajes, tío? ¡Pero si usted sólo fue a Norteamérica una vez, cuando era todavía más joven que yo ahora!
-Tonterías -anunció don Carlos-. Retorné allá hace diez años. Pero tú no puedes saberlo, por supuesto. Fue después de enterrar a Francisco y tu madre te llevó inmediatamente a Francia.
-¿Te embarcaste hacia América? ¿Por qué? -preguntó Rodrigo.
-Para buscar a alguien.
-Y no la encontró, ¿verdad? -preguntó Jessie de prisa, antes de que Rodrigo pudiera impedírselo.
-No, aquel país es demasiado grande, querida - replicó don Carlos, con tristeza. Y la miró de un modo extraño.
Jessie notó la sorpresa de su expresión y cayó en la cuenta de que se había delatado. Dando por sentado que el hombre había ido en busca de Mary, acababa de usar el pronombre femenino.
-En verdad... ya debería dejarlo, don Carlos -dijo, incómoda-. No podría perdonarme si lo fatigara demasiado.
-Le aseguro que no es así -replicó él, en voz extrañamente grave-. ¿Volverá usted?
-Sí, por supuesto.
-En ese caso, la dejaré ir.
Ella le tomó la mano y él se la llevó a los labios, sin dejar de mirarla a los ojos, de un modo tan penetrante como si pudiera leerle todos los pensamientos.
Cuando llegaba a la puerta, don Carlos la detuvo con unas palabras en inglés, las primeras que pronunciaba. Jessie, sabiendo que Rodrigo no entendía su idioma, contuvo el aliento.
-Una cosa más, Jessica Summers. Ese hombre al que me parezco y del que mi sobrino, en su excesiva prudencia, no le permite hablar, ¿quién es?
Jessie se volvió a mirarlo. Había creído percibir la esperanza en su voz. Imposible. No era posible que hubiera adivinado con tan poco. Pero hasta allí habían llegado y era justo que él lo supiera.
-Es mi esposo, don Carlos.
-Dios mío -susurró él, entrecortado-. Gracias.

Capítulo 43

El sol estaba en su punto más alto y por la ventana abierta entraban los aromas celestiales del jardín. Pero Jessie no apreciaba lo encantador del día. Había pasado una noche intranquila, pensando en don Carlos. Probablemente había logrado lo que se proponía, pero no estaba segura. Oh, ¿dónde se había metido Chase?
Como si sus preocupaciones no fueran suficientes, la noche anterior había sentido los primeros movimientos de su bebé; eran muy leves, pero bastaron para hacerla pensar en los próximos meses. Ese condenado Chase, ¿cuándo llegaría?
Chase no podía creer en tanta suerte. La había perdido por un tiempo, después de que esa fuerte tormenta en el mar los apartara tanto del curso que llegaran a Málaga con una semana de retraso. Allí consiguió un intérprete que también iba a servirle de guía. Lo más prometedor era que el nombre de Carlos Silvela era muy conocido, por sus empresas bancarias y de navegación. Hallarlo resultó fácil. Y allí estaba ahora.
Pero temía que su suerte fuera a cambiar otra vez, pues la hermosa rubia que abrió la puerta lo miraba como si tuviera dos cabezas, boquiabierta y sin pronunciar palabra. Cuando él iba a llamar a su guía, la dama habló por fin:
-¡Conque es cierto!
-¿Cómo dice usted? -preguntó Chase-. No hablo español.
-Dispense. Yo... hablo inglés, pero no muy bien. Usted viene por... para ver...
-A Carlos Silvela -explicó Chase-. Mi guía me asegura que vive aquí. ¿Está él en casa?
-Más lento, señor. No comprendo. Disculpe. Busco a Carlos...
-Sí, sí -interrumpió ella-. Eso lo sé. Su esposa dijo que usted vendría. No le creí.
¿Mi esposa? -Chase frunció el entrecejo-. Ah, creo que usted se equivoca. Voy a buscar a mi guía... -¿Usted no es Chase Summers?
El le había vuelto la espalda, pero giró bruscamente otra vez.
-¿Cómo lo sabe?
-momo le digo, señor, su esposa está aquí. -¡Imposible!
Jessie, que ya había esperado lo suficiente, salió de su escondrijo al vestíbulo.
No es imposible, Chase.
Nita los miró a ambos, invadida por la confusión. -Ya ve, señor, su esposa. Los dejo. Entender su inglés me ha dado dolor de cabeza.
Jessie la siguió con la vista. Una expresión completamente agria nublaba las encantadoras facciones españolas. Sin pensar en Nita un solo segundo más, se volvió hacia Chase preguntándose qué hacía allí con esa expresión atónita.
¿Tienes una explicación perfectamente razonable para haber venido? ¿O debo cruzarte sobre mis rodillas para darte una buena paliza por haber cometido la irresponsabilidad de...?
-¡No me hables en ese tono, Chase Summers! El quiso acercarse, pero Jessie retrocedió.
-¿Cómo te atreves a viajar en tu estado? ¿No piensas en la criatura? ¿Y si algo hubiera salido mal? -De inmediato cambió de tono. -¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?
-¿Te importa acaso? -¡Jessie!
-Estoy bien.
-¿Qué diablos haces aquí? Te dejo sana y salva con tu madre...
-Seamos más específicos -rabió Jessie, siempre más cómoda en el ataque que en la defensa-. Me abandonaste en casa de mi madre para escapar.
-¡Para escapar! ¿No te dijo Rachel que volvería antes del nacimiento?
-Me lo dijo -confirmó Jessie, tiesa-. No lo creí y aún no lo creo. Recuerdo haberte dicho que podías hacer tu vida. Maldito seas, no perdiste tiempo en librarte de mí, ¿eh?

Jessie, ¡estoy a punto de retorcerte el cuello!
-Y yo estoy a punto de aplastarte la nariz. Pero dudo que solucionemos algo con eso.
Se fulminaron con la mirada durante varios segundos. Por fin los ojos de Chase se suavizaron, reflejando un tono pardo aterciopelado.
-Oh, Dios, cómo me alegro de verte aquí --dijo-. Te echaba de menos, Jessie.
Y la estrujó entre los brazos, moldeando sus labios a los de ella. La besó como si estuviera pereciendo de hambre y ella fuera su primer bocado. Jessie no tardó un segundo en responder con igual fervor. Se aferró a él, clavándole los dedos en la espalda. ¡Cuánto había extrañado su sabor, el calor de sus brazos! Casi había olvidado lo que él podía hacerle sentir, el deseo que le despertaba, capaz de borrar todo lo demás.
-¿Tú también me has echado de menos, tesoro? Las palabras venían desde muy lejos, apagadas. El le estaba mordisqueando el cuello.
-No -respondió ella, automáticamente. Chase irguió la espalda, feliz.
-Por si no lo recuerdas, Jessie, una de las últimas veces que me hablaste fue en Cheyenne. Estabas casi llorando porque tu madre no se quedaba contigo. Por eso pensé que te encantaría pasar un tiempo con ella. Era la oportunidad perfecta para que yo resolviera esta parte de mi vida. De cualquier modo, tú no podías viajar. O no deberías haberlo hecho.
-No voy a reñir por tus motivos, Chase -dijo Jessie, serena-. No diré siquiera que podrías haber esperado a que naciera el bebé. Partiste sin decírmelo, sin discutirlo conmigo.
-¿Qué podía decirte, estando tú así? No había modo de saber cuánto tiempo pasarías en shock. -La miró con suspicacia. -¿Cuándo te recuperaste? ¿En cuanto salí?
-Así fue.
-Gracias -gruñó él-. Supongo que era mi presencia lo que te mantenía en estado de shock.
-No, pero fue tu partida lo que me sacó de él -admitió la muchacha.
-¡Conque me extrañaste! ¿No te gustó descubrir que me había ido?
-Bueno... no.
-Lo siento por Rachel. Ha de haberlas pasado negras con tus rabietas. -Chale meneó la cabeza tristemente.
-Deja de provocarme, hombre. No le encuentro la gracia. No tenías derecho a dejarme con mi madre. No es ella quien debe ocuparse de mí. Eres tú. Quisiste casarte conmigo y ahora debes cargar con la responsabilidad.
-¿Lo dices en serio, Jessie?
Su voz suave la sorprendió desprevenida. -Por supuesto.
-Bueno, no me quejo, tesoro. -¿No?
El le sonreía.
-Me gusta la idea de cargar con esa responsabilidad. Y ahora, ¿por qué no me muestras cuál es nuestro cuarto? Nunca llegamos a consumar nuestros votos matrimoniales.
Jessie enrojeció.
-Tercera puerta por el pasillo -dijo-. Sólo cuando estemos solos podré hablarte de tu... de don Carlos.

Capítulo 44

Jessie se enroscó en los dedos un mechón del pelo de Chase, suspirando con total satisfacción. Chase estaba tendido sobre ella, tan quieto que parecía dormido. Pero no dormía.
Jessie emitió una risita aguda, recordando aquel viaje en carreta.
-Estaba convencida de que nunca dormías sobre el vientre.
-Nunca. -Chase no se movió-. Estoy durmiendo sobre ti.
-Pero estás sosteniendo tu peso. No puedes descansar.
-Estoy muy bien -murmuró él.
-Anda, que de cualquier modo no puedes dormir ahora. Falta un rato para la siesta. Primero hay que almorzar. Tienes que conocer a tus primos y...
El la miró con una sonrisa.
-¿Eso significa que en un rato más volveremos a este cuarto sin que nadie piense mal?
-¡Eres terrible, Chase!
-¿De veras? Hace una eternidad que no te veo.
-Hace sólo...
-Una eternidad. -El la acalló con un beso y se incorporó. Su humor había cambiado. Jessie tuvo la seguridad de que se moría por preguntar, pero tenía miedo, y decidió ayudarlo.
-¿No vas a preguntar por don Carlos?
El no levantó la vista. Pasó un tiempo interminable sin respuesta. Por fin murmuró:
-No hay prisa. -No creo que... -Dejémoslo así.
-¡Pero vienes desde tan lejos...!
El le echó un vistazo y tornó a desviar la cara. -Han pasado veinte años desde que mi madre me habló de él por primera vez, Jessie. Es muchísimo tiempo para pensar sobre alguien, para... -Hizo una pausa. -Puedes decir que soy un cobarde, pero preferiría no enterarme.
Ella no podía permitirle vacilar, después de tanto tiempo.
-Chase -dijo con suavidad-, don Carlos está enfermo desde hace mucho tiempo y ahora... ahora ha empeorado. No me permitían siquiera verlo por temor a inquietarlo.
-Pero ¿vive todavía? ¿Estás segura, Jessie? -inquirió él, aferrándola por los hombros.
-Estoy segura, sí. Llegué a verlo, pese a todo. -¿Va a morir, Jessie?
-No lo sé -suspiró ella-. No me lo han dicho literalmente, pero lo tratan como si le quedara poco tiempo. Nita ya viste de luto. A propósito: Nita es tu prima, la que te abrió la puerta.
-Eso no tiene importancia Cuéntame.
-Bueno, a mí no me pareció que estuviera moribundo. Su voz sonaba potente; se le veía alerta. Sólo está débil y... bueno, tal vez no tenga motivos para vivir.
-Tenía que ser una mujer la que diera un diagnóstico como ese -observó Chase, antipático.
-Bueno, pero es posible. Yo pensaba hablarle de ti, pero Rodrigo...
-¿Rodrigo?
-Don Carlos tiene dos hermanas. Una, la madre de Nita, murió. Rodrigo es hijo de la otra hermana, que ahora está de viaje. El caso es que anoche Rodrigo estaba con don Carlos y me hizo notar que semejante noticia podía hacerle más mal que bien.
-¿Tantos hijos tiene que saber de uno más sería demasiada carga?
-No tiene hijos, Chase. Por eso tuve que ser tan decidida. Pensé que le gustaría saber de ti, pero si existía la posibilidad de que el golpe lo empeorara, no podía decirle nada.
-Así que no está enterado. Y me estás diciendo que he hecho todo este viaje por nada, ¿por qué no debo tratar de verlo?
Ella esperó un segundo para anunciar.

-Si te viera comprendería de inmediato. ¿Por qué crees que Nita se sorprendió tanto al verte? Eres igual a él, Chase.
Lo observó mientras él captaba la idea Si el parecido era tan grande, don Carlos tenía que ser su padre. Permaneció muy quieto, con la mirada perdida.
-Conque le bastará mirarme para que muera de la impresión, ¿eh?
Jessie se dijo que no estaría mal enterarlo de su caprichosa idea.
-En realidad -comenzó, vacilando-... Quiero decir... bueno, no estoy segura, pero...
-Caramba, ¿desde cuándo tienes problemas para expresarte?
-¡No te descargues conmigo, Chase Summers! Si no quieres escucharme, no diré nada más.
El volvió a sentarse en la cama.
-Disculpa, Jessie, pero debes comprender que... -Comprendo -lo interrumpió ella-. Lo que trataba de decirte es que tu padre puede haber comprendido por sí mismo lo que no le dije. Pero no estoy segura. -¿Cómo? -Estaba tan desconcertado que ella sufría al verlo así.
-Bueno, me sorprendió mucho su parecido contigo y él notó mi sobresalto. Admití que me recordaba mucho a cierta persona, pero... -Ella se obligó a recordar. -No fue sólo eso. Estábamos hablando de América y él mencionó que había hecho otro viaje allá hace diez años, buscando a alguien. No sé por qué di por sentado que era a tu madre a quien buscaba y le dije: "Y usted no la encontró". El me miró de modo muy extraño. Y cuando yo estaba por salir, me preguntó directamente quién era esa persona tan parecida. No me pareció que hubiera peligro en admitir que era mi esposo y se lo dije. Creo que me dio las gracias, pero tal vez entendí mal, porque estaba al otro lado del cuarto y apenas lo oía.
-¡Pero es posible que lo sepa y eso no lo alteró! -Así es.
Se hizo el silencio. Luego Chase dijo: -Vamos. Quiero ver... a mi padre.

Capítulo 45

Se apresuraron inútilmente, porque don Carlos estaba durmiendo. Cuando apenas habían puesto un pie en su cuarto, los detuvo la vieja criada que montaba guardia allí. Chase no tuvo más remedio que aguardar un poco más.
Fueron a reunirse con sus jóvenes anfitriones para el almuerzo. Las presentaciones fueron tensas. Antes que utilizar a Jessie como intérprete, los dos hombres prefirieron ignorarse. Nita, por el contrario, no dejaba a Chase en paz. Se desvivía por él; lo que no podía decir en su entrecortado inglés, lo expresaba con sus ojos. Jessie se disgustó.
No le habría dado mayor importancia si Chase se hubiera mostrado sólo tolerante y cortés, pero parecía regodearse con las atenciones de la rubia Sin duda creía haber hecho otra conquista. ¡Y ante los mismos ojos de su esposa!
Antes de que se sirviera el segundo plato, Jessie abandonó la mesa murmurando alguna excusa. Chase la alcanzó al pie de la escalera, con expresión divertida.
-¿No tienes apetito? -¡Estoy harta!
El sonrió.
-Estaba claro de que mi pequeña representación no te pasaría desapercibida.
-¡Mentiroso! -susurró Jessie-. Si quieres hacerme creer que esa repugnante exhibición me estaba destinada...
-Por supuesto. Es la hora del almuerzo, Jessie. Y don Carlos tiene que comer. Ahora debe de estar despierto.

-Oh, claro. No me digas que no disfrutabas con los halagos de esa babosa Nada le gustaría tanto como conquistarte, porque sabe quién eres. Quiere la fortuna de tu padre y tú eres una amenaza para su herencia. -¿Celosa, tesoro?
-¿De esa... de esa buscona española? Asqueada, simplemente.
-Caramba, Jessie. Es mi prima.
-A ella no le importa mucho. Pero te advierto, Chase...
-Ya sé, ya sé -la cortó él, con una sonrisa provocativa-. Si me atrevo a mirar a otra mujer, me volarás de un disparo alguna parte de mi anatomía. Una que me es muy valiosa. ¿Correcto?
No te lo tomes a la ligera -replicó ella, tiesa-. Justamente por ese motivo no quería casarme contigo. Eres incapaz de ser fiel.
-No me creas tan poca cosa, Jessie -objetó él, serio-. Antes no tenía motivos para ser fiel. Pero me casé contigo. Tomé esa decisión. Y este matrimonio es para mí algo muy serio, aunque tú no lo creas. Nunca quise que viviéramos separados; ésa fue idea tuya. Desde el momento en que salimos de la iglesia estaba dispuesto a formar un hogar. ¿Por qué crees que no me fui del rancho, una vez que estuve curado? Yo...
-Señora Summers, don Carlos pregunta por usted. Los dos levantaron la vista. La vieja criada los miraba severamente desde lo alto de la escalera.
Don Carlos estaba sentado en la cama, con una montaña de almohadas a la espalda. A su lado, una bandeja de comida medio vacía. La criada entró para llevarse la bandeja. Jessie se alegró de ver las cortinas abiertas y la habitación llena de luz. También se alegró de que Chase se hubiera quedado esperando en el pasillo. Don Carlos habría podido sufrir un fuerte golpe al verlo sin estar sobre aviso.
Se acercó a los pies de la cama, pero don Carlos le hizo señas para que se acercara.
-Temía haberlo cansado anoche en exceso -comenzó.
-Nada de eso. -El sonrió para tranquilizarla. -Hacía meses que no me sentía tan bien.
-Me alegro mucho. -Ha llegado su esposo. -¿Se lo han dicho? -No era necesario que de me lo dijeran, querida.
Usted está radiante.
Jessie quedó avergonzada. Con toda probabilidad, estaba radiante sólo por su discusión con Chase. Pero no podía decirlo.
-Eh... supongo que es por la alegría de verlo -explicó.
-No tiene por qué ser tímida conmigo, querida. Es bueno que usted ame a su esposo. Así debe ser. ¿Qué clase de hombre es? Supongo que hago mal en preguntar. ¿Es...?
Dejó morir la frase y Jessie se dio cuenta de que estaba muy nervioso.
-Conque ya está enterado -dijo, simplemente. -Busqué a mi hijo muchos años, Jessica No tuve suerte. Sólo me quedaba la esperanza de que él o ella me encontrara a mí. Cada vez que veía a un extranjero me llenaba de esperanzas. Me fue fácil oír en sus palabras lo que deseaba oír, querida. Al principio pensé que usted misma era mi hija, hasta oírla comentar que le recordaba a cierta persona. Verá usted: en nuestra familia hay un fuerte parecido entre los miembros masculinos. Yo me parezco a mi padre y a mi abuelo, y así ha sido durante siglos. Aunque cambie el color de pelo y los ojos, las facciones de los Silvela aparecen notablemente en todas las generaciones.
Jessie sonrió.
-Ahora ha encontrado a su hijo...y pronto será también abuelo.
El dilató los ojos y le buscó la mano.
-Gracias, querida. Me ha insuflado vida.
-Me alegro, porque usted debe reponerse, don Carlos. Yo no conocí a mis abuelos y quiero que mi hijo conozca a los suyos. Pero Chase está esperando.
-Me parece que he esperado toda una vida para conocerlo. Hágalo pasar, por favor.

Bastó una sonrisa de Jessie para que Chase comprendiera que todo estaba bien. Sin embargo, sus pies se movían con dificultad al entrar. Tenía miedo. Era el final de un camino muy largo.
Mientras los dos se miraban fijamente, estupefactos, Jessie se sintió intrusa.
-Ahora los dejaré solos.
-¡No! -exclamó don Carlos-. Será más fácil si usted se queda, por favor.
La muchacha agradeció al cielo que don Carlos hablara tan bien el inglés. De lo contrario las cosas habrían sido muy incómodas.
-Don Carlos, le presento a mi esposo, Chase Summers. Chase...
-No es necesario, Jessie -interrumpió Chase, nervioso.
El enfermo fue directamente al grano.
-¿Te habló tu madre de mí? -Su voz temblaba. -Muy poco -lijo Chase, fríamente.
Jessie habría querido darle un puntapié. ¿Qué le pasaba? Después de tanto buscar a su padre, ¿a qué venía esa actitud?
Don Carlos no supo cómo proseguir. ¿Acaso el joven lo odiaba?
-Tal vez sería mejor que comenzáramos por quitarnos las dudas -sugirió con suavidad-. Sin duda tienes muchas cosas que preguntarme y yo también tengo varias preguntas propias.
-¿Eso significa que le intereso de verdad? -¡Chase! -exclamó la muchacha.
Don Carlos pasó por alto el sarcasmo. -Ese hombre, ese Summers, ¿te trató bien?
-Summers nunca existió. Mi madre se casó con un hombre llamado Ewing cuando yo tenía diez años. Anteriormente se hacía pasar por viuda de Summers para
ocultar su vergüenza. Nunca supo entendérselas con el deshonor.
-Es cierto. Así era Mary Beckett -dijo don Carlos, tristemente.
-¿Ese era el apellido? -exclamó Chase.
-¿Nunca te dijo su verdadero apellido?
-No; sólo me dijo que era de Nueva York. Nunca hablaba de su pasado. Estaba llena de rencor.
-Y también tú, por lo que veo -replicó don Carlos, con suavidad-. No puedo culparte. Yo mismo he estado lleno de rencor desde que, a la muerte de mi tío, me enteré de todo lo que me había ocultado.
-¿Acaso usted no sabía que ella estaba embarazada? -preguntó Chase, con la incredulidad visible en su actitud.
-Mucho peor que eso, muchacho. Durante diecisiete años pensé que tu madre sólo había jugado con mis sentimientos para entretenerse. Sólo hace diez años supe de las maquinaciones de mi tío Francisco, cuando estaba en su lecho de muerte y decidió confesarme el mal que me había hecho.
"Mira, yo tenía toda la intención de casarme con Mary Beckett, pero no se lo propuse, considerando que mi deber era hablar primero con mi tío, por ser él mi tutor durante mi estancia en Américá".
-¿Y él se negó?
-No. La idea no le gustaba, pero no se negó. Lo que hizo, sin que yo lo supiera, fue impedirme ver a Mary. Me mantuvo ocupado en la hacienda, con una tarea tras otra. Cuando ella venía a verme, él le decía que yo no podía atenderla; naturalmente, no me informaba de esas visitas. Me consideraba demasiado joven para saber lo que me convenía. Supuso que, siendo jóvenes, nos olvidaríamos muy pronto si él nos mantenía separados.
-Pero él sabía lo del embarazo. Ella me contó que había ido a verlo con su padre para exigir casamiento. -Sí, es cierto. La noticia tomó a mi tío tan por sorpresa que inventó

cualquier excusa. Les dijo que no cabía pensar en casarme con una americana, pues estaba ya comprometido con otra y había vuelto a España para casarme con ella.
-¿Y usted no trató de hablar con ella?
-Todo esto sucedió en pocos días, mientras yo pensaba que ella tardaría varias semanas en embarcar. No me preocupaba perder unos cuantos días ayudando a mi tío, puesto que pensaba compartir con Mary el resto de mi vida. Pero su padre se puso tan furioso que zarpó esa misma noche, después de la entrevista. Cuando me enteré de que el barco se había ido no comprendí qué pasaba. Estaba dispuesto a seguirla hasta Nueva York en el siguiente barco.
"Entonces mi tío completó sus mentiras, diciéndome que había visto a Mary con otro hombre y que, por mi propio bien, le había dado a entender que yo quería casarme con ella. Y utilizó la misma mentira que con tu abuelo: me dijo que Mary se había reído de él, diciendo que jamás se casaría con un extranjero, pues ya estaba comprometida y sólo deseaba divertirse un poco antes de sentar la cabeza. El barco ya no estaba y yo cometí el error de creer en la palabra de mi tío. Era el hermano de mi padre y me quería mucho, pues no tenía hijos propios. Nunca sospeché que mentía. Quedé tan abatido que él optó por enviarme a la patria, sin saber qué otra cosa hacer conmigo. Una vez en casa, dejé que mi madre me casara con la primera muchacha que le pareció adecuada. Ya nada tenía importancia".
-Pero, ¿por qué se entrometió su tío, por Dios? -Tío Francisco se tomaba muy a pecho sus deberes de tutor y creía estar haciendo lo correcto. Estaba convencido de que yo era demasiado joven para tomar una decisión tan importante. También temía que mi madre no diera su aprobación. Le había escrito para pedirle opinión, pero todo ocurrió demasiado deprisa. Presa de pánico al encontrarse con el embarazo de Mary, recurrió a las mentiras porque no sabía qué hacer. -¿Lo defiende usted? -preguntó Chase, furioso.
-No -respondió don Carlos-. Cuando me confesó todo, lo maldije y no pude darle el perdón que suplicaba. Pero ahora comprendo mejor. Y él trató de corregir lo hecho, por cierto. Su gran remordimiento era que de mi matrimonio no nació ningún hijo que sobreviviera, cuando él sabía que yo debía de tener un hijo en América. Por eso me dejó toda su fortuna a fin de que buscara a ese hijo. He gastado casi la mitad en esa búsqueda, sin ninguna suerte. Ahora que apareciste puedo cumplir con sus últimas instrucciones: que cuanto quedara de su riqueza fuera para ti. El resto es tuyo.
-No, nada de eso -dijo Chase, automáticamente-. Si tocara un centavo de ese dinero me condenaría al infierno.
-Pero debes aceptarlo -insistió don Carlos-. Fue legado al hijo de Mary Beckett. Aún queda una cantidad considerable. Y yo también tengo mucho que compensar.
-¡No! No he venido en busca de dinero. No quiero el suyo. Mucho menos el de su tío.
-Eso está muy claro, Chase -interpuso Jessica, enojada por su obstinación-. Pero aceptaremos el dinero, don Carlos.
-¡Ni pensarlo!
-Yo lo acepto, sí. No soy tan terca como para rechazar un dinero que nos hace falta.
-Yo puedo mantenerte, Jessie.
-De eso hablaremos más tarde -replicó ella evasivamente, lamentando haber abierto la boca-. Pero como el hielo ya está roto, Chase, creo que voy a retirarme.
No le alcanzaron las piernas para huir cuanto antes. Lamentaba su sarcasmo, pero se extrañaba de que Chase no pudiera ser un poco más amable. Al recordar cómo había tratado ella a su madre apartó el pensamiento. Ya en su propio cuarto, dio en pasearse nerviosamente.
La sobresaltó un golpe en la puerta, pero dejó escapar un suspiro de alivio al ver que era Rodrigo. -Pensé que era mi esposo -comentó.

-¿Y no querías verlo?
-¿Cómo...? Es que tuvimos un pequeño altercado. Rodrigo entró en la habitación.
-No tienes por qué darme explicaciones. Os oí discutir en la escalera.
-Ah... -Ella ya había olvidado esa otra discusión. -No entendí las palabras, pero el tono era inconfundible.
Jessie enrojeció.
-¿Niza también escuchó?
-No, creo que no. Pero no te avergüences por mí. Nada pudo deleitarme tanto.
Trató de tomarle una mano, pero Jessie dio un paso atrás, frunciendo el ceño.
-¿Encantarte? Creo que no comprendo bien. ¡Y yo que estaba tan orgullosa de dominar tu idioma!
Rodrigo meneó la cabeza, sonriéndole.
-Puedo parecerte insensible, pero me alegra saber que no todo está bien entre tú y tu esposo. Me arrepiento de no haberte confesado antes mis sentimientos. Así no habría tenido que disimularlos en estos días.
-¿Qué quieres decir, Rodrigo? El sonrió.
-Desde el primer momento supe que te amaba. Jessie ahogó una exclamación.
-Pero no puedes enamorarte de mí. Acabo de llegar. No me conoces.
-¿Qué importancia tiene el tiempo en cuestiones del corazón?
Jessie estuvo a punto de reír, pero se contuvo a tiempo.
-Eres muy amable, Rodrigo, pero no puedo tomar esto en serio. Y creo que tú tampoco.
-¿Dudas de mí? -No parecía ofendido: sólo decidido. -Soñaba con poder descubrirte mi alma. Soñaba con...
La tomó en sus brazos. El beso la tomó por sorpresa, sin ser grato ni desagradable. El único pensamiento de Jessie fue: "Ahora estoy casada; sólo Chase puede besarme." La perturbó pensar sólo en Chase estando en brazos de otro hombre, y un hombre apuesto, por añadidura.
Giró la cabeza hacia un costado, dispuesta a sermonearlo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Chase estaba en el vano de la puerta, ceñudo como nunca.
-Esto es lo que soñaba con hacer, amor mío -dijo Rodrigo, sin percatarse de la presencia de Chase-. Esto y mucho más. Cuando estemos casados.
-¡Basta, Rodrigo! -Jessie lo empujó hacia atrás, clavándole la mirada. Te hiciste demasiadas ilusiones a partir de una pequeña discusión. Estoy casada. Y ahora tendré que darle explicaciones a mi esposo.
-¿Se lo dirás? ¡Maravilloso!
-No tengo ninguna intención de abandonarlo -replicó Jessie, cortante-. Pero tendré que explicarle tu actitud. Casualmente está ahí, a tu espalda.
Rodrigo giró en redondo, enrojeciendo. Jessie dio gracias a Dios por que Chase no comprendiera el español. Como no habría entendido la declaración de Rodrigo, sería posible restar importancia a la situación.
-Vete, Rodrigo -suspiró-. Creo que vamos a tener otro altercado.
El español obedeció a regañadientes, sin mirar a Chase y evitándolo con cautela. ¿Qué podía decirle? ¡Bien comenzaba el encuentro de los dos primos!
-¿Por qué no cierras la puerta? -sugirió la muchacha, nerviosa, viendo que Chase no se había movido un centímetro en largo rato.
El cerró con mucha lentitud y se acercó a ella.
-No sé si me equivoco, pero ¿no fuiste tú la que me hizo ciertas graves advertencias sobre la conducta conyugal indecente?

-No comprendes, Chase -adujo ella, apresurada. -Sí que comprendo. Todo está muy claro. A mí se me prohibe la más leve indiscreción. Tú, por el contrario, tienes libertad para burlarte de nuestros votos matrimoniales cuando te venga en gana.
-No es así -repuso ella, indignada-. ¿Por qué no dejas que te explique?
-Hazlo, por favor -pidió él, muy tenso-. Esto va a ser interesante.
Jessie levantó el mentón con terquedad. -Si vas a adoptar esa actitud.
-¿Preferirías que diera rienda suelta a mis verdaderos impulsos?
-¡No! Es decir, no tienes ningún motivo para enojarte. -Se llevó una mano nerviosa al cuello. -Rodrigo se ilusionó demasiado y me abrazó contra mi voluntad.
-Pero tú no alentaste esas ilusiones, por supuesto. -¡Cree estar enamorado de mí, diablos! Estoy tan sorprendida como tú.
-No estoy sorprendido, Jessie -replicó Chase, muy frío.
-¿Qué pretendías que hiciera? -acusó ella, furiosa-. Nos oyó discutir y supuso que no nos llevábamos bien. De otro modo no habría dicho nada. Cuando entraste acababa de declararse y de besarme para demostrar su sinceridad. No lo tomé en serio. Lo que hice fue explicarle que estaba equivocado con respecto a nosotros, Chase.
-¿De veras? ¿Y qué le habrías dicho si yo no hubiera entrado, Jessie?
-¿Cómo te atreves?
-¿Cómo? -estalló Chase-. Te diré cómo. Cada vez que giro la cabeza te encuentro con otro galán a tus pies. La primera vez fue un vaquero que se vengó de ti por tu rechazo. Luego, un guerrero sioux que estaba muy dispuesto a matar por ti. Un bravo cheyenne que moriría por protegerte. Y ahora mi primo cae bajo tu hechizo. ¿Cuánto tiempo duró esto antes de que yo llegara, Jessie?
-¡Hijo de ...! -bramó Jessie-. Si estás enojado por lo que ha pasado en el cuarto de don Carlos, dilo de una vez, pero no uses esto como excusa para reñir conmigo.
-De eso hablaremos en otro momento.
-No, no hablaremos -replicó Jessie, glacial-. No me conviene este tipo de tratamiento en mi estado. Lárgate de aquí. Busca otro cuarto -agregó, rígida-. Este está ocupado.

Capítulo 46

Rodrigo detuvo el caballo y desenganchó los caballos que habían llevado para el resto del viaje. Para Jessie, la yegua más mansa de los establos de don Carlos. Rodrigo montaba uno de los magníficos hispanoárabes blancos. La joven echaba mucho de menos a su bienamado Blackstar, que la esperaba con Goldenrod en Chicago, pero no la fastidió que le hubieran asignado un animal tan dócil. En realidad no habría debido montar, ni siquiera con silla de señora y tan acolchada como estaba. Hasta salir de la casa era inconveniente, pero tal como estaban las cosas entre ella y Chase, necesitaba alejarse de él un rato.
Por eso iba camino a Ronda, donde Rodrigo deslumbraría a un gran público con sus habilidades de torero. El problema no habría sido grave, a no ser porque la única ruta a Ronda era un viejo camino de mulas, intransitable para los carruajes. Eso habría sido muy útil a los legendarios bandidos andaluces, que hicieron de Ronda su baluarte final, en el último alzamiento de los moros contra Fernando e Isabel: una senda estrecha era fácil de custodiar. Pero el trayecto resultaba muy difícil para una mujer en estado de embarazo avanzado.
En los últimos meses, Jessie había ido varias veces a Ronda, en compañía de Rodrigo y Nita. No por eso dejaba de maravillarse al ver la ciudad encaramada a gran altura; sobre

un abismo rocoso que se precipitaba a noventa metros de profundidad. Para franquear la grieta había tres puentes. El más alto, Puente Nuevo, resultaba aterrorizante, pues desde allí se veía el abismo que dividía la ciudad. Mucho más abajo estaban los otros dos, construidos sobre antiguos cimientos romanos.

En el sector más antiguo de Ronda se podía ver a los gitanos, que bailaban en feroz y apasionado flamenco. Nita aseguraba orgullosamente que ella podía bailarlo aún mejor.

Ya nadie pensaba que don Carlos fuera a morir. Desde la llegada de Chase mejoraba diariamente. Ahora salía de su cuarto una o dos veces al día, decidido a ser el de antes en muy poco tiempo. Hasta mencionaba la posibilidad de retornar a América con Chase y Jessie. Chase estaba encantado. Cada vez intimaba más con su padre. En realidad, Jessie sólo lo veía actuar como antes cuando estaba con don Carlos. En cualquier otra ocasión se mostraba frío e inabordable.

Ella comenzaba a pensar que jamás la perdonaría por lo ocurrido con Rodrigo. No escuchaba explicaciones. Ambos parecían dos extraños. Jessie había tratado de tocar el tema en varias ocasiones, pero Chase abandonaba invariablemente el cuarto. Por lo visto, no quería saber nada más de ella.

Esos últimos meses habían sido intolerables. En su soledad, pasaba cada vez más tiempo con Rodrigo y hasta con Nita. El español no había vuelto a hablarle de amor, pero siempre se mostraba atento y deseoso de complacerla.

Por eso se encontraba allí, en Ronda, sabiendo que hacía mal en viajar tan cerca del parto. Rodrigo opinaba que no corría ningún peligro, naturalmente, puesto que él la acompañaba.

Ante los jardines del Paseo de la Merced los envolvió el denso perfume de los azahares; estaban en Mercadillo, el sector más nuevo de la ciudad, aunque sólo por
unos pocos siglos de diferencia. En ese vecindario estaba la plaza de toros. A decir verdad, Jessie habría preferido estar en cama, descansando. Pero Rodrigo le había hablado tanto de las corridas de toros y de su propia destreza que no tuvo valor para negarse a acompañarlo.

Recordó los tres elementos críticos por los que se apreciaba a los toreros. Uno era el estilo del matador; requería mantenerse erguido, bien plantado y sin ceder,
y esquivar al toro con gracia, sin darle tregua. El segundo elemento era dominar al toro en cada movimiento y hacerlo girar a voluntad. El tercero, realizar las maniobras con toda la lentitud posible, pues cuanto más tiempo durara la peligrosa aproximidad, más oportunidades tenía el animal de cambiar su táctica y poner a prueba al torero.

Rodrigo la dejó sola en las gradas y fue a vestirse. Jessie no volvió a verlo hasta que se inició el desfile de apertura, en el que se mostraba a todos los participantes
del espectáculo. Además de Rodrigo había dos matadores, espléndidos en sus ajustadas calzas de seda, pantalones hasta la rodilla y chaquetas enjoyadas. También en el público abundaban los atuendos coloridos, pues el clima, excepcionalmente cálido, permitía que las mujeres usaran blusas sin mangas. Lucían faldas fruncidas de múltiples colores y se recogían el pelo hacia arriba, con altas peinetas y mantillas. Pero la influencia morisca no se había perdido del todo: algunas mujeres se cubrían la cabeza y la parte inferior de la cara con hilo bordado y vestían ropas mucho más sombrías.

Después del desfile se soltó el primer toro y comenzaron las maniobras. Luego salió Rodrigo, el primer torero que debía demostrar su habilidad con la capa; la tensión aumentó de manera palpable. Por un rato Jessie olvidó su insistente dolor de espalda y el malestar general que la afectaba desde hacía una semana. Vio a su amigo realizar una serie de pases, jugando con el toro, probando al enorme animal, y participó en aquel rugiente "¡olé!" con que la muchedumbre animaba a Rodrigo.

En el cuarto "olé", un fuerte calambre hizo que Jessie se doblara en dos. Había mucho para ver: la entrada de los picadores con sus lanzas, más pases del matador, las banderillas clavadas en la cruz del toro, el juego final con la bestia y la matanza. Pero Jessie iba a perdérselo todo. Mientras rogaba por haberse equivocado, otro calambre despejó las dudas.
Debía salir de allí antes de que la multitud, al dispersarse, la derribara. No era fácil caminar, pues cada pocos minutos debía detenerse por una nueva contracción. Se sentía como una enorme vaca.
No llevaba rumbo alguno ni tenía idea de lo que iba a hacer. ¿Por qué no estaba Chase allí para ayudarla? Habría debido ofrecerse a acompañarla. Al fin y al cabo, el bebé era suyo. ¿Por qué no estaba allí para hacerse cargo, para regañarla por haber hecho el viaje, para asegurarle que todo saldría bien? ¿Dónde estaba? ¿En verdad la odiaba?
-¡Señora Summers!
Jessie giró lentamente, bañada de alivio al ver a Magdalena Carrasco, una vieja amiga de don Carlos a la que había conocido en Ronda. A Magdalena le bastó ver su expresión pálida y dolorida para adivinar lo que estaba ocurriendo.
-¿Dónde está su esposo, Jessica?
-Hoy no ha venido jadeó la muchacha.
-Y usted tampoco habría debido venir. ¡Por Dios! Jessie asintió con aire culpable.
-¿Cómo puedo llegar a casa? -¿preguntó mansamente?
-¿A su casa? ¡Ni lo piense! Ya es demasiado tarde. Vendrá usted conmigo y yo me encargaré de instalarla en mi casa.
-Pero... ¿y mi esposo?
-Lo mandaré llamar -le aseguró Magdalena, con firmeza-. No se preocupe usted por nada.
Para Jessie fue una alegría dejar que Magdalena se hiciera cargo de todo. Ya tenía demasiadas preocupaciones.

Capítulo 47

Jessie estaba perdiendo la noción del tiempo. El dolor era tan fuerte que a veces apenas podía contenerse para no gritar. Esa espera constante, esos dolores, causaban un efecto terrible. No recordaba haber estado tan exhausta en toda su vida, pero Magdalena repetía, una y otra vez:
-Descansa, que todavía falta.
De pronto creyó estar soñando: allí estaba Chase. -Me gustaría retorcerte el cuello, ¿sabes? -Su tono suave desmentía el sentido de las palabras.
-No es la primera vez que me lo dices.
-Esta vez has llegado demasiado lejos, Jessie. -La preocupación le marcaba la cara.
-¿Cómo iba yo a saberlo? -replicó ella, culpable-. Si has venido sólo para regañarme, puedes... Tuvo que interrumpirse. Esa vez, sólo para afectarlo, se permitió gritar cuando el dolor llegó a su máxima intensidad. Tuvo la satisfacción de ver que Chase perdía hasta el último resto de color. Así dejaría de sermonearla por haber sido tan tonta. Demasiado sabía ella que lo era. -¡Por Dios, Jessie, necesitas un médico! -susurró, desesperado.
-El médico ya me ha visto -dijo Jessie, cansada-, y Magdalena está en el cuarto contiguo.
¿Y el médico? -Ya vendrá. -Pero ¿no debería estar aquí?

-¿Para qué? No puede ayudarme hasta más adelante. Dicen que todavía falta mucho.
-¡Cielos!
-No sé por qué te pones tan nervioso. ¿Acaso no sabes más que yo de estas cosas?
-De esto en sí... no. ¿Estás bien? ¿Puedo traerte algo?
Ella habría querido reír. -Bueno, hay algo que... -Lo que quieras, Jessie, lo que quieras.
-Hay algo que puedes aclararme. -Tuvo que esperar a que pasara otra contracción antes de continuar. Tengo... vagos recuerdos de todo lo que pasó después del incendio. ¿Trajiste... trajiste a Kate, estando yo no sé dónde?
-Sí: en el hotel, la mañana antes de que partiéramos de Cheyenne. La encontré en una de las tabernas. No quería enfrentarse contigo, pero pensé que al verla podías salir de tu estupor. No sirvió.
-¿Perdoné a Kate? ¿De qué hablamos? ¿Tenías razón?
El asintió.
-No sé si la mujer sintió remordimientos en todos estos años, pero ahora los tiene. En mi opinión, es poco castigo por lo que tú y Rachel habéis sufrido a causa de su silencio. Y tú no le hablaste; no hiciste más que mirarla y, por fin, volverle la espalda.
Jessie gimió. Los dolores se hacían cada vez más frecuentes e intensos.
-¿Qué ha sido de Jeb y mis hombres?
-Casi todos se fueron, pero Jeb dijo que se quedaría para reunir el poco ganado restante. Le dije que conservara los animales que pudiera reunir. Rachel pagó tu
deuda como regalo de bodas, de modo que no debes nada. Supuse que no te importaría ceder a Jeb el ganado diseminado.
-No, por supuesto. Me alegro. Hiciste bien. -El se lo ganó, Jessie.
-Sí, sin duda. Ah, ¿qué pasó con el comisario? -Dejé descripciones y una recompensa por la captura de Clee, Charlie y Blue Parker.
-¿Y Laton Bowdre?
-No pude acusarlo de nada. -¿Qué?
-Bowdre abandonó la ciudad el día antes del incendio para que nadie pudiera acusarlo. Es astuto. Pero no tanto como cree, tal vez.
-Chase, dime qué...
-El hecho de que hayas reconocido a sus cómplices puede ser su perdición. Lo discutí con el comisario y acordamos que, si atrapa a cualquiera de los tres, lo dejará en libertad siempre que denuncien al hombre que los contrató. Clee y Charlie pueden optar por la lealtad, pero dudo que Parker piense lo mismo. Es cuestión de hallar al menos a uno.
-¿Crees que habrá alguna esperanza de hallarlos? -preguntó ella, ansiosa.
-Siempre se puede aumentar la recompensa. -¿Con qué? No eres un hombre rico, ¿sabes? Y yo estoy en la ruina.
-Bueno -le recordó él-, cuando encontré a mi padre heredé una suma considerable.
-¿Vas a aceptarla? -Se sorprendió ella.
-Sería tres veces tonto si dejara que un ataque de malhumor me lo impidiera. Además...
Jessie trataba de resistir, pero ya no pudo. El grito sonó horrible aun para ella misma. Chase se asustó, pensando que algo había salido mal, y le aferró la mano.
-¡No puedes morir, Jessie, no puedes! ¡Te amo! Si mueres, que Dios me ampare...
-¿Vas a retorcerme el cuello? -se burló Jessie, débilmente. Lo miró largo rato. -¿Me amas? -preguntó con suavidad-. Ultimamente no me lo has demostrado de un modo muy bonito.
-Estaba celoso -dijo él, simplemente-. Caramba, nunca he estado celoso de nadie en mi vida, y ahora, tan de súbito... No sabía cómo resolverlo, Jessie. Quería gritarte y también quería hacerte el amor. Quería luchar por ti, pero lo ocultaba todo por miedo a alterarte demasiado. Créeme, Jessie: de no ser por tu embarazo, habríamos aclarado esto

hace mucho tiempo. Nunca me he sentido tan miserable como en estos meses de estar junto a ti sin poder tocarte y con miedo de hablar francamente. Y tú no dejabas de incentivar a Rodrigo.
-No es cierto -interrumpió ella, agria. Luego suavizó la voz. -Rodrigo es gentil y entretenido, pero... no es como tú, Chase. Cuando me besó, aquella única vez, no sentí nada en absoluto. Creo que no me conformo con cualquiera.
Antes de que Chase pudiera responder, Jessie volvió a gritar. Magdalena entró diciendo que ya había mandado llamar al médico. Trató de persuadir a Chase para que se fuera, pero él se negó. La española salió, meneando la cabeza ante esa falta de decoro.
Jessie, más tranquila, dedicó a su marido una sonrisa tranquilizadora.
-Ella tiene razón. Será mejor que te vayas. Yo misma no soporto oírme chillar. No es preciso que tú también me oigas.
-No seas absurda.
-De veras, me sentiré mejor si no estás aquí, corriendo peligro de desmayarte.
-¡No es tema para bromas, Jessie!
-Lo siento, Chase. ¿Querrías esperar afuera, por favor? No quiero que me veas así.
El no pudo negarse a una petición tan seria, pero salió con mucha lentitud. Su rostro era una máscara de preocupación y, a cada paso, se volvía hacia la cama.
-Chase -le dijo Jessie, cuando lo vio junto a la puerta-, yo también te amo.

Capítulo 48

-¿Pedro? -exclamó Jessie-. ¿De veras te llamas Pedro?
-¿Te sorprende? -sonrió Chase.
-Yo habría pensado que tu madre detestaría todo lo español.
-En realidad, creo que mi madre disfrutaba autocompadeciéndose.
-Pero, ¿por qué te cambiaste el nombre?
-Con mi pelo oscuro y ese nombre, en Chicago pasaba por extranjero. Y los niños pueden ser bastante malvados con los extranjeros. No hacía más que pelear. Por eso me cambié el nombre... y amenacé a todo el que recordara el nombre de Pedro.
-Pero es un nombre bonito. -Jessie sonrió de oreja a oreja.
-Si me llamas Pedro, yo te llamaré Kenneth. -¡No le veo la gracia! ---chilló Jessie. -Yo tampoco.
Rieron juntos y se acurrucaron en el diván. En el cuarto continuo dormía Charles, que ya tenía dos meses. Un varón parecido a su padre y a su abuelo. Los dos
hombres reventaban de orgullo. A Jessie le gustaba pensar que no era sólo orgullo lo que iluminaba los ojos de Chase cuando miraba a su hijo. Quizá fuera también felicidad. Contento. Amor, por cierto. El amaba a ese niño. Y en los dos últimos meses ella se había sentido tan segura de su amor como Charles.
El amor no era el cuento de hadas que ella creía en otros tiempos. Era algo real y maravilloso, el centro mismo de la felicidad. Y Jessie había encontrado la felicidad en su esposo y en su hijo.
Besó a Chase en la mejilla y él giró la cabeza, capturándole los labios. Ella suspiró al sentir que le acariciaba la espalda. Había aprendido a dominar un poco sus pasiones impetuosas, pues la expectativa tenía sus méritos. Pero también una unión fiera ofrecía lo suyo. Echó un vistazo a la cama y suspiró: todavía era temprano.
-¿Has pensado en lo que vamos a hacer cuando volvamos a América? -preguntó.

-Podríamos pasar un tiempo en casa de tu madre. Creo que Rachel simpatizaría con mi padre.
-¿Te has vuelto casamentero?
-No tengo intenciones de entrometerme en la vida de nadie; con la mía tengo bastante.
-Pues en la tuya has hecho un buen trabajo. -Jessie sonrió. -Pero no podemos pasarnos la vida en casa de mi madre.
-¿Se te ocurre algo? -preguntó él.
-Me gustaría recomenzar con mi rancho, si estás dispuesto.
-Pero Jessie, podemos comprar una casa donde criar a nuestro hijo. No tienes por qué trabajar. -Claro, puedo volverme perezosa, engordar y morir de aburrimiento -replicó Jessie, irritada-. Quiero explotar mi rancho, Chase. No descartes la idea. -¿Descartarla? -rió él-. ¡Como si tú fueras a permitírmelo! Oh, Dios, nunca pensé terminar como ganadero.
-¿Aceptas? -inquirió ella, excitada.
-Sí -suspiró Chase-. Pero si hemos de ser ganaderos, está vez lo haremos bien. Nada de conformarse con sobrevivir. Y espero que no pienses instalarte en Wyoming. ¿No te gustaría comenzar de nuevo en un sitio algo más cálido, como Texas o Arizona?
-No -replicó ella, con firmeza-. Es cierto que el invierno de Wyoming es un poquito frío...
-¡Un poquito! Ella sonrió.
-Pero hay muchas maneras divertidas de entrar en calor.
-¿Me las enseñarás todas?
-Si me lo pides con buenos modales. -Provocadora.
-Seductor. -Te amo, tesoro.